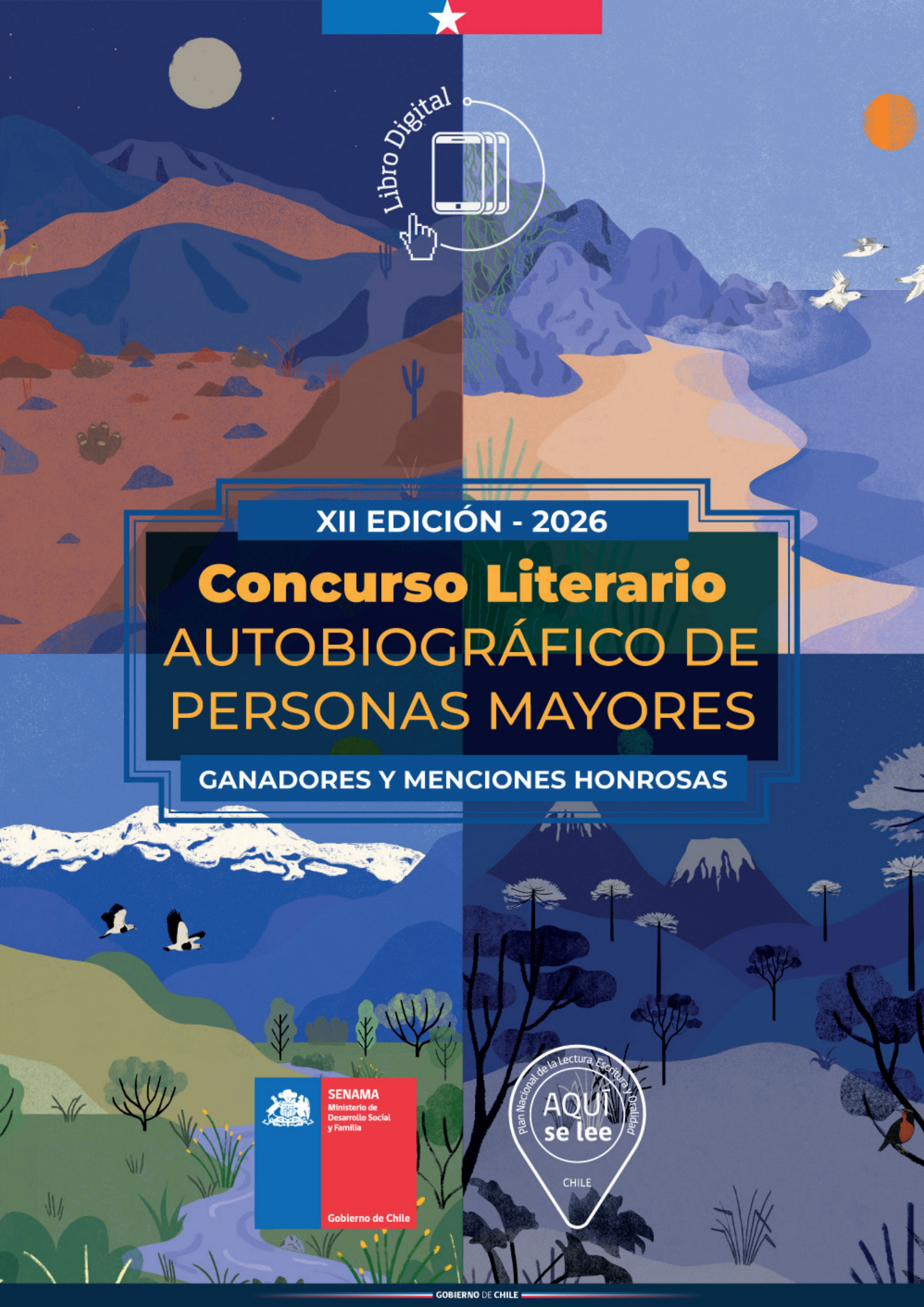


XII EDICIÓN - 2026

Concurso Literario AUTOBIOGRÁFICO DE PERSONAS MAYORES

GANADORES Y MENCIONES HONROSAS

SENAMA
Ministerio de Desarrollo Social y Familia

Gobierno de Chile

Plan Nacional de la Lectura, Escritura y Oralidad
AQUÍ se lee
CHILE

GOBIERNO DE CHILE

Servicio Nacional del Adulto Mayor presenta:

Libro digital correspondiente al Concurso Literario Autobiográfico de Personas Mayores, con los relatos de ganadores y menciones honrosas

Publicado con el financiamiento del Programa Envejecimiento Activo SENAMA 2026

Octubre de 2026

Edición
Unidad de Comunicaciones

Subdivisión de Participación

SENAMA

Diseño y diagramación
MUROGRAF E.I.R.L

© 2026 - Servicio Nacional del Adulto Mayor - Todos los derechos reservados.

XII EDICIÓN - 2026

Concurso Literario AUTOBIOGRÁFICO DE PERSONAS MAYORES

GANADORES Y MENCIONES HONROSAS

INDICE

PRÓLOGOS 8-9

INTERNACIONAL 11
GANADORA INTERNACIONAL 12
ELENA SUSANA ARROYO EYZAGUIRRE
“NOVENO PISO E”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA 15
SEUDÓNIMO: TERESA
“EL GRITO DE LA INOCENCIA EL DOLOR DE LA INGENUIDAD”

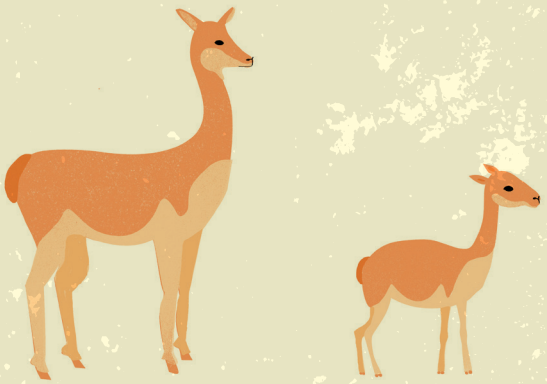
SEGUNDA MENCIÓN HONROSA 17
ANA MARÍA DORADO SANZ
“VERANO DEL 24” ANECDOTARIO DE VIAJES DE UNA RECIÉN JUBILADA

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA 24

GANADORA REGIONAL 25
ELIZABETH MÓNICA DÍAZ DURÁN
“SI LAS PAREDES HABLARAN”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 30
ALFREDO ENRIQUE GUERRERO GUTIÉRREZ
“CÓDIGOS SECRETOS”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 33
JORGE ARMANDO RIVERA FLORES
“DE LA PERLA DEL NORTE A LA ETERNA PRIMAVERA”



REGIÓN DE TARAPACÁ 39

GANADOR REGIONAL 40
ABRAHAM RAMÓN SEGUEL VORPAHL
“TRAVESÍA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 46
DANIEL EDUARDO SANZANA PEÑA
“LA VIDA QUE NOS QUEDA”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 51
ELBA ELIANA HUERTA BUGUEÑO
“REVIVIR ÁRBOLES, TEJER RECUERDOS”

REGIÓN DE ANTOFAGASTA 54

GANADOR REGIONAL 55
JUAN ANTONIO RIVERA ORREGO
“MI PRIMER SIETE”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 62
AÍDA EUFEMIA ÁNGEL ARAMAYO
“EL MENSAJE QUE DEVOLVIÓ EL COLOR A MIS DÍAS”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 65
ORIEL DEL CARMEN MORALES HONORES
“VEN A MI MUNDO”

REGIÓN DE ATACAMA 69

GANADORA REGIONAL 70
INÉS LETICIA PÉREZ AGUIRRE
“EL INICIO DE UNA VIDA COMO CUIDADORA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 74
VIOLETA DE LAS MERCEDES FUENTES ALCAÍNO
“MI VIDA JUNTO A LA MÁQUINA DE COSER”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 77
SERGIO ROBERTO PAVÉZ BASQUINSAY
“SIN RUMBO”



REGIÓN DE COQUIMBO 80

GANADOR REGIONAL 81
RAÚL PATRICIO LUCO TORRES
“EL FRÍO COMO ÚNICA PATRIA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 84
OCIEL DEL ROSARIO ORTIZ VILLARROEL
“EL SEPULCRO DE TRES CRUCES”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 90
CECILIA MARCELA CONTRERAS ARÉVALO
“EL GIGANTE DE COQUIMBO”

REGIÓN DE VALPARAÍSO 92

GANADOR REGIONAL 93
JUAN EDUARDO BELLINGHAUSEN MERTENS
“CUANDO EL ALCOHOL SE SIENTA EN LA MESA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 103
ROBERTO MAX VEAS OLIVARES
“LA TAZA SIN LAVAR”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 107
ISABEL DEL ROSARIO SANTANDER TORRES
“PALOMITA”



REGIÓN METROPOLITANA 108

GANADOR REGIONAL 109
OSCAR JAMES RABY RETES
“GRACIAS POR FAVOR CONCEDIDO”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 114
LEONEL ENRIQUE MENDOZA BARROS
“EL VIAJE”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 121
PATRICIO MARIO RIVERA CORNEJO
“UN ERMITAÑO EN EL PARAÍSO”

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O´HIGGINS 127

GANADORA REGIONAL 128
CARMEN TORRES BOZO
“LAS LLAVES DE LA CASA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL Y MENCIÓN “MITOLOGÍA CHILENA: ECO DE PALABRAS COMPARTIDAS” 136
LUIS ARTURO IBARRA GONZÁLEZ
“LA BODA DE UN BOQUIABIERTO” (DESVENTURAS DE UN PATIPERRO)

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 139
MARTA AURELIA VIDAL HERMOSILLA
“CUANDO SE MARCHÓ MI PADRE”



REGIÓN DE MAULE 143

GANADOR REGIONAL 144
PEDRO LUIS GUAJARDO FUENTES
“OSCURO TEATRO DE SOMBRAS: FIN DE LA NIÑEZ Y DE LA PREADOLESCENCIA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 153
RICARTE ANTONIO COFRÉ COFRÉ
“EL TEATRO, MI CAMA, MI CASA”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 156
VÍCTOR MANUEL CANALES SALAS
“EL NIÑO QUE VENCIÓ AL MIEDO”





REGIÓN DE ÑUBLE 165

GANADOR NACIONAL Y REGIONAL 166
ARODYS IVÁN LEPE ZAPATA
“CORRIENDO POR LA VIDA”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 173
ALICIA DEL CARMEN SALAZAR VÁSQUEZ
“PROMESA CUMPLIDA”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 178
GUSTAVO BECKER NEIRA
“DON JUAN Y LA SRA. MARÍA”

REGIÓN DE BIOBÍO 185

GANADORA REGIONAL 186
MARÍA LORENA POBLETE BUSTOS
“EL TESORO DE MI PADRE”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 189
NERY DEL ROSARIO SÁEZ PINTO
“EL TESORO QUE MI PAPÁ NO DESENTERRÓ”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 192
FABIOLA MITZY SEPÚLVEDA FICA
“LA VIGILIA”

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA 201

GANADORA REGIONAL 202
PRISCILA IBARRA ESPINOZA
“HASTA PRONTO... CRÓNICA DE UN AMOR FRENTE AL OLVIDO”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 208
ALFONSO SALAZAR CONCHA
“LA PÁGINA VACÍA”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 212
INGRID MATHILDE SZURGELIES SELENT
“UNA HISTORIA QUE NO TIENE FIN”

REGIÓN DE LOS RÍOS 217

GANADORA REGIONAL 218
NÉLIDA DEL CARMEN MUÑOZ GATICA
“LA NOCHE DE SAN JUAN”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL Y MENCIÓN INCLUSIVA 223
CATHERINE DEL CARMEN BASTÍAS PRADINES
“LA FIRMA”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 225
GLORIA ORIANA YOBÁNOLO VILCHES
“SOL EN EL ABISMO DEL CIELO”





REGIÓN DE LOS LAGOS 228

GANADORA REGIONAL 229
PATRICIA MARCELA VILO ROJAS
“MEMORIAS”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 230
PEDRO BASILIO NAVARRO ALVARADO
“ANÉCDOTAS EN EL EXILIO”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 237
ANA IDA CHACANO VIVAR
“ENTRE CENIZAS Y CORAZONES: UN RENACER INOLVIDABLE”





REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO 241

GANADORA REGIONAL 242
ORFELINA MAYORGA ARRATIA
“LA VIDA QUE ME TOCÓ VIVIR”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 246
PEDRO ALFONSO MANSILLA VERA
“CAMAS CALIENTES”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 248
ROSA AMELIA GÓMEZ TORRES
“MIS RECUERDOS DE INFANCIA EN RÍO COLORADO”

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA 250

GANADOR REGIONAL 251
HERNÁN EDUARDO FERREIRA ZEBALLOS
“EL MENSAJE DE ANTONIO”

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 254
MARÍA DEL PILAR ROJAS SÁNCHEZ
“TEJIENDO SUEÑOS EN EL SUR DEL MUNDO”

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL 259
ROSAMEL SEGUNDO MONTES RIQUELME
“EL CULEBRÓN”

PRÓLOGO

Hay libros que se escriben con tinta y otros que se escriben con la vida entera. Este pertenece a los segundos.

Las páginas que siguen reúnen las obras ganadoras y las menciones de la XII edición del Concurso Literario Autobiográfico de Personas Mayores de SENAMA. Detrás de ellas hay un dato que conmueve: este año recibimos 1.393 obras escritas por 956 personas mayores de Chile y del extranjero, la cifra más alta en la historia del certamen. Desde 2015, más de nueve mil relatos han llegado a este concurso. Cada uno es una prueba de que la vejez no es un tiempo de silencio, sino de palabra.

Quien lea este libro encontrará a un hombre de 77 años que, tras quedar paralizado, se propuso correr diez kilómetros y lo logró. Encontrará a una mujer que descubre que la herencia prometida por su padre era la tierra misma que cultiva; a una abuela cuyo único idioma para amar fueron sus manos; a un huaso que, en décimas picarescas, termina casado con la Pincoya. Hay humor y hay duelo, infancia campesina y exilio, noches de San Juan y largos años de cuidado junto a quien se ama. Hay, sobre todo, personas que se atrevieron a mirar su propia historia y a ponerla por escrito.

En el Año de la Mitología Chilena, 208 obras se inspiraron en nuestras leyendas y relatos orales. No es casual. Las personas mayores custodian la memoria de un país: la que se contaba junto al fogón, la que no está en los archivos, la que se pierde si nadie la transmite. Escribirla es un acto de generosidad con quienes vienen después.

Desde el Ministerio de Desarrollo Social y Familia creemos que la dignidad de una persona no disminuye con los años. Envejecer no es retirarse de la vida, sino vivirla con otra hondura, con autonomía y con un lugar propio en la familia y en la comunidad. Por eso nos importa que las personas mayores sean protagonistas y no solo destinatarias de la política pública, que su creatividad sea reconocida y que su voz llegue a todos los rincones. Este libro, que recorrerá las dieciséis regiones del país en casi seis mil ejemplares, es una forma concreta de hacerlo.

A cada autora y autor, gracias por la valentía de contar. A quienes leen, una invitación: lean despacio, porque aquí hay una sabiduría que no se aprende en ninguna otra parte.



María Jesús Wulf
Ministra de Desarrollo Social y Familia

PRÓLOGO

Con gran satisfacción presentamos la XII Edición del Libro del Concurso Literario Autobiográfico de Personas Mayores, una publicación que reúne las experiencias, recuerdos, reflexiones y aprendizajes de quienes han decidido compartir parte de sus vidas a través de la escritura.

En cada historia que se comparte, no solo se están transmitiendo enseñanzas y preservando aquello que da sentido a nuestra identidad colectiva, sino que también permite conectar a las generaciones. Al crear estas instancias de encuentro, las personas mayores y los más jóvenes se acercan, se reconocen mutuamente en sus miradas sobre la vida y pueden descubrir aquello que los une, más allá de las diferencias de edad y de las experiencias propias de cada generación. A través de estos relatos y vivencias se construyen puentes entre pasado, presente y futuro, permitiendo que las distintas generaciones puedan comprenderse, valoren sus aportes y fortalezcan los vínculos de respeto, empatía y solidaridad.

Esta publicación es también una oportunidad para derribar prejuicios asociados a la edad y aportar a la construcción de una sociedad para todos, una más inclusiva y cohesionada.

Este concurso se ha consolidado como uno de los espacios más significativos de participación cultural para las personas mayores, al reconocerlas no solo como portadoras de experiencias y saberes, sino también como protagonistas activas en la creación y transmisión de la cultura. A través de la escritura, encuentran una oportunidad para expresar sus voces, dolores, pérdidas, alegrías, aprendizajes, sus historias de esfuerzo y amor, transformando así sus vivencias en relatos que enriquecen nuestro patrimonio cultural y social.

La edición 2026 marca un hito histórico. Con 1.393 obras recibidas, el concurso alcanzó la mayor participación desde su creación, reflejando el creciente interés de las personas mayores por expresarse, narrar sus trayectorias y compartir experiencias que forman parte de la historia de nuestro país. Este resultado da cuenta del valor que tiene este espacio cultural, donde sus voces son escuchadas, sus vivencias reconocidas y sus perspectivas incorporadas a la construcción de nuestra memoria colectiva.

Esta versión se desarrolló en el marco del «Año de la Mitología Chilena: Eco de Palabras Compartidas», iniciativa impulsada por el Plan Nacional de la Lectura, Escritura y Oralidad, que invita a valorar los relatos, leyendas y tradiciones que han sido transmitidos de generación en generación. En este contexto, se incorporó una mención especial destinada a reconocer las obras inspiradas en la mitología chilena, destacando así el rol fundamental que cumplen las personas mayores como guardianas de la memoria cultural y transmisoras que dan forma a nuestra identidad.

Estas páginas reúnen historias profundamente humanas, relatos de superación frente a la enfermedad, memorias familiares, evocaciones de la infancia, experiencias de cuidado, historias de amor, testimonios de resiliencia y narraciones inspiradas en la mitología chilena. Cada relato constituye una invitación a detenernos para escuchar y valorar las múltiples formas en que las personas mayores continúan aportando al desarrollo cultural y social de nuestras

comunidades, ello en coherencia con los principios de la nueva Ley N.° 21.822 Integral de las Personas Mayores y de Promoción del Envejecimiento Digno, Activo y Saludable, que como sociedad nos desafía a promover y fortalecer una cultura que reconoce la dignidad, la autonomía y el aporte de las personas mayores.

Finalmente, valoramos a todas las personas que se atrevieron a escribir, abriendo una ventana a sus recuerdos, emociones y aprendizajes, destacando que, cuando una historia se comparte, trasciende a quien la escribe y encuentra nuevos sentidos en quienes la leen.

Es esta una publicación que se convierte en testimonio invaluable de la diversidad de trayectorias, voces y miradas que enriquecen nuestra sociedad. Que estas páginas nos inspiren a seguir escuchando, valorando y transmitiendo las voces de las personas mayores, reconociendo en sus experiencias una fuente de aprendizaje, encuentro y pertenencia, porque al preservar estas voces, mantenemos viva nuestra memoria colectiva y construimos un legado que seguirá dando sentido a las generaciones presentes y futuras.



Muriel Abad Andrades
Directora Nacional de SENAMA

INTERNACIONAL

GANADORA INTERNACIONAL

ARGENTINA

ELENA SUSANA ARROYO EYZAGUIRRE

67 AÑOS

VILLA HUIDOBRO

"NOVENO PISO E"

Estoy recostada en el coqueto dormitorio: dos somieres de una plaza, mesa de luz, placar con amplio espejo trabajado en los bordes con diminutas figuras abstractas, televisor enorme en la pared opuesta, amplio ventanal al lado izquierdo de la cama, orientado hacia el bulevar.

Debajo de los espesos árboles, se esconden bancos, canteros con flores, personas, mascotas llevadas por sus dueños… Lo sé porque he recorrido algunas veces este territorio rebosante de verde, vida, risas, sueños, tristezas anónimas…

No he encendido la tele. Ni siquiera para distraerme. El dolor es insoportable. Como irritante es el ruido que viene del exterior. Es un noveno piso de un flamante edificio de un barrio céntrico de una ciudad superpoblada. No estoy acostumbrada a semejante bullicio. Mi casa, mi verdadero hogar, se encuentra en un pueblo pequeño, lejano, donde la paz y la serenidad son la constante.

Abro la ventana y observo el trajinar de la gente, el tronar de los autos, las insistentes bocinas, el movimiento de los árboles que danzan al viento. Es un aire denso, caliente, de un verano prematuro, que me exaspera aún más.

Mis manos se acercan al control remoto, dudan y se alejan. Acarician el libro de cuentos, que me ayuda un poco a disipar el terrible malestar.

Escucho el pitido del celular, anunciando la llegada de otro mensaje. Ya son muchos, demasiados para mi escasa paciencia y desagrado. Todos preguntan lo mismo: ¿cómo salió todo?, ¿cómo estás?, ¿qué haces? No sé qué responder. No puedo.

Quisiera hacer desaparecer este presente. Me repito que falta poco, que lo voy a superar, que todo pasa, aun lo malo. Lo aprendí hace poco. Y es cierto. Pero es difícil autoconvencerme cuando el sufrimiento no cede.

Me cuesta estar acostada, también sentada. Me incorporo. Intento caminar, descalza. El frío del piso me reconforta. Por primera vez advierto con detalle los ambientes, los muebles, los objetos que me rodean. Decoración moderna, elegante, funcional.

A través del pasillo, llego al living-comedor, donde reina un imponente sofá-cama; allí duerme él para no molestarme. Ahora está vacío. Me siento con cuidado, sin prisa, en el borde. Mis dedos se deslizan por la sedosa tela azul. Me acuesto con esfuerzo.

Contemplo la mesa amplia, las sillas, la vitrina con vajilla que parece de buena calidad, el segundo televisor con sonido tenue. Reparo en la imponente ventana y su nívea cortina de raso. Tras de esta, un balcón importante que da hacia la ruidosa avenida; una mesa redonda y pequeña, y dos sillas, ideales para la merienda o el desayuno de una pareja en luna de miel. Lástima que no seamos dos recién casados. Todo lo contrario. Más de cuarenta años viviendo juntos y tal vez sin conocernos del todo.

Me levanto con dificultad. Ingreso en la cocina; huele rico, a limpio. Sonrío: todos los electrodomésticos necesarios, en perfecto orden.

Vuelvo al pasillo, que comunica todos los espacios. Penetro en el baño, amplio, cómodo, de diseño atractivo.

En otras circunstancias, estaría radiante: un verdadero lujo para mis posibilidades. Me siento en el lugar ideal en el momento equivocado.

Este tiempo es crítico. Estimo que las horas se estancaron, que estoy atrapada en un laberinto sin salida.

Pero no me encuentro sola. Él me acompaña, me cuida, me sostiene; tolera con paciencia los enojos, el malhumor.

Alquilé este departamento amueblado para estar lo más tranquila posible, para no molestar a otros, para gritar sin vergüenza la angustia incontenible.

Me han sometido a una operación quirúrgica impostergable, compleja, dolorosa. Él, siempre ahí, dispuesto.

Así, se arrastran los días interminables. El dolor va cediendo, pausado. La esperanza se acerca, tímida.

En la espera tediosa logro detenerme en cada detalle del nuevo hogar; pasajero, pero por ahora mío. Ya disfruto de breves momentos en la soledad del balcón, testigo mudo de tantas vidas ajenas que se entrecruzan en las calles y veredas con pesares quizá mayores a los míos.

Entonces, trato de imaginar el futuro, pleno de buenas noticias, de risas amigas, de placeres pequeños. Fabrico una sonrisa en el alma, me asomo de nuevo al balcón con otra mirada, hablo a los pájaros que revolotean entre las hojas, saludo a las nubes que corren porque sí, me sumo con el pensamiento al ajetreo de la muchedumbre y experimento ser una persona más, que lucha por sobrevivir en cada respiro.

Llega el día en que se termina el contrato. Desde lo físico no parezco lista para viajar. Tampoco estoy todavía preparada de ánimo para abandonar este lugar, al cual ignoré y hasta rechacé al principio, encerrada en el malestar. Sin embargo, en este momento crucial me cuesta despegarme de las paredes, los olores, los ecos; vestigios de un hito importante de mi existencia, un antes y un después.

Contemplo por última vez este sitio. Miro a mi pareja con otros ojos. Porque es otro. Lo sé. Como yo también soy otra. Pocos días bastaron para que cada uno nos descubriéramos internamente. Para valorarnos uno al otro. Para apreciar la vida.

Entro al ascensor; sensaciones contrarias me acosan: deseo irme cuanto antes y borrar estos días amargos; al mismo tiempo, no quiero dejar este lugar, ámbito de lucha con la congoja, ni despedirme de esta etapa de cambio profundo y de aprendizaje.

Me enfrento con la calle después de tantos días de encierro. El bullicio me descoloca. Es solo un instante. Con paso decidido encaro la distancia que me separa del ómnibus que me devolverá a mi origen. De la mano de él.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA

COLOMBIA

SEUDÓNIMO: TERESA

83 AÑOS

CARTAGENA DE INDIAS

"EL GRITO DE LA INOCENCIA EL DOLOR DE LA INGENUIDAD"

El ingenuo "no se cuestiona nada, se lo cree todo", mientras que el inocente "toma una decisión y opta por dar un paso a riesgo de equivocarse".

La brisa de junio acariciaba los cerezos silvestres cuando la joven Aldara cruzó el claro. Había ido a buscar agua al arroyo, pero encontró al pastor recostado bajo el roble, tarareando coplas que hablaban de cervatillos que no sabían del mundo, solo del bosque y de su instinto.

—¿No es más puro, doncella, vivir como ellos? —dijo él, dibujando círculos con su cayado en la tierra—. ¿Para qué las normas si la naturaleza canta otra ley?

Aldara bajó la mirada. Nunca había escuchado palabras así, dulces como miel de diente de león. El pastor hablaba de unión como si fuera destino, de cuerpos como si fueran ramas que debían entrelazarse por mandato del viento.

—¿Y si resistir es también parte del bosque? —dijo ella, no segura de por qué su voz temblaba, pero deseando que no se quebrara.

Él rió, suave y antiguo como la noche.

—Resistir, bella mía, es tarea de las piedras. Tú eres flor.

Pero algo había cambiado. En el agua clara del arroyo, Aldara se vio reflejada. Ya no era solo su rostro lo que veía, sino una palabra que crecía detrás de sus ojos: discernir. No sabía aún si era flor o piedra, pero sí entendía que las palabras podían ser piel, pero también disfraz.

Cuando el pastor se acercó a tocarle el cabello, ella dio un paso atrás. No con rabia, sino con luz.

—No he dicho nada —musitó él.

—Pero tampoco escuchaste el silencio —respondió ella. Y volvió al camino con la jarra vacía pero el nombre intacto.

Durante la cosecha de los cerezos, Aldara debía ir al claro todos los días. El sol doraba la fruta y también su piel. El pastor, cada vez más hábil con las palabras, iba sembrando dudas, certezas prestadas, deseos que a ella se le pegaban como el polen en los dedos.

Le hablaba del instinto, de la unión de los cuerpos como hacen los animales del bosque. "¿Acaso los cervatillos preguntan primero?", decía, con voz tersa como la brisa. Ella, sin saber qué era sabiduría y qué retórica, creyó que la entrega era también pureza.

El cuerpo le habló primero: una curva nueva, una náusea, un retardo que no era estación sino cambio.

Sus padres la buscaron, pero ya era tarde: el pastor la había llevado a otra aldea, lejos de los límites conocidos. Allí vivieron juntos, casi ocultos. Tuvieron una hija que creció entre nubes de ciruelo y cantos de ovejas.

Pero la verdad tenía raíces, y las raíces buscan tierra firme.

El segundo embarazo no llegó con fiesta ni con canto de cuna, sino con un silencio espeso, como de escarcha anticipada. Aldara y el pastor ya no hablaban como antes. Las palabras se les caían de las manos, sin fuerza para inventar futuros.

Una tarde sin pájaros, él le trajo ciruelas. Eran dulces, recién arrancadas, dijo él. Pero ella las dejó sobre la mesa sin tocarlas.

—¿Estás cansada? —preguntó él.

Ella no respondió enseguida. Miró por la ventana, donde jugaba su niña arrojando migajas a las gaviotas que volaban presurosas a alcanzar las que pudieran, lo que le producía una carcajada inocente ante la riña de las aves.

—Estoy... partida, —dijo al fin, sin que se le quebrara la voz—. No en dos, sino en muchas partes. Como si una parte mía hubiera despertado cuando tú seguías soñando.

Él no entendía, o no quería entender.

—Te quise, Aldara. Te quiero.

Ella asintió con la cabeza. No lo negaba, pero tampoco lo alzaba como escudo.

Entonces lo miró, y con una paz cortante dijo:

—"Ya no hay puente posible entre tu alma y la mía; solo queda el eco de lo que fuimos."

El eco de esa frase quedó colgado entre ellos, como la rama de un cerezo que ya no da fruto.

Esa noche no hubo gritos. Decidieron separarse sin cadenas ni ruegos. Él se fue antes del alba. Ella quedó con su princesa... y un segundo embarazo que no había pedido, pero que tampoco negaría, y él nunca lo sabría.

Aldara ya no era la doncella del claro. Ni flor, ni piedra. Era madre. Y era voz.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA

ESPAÑA

ANA MARÍA DORADO SANZ

61 AÑOS

L'ELIANA

"VERANO DEL 24" ANECDOTARIO DE VIAJES DE UNA RECIÉN JUBILADA

Prólogo: "Las manos de Dios"

Hace mucho tiempo empecé a escribir un relato. Su título era ése y hablaba de las manos de las personas que habían formado parte de un período de mi vida, manos todas ellas amadas, "divinas" para mí.

Hoy por hoy, no sé dónde está ese relato inacabado, se perdió o lo quemó el pequeño "pirómano" que tenía entonces por casa. Me habría gustado continuarlo o, al menos, poder releer las inquietudes de aquella mujer recién divorciada que tenía un gran reto entre manos: trabajar y ser madre "soltera".

La escritura siempre ha sido, de alguna manera, mi salvavidas. Recuerdo que en la difícil etapa de la adolescencia me sentía sin identidad, invisible, y vomitar mi angustia en el papel me ayudaba a poner en palabras lo que me estaba pasando.

Me gusta pensar, con la perspectiva de hoy, que la invisibilidad puede ser, en realidad, un poder como le ocurría a Violeta Parr, la hija mayor de "Los Increíbles" de Disney-Pixar. ¡Ojalá lo hubiera visto así!, pero por entonces sentirme invisible no tenía nada de "poderoso" para mí, al revés.

Pasaron los años y aquella adolescente que no se encontraba y buscaba su identidad, más allá de los roles y etiquetas que la identificaban desde niña, decidió "separarse" de su gemela para empezar su andadura en solitario. Fue una travesía bonita y difícil al mismo tiempo, un viaje mental y físico que me llevó a otras ciudades, a vivir la aventura de ser yo, con lo malo y lo bueno que ello conlleva, y a conocer gente diversa.

"Las manos de Dios" nace a partir de otra ruptura, la de mi matrimonio. Hace poco he vuelto a recorrer los lugares que compartí con él: la iglesia blanca donde nos casamos, el piso en el que descubrí la magia de amamantar a un hijo y la desesperación de su llanto, el paseo cerca del mar, la casa de la calle Mar Negro... y la negrura de la mentira.

Ya no recuerdo muy bien sus manos, tampoco las manos de muchas de las personas que han marcado mi vida. Algunas ni siquiera llegaron a ver la luz, a pesar de ello o quizá precisamente por ello, forman también parte importante de mí. El tiempo sigue y aquella adolescente introvertida es ya una mujer jubilada que estrena su nueva etapa, ilusionada como una niña con "zapatos nuevos".

Quizá la luz que me llena ahora se oscurezca con el tiempo y acabe por desaparecer, mientras tanto, te invito a vivir conmigo el verano de una recién jubilada.

Capítulo 1: El bosque de robles

Es mágico despertarte por la noche, ponerte la bata, las chanclas y aventurarte en la oscuridad para ir al baño cuando el camino a recorrer no es el pasillo de un pequeño piso sino una senda entre robles y tiendas de campaña.

Hay que ir con cuidado, eso sí, pues el edificio donde están los baños y las duchas del camping se eleva como una fortaleza a la que se llega tras superar un camino de tierra y una escalinata, pero vale la pena. Aparte de aliviar la necesidad biológica, puedes vivir una experiencia casi "espiritual" atrapada por el silencio, los cuchicheos de los niños y adolescentes que juegan libres, de aquí para allá, bajo la mirada cómplice de la oscuridad.

Frente a la inagotable energía de estos jóvenes noctámbulos, unos pocos adultos, despeinados y somnolientos, peregrinamos a la luz de la luna, del saco de dormir al baño mientras yo me dedico a hacer fotos como una posesa, aunque la magia que mis ojos descubren no quede reflejada en la imagen que mi móvil me devuelve.

Es verano, mi hermana y yo acabamos de cumplir sesenta años y aquí estamos, durmiendo en una cabaña, en el corazón de un precioso bosque de la provincia de Toledo. Nos acompañan dos jóvenes mujeres, bellas y misteriosas, que ocupan las dos camas bajas de las literas contiguas. No hacen nada de ruido y eso nos extraña. Al parecer, su silencioso sueño tiene que ver con el "brebaje" que toman para poder dormir. Nosotras ocupamos la tercera litera, mi hermana hecha un ovillo arriba, pequeña e inquieta, arrebujada en su saco, yo abajo, escuchando el crujido de su cama, expectantes y curiosas, como las niñas juguetonas que fuimos y seguimos siendo.

Nos rodean altos robles de troncos viejos y hermosos y copas verdes y frondosas.

Danzas del mundo llenan las carpas de música y risas y gente amable baila sin parar, sonriendo y compartiendo, abrazando y dejándose abrazar.

Estamos en un festival de "danzas sin fronteras" y hay algo de magia en lo que estamos viviendo. Para los que creen que es patético o friki, les diría que quizá tengan razón. Visto desde los ojos de nuestros hijos, parecemos más una trasnochada secta hippy de los sesenta que un festival del siglo XXI, pero para mí no tiene precio bailar con mi hermana en una carpa, rodeada de gente amable y grandes robles, celebrando que hemos entrado en la década de los 60 de puntillas, como si nada...

¡Felicidades y gracias por estar siempre ahí, hermana!

Capítulo 2: hace 100 años

Los veranos del 24, tanto del siglo pasado como del presente, han tenido en común una gran ciudad y un gran acontecimiento mundial como protagonistas: París y los Juegos Olímpicos.

En el verano de 1924, dos mujeres formaban parte por primera vez de una delegación española, eran las tenistas Lilí Álvarez y Rosa Torres con sus largas faldas plisadas, y un joven de 20 años, nacido en lo que entonces era parte del imperio austrohúngaro (actual Rumanía)

y de ascendencia alemana, ganaba tres medallas de oro en natación representando a Estados Unidos. Su nombre era Johnny Weissmüller.

Hace 100 años, casi a 1.000 kilómetros de allí, el pueblo de L'Estall, ubicado en la comarca oscense de la Ribagorza, no estaba despoblado, faltaban unos 36 años para que se construyera el embalse de Canelles que acabaría dejando aislados a éste y otros pueblos del Montsec aragonés respecto a sus vecinos catalanes de Lleida... Hace un siglo no había pasarelas ni puentes colgantes, no se hacía trekking ni kayaking en la zona ... Tampoco el break dance era una disciplina olímpica.

Mi verano del 24 es una mezcla muy bien aliñada de todo esto: ver en televisión los Juegos Olímpicos de París, la polémica ceremonia de apertura, las anécdotas, los triunfos, las derrotas, saber que el Tarzán de mi niñez también fue medalla olímpica en el París de 1924 y lanzarme yo misma a la piscina para vivir nuevas experiencias en buena compañía.

Reconozco que cuando mi amiga de la infancia me lo propuso, mi primera reacción fue de miedo. Subir y bajar por unas pasarelas de altura considerable y cruzar por un puente tibetano para una persona con cierto vértigo a las alturas no son precisamente actividades que una elegiría para hacer en su primer verano como jubilada, ¿o sí?

Al final, al más puro estilo "Thelma & Louise", recorrimos las pasarelas de Montfalcó, pasamos de Huesca a Lleida cruzando un puente tibetano, surcamos el embalse en un kayak, nos aventuramos por el pueblo abandonado de L'Estall, conocimos la historia de su último habitante ... y, cómo no, ¡volvimos a casa cantando en el coche!

Todo esto no habría sido posible si no es por la cabezonería, generosidad y valor de la amistad. ¡MIL GRACIAS, AMIGA!!

Capítulo 3: Coco y Wally

Esta historia mezcla fantasía y realidad. Se la quería contar a mi hijo, como si fuera uno de esos cuentos infantiles de animales que le leía de pequeño, pero ya no le apetece que le cuente historias, así que te la contaré a ti.

Coco es ciego y se hace el sordo y Wally se ha perdido. No es broma, son datos reales, dichos por la joven mujer del albergue mientras vigila a su hijo que va descalzo y con un pañal por única prenda. El niño es muy pequeño, pero no para, está en su reino. Se llama Armando y como dice su madre, siempre está "armando" lío. Coco, por su parte, se pasa todo el tiempo dormitando, está mayor y cansado, pero le gusta que le hagan caricias. De Wally poco sabemos, no era del lugar, venía con unos visitantes que trajeron su autocaravana, mascota incluida, y se fueron sin ella, sin la mascota.

Ambos están inmortalizados en fotos que decoran las paredes del albergue de montaña. Parece que fueran miembros de la familia, pero no es así, al menos para uno de ellos. Coco es un perro blanco, grande, al que no se le ven los ojos de lo largo que tiene el pelo y Wally es un precioso gato blanco de ojos azules. Nunca se conocieron, pero da la impresión, por cómo están dispuestas sus fotos en el vestíbulo y en el rellano de la escalera, que eran íntimos amigos: la foto de Coco está siempre al lado de la foto de Wally, como protegiéndolo. Habría sido bonito, pero el destino tenía otra cosa preparada para Wally, y no era precisamente hacerse amigo del perro del albergue.

Wally abandonó el hogar seguro de la autocaravana una noche de verano. Sus dueños no se percataron de su ausencia hasta unas horas después. Le llamaron sin descanso, le buscaron con las linternas de los móviles por las inmediaciones y más allá, preguntaron en el albergue y Coco dormía sobre el suelo fresco del vestíbulo cuando la alarmada pareja entró. Se hizo el sordo, como siempre, mientras el papá de Armando intentaba tranquilizarlos, aunque por dentro sabía que la situación pintaba mal: un gato escapista, por la noche, cerca de un bosque dominado por halcones y quebrantahuesos...

A pesar de todo ello, la pareja no se ha dado por vencida y cada cierto tiempo vuelve al albergue para preguntar por Wally. Su foto con el mensaje desesperado "SE BUSCA" sigue en la pared lateral que da acceso a la recepción. Es temprano, Armando tropieza con Coco cada dos por tres y el monitor de las actividades de aventura, fibroso y tostado por el sol, se prepara su café matutino mientras nos comenta que no es un mal final para un animal: Wally estará sobrevolando los bosques de Montfalcó reencarnado en un halcón.

Capítulo 4: bajo las estrellas

Entre las ruinas de las murallas almohades, un hombre de unos 65 años hace una foto a una mujer de unos 60 años. Ambos están recién jubilados, él dejó de ser inspector de policía local en marzo, ella dejó de ser profesora de inglés de un instituto público en agosto.

Es una bonita tarde de septiembre, algo nublada y con viento fresco, pero agradable. Un par de parejas más visitan la zona, pasean curiosos y se hacen fotos también. Están en el punto más alto del pueblo, donde conviven un cementerio, las viejas murallas y un mirador "Starlight".

Y allí están nuestros protagonistas, primero le hace una foto ella a él, que posa sonriente delante del panel de estrellas y luego él a ella, pero algo parece que se complica y la toma de la foto se alarga en el tiempo. En realidad, está grabando un vídeo, aunque ella no lo sabe, lo sabrá cuando días después reciba por WhatsApp un "gif" cómico con su imagen en bucle.

¿Cómo se llama al amigo especial, con derecho a roce, cuando ya no tienes veinte años y presentarlo como «mi novio» o «mi chico» parece que no procede? Hablar de él como «mi pareja» queda un poco grande y tan sólo como «un amigo» resulta un poco pequeño... Al final, optamos por lo pequeño, lo poco ambicioso y, escondido tras mi miedo al compromiso y a las relaciones íntimas más profundas, él sigue siendo eso, mi "amigo especial".

No sé, ni me puedo imaginar, un futuro viviendo a diario con él, sin los muros y los techos que nos limitan hoy. Y, a pesar de todo, seguimos adelante. Hemos creado nuestra propia "rutina", dentro de la rutina del día a día que nos aleja, y nos vemos los fines de semana para salir y viajar, como novios eternos.

En el verano del 24, soñamos juntos en un hotel de cuatro estrellas, allá arriba, cerca de las estrellas de verdad. Caminando, subimos a ver las murallas; caminando, bajamos a comer al río. Juntos descubrimos el frontón excavado en la roca, las casas cuevas, con el sonido del agua y el verde de las huertas cerca.

La última foto que recuerdo de aquel viaje es la que le hice en el banco de la parada de autobús. Él, su único pasajero,

esperando paciente y cansado, allá en un pueblo perdido de Albacete. “El tiempo lo cura todo. Seguro que mañana te querré, pero de otro modo. De otra manera tal vez.” (Letra de “Ella” del grupo barcelonés “La Sra. Tomasa”).

Capítulo 5: una puesta de sol contigo

Volvería a vivirla otra vez, una y más puestas de sol contigo en el Jardim do Morro, con el Duero a nuestros pies y el cielo anaranjado en el horizonte. Miles de jóvenes se arremolinan en el mirador y la melodía de los músicos callejeros nos acompaña como la banda sonora de una película. No sé cuántas veces ya hemos cruzado el puente Luis I, por arriba, por abajo, de Oporto a Vila Nova de Gaia, de Vila Nova de Gaia a Oporto. No sé cuántos kilómetros hemos hecho ya, a pie, en tren, en autobús, pero llevamos las zapatillas aladas de Mercurio y tu móvil como brújula y guía.

Entre el fuego y el aire hay combustión, entre el aire y el aire, un remolino sin parar. Mi “amigo especial” es Aries, mi hijo es Géminis, como yo, así que viajar con él es aventurarse cada día en una jornada que no se sabe cómo puede acabar.

Hoy hemos cogido un tren en la preciosa estación de Sao Bento, nos vamos a Aveiro, pero nos olvidamos de un detalle: validar el billete. Nuestra intranquilidad va en aumento, ¿y si viene el revisor?, así que bajamos en una estación cuyo nombre no recuerdo, preguntamos en la ventanilla al encargado y validamos finalmente el billete.

Esperamos sentados en el andén y, más por impaciencia que por agotamiento, cogemos el primer tren en dirección a Aveiro que llega a la estación. Una vez arriba, nuestra intranquilidad vuelve a hacer acto de presencia. Estamos en un “intercity” y nuestro billete es de categoría inferior.

No recuerdo haber sentido el corazón tan desbocado como cuando vemos aparecer al revisor. Nosotros estamos, en los últimos asientos del vagón, cerca de la salida. Verle aproximarse y salir en dirección contraria es todo uno. Mi hijo se levanta con decisión y se mete en el baño. Yo hago lo mismo, en el de enfrente... Minutos encerrados que parecen eternos, yo que salgo temerosa del baño al escuchar el aviso por megafonía de la parada en la estación de Aveiro, mi hijo que no sale de su baño, yo que le llamo cautelosamente y, mientras tanto, el revisor avanzando ... Para el tren, mi hijo sale con la cabeza bien alta y nos lanzamos a la puerta con el revisor pisándonos los talones

Ha pasado el peligro, estamos blancos como las paredes de la estación. Nos tiemblan las piernas y nos sentamos en los bancos con el corazón a mil. Y ahora a visitar la Venecia portuguesa, ¿con este cuerpo? Sí, tan sólo necesitamos unos minutos de descanso y después, a la carga de nuevo. Por la tarde, cuando volvamos a Oporto, nos acercaremos a ver de nuevo la puesta de sol en la otra orilla del Duero. Cada atardecer es diferente, ¡ojalá recuerdes nuestra complicidad entre tanto barullo cuando yo ya no esté y tú vuelvas por aquí!

Capítulo 6: peregrinando por el dolor

No todo puede ser juego y aventura en tu primer verano de jubilada, conviene pisar con los pies en la tierra y si no lo haces tú, motu proprio, lo hace la vida por ti. Fue la

llamada de mi hijo la que me hizo parar, salir del coche, respirar, y hacerle una y otra vez las mismas preguntas: ¿cómo había pasado?, ¿cuándo?, ¿había sufrido? y ¿cómo estaba él? ... Bati, nuestro gato, había muerto y mi hijo había tenido que gestionarlo solo pues yo estaba casi a 600 kilómetros de distancia.

Al dolor por la muerte de Bati se sumaba la culpa por no haber estado allí, demasiada rabia junta que no sabía cómo canalizar... Justo ese día habíamos terminado mi "amigo especial" y yo nuestra estancia en el albergue de peregrinos de Irún como "hospitaleros" (dícese del voluntariado que atiende a los peregrinos en los albergues) y nos dirigíamos en coche a Elizondo. La lluvia irrumpió con fuerza, con ella mi llanto y a mi amigo no le quedó otra que aguantar el doble chaparrón mientras conducía. Reconozco que no se lo puse fácil.

Llegamos al hotel que Dolores Redondo inmortalizó en su trilogía del Baztán en plena tormenta y entre el misterioso encanto del lugar y el agua de la ducha cayendo sobre mí, cual manto purificador y reparador, me rendí: ya no podía hacer nada, tan sólo tratar de recomponerme.

Días más tarde mi hijo me explicaría que había sido mejor así, él lo gestionó sin dramas, conmigo habría sido más difícil. Bati llevaba con nosotros diecisiete años, era una parte fundamental en nuestro núcleo familiar y se fue como vino, sin esperarlo, resistiendo, como sólo los seres callejeros saben hacerlo.

Aún recuerdo la primera vez que lo vimos, lo llevaba en brazos un alumno mío que había rescatado al pequeño gato negro de unos gamberrillos que jugaban con él en la calle. Estaba asustado y sucio, con el hociquito manchado de leche. Con el tiempo, se convertiría en el único gato, de los tres que hemos tenido, que aunque se escapara mil y una veces, siempre volvía a casa. Murió también con el hociquito manchado, cerca de su comedero, anciano y flaco, pero resistiendo.

Me siento orgullosa de ellos, "mis negritos", mi hijo y Bati, y me reconforta saber que aquel niño de bucles de azabache que jugaba con su gato y se admiraba de sus correrías, fuera y dentro de casa, haya cuidado de él también en su final.

Epílogo

Ha pasado ya más de un año desde aquellos días dorados. Al verano del 24 le siguió el verano del 25, menos "espléndido" en cuanto a diversidad de experiencias se refiere, pero más "profundo". Algunas de las vivencias del año anterior cobraron cuerpo y lo que en el verano de mi jubilación fue un mero apunte, empezó a ganar peso.

Mi hermana y yo volvimos al festival de danzas, estuvimos más días y, además del baile y de la belleza del bosque, disfrutamos nuestra estancia con personas entrañables. También volví a compartir con mi amigo especial el voluntariado en el albergue de peregrinos de Irún. La antigua escuela municipal se convirtió de nuevo en nuestro hogar, esta vez durante diez días, mientras mi hijo estudiaba con ahínco para la oposición.

Sigo pensando en el futuro con esperanza, a veces teñida de nubes pesimistas, pero soy consciente que soy muy afortunada, gracias a esas "manos de Dios", generosas y amadas, que han llenado y siguen llenando mi vida.

L'Eliana, otoño del 2025.

FIN

NACIONAL

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA



GANADORA REGIONAL

ELIZABETH MÓNICA DÍAZ DURÁN

66 AÑOS

ARICA

"SI LAS PAREDES HABLARAN"

Siempre he pensado que las casas también tienen vida. No hablan como nosotros, pero guardan risas, penas, canciones, silencios y sueños. Por eso, cuando recuerdo la casa de mi infancia, siento que sus paredes todavía podrían contar mucho de lo que vivimos allí.

Siempre me he preguntado cuántas vidas, o mejor dicho, cuántos tipos de vida existen. Yo prefiero pensar que todo tiene vida, y que deberíamos hacer y entregar siempre amor. A eso yo le llamo energía. El amor se transforma en energía positiva y, lógicamente, la rabia en energía negativa. Y lo más importante de todo es que mi visión es esa: amor.

Mis primeras memorias de niña son en un lugar donde había muchos terrenos cercados, y en algún lugar de esos terrenos, piezas construidas con material ligero o con lo que se podía, que servían para resguardarse del frío, de la lluvia o del calor.

Recuerdo que eran terrenos sin alcantarillado, sin luz y sin agua potable. Pero yo siempre me veo corriendo y saltando. Todo me parecía bello. No recuerdo haber sentido la necesidad de una vida mejor.

En ese tiempo éramos tres hermanos, siendo yo la menor, y mi madre estaba embarazada. Creo que por eso veía la vida hermosa y sin preocupaciones, porque mi mundo era solo jugar y rezar.

En aquellos tiempos mi madre nos hacía rezar mucho. Cuando lo hacíamos con mi hermana mayor, era con tanta devoción que pensábamos y deseábamos que Dios y la Virgen nos vinieran a visitar porque éramos buenos niños.

Ahora que lo pienso, en esa época existía mucha diferencia en la forma en que se criaban los hijos varones respecto de las niñas. Cuando mi madre nos hacía rezar, no recuerdo a mi hermano haciéndolo con nosotras.

No recuerdo bien cuántos años tendría en aquel tiempo, pero sí recuerdo a mi hermano mayor, que se llamaba Luis y a quien le decíamos Luchín. Tenía una piel tostada, ojos oscuros y grandes, cejas un poco gruesas, y sus ojos siempre brillaban porque vivía jugando y sonriendo. Era muy curioso, inquieto e ingenioso.

Después venía mi hermana mayor. Se llamaba Mireya y era muy menudita. También tenía la piel tostada, labios carnosos y muy bien formados. Sus ojos eran oscuros y un poco achinados. Tendríamos unos dos años de diferencia. Yo, en ese tiempo, debía tener entre cuatro y cinco años.

Nos parecíamos en algunas cosas, aunque ella era mucho más menudita. Yo, en cambio, era más blanca; o mejor dicho, mi piel era como dorada. Mi pelo era rubio, a diferencia del de mis hermanos, Mireya y Luchín, cuyos cabellos eran mucho más oscuros que el mío. Mis ojos eran café muy claro y, cuando me daba el sol, se me veían verdes.

Recuerdo que vivíamos en una pieza hecha de cholguán. Al frente tenía una ventana a la que, como éramos pequeños, no alcanzábamos a mirar hacia afuera, así que teníamos que subirnos a alguna cosa para poder ver.

La pieza no tenía cielo, solamente techo de calaminas. Cuando llovía, el agua se filtraba por algunos hoyitos, supongo. En esos años el clima era diferente. Recuerdo que en verano el sol se sentía muy agradable; incluso uno se ponía al sol para tostarse un poquito. Pero cuando llegaba el invierno, llovía mucho.

A mis hermanos y a mí nos gustaba la lluvia, porque salíamos a la calle y hacíamos una ronda cantando: “Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva…”. Y no recuerdo qué más decía la canción, jajaja.

Mi madre nos mandaba a acostarnos temprano porque no quería que nos mojáramos ni que nos enfermáramos. Todavía recuerdo el olor a la lumbre de carbón, con la que nos alumbrábamos de noche y donde ella nos preparaba sopaipillas o algo rico para comer.

No recuerdo exactamente dónde dormía mi hermano, pero mi hermana y yo siempre compartimos una cama. Haciendo memoria, el lugar era muy pequeño. No alcanzaban a caber tres camas. Actualmente, en ese terreno donde estaba ubicada esa pieza, se encuentra una cochera.

Creo que dormíamos los tres juntos en una cama: mi hermana en los pies y nosotros en la cabecera. En la habitación estaba todo: la cocina, la mesa para comer y las camas.

En un mueble arrimado a una esquina había una radio a pilas. A cierta hora, mi madre y nosotros escuchábamos una novela muy triste sobre un huérfano que pedía limosna, cantando bajo la lluvia. Con mi hermana llorábamos por la miseria del niño y esperábamos con ansias el otro día para escuchar otro capítulo.

De día, mi madre siempre estaba haciendo algo, escuchando música. Recuerdo que siempre la escuchaba cantar. En esos años me parecía todo hermoso y principalmente sentía mucha paz.

En la parte trasera de la pieza había una puerta hecha con palos y cholguán, y afuera había una batea donde recuerdo que mi madre nos bañaba. El terreno estaba cerrado con calaminas viejas y oxidadas, y nosotros siempre nos encaramábamos para mirar hacia los otros patios.

Recuerdo que atrás vivía una abuelita a quien nos gustaba visitar porque nos daba cositas para comer. También recuerdo que los domingos preparaba empanadas muy ricas y las vendía.

En una oportunidad, curioseando entre las calaminas, me hice una herida en una rodilla. Mi mamá, muy enojada, me hizo curaciones con alcohol y de la herida salió mucha espuma. Tiene que haber sido una herida grande, porque hasta el día de hoy tengo la cicatriz.

Creo que en mis recuerdos ya habían pasado algunos años, porque con el tiempo muchas casas estaban mejor construidas. Se habían formado, creo yo, juntas de vecinos, y cada cierto tiempo mi mamá nos mandaba porque nos enseñaban manualidades. Además, todos los domingos nos regalaban una once o algo rico, y un día a la semana nos reuníamos para prepararnos para hacer la primera comunión.

En esos años recuerdo tristeza en mi corazón. Siempre veía a mi madre darles toda su atención a mis hermanos mayores, y también recuerdo muchos retos y críticas hacia mi persona. La hermana que nació después de mí, Ivonne, casi no la recuerdo. Después mi madre tuvo mellizos, María Angélica y Eduardo. Creo que yo tendría entre siete u ocho años.

Mis padres siempre estaban trabajando para ampliar la casa. Para eso, mi padre compró una máquina para hacer bloques, y ellos preparaban la mezcla mientras Mireya y yo nos preocupábamos de cuidar a los bebés, María y Eduardito.

Mi hermanito era muy llorón, y para entretenerlo lo subíamos a caballito en nuestro estómago. Como las camas eran de resortes, los levantábamos lo más alto que podíamos. Se reían mucho y así lográbamos que no lloraran tanto.



Una noche, mi hermanito se enfermó con mucha fiebre y le dio un derrame cerebral, por el cual murió. Ahora, de adulta, pienso que quizás, por ser tan pequeños y moverlos tanto, algo pudo haberle pasado en su cabecita.

Los años fueron pasando. La casa y la familia siguieron creciendo, pero ya no se sentía tanta paz. Mis padres discutían mucho. Recuerdo que mi madre siempre celaba a mi padre, y que en esos años él golpeaba a mi mamá. Crecí viendo a mi madre como una mujer triste, desdichada, que nunca pudo ser feliz ni salir de esa vida.

Siempre la vi soñando con algo distinto.



Mi madre se perdió por haberse casado con mi papá. Ella era muy soñadora y romántica. Me crie en un ambiente hostil, violento y triste, donde mi madre nos hizo creer que el romanticismo y el amor de los cuentos de hadas eran verdad.

Si pensamos que todo es vida y energía, esa casa se cargó de mucho dolor y sacrificio, pero también de momentos de felicidad y agradecimiento por todo lo que, con los años, se había logrado construir.

Nosotros, como hijos, crecimos con el sueño de ver terminada esa casa. Mi padre incluso hizo una maqueta de cómo sería: una casa de dos pisos, donde cada hijo tendría su propia pieza. En esa maqueta también había una pieza destinada exclusivamente para la costura de mi madre, porque ella nos hacía toda la ropa.

Mi madre siempre fue muy buena dueña de casa. Nos cosía la ropa, tejía, bordaba y cocinaba la mejor cazuela que he probado en mi vida. Pero su vida siempre estuvo llena de tristeza. No recuerdo haberla visto realmente feliz algún día.

De alguna manera, las paredes de esa casa absorbieron mucha tristeza, sacrificio y dolor. Para mí fue mi infancia. Allí fui muy juguetona y soñadora. Ahí están todos mis mejores recuerdos con mis hermanos mayores, hasta que después nos cambiamos de casa y quedaron todos nuestros sueños a medio terminar.

Cuando nos cambiamos, comenzó otra etapa de nuestras vidas. La casa de nuestros sueños quedó abandonada. Nuestra nueva casa estaba bien terminada y construida, pero era pequeña para

nosotros, que éramos nueve en total. Tenía dos dormitorios. Imagínense cómo dormíamos siete hermanos.

Pero a mí, no sé por qué, nunca me importó la situación económica ni las necesidades. Sufría mucho porque sentía que mi madre era profundamente infeliz, y eso me dolía más que cualquier carencia.

Sufría mucho porque sentía muchas injusticias por parte de mi mamá. Crecí observando todo y siempre me decía a mí misma que yo no sería igual que ella, que mi vida sería diferente.

Odiaba ver a mi madre llorando por su sufrimiento, pero al mismo tiempo sentía que ella nunca hacía nada para cambiarlo. El romanticismo, lamentablemente, dentro de mí solo pensaba en el amor. ¡Qué horrible! Eso lo digo ahora, a mis 65 años.

Hoy creo que amar es importante, pero primero tengo que amarme a mí misma y amar todo lo que a uno le rodea, especialmente el techo que nos cobija, porque cada casa, igual que las personas, tiene historia.

Si las paredes hablaran, creo que contarían muchas cosas: las risas de los niños, las canciones de mi madre, el olor a carbón, la lluvia cayendo sobre las calaminas, las penas escondidas y los sueños que quedaron a medio terminar.

Esa casa no fue solo una casa. Fue el lugar donde aprendí a mirar la vida, donde conocí la alegría y también la tristeza. Fue el lugar donde entendí, sin saberlo todavía, que las paredes también guardan memoria.



PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ALFREDO ENRIQUE GUERRERO GUTIÉRREZ

79 AÑOS

ARICA

"CÓDIGOS SECRETOS"

Al llegar a la intercepción de esas dos calles, a espalda de la catedral de Tacna, opté por la arteria de la derecha. Mi esposa, que en ese instante intencionalmente se había quedado un paso atrás, se fue por la calle de la izquierda. Hacía un par de minutos que caminábamos uno al lado del otro sin hablarnos, por un altercado cuyo motivo ya no recuerdo, pero que me había dejado muy molesto.

Iba con la cabeza gacha mirando el piso y rumiando mi rabia. A mitad de cuadra levanté la mirada y evidencié que me encontraba a unos treinta metros de la Prefectura de la PIP (Policía de Investigaciones del Perú). Y yo caminaba por la misma vereda. En la puerta se apreciaban tres policías conversando o tomando sol, cuando en ese instante repararon en mi presencia.

Rápidamente evalué la situación mientras aminoraba el caminar. Era 1976 y hacía apenas un año atrás, que Chile y Perú habían estado a punto de un conflicto bélico, al percibirse que el general Velasco Alvarado armaba al Perú con la clara intención de recuperar los territorios perdidos en la Guerra del Pacifico de 1879 y cuya delicada situación desencadenó en que ambos países pasaran casi toda la década de los 70, por una especie de "Guerra Fría", la que fue escalando debido a la proximidad del Centenario de tal guerra, la que se cumpliría en abril de 1979.

Pensé que, si cruzaba a la vereda del frente, sería demasiado evidente que mi intención era evitarlos y ni pensar en regresarme para dar un largo rodeo y menos elegir la calle por donde se había ido mí esposa.

Seguí caminando, decidido a pasar por entre medio de los policías y no darle importancia a su presencia. Al pasar dije:

—Permiso.

Pero tal permiso, sonó en mis oídos impregnado a fastidio.

Separado por casi un metro y medio de los dos policías, se encontraba el tercer agente, que al parecer era mi menor, ya que yo estaba por cumplir 29 años de vida.

Ya había pasado el primer obstáculo, cuando el joven policía levantó la palma de su mano para que me detuviera, exclamando:

—¡Documentos por favor!

Aún con mi contrariedad a cuesta que no había superado, exclamé molesto.

—¡Muéstreme su credencial! —Dije descortésmente.

¡Oiga! …¡Estamos en la puerta de la Prefectura! —Exclamó sorprendido el agente policial.

—Sí, pero usted está en la vereda y no en la puerta. — Dije en forma desatinada.

— ¡Adentro! —Exclamó el policía con un movimiento de mano.

Ingresé a la guardia y el policía detrás, ordenando vaciar mis bolsillos.

Saqué mis objetos personales depositándolos en la mesa.

Revisó mis documentos, todo estaba en regla, luego tomó mi pequeña libreta de apuntes y comenzó a ojearla detenidamente, cuando casi al final de la libreta, reparó en tres o cuatro páginas con una serie de códigos: A5; B2; C3; D10; E6; y así sucesivamente. Eran cincuenta códigos que llegaban hasta el final del abecedario y que yo ya había olvidado por el paso del tiempo. Me quedó observando intrigado, para enseguida preguntar:

—¡¿Qué significa esto?!

Me mostró la libreta y sorprendido quedé observando en silencio los caracteres.

En ese instante, me di cuenta de que la pesadumbre que sentía por el altercado con mi esposa de hace unos minutos atrás ya había desaparecido y ahora trataba de recordar el significado de esas letras enumeradas.

Impaciente el policía preguntó:

—¡¿Es suya la letra?!

—Sí, es mi letra. —Dije sin dudarlo, para enseguida agregar.

—Yo escribí esto, pero la verdad que no recuerdo el significado.

Por más que intentaba pensar en alguna pista que me hiciera recordar lo escrito hace tanto tiempo, no lo lograba y comenzaba a darme esa sonrisa productos de los nervios. En ese instante, se acercaron los dos policías que tomaban sol y su colega que me interrogaba les dijo:

—¡Miren esto! Y dice que no se acuerda el significado de lo que él escribió.

Los policías me quedaron mirando seriamente e intercambiaron miradas con el oficial que sentado esperaba mi respuesta de esos “Códigos Secretos”.

Los dos agentes se marcharon al interior de la Prefectura y el joven policía preguntó.

—¿A qué viene a Tacna?… ¿Dónde se aloja o está de paso?

—Vine con mi esposa a visitar a mis suegros, ellos son peruanos, mi esposa también y acabo de tener una discusión con ella y enojada se fue por otra calle.

—¡Dónde trabaja su suegro?

—Él tiene un servicio técnico de máquinas de escribir en calle San Martín y hay veces que repara las máquinas de aquí, de la prefectura.

—“Y qué significan estos códigos”

El pensar en mis suegros, se me vino el recuerdo de su casa y exclamé.

—¡Ah!, ¡Ya me acordé!

Esa expresión sonó más fingida, hasta yo la sentí como una burda excusa de último momento. Enseguida argumenté:

—Hace unos años, encontré colgado en la cocina de la casa de mis suegros, un calendario de la Editorial Navarrete, que promocionaba imágenes para calendarios y como yo tenía la idea de crear un negocio de rompecabezas, entonces

pensé en comprar medio cientos de retratos y recortarlas sobre planchas de terciados. Es por eso que seleccioné cincuenta figuras, anotando los códigos de cada estampa del calendario y escribí a la editorial Navarrete que está en Lima.

—¿Y ese calendario dónde está?

—No sé si aún sigue colgado en la cocina.

—¿Y qué pasó con los rompe cabezas?

—De la editorial nunca contestaron. Entonces dejé de lado el proyecto, dedicándome a las reparaciones de máquinas de oficina.

Me quedó mirando muy serio. Seguramente evaluando ésta aparente quimera. Luego de unos segundos en silencio exclamó:

—¡Tome sus cosas y retírese!

Incrédulo de que creyera en mi verdad, contesté:

—Gracias y le pido disculpas por mi comportamiento. Sé que contesté de mala forma.

Tres años después, en marzo de 1979, a un mes de cumplirse el Centenario de la Guerra del Pacifico, y por ende aumentar la tensión entre ambos países, ingresaba yo nuevamente a esa prefectura, pero esta vez acompañado de mi esposa como testigo de mi inocencia, para ser interrogado por la “Seguridad del Estado”, dependiente de los “Servicios de Inteligencia de la Policía Peruana (PIP)”. Bajo sospecha de “Alto Espionaje Chileno”. Interrogatorio sorteado sin inconvenientes, pero que tres meses después, en junio, me llevaría a pasar por un cautiverio de diez meses en la Capital Imperial del Cusco, como prisionero de “Guerra Fría” entre Chile y Perú.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

JORGE ARMANDO RIVERA FLORES

83 AÑOS

ARICA

"DE LA PERLA DEL NORTE A LA ETERNA PRIMAVERA"

Me llamo Jorge Armando, tengo 83 años de edad, soy profesor jubilado con una discapacidad severa auditiva y visual, por consiguiente, debo enfrentar día a día las dificultades y desafíos que me presenta la vida. Siempre he pensado que los sueños se cumplen si luchamos por ellos y puedo lograr todo lo que me propongo porque creo en mí.

Nací en Antofagasta, pero he vivido gran parte de mi existencia en Arica, también llamada la ciudad de la "eterna primavera". A lo largo de mis años, he sido testigo de innumerables cambios en nuestro país, como también en mi entorno familiar. Hoy, estando en la etapa más madura de mi vida, siento la necesidad de escribir mi propia historia, como testimonio veraz y sencillo para mis hijos, nietos y para todo el que desee conocer un trozo de mi vida, marcada por el amor a mi familia, el trabajo, la memoria y la cultura, porque quien se siente amado aprende a amar.

Deseo destacar los recuerdos, las emociones, los aprendizajes y las experiencias que han contribuido a dar forma a la persona que soy hoy. Quiero hablar de mi infancia, de las personas que me marcaron, como mi madre, mi abuelita y mi cuñada Victorina, de todos mis momentos duros y tristes, evocaciones que me enseñaron a tener fe y encontrar esperanza en momentos difíciles, a ser fuerte, al igual que mis alegrías, que me enseñaron a valorar y respetar a las personas, a mi familia, a mí mismo y a la vida. Especialmente deseo destacar el valor del patrimonio humano y cultural de nuestra tierra, los que he plasmado en las obras de teatro: "Memorias" y "Juegos de nuestra infancia", donde la voz de los adultos mayores revive los acontecimientos de esos hermosos tiempos idos.

Memorizo mi niñez, como un período de demasiada angustia y de dolor, porque comencé a hablar a los seis años de edad, no tenía la adquisición del lenguaje, todos pensaban que era mudo, pero gracias al amor y a la paciencia y cuidado de mi abuelita y de mi cuñada Victorina logré hablar con dificultad. Como era muy tímido, tartamudeaba mucho, siendo el blanco de sobrenombres como "tatarita, tartamudo, el moca, disco rayado, metralleta", situación que acrecentó cuando ingresé por primera vez al colegio.

Tengo que contar que soy el menor de cuatro hermanos que vivíamos en Antofagasta con mi mamá Rosa y mi abuelita. No conocí a mi papá porque nos abandonó cuando yo nací. Este hecho de no conocer a mi padre lo tomé como un rechazo personal y también de abandono,

situación que afloró en mi identidad, en mi niñez y adolescencia, con el paso de los años y al amparo del amor familiar, lentamente fui aprendiendo a vivir sin tener la imagen de aquel que me dio la vida. Muchos años después, ya adulto, me enteré de su fallecimiento.

Guardo hermosos recuerdos de mi cuñada Victorina, ella me inculcó el amor por los estudios, por el esfuerzo y los valores que dignifican a las personas. Era profesora en la escuela de la oficina salitrera Victoria donde mi hermano mayor Óscar trabajaba. Mi hermano Hugo y yo pasábamos las vacaciones de verano en la casa de ellos. Aquí conocí a muchos niños de mi edad y me di cuenta de una triste realidad: la desigualdad social entre los hijos de obreros y de los empleados, pero en mi mentalidad de pequeño no sentía esa diferencia y, además, los niños no se reían de mi defecto y comencé a sentirme un poco más feliz, porque aprendí que, con paciencia, dedicación y esfuerzo, algún día podía llegar a hablar igual que ellos.

Cuando estaba por terminar el sexto año de humanidades, en el Liceo de Hombres de Antofagasta, mi cuñada me aconsejó que postulara a la Escuela Normal Superior para ser profesor y poder ayudar a los niños que tenían problemas de aprendizaje y de baja autoestima. Este consejo me motivó y logré obtener el título de Profesor Primario con mención en Artes Plásticas en el año 1965. Este logro significaba mi ideal como maestro ayudar a los niños de mi país a poder superar sus limitaciones, como una forma de gratitud reconociendo los dones recibidos.

Mi recuerdo más hermoso de mi vida fue el haber conocido a una compañera de curso, enamorándonos. Ella me ayudó y contribuyó a superar mi timidez y bloqueos en mi habla, adquiriendo una mayor personalidad y seguridad. Años después, formamos una linda familia con tres hermosos hijos, todos profesionales exitosos y, a la fecha, con seis nietos, estudiantes universitarios.

Mi primer nombramiento como profesor fue en el año 1966, en la Escuela N° 32 de Molinos, ubicada en el valle de Lluta de la ciudad de Arica, era un poblado que no contaba con luz eléctrica, agua potable y con solo cuatro familias. Para llegar a la escuela no existía locomoción colectiva, por lo que tenía que ubicar camiones que fueran a buscar choclos a Molinos, y los camiones que partían de Arica a Molinos iban repartiendo los víveres en las distintas parcelas que existían hasta llegar a Molinos, el viaje duraba más o menos seis horas, ya que no había carretera asfaltada y esta atravesaba en diversas oportunidades el río Lluta.

La mayoría de las veces, al terminar mi jornada semanal de trabajo escolar, regresaba a la ciudad para estar con mi familia y, con este fin, ayudaba a cargar los sacos de choclos de las parcelas hasta el camión, como una forma de colaborar y así poder partir lo más rápido posible para ver a mi familia e hijos. Para hacer realidad mi viaje, tenía que acomodarme arriba de los sacos con choclos, soportando la fuerte llovizna, el radiante sol o el intenso frío de la noche del valle.

La escuela era unidocente donde atendía a los alumnos de primero a cuarto año básico, con una matrícula total de 36 alumnos. Los padres de esos niños eran de origen aimara y la mayoría eran medieros, que estaban encargados de la siembra y cosecha de los choclos, el patrón les daba una choza para vivir y un pequeño sueldo.

Era director, profesor y el encargado de repartir el desayuno y el almuerzo escolar, actividad que partía desde las 8:30 horas de la mañana, hasta las 16:30 de la tarde.

Aquí, aprendí a hacer múltiples labores y tareas en beneficio de mis alumnos, también conocí de sus: sueños, ilusiones, sus penas y de sus tareas, las que consistían en cuidar a los animales y ayudar en las labores de la siembra y cosecha desde la mañana muy temprano hasta el anochecer, soportando el frío o el calor inclemente del día.

Muchas veces los alumnos faltaban a clases porque eran necesarios en la faena agrícola, razón por la cual tenían que ir a las parcelas a trabajar para ayudarles a sus padres. Después de varias reuniones con los padres y apoderados, comprendieron que una forma de romper el círculo de la pobreza era la educación, creo que fueron verdaderas charlas motivacionales, porque los padres cambiaron lentamente su actitud y asistían los días sábados por turnos: a pintar la escuela y hermosear el sector, logramos construir una pequeña cancha de fútbol para los niños y para las niñas una sala especial, para que realizaran sus manualidades.



Esta experiencia me hizo recordar las enseñanzas recibidas en mi casa y, por, sobre todo, el amor y los valores recibidos por mi madre, que tuvo la difícil misión de desempeñar los roles de madre y padre y que con el tiempo logré aquilatar y valorar, el sacrificio de su labor y enseñanza recibida, ya que el mensaje que nos entregaba era la alegría de servir, descubriendo que la verdadera felicidad también está en hacer el bien a los demás a lo largo de mi vida.

Al cabo de tres años, la Secretaría Ministerial de Educación me traslada a la ciudad de Arica a la Escuela D 18 “República de Israel”, aquí, junto a mi familia, me sirvió para planificar mi futuro en la docencia y decidimos que debía seguir estudiando para obtener un cargo de más responsabilidad que nos permitiera cumplir nuestros sueños como familia y así de esta forma, para que nuestros hijos tuvieran un mejor futuro.

Como profesor, tenía que atender un primer año en la jornada de mañana y me quedaba toda la tarde para estudiar, decidido a ingresar a la Universidad de Chile, sede Arica, para profesor de educación general básica con mención en educación física. Era vespertino y, al cabo de tres años, obtuve mi nuevo título, lo que me permitió hacer clases de educación física, en las mañanas en las escuelas básicas y en las tardes tenía 12

horas semanales de educación física en el Liceo N° 1 de hombres de Arica, ganando un nuevo sueldo, para el bienestar de nuestro hogar.

Estando en la ciudad de Arica, fui elegido presidente de la Asociación de Deporte Escolar Integrada (A.D.E.I.) de Arica, institución que reunió la Educación General Básica con la Educación Media en lo deportivo.

Como me gustaba el deporte, ingresé a la Asociación de Boxeo de Arica y obtuve el carnet de árbitro y jurado, donde participaba de los torneos locales, como también en los combates de Inter ciudades de Arica-Iquique-Antofagasta e internacionales Perú Tacna-Chile Arica.

La dirección Departamental de Educación nomina a un Director de Escuela y a un profesor de educación física para participar en la ciudad de Santiago de un curso de capacitación para los profesionales de la salud y educación, en la Universidad de Chile organizado por APROFA Asociación Chilena de Protección de la Familia, sin fines de lucro, durante cinco años estuvimos promoviendo la salud sexual y reproductiva, mediante charlas con doctores en liceos, escuelas básicas, en la escuela de instrucción de carabineros en Arica (GRUPIN), la asociación de directores de enseñanza básica y media, además en distintas organizaciones de la comunidad de nuestra ciudad, hasta el año 1973, año que entró en recesión.

En el año 1975 fui el coordinador del Departamento de Educación Física de la Dirección Departamental de Educación de Arica, donde me especialicé durante una semana en salud familiar, en la Universidad de Chile, Facultad de Medicina.

El Servicio Municipal de Educación de Arica hace un llamado para postular a un “Curso de formación para director de escuela básica”, impartido por la Universidad de Tarapacá de nuestra ciudad, al que postulé y en el año 1986 obtuve el título de director de escuela básica y al año siguiente fui nombrado como director de la Escuela G N° 27 “Ignacio Carrera Pinto” de la ciudad de Arica.

Cumplía mi gran meta de dirigir una escuela, en ese instante daba gracias a los que me ayudaron a hacer realidad mi gran sueño, recorrer un largo y difícil camino, que la mayor parte fue duro y agotador, pero tenía a una compañera de viaje que siempre estuvo alentándome a lograr nuestra meta y ahora tenía que asumir este nuevo desafío y pensé poner todo mi esfuerzo y constancia para ser un director responsable, cumpliendo con la palabra dada, con los deberes asumidos.

La escuela G N° 27 “Ignacio Carrera Pinto” está ubicada en la entrada de la ciudad, tenía un solo piso, el patio era de tierra, había cuatro cursos de primero a cuarto año, con una matrícula de 118 alumnos. El personal docente eran tres profesores varones y un jefe técnico.

La tarea que me encomendó el director Municipal de Educación fue elevar la matrícula y aportar todo mi esfuerzo, trabajo y dedicación, para entregarles a esos alumnos una “educación de calidad”.

Mis primeras reuniones fueron de conocimiento del sector, de las familias y de los alumnos. Tras los aportes de los profesores, elaboramos un plan de trabajo, que consistía en buscar aumentar la cantidad de matrículas.

Cerca de la escuela está ubicado el Asoagro, lugar donde existe un gran mercado y donde llegan los camiones con las verduras de los valles de Azapa y Lluta. Aquí los puestos de los feriantes, que en su mayoría eran atendidos por mujeres, que trabajaban desde muy temprano.

Nosotros hicimos una promoción que, si matriculaban a sus hijos en nuestra escuela, a los niños los atenderíamos desde las 8:00 horas de la mañana hasta las 16:30 horas de la tarde, comprometiéndonos a entregarles desayuno y almuerzo escolar. Me entrevisté con el director del Servicio Municipal de Educación y ese año subimos la matrícula a 283 alumnos, por lo que el Servicio de Educación nombró a cinco nuevas profesoras.

Después de dos años de trabajo, el Servicio Municipal de Educación (SERME) nos instaló un segundo piso y, al frente de la escuela, construyó un parvulario para atender la creación de nuevos cursos, quedando la unidad educativa completa, desde kínder hasta octavo año. Además, como el patio era de tierra, se convirtió en una cancha de básquetbol y de baby fútbol, para alegría de todo el alumnado.

Nuestra escuela lleva el nombre del militar chileno "Ignacio Carrera Pinto" porque la Sexta División del Ejército de Arica apadrinó al colegio y, para nuestro aniversario, nos obsequiaron todo el instrumental para la formación de una banda estudiantil, lo que nos permitió no solo desfilar con nuestra propia banda escolar, sino que también, como Unidad Educativa, todos aprendimos a valorar la perseverancia, porque los grandes sueños se alcanzan con esfuerzo, estudio y constancia.

Como la mayoría de nuestros alumnos eran de origen aimara, tenían problemas con la fonética al expresarse, como también con la escritura, situación que como escuela obteníamos en las pruebas de castellano y matemáticas del SIMCE (Sistema de Medición de la Calidad de la Educación) de muy bajo rendimiento a nivel regional y nacional.

La dirección del establecimiento, junto a la Unidad Técnica y con la ayuda de todo el personal docente de la escuela y asesorados por el supervisor de la Dirección Provincial de Educación de Arica, creamos un "Silabario Intercultural Bilingüe" especialmente para nuestros alumnos, pero respetando sus raíces y los valores propios del acervo cultural de nuestra comunidad educativa.

En el año 2000 presenté ante el Ministerio de Educación mi proyecto educativo "La evaluación como ayuda permanente en el proceso de aprendizaje bilingüe", lo que me permitió ser el primer director de una escuela básica de nuestra ciudad en obtener una pasantía internacional a Francia en la Universidad Internacional de Estudios Pedagógicos, en la localidad de Sèvres, para dar a conocer el proyecto educativo y a la vez conocer el sistema educativo francés que desarrollaba en sus escuelas en las zonas más pobres de Francia.

Los resultados obtenidos en el SIMCE fueron tan buenos que el establecimiento obtuvo "Excelencia Académica" en los períodos 2004-2005, 2006-2007 y 2008-2009. Hecho que el Ministerio de Educación valoró y destacó en su oportunidad a través de la Secretaría Ministerial de Educación, haciendo llegar sus felicitaciones a todo el personal.

Pero el tiempo pasa inexorablemente y, sin darme cuenta, un día el director del SERME me envía un Decreto Alcaldicio con la nómina de directores y profesores que a contar del 15 de diciembre del año 2009 debían jubilar por haber cumplido 65 años de edad y mi nombre figuraba en ese decreto. Creo, sin temor a equivocarme, que ese día fue uno de los más tristes de mi vida, no podía comprender que, después de entregar toda una vida de trabajo en favor de la niñez, me privaban de seguir haciendo lo que más amé, EDUCAR con el ejemplo siempre. Aquí comprendí cuando mi madre decía: "Me duele el alma" y yo sentí ese dolor a mis sesenta y cinco años.

Mi vida cambió y al otro día me reuní con todo el personal docente, con el personal de servicio y comencé diciendo: "Quiero darles las infinitas gracias por haberlos conocido a todos, porque lograron hacer realidad mi gran sueño de educar a todos los niños de nuestra escuela, porque ustedes, sin darse cuenta, están sembrando futuro en una pléyade de niños que serán los futuros ciudadanos del mañana. Gracias, muchas gracias, porque sin el esfuerzo de cada uno de ustedes, esto no hubiese sido posible. Solo les pido que al nuevo director que el servicio designe le den todas y todo el mismo apoyo con que a mí me distinguieron, porque estoy seguro de que son ustedes los verdaderos artífices del éxito obtenido".

Cuando llegué a mi casa, les conté a mi familia y sentí la unión y apoyo de todos y ahí, junto a mis hijos y nietos, entendí que la vida no siempre te dará lo que tú esperas... pero sí lo que necesitas para convertirte en alguien más fuerte, más sabio y más agradecido, porque uno nunca debe dejar de creer que tus mejores días aún están por llegar...

Con el paso de los días, salí de mi desesperanza y de mi depresión, pero siempre apoyado por mi esposa y toda mi familia, logré mi normalidad al saber que cumplí con las tareas que me encomendó el director del Servicio Municipal de Educación de elevar la matrícula a un total de 596 alumnos de kínder a octavo año básico y entregar una real educación de calidad a la niñez más desposeída de nuestra ciudad.

Mi primera actividad como jubilado fue ingresar a una Academia de Pintura, donde plasmé parajes y lugares de mi niñez y adolescencia, los que aún guardaba en mi memoria a pesar del mucho tiempo transcurrido.

Hoy en la actualidad a mis 83 años, estoy participando en un grupo de teatro de adultos mayores llamado: "Candilejas y Caretas de Antaño", donde todos los integrantes hemos creado y actuado en nuestras propias obras como: "Juegos de mi infancia"; "Voces en la arena", "Una mirada al pasado"; "El COVID ha llegado" y "Cultura Chinchorro", las que hemos presentado en la ciudad de La Serena, en Iquique, en Pica, en el pueblo de Camarones y próximamente en las juntas vecinales y en la cárcel de mujeres de Chacalluta en Arica, dando a conocer y divulgando que las momias de la Cultura Chinchorro son las más antiguas del mundo y que han sido nombradas por la Unesco "Patrimonio Cultural de la Humanidad".

REGIÓN DE TARAPACÁ



GANADOR REGIONAL

ABRAHAM RAMÓN SEGUEL VORPAHL

72 AÑOS

IQUIQUE

"TRAVESÍA"

Eran las 5 de la mañana, Licanray (flor de piedra) dormía y el lago Calafquen (otro mar) estaba quieto como el viento noreste habitual. Tomamos un café, un pan con queso y abandonamos el hotel, mi padre y yo -con una emoción poco habitual- nos encaminamos hacia la Playa Chica donde habíamos dejado el bote la tarde anterior.

Poco a poco aclaraba e iba apareciendo la belleza natural, delante el lago que se extendía por el suroeste hasta la orilla donde se emplazaba Coñaripe nuestro destino, aprox. 18 km medidos en línea recta sobre el lago- empezaba a apagar sus luces hasta que la luz solar iluminaba el verde, el azul, el blanco y los chispazos de oro que saltaban al cielo desde las profundidades del bosque acompañado de los cantos de chucaos mañaneros, Mos choroyes y las bandurrias y los escandalosos treiles que inundaban la longitudinal ribera oriente.

Revisamos el bote de un par de remos, instalamos las chumanceras, el maletín con los Saperos de pesca, el bolso con el "rokin", la caña y la red. Al lado derecho el paredón verde oscuro de la península -futuro parque nacional Ziwilwe- con sus arrayanes, coigües, ulmos, laureles, peumos, boldos, mañíos y avellanos y el sotobosque inundado de helechos, enredaderas, chilcos, nalcas, quilas y colihues, una síntesis del bosque nativo chileno, preservado por la tranquilidad de los milenios y el respeto de los mapuches.

Allí vivía el Ngen-ko o Ngen-lafkén (a veces escrito ñenco) deidad mapuche guardián de las aguas... en la calma del atardecer cuando la luz huye hacia el poniente se oye su cantar melancólico. Los años infantiles de mi padre sucedieron acá en estas tierras verde azules, repleta de bosques hasta los bordes, entre el lago Calafquén y el volcán Villarrica... Licanray, Nancul, Putúe, Pucón, Villarrica, Huincacara, Conquil, Challupén, Pucura, fueron algunos nombres de sus lugares infantiles.

Abraham Seguel Obreque hijo de Pedro y Ana, nació en Villarrica -varios años después de su fundación, que se llevó a cabo en 1552, como el escribe- y su primera "academia" formal fue una humilde escuela rural en que el único profesor era don Prudencio.

Nuestro bote ya había pasado sobre el bosque sumergido de la Playa Chica de Licanray y preparamos la caña de pescar para emplazarla en la parte posterior del bote, yo remaba y detrás el primer objetivo era la playa Hualatrapi donde desembocaba el río Hueninca... al otro lado del lago.

En el lado opuesto se veía el arenal de la corrida de la lava del volcán Villarrica en el sector de Challupén bajo, varias veces vi a mi padre mirar hacia allá con una mirada nostálgica... esos eran sus territorios infantiles, allí aprendió a amar la naturaleza y vivió la muerte de su madre, a la que siempre recordaba con una emoción contenida, allí bajo los castaños y avellanos, yendo a buscar digüeñes con sus hermanos y los mandados amorosos de su madre fue feliz hasta que llegó el día en que se fue a estudiar al Seminario en San José de la Mariquina.

Tenía 12 años -edad del apego, la rutina y la sensación de seguridad-. Fue un cambio radical que remeció toda su existencia, porque se encontró en medio de un paisaje desconocido, que entre asustado, irritado, ansioso y confundido logró a poco superar y trastocar en una esperanza confusa que lo hacía "sentir más grande".

El bote cabeceaba sobre las pequeñas olas y la caña vertical no se movía. Era casi el mediodía y llegamos a la desembocadura del río Hueninca que tranquilo hundía sus aguas en el lago. De pronto la caña se dobló hasta el agua y allá -80 m. más o menos- atrás saltó un salmón plateado que se golpeaba tratando de liberarse de las arañas del caimán payaso. Entre que sacábamos el salmón yo preguntaba: - ¿Acaso el hombre no cambia, no evoluciona, es uno y fijo para siempre?

-Siglos antes de Cristo, Heráclito ya decía que "ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces, porque ni el río es el mismo, ni el hombre es el mismo" El cambio y lo fijo es la única constante, dijo mi padre. -¿Cómo así?, pregunté. Ya teníamos dentro del bote la cena que le llevaríamos a la Sra. Margarita en Coñaripe -camino del guerrero en mapudungun- (nuestro destino), donde alojaríamos.

Una bandada de choroyes cruzaba el lago de oriente a poniente de vuelta a sus nidos cordilleranos. Al atardecer los seminaristas avanzan por los pasillos del seminario menor de San José entonando un Miserere, entre ellos mi padre. Clases de Teología moral y pastoral, Epistemología, Apologética, Filosofía, griego, latín (aprender alemán era necesario para comunicarse con los sacerdotes capuchinos y más tarde, para charlar con mi abuelo alemán Francisco Vorpahl Reyemberg), Lógica, Ética, Cristología, Eclesiología, Sagrada Escritura, Liturgia Sacramentos, etc. fueron sus asignaturas "transversales", que junto con aprenderlas lo acompañaron en el crecer y hacerse hombre, entonces... conoció a mi madre.

A punto de recibirse de sacerdote -ya usaba la sotana negra- tuvo esa conversión de cariz catastrófico que debe haber causado un terremoto familiar. Curiosamente -como fue alumno destacado en griego y latín (el colador) se convirtió en el "profesor" de lenguas clásicas en el mismo Seminario.

Recuerdo que, en las vísperas de navidad, una veintena de luces nocturnas -adornados velones de cera amarilla marchaban lentamente hasta nuestra casa eran seminaristas que no habían ido a sus hogares- cantando hermosos villancicos. Cantaban frente a nuestra puerta y aparecía mi madre -bella como un sol- y los hacía pasar a la sala, allí bebían ponche y devoraban las galletas que hacía mi mamá y conversaban asuntos que yo no entendía. Después tal como llegaron cantando iluminaban con sus velas procesionales -oración silenciosa- el camino de vuelta al Seminario.

A mí, niño impresionable, esto siempre me pareció un tanto mágico. -Dice en el pronaos del Templo de Apolo en Delfos: "Conócete a ti mismo" (en griego antigua: γνώθι σεαυτόν, gnōthi seauton ΓΝΩΘΙ ΣΕΑΥΤΟΟΝ) me dijo mi padre mientras enfilaba el bote hacia el sector del Mirador Pilinhue. Comimos unos sándwiches y bebimos jugo de las viandas preparada por la mamá y, todo marchaba según lo calculado. -No es un mero consejo de autoayuda moderno, es la condición humana misma.

Me dijo y continuó: es la frontera entre lo divino y lo humano: Frente al dios Apolo (eterno, omnisciente y perfecto), el ser humano es mortal, limitado y propenso al error (hamartia). "Conócete a ti mismo" significaba, ante todo: "Recuerda que eres un mortal y no un dios".

Es una advertencia contra la hýbris (el orgullo desmedido o la arrogancia) que era el peor pecado en la antigua Grecia. Creerse capaz de igualar a los dioses o controlar el destino atraía la desgracia. La máxima exigía reconocer los propios límites. γνῶθι (gnöthi): Es la forma imperativa del verbo gignösko que significa "conocer", "aprender" o "darse cuenta". σεαυτόν (seauton): Es un pronombre reflexivo de la segunda persona del singular que significa "a ti mismo". Nos recuerda que el viaje más difícil, pero más necesario, no es hacia el exterior, sino hacia el interior de nuestra propia mente y carácter. El sentido profundo del "Conócete a ti mismo" no es un llamado a la paz interior; es una "guerra declarada contra tus propias ilusiones".

Es el compromiso de vivir en carne viva, cuestionando cada certeza hasta que solo quede la que es real. El autoconocimiento es el acto político más revolucionario que existe, porque un ciudadano que se conoce a sí misma es ingobernable por el miedo a la mentira. Entonces Llevado a sus últimas consecuencias, el 'Gnóthi seauton' afirma que "el ser humano está programado para el Bien, pero cegado por la Ignorancia.

El sol ya iba encaminado hacia la cordillera y las sombras se estaban alargando hacia el lado del volcán Villarrica que arrojaba una pequeña fumarola y "el lago estaba tan azul de tanto mirar el cielo... y el cielo estaba tan azul de tanto mirar el lago...", como escribió en uno de sus poemas alojados en: https://sequelobreque.blogspot.com/ Mi padre no vivió Internet y menos la inteligencia artificial nació en 1926 y murió el 2025-, vivió un siglo... pero a mi se me hizo corto. Las veces que nos sentamos juntos frente a la pantalla de un computador navegaba con la misma pericia que lo hace ahora en las aguas tranquilas del Lago Calafquén. El segundo salmón que "picó", saltó lejos a los cien metros atrás, rompiendo el cristal lacustre, y se soltó (el grande siempre se suelta, diría mi madre).

Mi padre tenía una memoria prodigiosa, se cuenta que a los 14 años le recitó de memoria los 7210 versos del Martín Fierro de José Hernández a mi abuelo Pedro, padre de mi padre. Mi abuelo, tomándose unos mates con pan hecho en casa, lo escuchó extasiado durante dos horas y media, manteniendo la cadencia, el ritmo del verso octosílabo, la expresividad y haciendo pausas dramáticas necesarias (tomar aire y echarse, al menos, un par de mates de yerba argentina).

"Ne Quid Nimis" (No se exagere nada). Ya se divisaban las particularidades de la playa de Coñaripe, las puntas de los raulis del bosque hundido, el Cristo negro

(erigido en honor a las 22 personas que fallecieron trágicamente el 2 de marzo de 1964, tras la violenta erupción del Volcán Villarrica que arrasó con el Coñaripe antiguo), el estero que desemboca al lago, el humedal y la larga playa de arenas blancas con eucaliptus, tepas y robles al fondo. Parte de la enseñanza básica y toda la enseñanza media y posterior Seminario Mayor, mi padre la hizo en el Seminario de San José de la Mariquina que estaba a cargo de Capuchinos alemanes. Allí aprendió alemán (años más adelante haría clases en el Colegia alemán de Temuco) y ¡música! Luego tocaba el armonio en la capilla, violín y viola... Beethoven lo acompañó toda su vida... ("Allein, allein", dijiste y respondieran/mil notas sempiternas, luz de acordes/como un chorro de abejas de diamante/hirieron los cordajes de tus liras...) muchas veces el minueto en G atravesó la selva y lago de Villarrica, entre el canto de pitios, chucaos, zorzales y chercánes entremedio de pelú y del boldo, y del maqui, y del ulmo y del helecho, y el copihue y la lenga y canelilla como canta en sus poemas. En ese viaje fantástico, en que conversamos de muchas cosas, acá anoto lo esencial muchos años adelante cuando el rondaba los 85 a 90 años y yo 25 años menos "con muchos mundos adentro" salíamos a caminar por el paseo Baquedano de Iquique, y nos conversábamos latamente un jugo de mango o de güayaba o maracuyá y recordábamos ese viaje memorable de Licanray a Coñaripe en bote admirando desde el lago los bosques nativos, en el que los árboles altos y libres desplegaban enormes sus raíces y frondosas copas, densos arbustos y bandadas de pájaros -por allá un puma duerme sobre un tronco de un raulí- y los animales circulan en el monte sin miedo al "ser humano".

Toda quietud y a pocos metros de la embarcación "El pez-daga de plata /- cortando los cristales / la plumilla del cardo, / trazando en el azul del firmamento/su lenta raya de algodón ingrávida." Y bueno, luego está La conexión entre Virtud y Sabiduría, me dijo. (Intelectualismo Moral) Aquí llegamos a uno de los puntos más profundos de su pensamiento: "la virtud es conocimiento".

Sócrates sostenía que nadie hace el mal a sabiendas. Si alguien actúa mal (con injusticia, cobardía o egoísmo), es porque ignora qué es lo verdaderamente bueno. Al conocerte a ti mismo, logras descifrar qué es el bien auténtico. Por lo tanto, el autoconocimiento nos conduce inevitablemente a actuar de manera justa y virtuosa. "Quien se conoce, se gobierna a sí mismo."



Llegamos a Coñaripe a las 6 de la tarde. Habíamos remado alternadamente cerca de 10 horas tranquilamente, caleteando, orillando el sector de la ribera poniente antes de llegar a Coñaripe, donde estaba la carretera pegada al lago que llega a Panguipulli y que ahora llaman "Inter lagos". Al frente... el ruka pillán:

Al fondo, el volcán grandioso,
siempre azul, siempre rosado,
siempre violeta y celeste,
y profundamente blanco.
Y desde su excelsa cumbre
mira a Pucón allá abajo,
que ríe, sueña y labora,
y sufre siempre cantando;
y está el cielo tan azul
de tanto mirar el lago.

Le dimos el salmón a la Sra. Margarita en su casa amable y hospitalaria y salimos a recorrer Coñaripe. Localidad privilegiada por su ubicación en la zona cordillerana-lacustre de la Región de Los Ríos, es puerta de entrada a la cordillera profunda. En el año 1972 en que hicimos esta travesía, mi padre y yo, el bosque sureño aún estaba libre de las múltiples plagas que lo aquejan hoy: el auge de las parcelaciones inmobiliarias (loteas de agrado), las subdivisiones prediales (pérdida de densidad arbórea) la explotación irracional del bosque nativo, el monocultivo de especies exóticas (pino y eucalipto) en las laderas y la expansión urbana desregulada. Se estima que se ha perdido un 60% del bosque nativo original en un plazo de 35 años, se calcula que se han arrasado 300.000 hectáreas de bosque nativo regional. Hoy cerros y valles entre Villarrica y Lican Ray parece un animal herido, con el lomo surcado por cicatrices grises.

La ambición humana ha parcelado la niebla. Los antiguos gigantes -esos robles que vieron pasar los siglos protegiendo el nido del carpintero negro- caen de rodillas para convertirse en la terraza de una cabaña de verano o en el poste que delimita una propiedad privada. Al talar el sotobosque, desnudamos la montaña. Y cuando llegue el invierno, la tierra, despojada de sus raíces protectoras, ya no tendrá cómo abrazarse a sí misma y se deslizará cerro abajo, llorando su propio barro hacia las aguas del lago. La mañana en que emprendimos el regreso era esplendorosa. Nos despedimos de Coñaripe y enfilamos la proa a Licanray, siempre orillando el lago. El cielo estaba despejado y no había viento. A la altura de la Playa Pucura -ribera sureste del lago- pescamos otro salmón.

Los árboles, los verdaderos ancianos y cronistas del territorio nos saludan, desordenados sabios siguiendo la geometría fractal de la orilla y son por definición el orden y el equilibrio del bosque nativo chileno. Raíces y enredaderas, musgos y helechos se hunden en el agua formando una trama armónica que nunca he vuelto a ver en la gráfica de mi vida. - "Tempus elabitur", ¡el tiempo pasa y no se detiene jamás! Me escribiste en tu cuaderno verde -querido viejo- en el año 1954, año en qué nací. Han pasado nada más y nada menos que 72 años y aquí estoy frente al computador tratando de escribir estas líneas recordando con emoción aquellas horas inolvidables en que juntos hicimos esa travesía por el lago Calafquén en que conversamos de todo y del Todo. Y sí, Tempus fugit: "El tiempo huye" como

me lo enseñaste, y que proviene de un verso de las Geórgicas del poeta romano Virgilio: “Fugit irreparabile tempus”(huye irreparablemente el tiempo). También me enseñaste que el Tempus fugit no es una condena que genera angustia, se debe abrazar como la fuerza que le da valor a la vida. Si los momentos fueran infinitos, no tendrían valor.

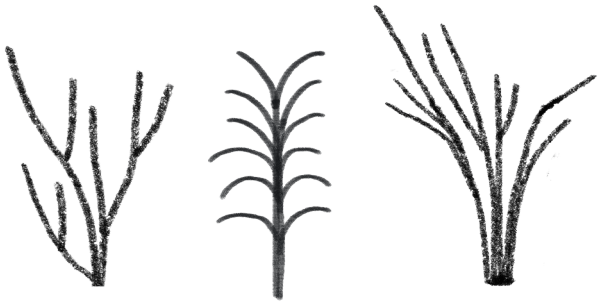
La escasez del tiempo es, irónicamente, lo que un café con un amigo, lo que un día de pesca con tu padre en el Calafquén hace que sea tan supremamente valioso. De ahí la sabia advertencia del Carpe diem -aprovecha el día- porque la única posesión real que tienes es el presente. El ayer es memoria, el mañana es ansiedad solo el hoy es real. Pasado el mediodía de ese día, llegamos a la corrida del volcán, en el sector de Challupén bajo justo donde pasa el límite de la región de La Araucanía y la de Los Lagos que parte el lago por la mitad. Esa zona, en particular, era sensible para mi viejo. Cerca de allí había vivido parte de la infancia.

Allí está el molde original de su identidad, es el escenario de las “primeras veces”, donde se experimenta el mundo con la intensidad de la alocada niñez. La tierra natal permanece en la mente como un refugio, zona de confort perenne del que cada uno, solamente, conoce la contraseña. Cuando mi padre miraba esa ladera verde la acariciaba con los ojos, allí estaban los besos de su madre y el calor del hogar. Dimos una vuelta en redondo y apuntamos la proa hacia Licanray.

Sé, con toda la masa, que parte de mi padre se queda entre esos bosques, en esos campos de trigo, entre el canto del chucao y treiles, en medio de ese aire tan puro que parece ser uno. Yo sentía con él, esta otra despedida de sus orígenes y, tuve que mirar la otra orilla donde el sol concentraba su luz. He querido, querido viejo -hombre bueno diestro con la palabra con este breve escrito (podría escribir libros con nuestras conversaciones), con palabras que tanto amabas -tu capital humano- que amabas enseñar a tus alumnos universitarios y, que muchos despreciaban pero que nunca claudicaste enseñar... honrarte públicamente y decirte que tu herencia está a salvo, tus enseñanzas forman parte del ADN del idioma, de las palabras que escribimos y que hablamos. Y ahora que no estás con nosotros resuenan más fuerte que nunca.

Te extraña

tu hijo Abraham Ramón



PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

DANIEL EDUARDO SANZANA PEÑA

69 AÑOS

IQUIQUE

"LA VIDA QUE NOS QUEDA"

Yo me llamo Daniela y soy la hija de Daniel, a quien pertenece la historia registrada en las siguientes páginas. ¿Por qué no la escribe él? Se preguntarán. Mi padre tiene 69 años y es, en cierta forma, un hombre de otra época en medio de la tecnología. Cuando le regalaron su primer teléfono táctil, fue toda una revolución: conocer TikTok y despojarse de los botones que ocupaban la mitad de su antiguo teléfono no fue un proceso menor. Por eso estoy aquí, intentando plasmar en páginas sus recuerdos.

Él actualmente está ciego. Después de que un cáncer terminara con su vida laboral, sus hobbies y le quitara la vista, sus recuerdos se convirtieron en las ventanas a través de las cuales todavía puede mirar su propia historia. Durante mucho tiempo pensé que conocía la historia de mi papá. Conocía sus gestos, sus silencios, algunas de sus anécdotas y las historias que había escuchado una y otra vez. Pero nunca me había detenido a preguntarme qué había detrás de todo eso. ¿Quién era él antes de ser mi papá? ¿Qué había vivido? ¿Qué sueños tuvo? ¿Qué cosas tuvo que enfrentar para convertirse en la persona que hoy conozco?

Escribir estas páginas se transformó en una forma de acercarme a él desde otro lugar, desde lo íntimo de su corazón. El conocer los relatos y los hitos que marcaron su historia y que, en el futuro, cuando él ya no esté, podrán permanecer en el corazón de su hija y de su familia. Desde aquí, ya no seré yo quien plasme sus pensamientos; me dedicaré a rescatar en palabras y entrelíneas, una parte de la historia que quedo guardada en lo más profundo de su corazón.

La vida que nos queda

Muchas veces las tragedias no avisan. Simplemente ocurren, como una lluvia en un día soleado. No la esperas, pero de un momento a otro las nubes se oscurecen y comienza a llover. Mi diagnóstico fue algo así.

Un día, antes de irme a trabajar, me levanté como todos los días. Mi esposa me había preparado el almuerzo y yo me preparaba para salir, pero ese día había algo diferente, yo estaba diferente.

Recuerdo haberle mencionado a mi esposa que me sentía cansado y que tenía muchos escalofríos. Ella me dijo que me quedara esa mañana, que no fuera a trabajar. Pero yo, aferrado a mi rutina, le dije:

Se me va a pasar, debí haber escuchado a mi mujer esa mañana.

Me fui a trabajar y, mientras estaba en mi jornada laboral, comencé a sentirme cada vez peor. Me desvanecía y finalmente tuvieron que llevarme al consultorio. Desde allí avisaron a mi familia. Todo pasó muy rápido en la mañana estaba en mi casa y jamás imaginé que esa misma noche terminaría en una camilla de hospital.

Pasamos junto a mi esposa muchas horas en el hospital. Me hicieron exámenes, muchos exámenes. Debo confesar que no estaba para nada contento. Pasé gran parte de mi vida lejos de los hospitales. Nunca fui una persona que se hiciera chequeos ni exámenes de rutina. El hospital no era un lugar al que me gustara llegar, pero esa vez no podía irme.

Después de los exámenes y los escáneres que me realizaron para encontrar la causa de mis síntomas, el doctor nos citó a mi esposa y a mí para entregarnos el diagnóstico.

A los 65 años me dijeron que tenía cáncer de linfoma en etapa 3.

Me quedé en silencio, tampoco recuerdo mucho más de lo que dijo el doctor. Para todos fue una noticia que no esperábamos. Ese día la lluvia se había transformado en una tormenta.

Los días siguientes mis pensamientos comenzaron a hacer lo suyo. Me sumergí en una preocupación muy grande y, en silencio, durante las noches lloraba junto a mi esposa en la cama. No siempre hablábamos. A veces simplemente nos abrazábamos.

Creo que, cuando uno recibe una noticia así, no sabe muy bien qué decir. Tiempo después comenzaron las quimioterapias. Mi cuerpo, de alguna manera, las recibió bien. No tuve mayores complicaciones y pude someterme a los tratamientos durante varios meses. En ese período también tuve que enfrentar otros problemas de salud. Me encontraron hipertiroidismo y tuve que someterme a una cirugía de tiroides.

Parecía que cada vez que recibía una noticia, mi mundo volvía a venirse abajo.

Era difícil volver a levantarme después de cada golpe. Muchas veces no quise comer ni levantarme de la cama. Pero la mano de mi esposa y de mi familia nunca se alejaron, y muchas veces fueron ellos quienes me ayudaron a salir de esa oscuridad en la que mis propios pensamientos me sumergían.

Con el tiempo aprendí a vivir con las quimioterapias y con las infinitas restricciones de alimentos que me dio el doctor. La alimentación se volvió una realidad completamente distinta. Nunca falté a la palabra del médico. Si él decía que no podía comer algo crudo, yo no volvía a comerlo.

Aunque, debo decirlo, ¡vaya que extraño comer un pejerrey al dedo o unos mariscos con limón!

A pesar de todo, fui aprendiendo a vivir con las nuevas reglas que la enfermedad me imponía, después de un año de quimioterapias y tratamientos, durante una consulta recibimos una buena noticia:

El cáncer había entrado en etapa de remisión.

Fue una noticia increíble, cuando hay una familia completa detrás de uno, luchando frente a una enfermedad, las buenas noticias no las recibe solamente uno, las recibe toda la familia, pude volver a soñar con seguir viviendo mi vida de forma normal. Volver a trabajar. Dejar de estar 24 horas al día dentro de mi casa.

Tiempo después volví al trabajo, era increíble la sensación de volver a ordenar mi mochila y salir por la mañana con la comida que mi esposa me preparaba en una bolsa. Puede parecer algo pequeño, pero para mí significaba mucho, pues era volver a hacer algo que durante mucho tiempo pensé que quizás no volvería a hacer, aunque no voy a mentir, se sentía el peso, ya no era lo mismo mi cuerpo ya no resistía la misma carga laboral que hace unos años, las horas se volvían cada vez más pesadas.

Pero la felicidad no duró demasiado, a los pocos meses, los síntomas volvieron y nuevamente comencé a sentirme débil.

No otra vez...

Volvimos a visitar al doctor. El cáncer había vuelto y ahora estaba en etapa 4, realmente las noticias no paraban. Sentía que apenas lograba salir de una dificultad, volvía a caer en otra, aún menos alentadora. Pero como familia tomamos la decisión de seguir luchando.

Había que seguir.

Y nuevamente llegaron las quimioterapias, pero esta vez no hubo mucho que hacer. El cáncer comenzó a crecer y a encontrar otros lugares en los cuales habitar. Poco a poco comenzó a llegar al cerebro y mi vista comenzó a perderse, al principio veía cada vez menos. Sentía una gran desesperación cuando despertaba por las mañanas y podía ver cada vez menos el rostro de mi esposa y de mis hijos. De pronto, un ojo dejó de darme luz. Después, el otro y finalmente un día…

Mis ojos fueron vendados.

Me frustré mucho. Lloré mucho. Sufrí mucho, pensé muchas veces en que ya no podría volver a ver nunca más el rostro de mi esposa y le decía -Ya no te podré volver a ver -.

Hasta que, de pronto, mis palabras se convirtieron en realidad.

Ya no podía verla.

Comencé a ver el mundo a través de mi esposa, desde ese momento, Mariluz dejó de ser solamente mi esposa. Se convirtió también en mis ojos.

Ella es quien me da la comida, quien me acompaña al baño y quien camina conmigo cuando quiero salir a caminar. Si necesito desplazarme, necesito que alguien me guie. Si quiero llegar a algún lugar, muchas veces necesito confiar en que alguien me llevará.

Y ese alguien es ella y muchas otras veces mis hijos.

Sé que para ella tampoco ha sido fácil, a veces pienso en lo que significa tener que cuidar a la persona con la que has compartido tantos años de tu vida. Mariluz no solo ha tenido que acompañarme a los hospitales o escuchar mis diagnósticos. Hoy también tiene que preocuparse de si comí, si tomé mis remedios, si necesito ir al baño o si puedo caminar sin caerme.

La conozco.

Sé que hay una preocupación en su corazón cada vez que me ve más débil. Sé que muchas veces debe tener miedo. Miedo de que me pase algo cuando no está mirando. Miedo de que me caiga. Miedo de no saber cómo ayudarme, - y, aun así, ella sigue aquí-.

Tras la pérdida de mi visión, mi mundo se volvió oscuro y mis pensamientos cada vez más grandes. Pasé mucho tiempo dentro de mi propia cabeza, imaginando distintos escenarios, incluso aquellos en los que yo ya no estaba en este mundo.

Ya no sabía cuándo era de día o de noche. Tampoco sabía qué hora era. Mi mundo comenzó a perder sus referencias, y poco a poco, incluso para ir al baño comencé a necesitar ayuda.

Mi esposa se convirtió en un gran apoyo. Saber que había alguien a mi lado que se preocuparía por mí, de alguna manera, traía paz a mi corazón.

Aunque muchas veces también tuve miedo.

¿Qué haría yo solo?, Gracias a Dios, ella siempre estuvo aquí.

En abril de este año llegó una noticia que, aunque en el fondo quizás ya temíamos, nunca es fácil escuchar. Comencé a recibir atenciones médicas domiciliarias y, durante una de las visitas, el doctor nos explicó que ya no había mucho más que hacer.

El cáncer había comenzado a crecer y ya no quedaban más tratamientos por recibir.

Me recomendó pasar el tiempo con mi familia y disfrutar todo lo que pudiera. El doctor se fue, pero sus palabras se quedaron resonando una y otra vez en mis pensamientos y en mi corazón. Después de unas horas, mis pensamientos se transformaron nuevamente en lágrimas y una vez más, ahí estuvo Mariluz, me abrazó, lloró junto a mí y nuevamente decidimos seguir. Seguir por la familia que habíamos construido.



Hoy muchas cosas han cambiado, mi velador está lleno de remedios, mis días se traducen en horas interminables escuchando el televisor y en pasar gran parte del tiempo en cama. De vez en cuando me levanto para hacer ejercicio, aunque mi débil cuerpo ya no soporta estar demasiado tiempo de pie.

Ya no me gusta estar solo.

Molesto mucho a mi esposa diciéndole que se quede conmigo en la cama.

Y ella me responde:

¿Por qué no fuiste así antes conmigo?

Creo que, en verdad, hay cosas que pude haber hecho mejor. Quizás pude haber estado más tiempo en casa. Quizás pude haberme quedado más veces junto a ella. Quizás pude haber entendido antes que la vida también estaba pasando mientras yo estaba ocupado trabajando o en mis partidos de fútbol.

Pero ya es tarde para intentar hacer las cosas diferentes, ahora me quedan los recuerdos junto a muchas historias que, poco a poco, mi memoria comienza a borrar. A veces mi esposa dice que pierdo la noción del tiempo. Que me pierdo por momentos y después vuelvo.

Yo tampoco sé exactamente qué ocurre dentro de mí en esos momentos, no sé qué digo cuando no estoy completamente en mis cinco sentidos.

Pero sí sé algo, sé que, aunque mi cuerpo haya cambiado, aunque ya no pueda caminar como antes, aunque ya no pueda ver y aunque mi vida se haya vuelto más pequeña,

Sigo teniendo a mi familia... sigo teniendo a mi esposa.

La mujer que un día decidió caminar conmigo y que, después de tantos años, hoy sigue caminando por mí cuando mis propios ojos y cuerpo ya no pueden hacerlo. A veces pienso que durante muchos años fui yo quien quiso llevar el control de todo. Yo quería trabajar, salir, moverme y hacer las cosas a mi manera.

Hoy tengo que pedir ayuda para muchas de esas cosas, y quizás esa ha sido una de las lecciones más difíciles de aprender: entender que también está bien necesitar a alguien.

Hoy Mariluz es mis ojos, mis manos cuando las necesito y la persona que me acompaña en los momentos en que mi cuerpo ya no puede hacerlo solo, realmente no sé cuánto tiempo me queda.

Pero hoy estoy aquí y es hermoso seguir disfrutando de la comida de mi esposa, escuchar a mis hijos y si bien hoy en día ya no puedo hacer muchas cosas como antes, aun puedo sentir la mano de mi mujer, todavía puedo escuchar su voz, aún puedo saber que está ahí.

Y mientras ella siga a mi lado, quizás mi mundo no esté tan oscuro después de todo, aún tengo a alguien que camina conmigo.

Celebración de partido del equipo de futbol de la selección chilena junto a mi esposa, en los pequeños momentos juntos, encontramos nuestra felicidad.

2018.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ELBA ELIANA HUERTA BUGUEÑO

73 AÑOS

IQUIQUE

"REVIVIR ÁRBOLES, TEJER RECUERDOS"

El Peto siempre se levantaba muy temprano a barrer la vereda. Él compraba el pan y, en los días de lluvia torrencial, nos ofrecía desayuno en la cama, a todos nosotros, sus hijos, y a nuestra mamá. Cuando ella decía "la lluvia cae a chuzos", todos estábamos tácitamente autorizados a no ir al colegio. En la casa, papá iba gritando:

¿Quiiiiiiién quiere cocho con leche o con agua?, ¿quiiiiiiién quiere pan con mantequilla y queso de cabra o té con leche?

Cada uno hacía sus pedidos del gran día de regaloneo. Luego de dejar a todos desayunados, se iba rápidamente a trabajar a la oficina que quedaba cerquísima, en la parte de adelante de la casa.

Mi papá, Peto, bordeaba los setenta años; era alto, delgado, rutinario. El único contador del pueblo de Salamanca; le gustaba trabajar en su oficina de contabilidades.

Era un apasionado lector de Agatha Christie; su único vicio era ir todas las noches al club a jugar cacho y otros juegos de mesa.

Mi madre, era muy linda treinta años menor que él, era dueña de casa y, los fríos días de invierno le gustaba tejer a palillos, gorros, bufandas, calcetas y calzones. Nosotros nos abrigábamos con el resultado de su trabajo relajante y con el cual demostraba su cariño.

Un día mí madre le mostró a mi papá un árbol del patio que estaba medio seco; mi ella le dijo que ese árbol estaba triste. El Peto nos llamó y nos indicó que debíamos cuidar los árboles de la casa, darles agua y amor. Nosotros no entendimos mucho, pero en nuestra arboleda coexistían tres damascos, un ciruelo, un caqui, tres parrones y once naranjos. Por eso realizó un plan de acción familiar, en el que mi madre debía juntar todos los desechos orgánicos de la cocina durante la semana. Encontramos un tarro muy grande, de los que juntan agua en los campos. Ahí fuimos acumulando los restos de verduras, frutas y cáscaras de huevo.

Pasada una semana, mi hermano más grande tenía la tarea de llevar los tarros a un hoyo gigante que había cavado en el patio, cerca de la arboleda. Se volcó el contenido de los tarros y se tapó con tierra. Él nos dijo que debíamos esperar dos largos meses; en ese momento no sabía para qué.

A mí se me había olvidado el hoyo y las verduras, pero al Peto no. Nos llamó

pasado los dos meses al lugar de los hechos y nos hizo escarbar un poco. Comenzaron a aparecer gusanos, había un olor fuerte, a mí me dio asco y no entendía por qué mi papá estaba tan contento con eso, pero al parecer esto era eficaz para revivir árboles frutales., les sugirió a mis hermanos cavaran un poco en cada orilla de los árboles y poner este compost.

Luego terminamos y regresamos cansados, al entrar a casa, sentimos un olor a pan caliente, fritura de sopaipillas y el entrañable olor a queso de cabra fundido, lo que nos hizo temblar el estómago, mi mamá nos estaba esperando con unas ricas onces con sopaipillas, pan con queso de cabra y mantequilla para recuperar la fuerza luego de nuestra labor de “Revividores de árboles”.

A fines de agosto nos dedicábamos a hacer volantines, cuando nos veía mi padre con algún problema, nos organizaba las tareas como si fuera una empresa familiar comprábamos cola la cual se calentaba para usarla, cortábamos las cañas, las pegábamos, y repartíamos los costos, nos enseñó a calcular el precio de venta. A mí se me dificultaba cortar los coligues delgados y con un cuchillo filoso, porque era la más pequeña del grupo. Mi papá me aleccionó que pagara por caña cortada a uno de mis hermanos y me dio al costo el papel de volantín de su librería. Con lo cual después de la frustración de no poder cortarlas en forma prolija, pasé a saltar de alegría por estos beneficios,

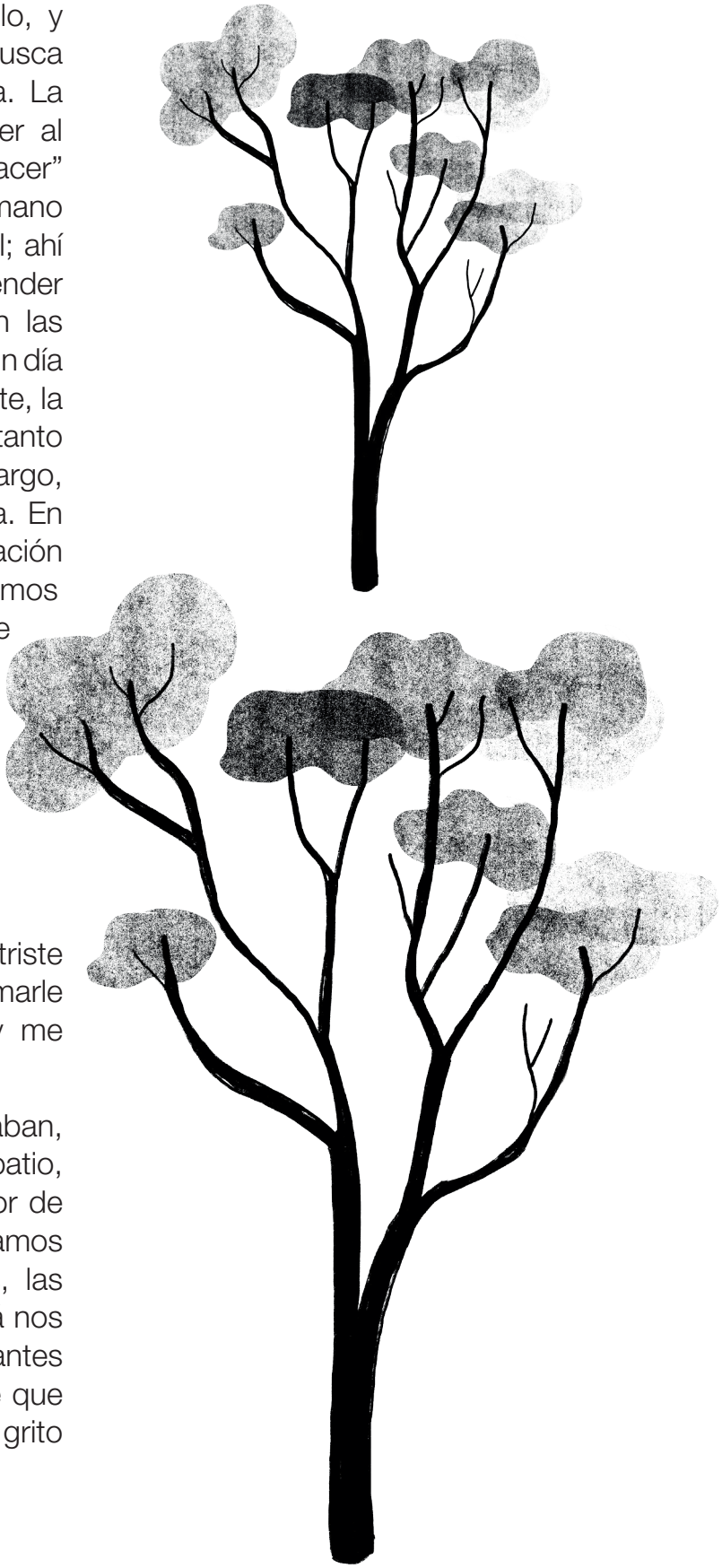
Peto nos dio la misión de ver en todo el pueblo si alguien más vendía volantines, una especie de espionaje y estudio de mercado. Al llegar nos interrogaba si los otros eran más lindos que los nuestros y si el precio era menor o mayor. Una vez analizadas las variables los pusimos en la vitrina de su librería con el precio que consideramos justo.

Poco a poco esto se transformó en una competencia entre hermanos de quien hacía el mejor y más eficiente volantín. Nos dejábamos algunos para competir en la cuadra y ganaba el que elevaba más alto. Otros días nos subíamos al techo para elevarlos desde ahí y sorprendíamos a la gente que pasaba porque veían el volantín, pero no quién lo piloteaba.

Una vez que conquistamos el techo de la casa nos pusimos creativos y uno de mis hermanos consiguió un latón. Lo dobló un poco para darle forma de trineo y nos deslizamos por el techo a gran velocidad, aunque disminuía casi al final porque en esa parte ya no había pendiente. Un día paré justo en la orilla del techo; fue el susto de nuestras vidas. Otras veces era la dosis de adrenalina y peligro. Ahí gritábamos mientras el pelo nos pegaba en la cara. Hacíamos bastante ruido y nunca salió un adulto a retarnos o a bajarnos de ahí.

Así pasaba los días Peto, entre sus libros contables, Impuestos, Balances, novelas policiacas.

Cuando cumplió setenta y tres años enfermó. Adelgazó, se puso amarillo, y viajó a Santiago a ver un médico en busca de un diagnóstico para su dolencia. La penosa noticia fue que tenía cáncer al páncreas. El "ya no había nada que hacer" era lapidario. El último tiempo mi hermano mayor se lo llevó a su casa en Illapel; ahí tenía un médico amigo que lo podía atender más seguido. Lo regaloneaban con las comidas que le gustaban. Recuerdo un día en que lo fuimos a ver con su asistente, la Nenita. Ahí se puso muy contento, tanto que le hacía bromas a ella. Sin embargo, tenía frío; no se le pasaba con nada. En la noche nos fuimos a nuestra habitación de visitas a descansar y nos dormimos pronto, cansadas. Al día siguiente despertamos y nos enteramos de que esa mañana había fallecido. El consuelo fue alcanzar a verlo antes de su partida. Ese día de invierno mes de julio todo se veía gris, lleno de nubes, no parecía que saldría el sol.



Esa mañana tendríamos la difícil y triste tarea de ir a Salamanca a informarle a mi madre, Nenita iba ansiosa, y me conversaba como lo afrontaríamos.

Llegamos, mis hermanos no estaban, andaban en el estadio, salimos al patio, miramos los árboles, se sentía el olor de las hojas de naranjos, esos que cuidamos con él, estaban llenos de naranjas, las que mi papá ya no disfrutaría, mamá nos acompañó al patio la abrazamos y antes de hablar lloramos, logramos decirle que Peto había fallecido. Ella lanzó un grito desgarrador.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA



GANADOR REGIONAL

JUAN ANTONIO RIVERA ORREGO

67 AÑOS

ANTOFAGASTA

"MI PRIMER SIETE"

Ahora entiendo lo que mi padre pretendía esa mañana de domingo cuando me pidió que le acompañara a presenciar aquel partido de futbol.

Creo no estar equivocado al pensar que él buscaba una razón para sentirse orgulloso de mi.

Ese día se enfrentarían las series infantiles del club "Velocidad" y el poderoso "Ferro Mina", equipo cubierto de estrellas, no sólo en su banderín sino también entre sus jugadores. Además, y con justificados méritos, lideraba invicto el campeonato local de futbol infantil.

Mi padre quería verme defendiendo la portería del Velocidad, el club de sus amores y del cual él, en la serie adulta, era su arquero titular por lo que debió sentirse con los méritos suficientes para acercarse al entrenador de las inferiores, su gran amigo Sotito, pidiéndole que esa mañana me incluyera dentro del equipo, "de ser posible en la portería, Sotito", le dijo, agregándole que no tenía dudas que sabría desempeñarme bien, hijo y nieto de arqueros resultaba impensable, según él, no esperar que la historia pesara a mi favor. Sotito me miró de pies a cabeza para luego dirigir su mirada hacia mi padre expresando lástima y desesperanza, hoy pienso que pudo deberse a mi evidente fragilidad, delgado en extremo, de aspecto famélico y pequeño en estatura, a sus ojos incapaz de resguardar un arco de 7,32 metros de ancho por 2,44 de alto, apuntando resignado con su mano hacia una de las bancas del camarín sobre la cual reposaba el saco de lona que contenía la vestimenta del equipo, "saca la tenida de arquero y tú mismo lo vistes", dijo a mi padre mientras iban llegando los demás jugadores del "Velo", diminutivo con el que llamaban al club. Mi padre sacó desde el interior del bolsón un pantalón corto, un par de medias y la polera negra con el número uno de color blanco en la espalda, comenzando a vestirme hasta parecer un auténtico arquero de fútbol, los demás jugadores nos daban miradas ocasionales que igualmente reflejaban desconfianza por lo que decidimos sentarnos, casi arrinconados, sobre la banca más cercana a una de las esquinas del camarín.

Según mi padre, por mis venas debía circular naturalmente genes de portero, heredados de mi abuelo y de él, históricos guardametas que defendieron y defendían desde siempre, en condición de titulares indiscutidos, los arcos de varios clubes locales. Sotito aceptó con resignación, pero con una pequeña esperanza anidada dentro de su deportivo corazón,

que frente a él se hallara la promesa que todos —hinchas y dirigentes— deseaban para proteger el arco de las infantiles del club, apelando, mediante el gesto de persignarse y mirar al alto cielo, hacia la divinidad, para que ayudara a concretar la obra celestial de proveer a las infantiles del club de un buen arquero.

Ese día el "Velo" enfrentaría al puntero invicto de la liga infantil, el "Ferro Mina", que contaba entre sus jugadores con los mejores peloteros del campamento: "Garrincha" Pereira, puntero izquierdo, veloz e inteligente, con una puntería y fuerza de tiro que le hacían dejar la pelota justo en el lugar que pensaba; el "Chico" Virgilio, escurridizo central, ingenioso y planificador de jugadas que comenzaban en sus pies y terminaban cercanas o tocando la red del arco rival; "Cabezón" Ferreira, espigado puntero derecho de piernas curvadas que no se condecían con su habilidad para pasarse a cuanto rival se le cruzara para finalizar disparando directo al arco o con un centro que empalmaban cabeceando el "Chato" Portilla o el "Chola" Araya, delanteros natos que convertían casi toda jugada en gol. Araya, a la postre, brillaría en el fútbol profesional lo que constituiría todo un logro para la dirigencia del deporte local que se jactaría ufana de tener a uno de sus jugadores participando en el campeonato nacional, claro que en ese tiempo éramos niños y desconocíamos lo que deparaba el futuro, para nosotros solo primaba que el "Chola" era bueno para la pelota.

Mientras estábamos en el camarín mi padre, en silencio, acomodaba mi ropa de arquero para que luciera ordenado, la polera negra dentro del pantalón y las medias ajustadas sobre mis rodillas fijándolas bajo dos gruesas rodilleras que me protegerían de todos los costalazos que el exigente desempeño de arquero, suponía él, me ocasionarían, todo en concordancia al estilo impuesto por el famoso arquero soviético Lev Yashín, la "Araña Negra", reciente figura del campeonato del mundo 1962; los zapatos con triple raya blanca en sus costados, con puentes de madera en sus plantas muy diferente a los estoperoles que se usan hoy, eran otros tiempos. Me gustaba el sonido que emitían al chocar sobre el piso de madera del camarín donde nos vestíamos, otorgaba seguridad escuchar el golpeteo de los puentes de los zapatos sobre el piso, daba la sensación de que el solo hecho de vestir de arquero aseguraba que tendría un eficiente desempeño.

A una orden del entrenador, el equipo formado en fila india comenzó a caminar desde el camarín hasta el centro de la cancha, yo encabezaba la delegación.

Ordenadamente ingresamos trotando y saludando al público con nuestros brazos en alto para luego posicionarnos frente a uno de los arcos dando inicio al protocolo de precalentamiento de nuestra infantil musculatura, la galería estaba llena de furibundos hinchas, tanto del Ferro como del Velo. Al otro extremo, en el arco contrario, precalentaban las estrellas del rival, faltaba sólo el ingreso del trío arbitral que aparecería desde sus camarines ubicados bajo las galerías del gran estadio de Pedro de Valdivia, orgullo local que contaba con iluminación artificial desde antes que el Estadio Nacional.

Cinco minutos antes de comenzar el partido salieron a la cancha los jueces, gallardos, atléticos, vestidos de riguroso y pulcro negro, tratando de imponer respeto y autoridad con su presencia. El público, como siempre, aprovechó la presencia del trío para gritar sus bromas

desde el anonimato (aun cuando en el campamento todos nos conocíamos por lo que era fácil saber quién había sido el emisor de alguna grosería de mal gusto), pero el trio arbitral continuaba su marcha al centro de la cancha inmunes al escándalo que despertaba su presencia.

Un sonoro pitazo fue el llamado para que ambos capitanes se acercaran a cumplir con la ceremonia del lanzamiento de la moneda, cara para uno, sello para el otro, "Camuringa" chico ("Camuringa" grande era su padre), capitán de nuestro equipo, ganó el sorteo con lo cual obtuvo el derecho a decidir si partíamos jugando o elegíamos el lado de la cancha para el primer tiempo, nuestro capitán escogió lado, atacar de norte a sur para evitar que el sol afectara la visibilidad del arquero y sus defensas ante tiros aéreos.

Comenzó el partido, en las galerías se comentaba que el "Velo" daría dura pelea al "Ferro Mina", en el arco me encontraba yo, el hijo del prestigioso arquero de la adulta, por lo que se respiraba en el ambiente cierta sensación de confianza con el desempeño esperado del retoño, se daba casi por hecho que brillaría por cuenta propia, era el día de mi debut.

Un segundo pitazo más el gesto característico del árbitro con sus manos en alto indicaron que se daba inicio al partido que arrancó de inmediato con un veloz ataque del Ferro Mina. Yo, desde el arco tenía el privilegio de observar toda la cancha logrando dimensionar las proporciones del avance del equipo rival, me parecía muy similar a los ataques indios que había visto en las películas de vaqueros que exhibía el teatro local, todos los sioux, apaches o pieles rojas organizados en caravana, actuando bajo un "desorden organizado" que asustaba a los cowboys que no hacían otra cosa que huir o hacerse un lado para salvar sus vidas o evitar el escalpado de sus abundantes cabelleras rubias, parado bajo el arco me preparaba para lo peor, mis delgadas cañuelas tiritaban incontrolables, yo sólo esperaba que este notorio gesto de debilidad no fuese percibido desde la galería. Me ubiqué al centro del arco, tal cual me había instruido mi padre, con la mirada atenta no sólo en la pelota sino también en cada uno de los jugadores que se me acercaban, tanto atacantes como defensores, Virgilio punteaba la pelota corriendo desde el centro de la cancha, derivó un acertado pase a Garrincha que corría por la franja izquierda el que recibió el esférico para proceder rápidamente a centrar un precioso tiro que cayó justo en los pies del Chola el cual, sin pensarlo hizo una sorpresiva cachaña con la intención de engañarme pero sólo consiguió dejarme impávido, jamás había tenido al frente a un jugador en actitud tan amenazadora con la pelota pegada a uno de sus pies. En ese momento me sentí como se deben sentir los que van a morir fusilados frente a sus ejecutores, congelado no atiné a moverme, sólo miraba al "Chola" que quizás pensó que me tiraría hacia alguno de mis lados por lo que resolvió disparar al centro, justo donde estaba yo parado yendo a dar la pelota derechito en mi cabeza para salir disparada, por obra del rebote, hacia el córner, todo el público aplaudió mi brillante e intuitiva jugada, la fanaticada no sabía que mi quietud no respondía a una acertada planificación frente al delantero, se trataba de una parálisis nervio motora que me dejó estupefacto, además de muerto de miedo frente al delantero, ningún músculo de mi delgado cuerpo respondió salvo el que aprieta la vejiga para emitir un delgadito hilo de orín que resultó ser imperceptible

en el negro de los pantalones y medias, lo concreto fue que el gol que ya se cantaba se evitó y muchos aplaudieron mi primera y magistral intervención mientras me sobaba mi adolorida cabeza. “No te dije”, decían algunos, otros “tiene pasta el cabrito, se le ve futuro…” mientras los más avizores aportaban con un sereno “esperemos, pudo haber sido obra de la casualidad, aún queda mucho partido” nadie esperaba que los hechos ocurrieran así, menos sabiendo que la pelota iba pegada como parte de su cuerpo a los pies del famoso “Chola”, ya comenzaba a augurarse en el ambiente un resultado voluptuoso en contra del Velo aun cuando con la reciente tapada las expectativas en nuestro favor mejoraban, se podía pensar en una derrota “discreta”, pero no había que adelantarse, el partido recién estaba empezando.

Se vino el tiro de esquina, lo chuteó Ferreira, despachándolo abierto, hacia fuera del área, donde estaban ubicados el grueso de atacantes y defensores, Virgilio recibió la pelota a unos centímetros de sus pies, cerca del área grande, desde allí pateó con fiereza desviándose, afortunadamente, el tiro por el pilar derecho de la portería cuando yo andaba cazando moscas por la mitad del arco. Estaba inmovilizado, sin atinar siquiera un amague para atajar, la concurrencia interpretó mi aquietamiento como “una excelente demostración de concentración del arquero”, “se nota que está metido en el partido, no había para que tirarse sacrificando su cuerpo con costalazos innecesarios, la pelota iba hacia afuera y eso debió saberlo el muchacho por eso se quedó quieto”, suponía la concurrencia, lo cierto es que se evitó otro potencial gol del Ferro, habían transcurrido no más de quince minutos y las cosas seguían con cero gol para ambos equipos. Creo que esas afortunadas situaciones despertaron cierta seguridad en mis compañeros porque después de ellas y habiendo chuteado desde mi arco la pelota para pasársela a un defensa, nuestro equipo hilvanó un esperanzador ataque que nos permitió llegar, por primera vez hasta el arco rival, sin provocar sobresaltos en su portería, pero al menos se había llegado y eso no sólo era un logro sino también una demostración que el mediocampo y la defensa del Ferro Mina eran permeables. Después de ocurrido aquello, la seguridad se apoderó de mis compañeros viviéndose varios minutos de reñida confrontación, concentrándose el juego y la pelota en el medio campo sin mayores riesgos para la portería rival y la nuestra. Durante ese breve período de tiempo nada alteró la quietud que embargaba mi arco, me sentí muy afortunado que así fuera, rogando a Dios que me ayudara para que así se mantuviera.

Un inesperado ataque del Velo, nacido de la casualidad, despertó las esperanzas en nuestros fieles seguidores que comenzaron enfervorizados a cantar vítores para animar al equipo, el rival era poderoso y lo hecho hasta ese momento nos hacía albergar la esperanza que al menos podríamos empatar, pero se vino la desgracia. Un largo tiro del arquero rival llegó hasta el medio campo siendo recibido por el Chola Araya que tomó la pelota al vuelo bajándola cadenciosamente con un elegante movimiento de piernas para luego hacerla girar mientras corría tras ella como desaforado en dirección a nuestro arco, desde mi sufrida posición miraba su acelerado avance pelota en pie sintiendo algo así como que mi vida terminaba, al tenerlo encima sólo atiné a tirarme a sus pies tratando de evitar que siguiera con

pelota y todo hasta el fondo de arco lo cual no pude evitar, saltó por encima mío chuteando delicadamente la pelota para que pasara por debajo de mi empolvado cuerpo, brillante gol que dejó el resultado parcial uno a cero a favor de Ferro Mina, la fanaticada comentaba que el arquero nada pudo hacer ante tamaño y exitoso ataque, hasta aquí el equipo se veía bien pero frente al poderoso Ferro Mina a lo más se podía aspirar a un empate.

Reanudado el match después del primer gol, Ramírez, delantero de nuestro equipo perdió la pelota a pocos metros de haber salido del círculo central armándose de inmediato otro ataque rival, juego hacia la derecha para Ferreira que arrancó veloz llegando casi hasta el final de la cancha. Hay que reconocer que este flaco patas chuecas corría como puma, tan veloz que nadie alcanzaba siquiera para pescarlo de su polera, cuando se acabó la cancha se frenó para disparar, sin ninguna marca rival, un perfecto centro que terminó, por esas cosas del viento pampino ligeramente desviado hacia mi arco, solo atiné a mirar como la esférica ingresaba mientras refregaba mis ojos que se habían cubierto del polvo que la misma pelota y el viento traían consigo, resignado la saqué desde el fondo del arco pasándosela a Rojitas, mi compañero defensa, que se la llevó corriendo hasta círculo central para reiniciar la contienda, ya perdíamos dos por cero. Habían transcurrido menos de veinte minutos de partido. En ese momento parecía que perder por dos goles a cero resultaba una derrota “digna”.

Se reinició el juego, “Camuringa chico” hizo un pase al flaco Araya que no halló nada mejor que devolvérsela, nuestro capitán miró a todos lados buscando a quien pasarla, no hallando a ninguno en actitud de juego, por el contrario se observaban todos muy relajados, como si anduvieran de paseo, siquiera mostraban interés por atacar o defender mientras delanteros y mediocampo del Ferro Mina esperaban pacientes el eventual ataque de Velo que jamás ocurrió, Virgilio astutamente corrió hacia donde estaba nuestro capitán con el fin de apurar el trance y lo que consiguió fue quedarse con la redonda después de una astuta maniobra que “Camuringa” siquiera notó, Virgilio corrió hacia el flanco izquierdo viendo que el hábil “Garrincha” venía veloz abriendo la cancha por ese lado para encaminarse hacia el centro, desde mi posición parecía que ambos se leían la mente porque disparó un tiro aéreo, tipo globito que sobrepasó toda la línea defensiva del Velo siendo recibida mansita por el puntero izquierdo que venía habilitado para llegar al arco en solitario, en un duelo como de pistoleros que nos enfrentó a ambos mientras el público y los demás jugadores miraban en silencio y expectantes el desarrollo y desenlace que tendría la jugada, pateó suave, bajo hacia la derecha y la pelota se fue a clavar



lentamente al fondo de la red, sólo la miré sintiendo ganas hasta de aplaudir al Virgilio por la belleza de la jugada que había conseguido armar y abrazar efusivo al "Garrincha" por la forma como la finiquitó, todo había sido una verdadera obra de arte. Comenzaba a avergonzarme el resultado y quería que el partido terminara pronto para irme derechito a mi casa, ojalá por entremedio de los callejones como una forma de evitar que me vieran transitar por el campamento.

El resultado parcial no hizo más que amilanar las ganas de mis compañeros por seguir jugando, se vino como un desgano total que se reflejó en la quietud de cada uno, nadie corría ni salía a enfrentar a los rivales. De haberse podido, creo que todos los jugadores del Velo le habrían hecho un pasillo a los rivales para que pasaran a servirse goles al fondo de la cancha, todos nuestros jugadores, sin excepción, se movían menos de lo necesario y los hábiles del Ferro Mina captaron eso, especialmente su entrenador por lo que aprovechó un saque de costado para detener el partido y hacer ingresar — "para darle chance de jugar a los reservas" según se le escuchó decir— a cuatro nuevos jugadores (este equipo, como todos los equipos buenos del campeonato podía darse el lujo de contar con 8 y hasta 10 reservas) así que comenzaron los cambios mientras casi todos los jugadores de nuestro equipo descansaban sentados en el suelo, creo yo más por decepción espiritual que por cansancio físico que hasta ese momento había sido mínimo. Cuatro cambios hizo el entrenador del Ferro y cada uno de los ingresados entró como fiera hambrienta de gol, corriendo frenéticos en busca de la pelota para arrancar solos sin siquiera mirar al lado, cual locos caballos desbocados, hasta el arco rival, convencidos que bastaba con llegar para convertir un gol y así no más fue, cada uno de los ingresados marcó un gol, antes de finalizar el primer tiempo

ya perdíamos por siete goles a cero, nuestra parcialidad en silencio soportaba las bromas de los respetables hinchas de Ferro que hacían un festín con el resultado y especialmente con el infaustamente celebérrimo desempeño del arquero.

Finalizado el primer tiempo Sotito resolvió que era mejor sacarme y poner otro arquero, por lo que me saqué la vestimenta deportiva y sin siquiera ducharme me vestí con mi ropa para salir agazapado del estadio, yéndome derechito a la casa, mi padre siguió en el estadio y después, como era su costumbre, pasó al boliche de siempre a beber las cervezas del domingo llegando a la casa cuando ya todos dormíamos, nunca conversamos sobre el partido, pero sabiamente entendió que lo mío no era el futbol, la navidad siguiente me regaló una guitarra y unos cuántos libros.

FIN

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

AÍDA EUFEMIA ÁNGEL ARAMAYO

70 AÑOS

ANTOFAGASTA

"EL MENSAJE QUE DEVOLVIÓ EL COLOR A MIS DÍAS"

El viento soplaba con fuerza aquella tarde. Desde la ventana, observaba cómo una hoja de papel que escapaba de mis dedos y se perdía en el aire, sin saber si correr tras ella o dejarla ir. Tal vez —pensé— esa hoja representaba algo más que un simple trozo de papel: era la decisión que no me atrevía a tomar. De pronto, desvié mi atención hacia el celular. El teléfono sonó esa tarde de abril con uno de esos mensajes que normalmente habría ignorado; sin embargo, aquella vez algo me hizo detenerme. No imaginaba que esas pocas palabras serían el comienzo de una nueva etapa de mi vida.

Cada mañana preparaba mi desayuno sin prisa. El reloj avanzaba lentamente y el silencio llenaba cada rincón del departamento. La televisión permanecía encendida durante horas, no porque realmente la estuviera viendo, sino porque necesitaba escuchar alguna voz que rompiera aquel vacío.

Tenía ganas de llorar, pero no podía. Estaba envuelta en el manto de la soledad. Solo mi alma lo hizo, en silencio. Me sentía vacía, como si hubiera perdido algo esencial: mi propia imagen. Comprendí entonces que había construido un personaje dentro de mí, alguien que fingía fortaleza cuando en realidad era débil.

«¿Quién soy?», me pregunté, mirando mi reflejo en el vidrio empañado de la ventana de mi habitación; observando el vuelo de los pájaros y a dos gatos paseando por el frente de la logia del departamento. Solía desviar su atención ofreciéndole comida, para sentir su pequeña compañía.

Después de mi jubilación, los días comenzaron a alargarse dentro de una rutina silenciosa. Las mañanas eran tranquilas, pero no era una tranquilidad que me diera paz; era un silencio que pesaba y me envolvía en una profunda soledad.

Me costaba aceptar que los años habían avanzado. Rechazaba el envejecimiento y esa negación libraba una batalla entre lo que yo sentía por dentro y la realidad que veía frente al espejo. Cada mañana observaba cómo mi rostro cambiaba, cómo aparecían nuevas arrugas y cómo mi cabello comenzaba a teñirse de blanco. Intentaba disimular el paso del tiempo con un poco de maquillaje, buscando el reflejo de la mujer joven que alguna vez fui. Hasta que un día me pregunté: «¿Quién soy ahora?».

La mujer que veía en el espejo ya no era la misma de años atrás. Había pasado el tiempo tan deprisa. Sentía que había dejado de ser útil y, por momentos, creía que mi historia ya estaba escrita.

¿Pero cómo? No es posible todavía, me queda mucho por recorrer. Comprendí que no estaba perdiendo mi esencia, sino que estaba entrando en una nueva etapa de la vida. Había sido hija, madre, trabajadora y enfrentado innumerables desafíos. Sin embargo, ahora debía descubrir un nuevo propósito. Entendí que el valor de una persona no depende de un empleo ni de la edad, sino de su capacidad para seguir aprendiendo, compartiendo y entregando lo mejor de sí misma.

En busca de un alivio, me senté frente a la computadora y comencé a escribir sobre mi estado de ánimo, ese torbellino de emociones que me hacía sentir triste y envuelta en un ambiente solitario, hablando conmigo misma. Nuevamente me acerqué al ventanal a observar a la gente desconocida que iba y venía. Todo esto estaba profundamente ligado a la naturaleza del lugar donde nací, crecí y vivo, un espacio cuyo propósito para mí ha sido volver a soñar, reconectar y reiniciar mi vida en busca de nuevas alternativas para el día a día, el cual se había tornado rutinario.

De repente escuché el sonido de mi celular sonar una y otra vez: un mensaje. Inmediatamente me dirigí a alcanzar el dispositivo para ver de qué se trataba. Decía: «Ven a ser parte de nuestra comunidad CDR (Centro Diurno Referencial Antofagasta)». Me lo había enviado la hermana de la fe, Juanita. Sentí de inmediato que era un lugar donde podrían ayudarme.

Fue entonces cuando Dios, a través de un simple mensaje de texto, iluminó mi camino. Era una invitación para conocer el centro del adulto mayor, un espacio del que ya me habían hablado, pero al que siempre me había resistido a asistir, porque no quería aceptar el paso de los años.

No obstante, tomé la decisión de ir para abrir la puerta a un cambio en mis días; quería seguir viviendo, en forma tranquila y feliz, y buscar nuevas actividades que le devolvieran el sentido a mi vida. Acepté este proceso como una nueva etapa a la que me había llevado el tiempo. Mientras caminaba hacia el recinto, pasaron muchas cosas por mi mente; me sentía un poco insegura porque era algo totalmente nuevo para mí: aceptar el cambio de etapa en mi diario vivir.

Al llegar al lugar señalado en la invitación, me encontré con un recinto acogedor, pensado especialmente para la atención del adulto mayor, con salas amplias y equipadas para kinesiología, enfermería, deportes y mucho más.

El primer día entré con la mirada baja. Al levantarla, solo vi un mar de rostros extraños, que me miraban con curiosidad: gestos distantes y una multitud de desconocidos. En ese momento, sentí que estaba en el lugar equivocado.

Pero entonces se me acercó una persona con una sonrisa que me hizo sentir bienvenida. Tenía un rostro redondo y apacible, ojos grandes que transmitían una paz inmediata y una sonrisa ancha que borraba cualquier rastro de severidad.

A partir de ahí, todo cambió. El equipo humano del CDR me recibió de maravilla: profesionales con vocación genuina, con una paciencia infinita y un cariño entrañable. Cada uno de sus gestos van más allá de lo terapéutico; el kinesiólogo, la enfermera o el tallerista se convierten en confidentes y motivadores, que nos recuerdan lo valioso que somos. Los talleres de gimnasia y baile nos devuelven la energía de la juventud; mientras que las terapias, la atención personalizada y los encuentros sociales nos llenan el alma. Cada actividad nos despierta, nos anima y nos demuestra que la vida sigue y que aún tenemos mucho por compartir y disfrutar.

Hace tres años crucé esa puerta por primera vez. Venía con el corazón encogido y el rostro rígido por la incertidumbre. Para mí, todos los que estaban allí eran solo «ancianos». ¡Qué equivocada estaba! Hoy, esos rostros borrosos del primer día tienen nombre, alma y luz propia. Ahora al ver la frente surcada de mi amiga Elena ya no veo el paso del tiempo, sino que su sabiduría. Al mirar los ojos achinados de Carlos mientras juega ping-pong, descubro al mismo niño travieso de las fotos de su juventud. Sus risas, que antes me parecían un ruido ajeno, hoy son la música de mis tardes y el reflejo de mi propia transformación.

Comprendí que no estaba esperando el final de mi historia. En realidad, comenzaba un capítulo nuevo. Descubrí que aún podía aprender, reír, hacer amigas, bailar y sentirme útil. La jubilación no era el final del camino; era una oportunidad para caminar más despacio y disfrutar del paisaje.

Hoy, cuando recibo una notificación en mi teléfono, ya no la miro con la indiferencia de antes. Recuerdo el mensaje que cambió mi vida. A veces los milagros no llegan con grandes anuncios, ni estruendos; aparecen en la sutileza de unas pocas palabras que nos invitan a abrir la puerta. Yo me atreví a abrirla… y al otro lado no solo encontré un lugar acogedor, sino que esperanza, amigos y, sobre todo, una nueva versión de mí misma.

Aquel mensaje simple y luminoso, finalmente, me devolvió el color a mis días.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ORIEL DEL CARMEN MORALES HONORES

63 AÑOS

CALAMA

"VEN A MI MUNDO"

Y al fin nació el niño … después de una operación muy prolongada a mi hija (su madre).

Creo que los médicos esperaron mucho para decidir de hacerlo vía cesárea, entonces hubo un tiempo precioso que después pasó la cuenta.

Muy feliz corrí a la salita a conocerlo cuando las enfermeras dijeron que ya se podía ver. Ahí estaba en una cunita pequeña, tuvo principios de asfixia pues estaba aún un poco amoratado; mirando el techo del hospital como diciendo.

- ¿A dónde he llegado? -

Pero yo veía algo en él, que no me dejaba tranquilo, porque su mirada la tenía perdida cuando yo le hablaba. Su madre aun no podía verlo, tampoco estar con él.

Ella estaba muy débil.

Después de días en observación y que mi hija se recuperara, nos entregaron a Ignacio (Nachito) así lo llamó mi hija desde el primer momento que lo vio.

Así comenzó la vida lenta de Ignacio, todo era diferente con su crecimiento con respecto a otros niños de su edad.

El poner sus autitos en fila ordenándolos por colores, el no responder a su nombre, sus retrasos en el lenguaje, usar solo pocos gestos, el no compartir la diversión ni los intereses con otras personas, las formas inusuales de mover las manos, los dedos o el cuerpo entero retorciéndose, repetir algo una y otra vez o alinear objetos.

A cambio de todo eso tenía una particularidad que era muy cariñoso, muy de piel, tierno, pasivo y expresivo con sus sentimientos; eso me lo demostró cuando esa tarde volví de un largo viaje y al verme se abalanzó a mis abrazos diciendo tal vez con su mirada:

- ¿Dónde estabas?; ¡te extrañé mucho!

En los primeros controles médicos los doctores dieron el diagnóstico lapidario de una condición llamada Trastorno del Espectro Autista y que debería tener atención, formación y educación diferente.

Días después su padre al saber esto decidió abandonarlos y luego entonces mi hija se vino a vivir con nosotros. Pero Ignacio tenía un madre muy fuerte y dispuesta e iba a luchar por él, porque un día me pidió muy triste, pero con mucha fuerza:

-Papá ayúdame a criarlo, tenemos que sacarlo adelante-

-Que no te quepa la menor duda- le dije- lucharemos por él y contra todo, porque somos una familia. Se que esta misión

será muy dura pero juntos la llevaremos adelante.

Desde a ese momento fui como su padre. Conocía cada reacción y como iba a actuar en cada acción que le tocaba vivir.

A los cuatro años aun no hablaba palabra alguna, simplemente solo se comunicaba con gestos y sonidos, siempre su mirada fija perdida, mirando, pero no observaba.

Solamente algunos dibujos animados de la televisión le llamaban la atención especialmente lo de animales, eso era lo único que lo sacaba de su letargo comunicacional.

El primer paso, dijeron los doctores, era ingresarlo a un jardín Infantil como terapia de interacción con otros menores. Cuando comenzó a ir al parvulario, lo iba a dejar y a buscar; ahí también me di cuenta de que no jugaba con los otros menores, se quedaba todo el tiempo en un rincón observando los juegos de los otros pequeños.

Y cuando lograba jugar lo hacía muy solitariamente.

Desde el jardín se fue a un colegio, pero sus enseñanzas eran con adecuaciones especiales para él. En los primeros años interactuaba bien con sus compañeros, pero luego tuvo que pasar lo que temíamos tanto: Comenzaron las diferencias con sus otros compañeros, en repetidas oportunidades producto de las burlas se descompensaba y corríamos al colegio a contenerlo.

Pero hace unos días atrás nos llamaron del colegio urgentemente para que retiráramos a Ignacio. Según la información que nos dieron se había descompensado nuevamente, pero algo en mi interior me decía que esta vez no era lo mismo.

Cuando llegamos a la sala de clases a buscarlo. Estaba en un rincón solo; sentado en el piso, con sus manos en el rostro mirando hacia la pared, con la mirada perdida y en sus ojos señal que había llorado mucho.

Corrí a abrazarlo y le dije que ya estábamos acá, que no dejaríamos que le pasara nada.

Pedimos explicación a los encargados de psicopedagogía, a algunos profesores incluso fuimos a la inspectoría, pero nadie del establecimiento nos informó nada.

Esa tarde solicitamos al colegio que se investigara y volvimos con él a casa muy tristes y decepcionados por lo poco que habíamos logrado averiguar.

Al otro día el no quiso ir al colegio, tampoco lo obligamos.

Cuando días después logramos convencerlo de que iríamos nuevamente, pero que lo cambiaríamos de curso, accedió.

Lo dejamos con sus nuevos compañeros y cuando íbamos abandonando el recinto se nos acercó un joven profesor y nos llamó a conversar.

- ¿Buenos días ustedes son los apoderados de Ignacio, el chico del séptimo C?

-Efectivamente -le dijimos- ¿en qué podemos ayudarle?

-Sé que es un caso muy delicado, pero mi deber, más que como profesor, es como padre informarles lo que estoy seguro los tiene angustiados; aunque, si lo llega a saber el rector que les comuniqué, puede que me cueste el puesto.

Quedamos muy perplejos y expectantes por lo que aquel tímido, pero decidido profesor tenía que decirnos.

-No puedo estar tranquilo sabiendo que ustedes solicitaron que se les diera información y sé que se las han negado porque el colegio pregona la imagen de inclusividad y la da a conocer por todas partes, pero viendo el caso de su pupilo, me temo que no es tan así.

Hizo pausa y prosiguió:

-Tengo dos hijos y gracias a Dios que ellos no padecen lo que padece Ignacio y no me gustaría que le pasara lo que yo vi ese día, es por eso por lo que quise conversar con ustedes…y…

-Hable ya por favor – interrumpió mi hija.

-Soy profesor de música. El día de los hechos estaba promocionando un taller de instrumentos musicales y como no había mucho interés en los alumnos solicité ir a cada una de las salas, con la finalidad de motivar e inscribir a los niños que pudiesen tener deseos de participar.

Respiro hondo y prosiguió…

-Esa mañana antes de entrar a la sala de Ignacio, escuché muchas risotadas y música a la vez. Miré por una de las ventanas y vi que el profesor no estaba con el curso.



Entré de improviso y vi que los compañeros de Ignacio lo estaban haciendo bailar y lo más grave de este asunto es que lo estaban grabando con sus celulares. Todos se reían de el ante sus toscos y descoordinados movimientos y él no se daba cuenta. Quizás el accedió para que lo consideraran, quería tener amigos porque siempre estaba solo en los recreos, a él, le gustaba mucho que lo consideraran y en los grupos no lo elegían, quedaba sin compañeros, así que tenían que realizar sus trabajos en solitario, eso lo afectaba mucho.

-De inmediato detuve todo eso que me pareció muy cruel e informé a inspectoría y es cuando creo que lo llamaron a ustedes para que retiraran a Ignacio porque estaba muy nervioso y descompensado; fue cuando lo abracé y le dije que no se dejara hacer nunca eso por ningún motivo.

Le dimos las gracias al profesor y volvimos a casa muy desconcertados, afligidos y con mucho dolor.

Hoy, su madre al ir a su habitación a buscarlo para que fuera a clases, no lo encontró, no estaba en su cuarto, tampoco en toda la casa. Fuimos a su escritorio y lo primero que descubrimos fue su celular abierto donde se veía claramente que sus compañeros habían subido el video a las redes sociales y él lo había visto.

También había tres hojas con dibujos uno al lado de otro. Llamamos a Carabineros y ellos llegaron con un especialista en grafología e interpretación de dibujos infantiles.

El especialista lamentablemente nos informaba muy preocupado:

- El primer dibujo expresa que había sentido vergüenza y tristeza al ver que todos se reían de él, en el video. -luego el profesional continuó diciendo:

-El segundo es muy extenso con varios cuadros cronológicos: Significa que el trató en innumerables veces de entrar al mundo a los que supuestamente se consideraban normales, mundo al que no le permitieron entrar, al que lo empujaban a salir y se preguntaba una y otra vez que por qué no lo aceptaban si él quería compartir, que quería estar ahí con todos, que lo incluyeran y hacer lo que todos hacían juntos. Mejor se encontraba en el mundo de él y que ya no volvería a intentarlo más, que nunca debería salir de su universo donde residía, retornaría a su mundo y nunca más saldría de allí; y terminaba expresando que mejor nosotros, que éramos su familia, entráramos a su inocente naturaleza …. que viniéramos al lugar…. donde vivía él.

-Y la tercera hoja era un dibujo con símbolos muy borrosos y se nota que lo hizo muy nervioso muy…tenso, muy alterado… como si los dibujos y rayas gritaran a viva voz… diciendo que:

¡¡¡Por qué, por qué… Nunca… pero… nunca más!!!!!!!

Lo hemos buscado por parques, calles y plazas, se nos ha ido el corazón y el alma buscándolo… son las doce de la noche y aún…no regresa…

FIN


REGIÓN DE ATACAMA

GANADORA REGIONAL

INÉS LETICIA PÉREZ AGUIRRE

77 AÑOS

CALDERA

"EL INICIO DE UNA VIDA COMO CUIDADORA"

A quien lea este relato: Quiero contarles mi historia, en parte como un desahogo sobre distintos episodios tristes y dramáticos de mi vida que, desafortunadamente, dieron inicio a un patrón en el que me convertí en cuidadora de personas mayores con enfermedades de alta dependencia. Si bien desde muy niña trabajé cuidando niños como niñera —algo que realizaba con mucho gusto—, esto de cuidar a personas mayores con enfermedades tan graves como el Alzheimer (en el caso de mi padre), el cáncer (en el de mi madre) y el Parkinson (en el de mi esposo) ha sido una prueba sumamente dura que la vida puso en mi camino. Y hoy, en la actualidad, me toca enfrentar a mí misma esta última enfermedad.

La emergencia y el hospital

Todo comenzó en una tarde de marzo del año 1990. En ese entonces yo vivía en Copiapó junto a mi esposo y mis tres hijos. Cerca de las 21:00 horas llegó a mi casa mi madre, quien vivía en Caldera junto a mi padre, para darnos la noticia de que él había sido ingresado en el Hospital San José del Carmen de Copiapó. Nos contó que al salir de su turno de trabajo él se sintió mal, por lo que lo llevaron a la posta de Caldera y de ahí lo trasladaron en ambulancia al hospital.

Para mi padre esto fue trágico. A sus 72 años jamás había pasado por algo así; era un hombre muy sano que nunca iba al médico. Sin embargo, de pronto se le vinieron todas las enfermedades habidas y por haber, incluyendo el Alzheimer, un diagnóstico que a todos nos golpeó fuertemente.

La fuga y la desorientación

Posterior a eso, lo visitamos en el hospital durante tres semanas bajo el régimen de visitas. Un domingo por la tarde, mi hijo menor (que en ese momento tenía 8 años) estaba jugando en la calle y vio a mi padre caminando. Corrió a la casa a avisarle a mi madre: «¡Abuelita, ahí viene mi abuelito y se ve cansado!». Salimos de inmediato a su encuentro y venía todo sudado. Lo entramos a la casa y ahí nos contó que en el «hotel» donde estaba le querían robar la ropa y que tenía mucha hambre porque había caminado muchísimo buscando la casa del «Flaco Ángel» (así le decía a mi esposo). Él nunca se dio cuenta de que estaba en un hospital; para su mente, se encontraba en un hotel. Mi madre lo atendió, le cambió de ropa y le dio de cenar.

Al día siguiente fuimos a primera hora al hospital para averiguar qué había acontecido. Fue ahí cuando nos enteramos de que se había puesto agresivo queriendo su ropa para irse a su casa, y que incluso lo habían descubierto intentando lanzarse por una ventana del cuarto piso. Para nosotros como familia, lo más preocupante e indignante fue que no nos avisaron y lo dejaron irse así, sin dinero y con su mente desorientada, aun teniendo ellos constancia de nuestro domicilio. Lo largaron a la calle sabiendo que su mente no estaba clara.

Mi padre deambuló todo el día por el sector del estadio —caminó más de cuatro horas buscándolos— hasta que afortunadamente logró llegar a casa. Doy gracias a Dios de que no lo hayan atropellado mientras nosotros confiábamos en que estaba hospitalizado.

La recta final en casa

Debido a la gravedad de la situación, nos reunimos entre los nueve hermanos y acordamos aportar cada uno un granito de arena monetario para que un médico particular lo fuera a ver a la casa. El diagnóstico que nos dio el doctor fue que solo quedaba cuidarlo bien, ya que su salud estaba muy deteriorada, y nos advirtió que le quedaba poco tiempo de vida. Nos recetó unos medicamentos y se retiró.

A partir de ahí, mi padre se deterioró aún más. Cayó en cama y no quiso levantarse más; poco a poco se fue apagando. Perdió hasta el habla en muy poco tiempo y ya no nos reconocía. Tuvimos que empezar a hacerle baño de cama y darle la comida en la boca con papillas, aunque ya no quería recibir nada. En medio de todo esto, yo trabajaba medio día en una casa particular, y mi madre se agotó tanto por el cuidado que cayó una semana enferma en cama.

Un 14 de mayo, a las 6:45 de la mañana, mi padre falleció. Lo velamos en una capilla ardiente en mi casa y por la tarde regresamos a Caldera con él.

Lo que significa el Alzheimer en la familia. Quiero contarles, para quienes nunca han vivido la experiencia de tener un familiar con Alzheimer, que es algo que trastorna por completo la rutina de todo el grupo familiar. Ver cómo el comportamiento de mi padre iba cambiando en tan poco tiempo debido al daño progresivo de la enfermedad fue un proceso doloroso. Desorientación y pérdida de memoria: Sufría olvidos frecuentes y una desorientación que a mí como hija me marcó profundamente. Se perdía en lugares conocidos, no reconocía la casa donde vivió toda su vida desde que se casó con mi madre, y no sabía qué día o qué hora era.



Pérdida de capacidades: Se le dificultaba realizar las tareas más simples. Se negaba a vestirse, ducharse, levantarse o seguir el tratamiento recomendado por el doctor.

Cambios de conducta y emociones: Se ponía ansioso, situación que se exacerbaba cuando había mucho ruido en casa. Los niños comenzaron a tener miedo de estar con él, y esto me dolía mucho, ya que él siempre fue un abuelo cariñoso y cercano con sus nietos.

Agitación y delirios: Se veía agitado e inquieto; caminaba de un lado a otro sin propósito fijo o se enfadaba con facilidad. Otra cosa que a los niños les daba curiosidad y tristeza era que repetía las mismas preguntas y acciones una y otra vez. Se volvió desconfiado y deliraba, imaginando que le robaban, que le ocultaban cosas o viendo y escuchando cosas que no eran reales. Ser sus principales cuidadoras junto con mi madre fue una triste y dura experiencia. Mi padre fue la primera persona enferma que me tocó cuidar. Después vino mi madre con el cáncer, luego mi esposo con el Parkinson, y ahora soy yo quien no puede trabajar más porque me diagnosticaron Parkinson. A mis 77 años camino apoyada en un bastón y mi estabilidad no es buena, pero aquí sigo, dejando constancia de nuestro camino.

La luz de mi vida y su batalla contra el cáncer

Mi madre fue, sin duda alguna, el ser humano más dulce que he conocido y la persona que más cariño, protección y contención me dio en toda mi vida. Fue mi pilar fundamental y mi refugio en los momentos más difíciles. Por eso, la vida nos puso una prueba tan dura. Después de todo el dolor que vivimos con la enfermedad de mi padre, vi cómo mi madre entregó hasta sus últimas fuerzas para cuidarlo. Su salud quedó muy desgastada por ese cansancio físico y emocional. Y apenas íbamos procesando el duelo de haber perdido a mi papá, llegó el diagnóstico que nos congeló el alma: mi madre tenía cáncer.

Saber que ella debía enfrentar una enfermedad tan cruel y dolorosa me destrozó el corazón. Sin embargo, en medio del dolor, entendí que debía sacar fuerzas de donde ya no me quedaban. Tenía que ponerme de pie y ser su sostén, tal como ella lo fue para mí desde el día en que nací.

Decidí acompañarla y cuidarla en cada paso de su tratamiento hasta el final de sus días. Fue un camino de mucho dolor por su partida, pero también el acto de amor y gratitud más grande que pude ofrecerle en esta vida.

La otra cara de la moneda: cuidar en el perdón

Muchos años antes de que la enfermedad tocara a mis padres, mi vida ya había estado marcada por capítulos sumamente difíciles. Durante mi matrimonio con quien fue mi esposo, viví episodios dolorosos que me rompieron el alma: sufrí violencia física, golpes e infidelidades. Tras mucho dolor, tomé la decisión de separarme de él para proteger mi vida, mi dignidad y mi paz. Pensé que esa historia había quedado definitivamente atrás.

Sin embargo, los caminos de la vida son complejos. Tiempo después de haber vivido la partida de mi padre y de mi madre, a mi exesposo le diagnosticaron Parkinson. Al verse solo y enfrentado a una enfermedad neurodegenerativa que poco a poco lo iría dejando dependiente, mis hijos acudieron a mí.

Experimenté una presión fuertísima por parte de mis hijos para que me hiciera cargo de su cuidado. Para ellos era su padre, pero para mí era el hombre que tanto daño me había hecho en el pasado. Se generó en mi interior un conflicto enorme; me sentía atrapada entre el dolor de mis recuerdos y el amor incondicional que le tengo a mis hijos.

Al final, acepté cuidarlo. No lo hice porque el tiempo hubiera borrado las heridas o porque justificara lo que él me hizo, sino por amor a mis hijos —para no dejarlos solos con una carga tan pesada— y porque en mi corazón no había espacio para el encono. Decidí ofrecerle un trato digno en su enfermedad y acompañarlo hasta el final de sus días, dándole una atención humana que él jamás me dio a mí en nuestro matrimonio.

Cuidar a alguien a quien amaste profundamente exige entrega; pero cuidar a quien te lastimó exige una grandeza de alma enorme. Fue un proceso duro y silencioso, pero me dio la tranquilidad de saber que actué con amor y empatía incondicional.

Mi presente a los 77 años

Hoy me toca estar del otro lado de la historia. A mis 77 años ya no puedo trabajar más porque me diagnosticaron Parkinson, la misma enfermedad que cuidé en mi esposo. Mi estabilidad física no es buena y me acompaño de un bastón para caminar.

Haber cuidado a tres personas tan importantes desde su diagnóstico hasta su muerte dejó marcas profundas en mi cuerpo y en mi alma. Sin embargo, hoy escribo este relato con la paz de haber entregado todo, con el alma limpia y con el deseo de que mis palabras queden como testimonio de mi vida, mi fortaleza y mi amor para mis hijos y nietos.

Nobleza y compasión.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

VIOLETA DE LAS MERCEDES FUENTES ALCAÍNO

77 AÑOS

CALDERA

"MI VIDA JUNTO A LA MÁQUINA DE COSER"

A quien lea este relato: quizás le parezca algo raro, pero debo comentarles que nunca fue mi intención escribir un relato. Soy una persona de pocas palabras, más bien tímida, pero fui usuaria del programa Vínculos de la ciudad de Caldera y aun sigo participando en algunas actividades que ellos hacen. Allí, la monitora realizó un ciclo de talleres de fomento lector donde, aparte de leer un cuento muy lindo, los participantes debíamos redactar una experiencia feliz de nuestras vivencias, asociada a un objeto que nos recordara algo hermoso.

¿Quiere contar su historia?, me preguntó ella y yo respondí.

—Sí. Para mí, el objeto que me ha hecho muy feliz, y me hace feliz todavía, es la máquina de coser. Comencé a usarla muy joven; mejor dicho, cuando era una niña. En ese entonces, a mi corta edad, les hacía la ropa a mis muñecas con la máquina de mi mamita. Ella aprendió de su abuela, y yo y mis hermanas aprendimos de nuestra amada madre, que ya está en el cielo.

Cuando me casé tuve cuatro hijos, todos varones. Ahí, para ayudar a mi marido porque el dinero no alcanzaba, comencé a hacerles la ropa a ellos; no teníamos necesidad de comprarles prendas, lo mismo que para mí y mi esposo. Con el tiempo nos fuimos de Santiago a vivir a Concepción. Ahí hice unos cursos de moda que realizaba la municipalidad para los centros de madres de CEMA Chile. Una vez que uno terminaba el curso y se graduaba, nos regalaban una máquina de coser y telas para hacer distintas prendas. Ahí tuve mi primera máquina: fue una Vigorelli. Era tan linda y me sirvió tanto... Desafortunadamente, sufrimos un incendio en mi hogar y mi máquina se quemó. Bueno, no solo eso, pero lo que más sentí perder fue ese objeto tan importante en mi vida.

Por ese siniestro volvimos a Santiago. Reconozco que pasamos momentos difíciles. Yo estaba acostumbrada a trabajar en costuras y tenía fama en Concepción por ser una buena modista; en Santiago, en cambio, nadie me conocía. Encontrar trabajo para mi marido tampoco fue fácil. Ahí fue donde obtuve mi segunda máquina de coser: una Singer negra, de esas con mesón, rueda y pedal. Me la regaló mi mamá, y fue el regalo más importante que jamás recibí. Esa me duró muchos años, pero también tuvo un final trágico. Un día yo estaba

inspirada cosiendo y de pronto mi marido me dice: «Mija, acompáñame a hacer unas diligencias». Yo acepté y salimos. Cuando pasadas unas horas volvimos, nos encontramos con una desagradable sorpresa: habíamos sido visitados por los amigos de lo ajeno. Y ¿qué creen? Entre las cosas que nos robaron estaba mi máquina de coser, la que me regaló mi madre. No podía creerlo. Fue un golpe anímico terrible. Mi tristeza era tan grande que mi marido, para consolarme, me regaló mi tercera máquina de coser. Después de eso nos vinimos a Caldera por motivos de trabajo de mi esposo. Mis hijos ya estaban grandes, casados y viviendo solos en otras ciudades.

De nuestros cuatro hijos, solo uno se vino con nosotros a Caldera. Tengo recuerdos muy bonitos de esa época porque yo les hacía la ropita y, a la vez, trabajaba en la casa para ayudar al sustento. Después tuve a mi primera nieta, a quien le hice lindos vestidos mientras seguía cosiendo. La cuidaba en el coche y lo movía y lo ponía al lado mío mientras trabajaba, porque mis hijos trabajaban.

A mi avanzada edad, aún trabajo. Siguieron pasando los años, mi nieta creció, estudió, se tituló de Matrona y se quiso casar. Una tarde llegó a mi casa y, después de conversar un poco, me dice: «Abuelita, yo quiero que usted me haga mi traje de novia». Yo quedé en shock. Porque, si bien yo era modista, hacer un traje de novia eran, definitivamente, palabras mayores. Yo le dije a mi nieta: «Pero hijita, ¿cómo quieres que yo te haga algo tan importante como tu traje de novia?». Ella, según yo, tenía los recursos para comprarse el que quisiera, pero mi nietecita de mi corazón me dijo: «Sí, abuelita, yo puedo comprar uno, pero este sería un recuerdo invaluable para mí



porque me lo hizo una de las personas que más amo en la vida». Bajo ese pensamiento, no pude decir que no.

En ese tiempo falleció mi esposo producto de una enfermedad terminal. Caí en una tristeza tan grande que pensé que me iba a morir al poco tiempo, pero Dios, nuestro Padre amado, dijo otra cosa. El año 2018 estaba en mi casa, en la Nueva Caldera, triste y llorando, cuando como a las tres de la tarde alguien golpeó mi portón. No quería salir a abrir, pero insistieron tanto... Golpearon con la mano, después con una piedra y, finalmente, con la voz. ¡Y vaya qué vozarrón tiene esa mujer! Era la señora Maribel, monitora del programa Vínculos, que me saludó muy amable y me preguntó si podía conversar conmigo. Me explicó que yo había salido beneficiada para participar en el programa. Yo no tenía ganas ni deseos, pero ella insistió y fue tan amable que dije que sí. Fue una de las mejores decisiones: ahí aprendimos tanto. Durante ese tiempo llegó la pandemia y ella me preguntó, entre muchas otras cosas, cómo estaban mis máquinas. La verdad es que ya estaban malitas y yo no tenía ánimo de hacer nada. Ella me postuló al FOSIS, al programa Yo Emprendo Semilla, para renovar mi máquina y comprar telas. Quedé seleccionada, y esa fue la última máquina de coser que tuve y que aún tengo, aunque ahora ya no coso mucho.

Ahora siento un poquito de nostalgia porque, por razones de fuerza mayor, tengo que dejar de coser. Pero, de igual forma, para mí el recuerdo más lindo es que esta máquina me hizo muy feliz. Por problemas a la vista y por la edad ya lo hago muy poco, y estoy rechazando muchos trabajos que me llegan. La máquina me ayudó mucho y me siento feliz de recordar todo lo que me dio. Ese es mi objeto de felicidad y lo comparto con ustedes.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

SERGIO ROBERTO PAVÉZ BASQUINSAY

68 AÑOS

COPIAPÓ

"SIN RUMBO"

Parral, abril de 1900, desolada, abatida y casi agonizante, una joven mujer, madre soltera, está a punto de parir su primogénito, en una habitación del viejo conventillo.

El villorrio, destinado a obreros y campesinos del sector, situado en las orillas de un frondoso bosque, se observa lúgubre, abandonado, sumido en la miseria y la pobreza.

La asiste una partera, mujer vieja, de canas profundas, acostumbrada a acompañar a las mujeres de la comunidad, a este momento milenario. Es aquí donde el milagro ocurre y la vida irrumpe, con el nacimiento de una criatura.

La Partera, posee un conocimiento ancestral, le basta echar una ojeada, acomodar a la parturienta, para saber que la criatura, viene mal.

Esta, es una de las ocasiones en que no le agrada su oficio. La débil mujer se retuerce, derrotada y vencida, se entrega a los designios de su vida: para ella. Ahora lo más importante es su hijo.

Algo escurre, un líquido viscoso mancha la humilde ropa de la enferma. Queda poco tiempo- "Se demoro demasiado en llegar" (magulla entre dientes la vieja partera). La lluvia, la distancia, la pobreza y el abandono estaban sumiendo a la mujer en una crítica situación.

La partera hace un ademán, casi autoritario y envía a otra anciana, a buscar agua al arroyo y hacerla hervir. Busca en un morral de cuero, manojos de hierbas medicinales, los arroja a la olla hirviendo, se arremanga las polleras y en cuclillas, se prepara para recibir a la criatura, que ya se impacienta por nacer.

La parturienta gime, se retuerce de dolor, sus manos se aferran al madero del humilde camastro, este cruje junto a las manos débiles de la mujer.

La partera la mira y susurra, sin siquiera mover los labios: - "es la hora, ya viene"-.

¡Puja mujer!, ya viene el crio, ¡puja!, un poco más. Esta maniobra de parto duró casi diez minutos, la que finalizó con el llanto de un hermoso varón. La madre sollozó, la vida se le escapaba a borbotones, no había nada que hacer. En vano los intentos de prolongar su existencia. Entre susurros y gemidos pidió ver su hijo, dos lágrimas surcaron sus mejillas y la vida abandonaba su frágil cuerpo entumido.

El recién nacido lanza un grito, seguido por un llanto que anunciaba, que su vida no sería fácil.

Rogelio fue bautizado, por un abuelo que nunca conoció. Su infancia lo encontró sirviendo para los mandados y alimentando animales en las caballerizas, fue criado con precariedad, con mano dura y severidad, por una tía que ya contaba con dos hijos. Debido a eso y al gasto que conlleva, no lo educaron en la formalidad.

Con tristeza veía como el trato y las preferencias no lo favorecían. Cuando se trataba de él o sus primos, generalmente, recibía la peor parte.

Cierto día, alimentando los animales en el corral, escucho la voz del patrón que se acercaba con varios desconocidos. Hablaban cosas de hombres que él no entendía, pero si, escuchó algo que llamó poderosamente su atención. Andaban comprando animales de tiro, para una tropilla que se dirigía al norte. Esa fue la chispa que germinó en su mente, desde ese día no hacía más que pensar en embarcarse con la tropa, las carretas y familias que emigraban del sur, atraídos por la minería. La plata, el oro, cobre y salitre eran los objetivos de los rudos hombres que luchaban por conseguir la riqueza y el bienestar de sus familias.

Conocedor del cuidado, alimentación y forraje de las bestias, no le fue difícil ser admitido en las carretas de los peones.

Pronto el pequeño niño, con voluntad y entusiasmo se fue ganando el aprecio de los curtidos hombres del campo. Jamás se había sentido tan a gusto. Las familias con hijos de su misma edad, pronto lo integraban, lo convertían en un miembro más de la familia.

La jornada comenzaba antes del amanecer: juntar leña, agua, dar de comer a los animales, ayudar a las mujeres en el cuidado de los más pequeños. Pero todo lo hacía con entusiasmo, rapidez y buena voluntad. Sabía que en poco tiempo sería llamado a desayunar como todos los hombres del campamento, sin excepción.

Una vez desayunado, rápidamente la caravana se ponía en marcha y comenzaban el rodar de las carretas, seguidas del ganado, cerdos y perros, todo acompañado del cacareo de gallos y gallinas.

Para él y sus amigos, era divertido, preocupados de no perder un animal, se les pasaba el tiempo entre risas, carreras y bromas.

Así fue transcurriendo el tiempo, momentos que quedarían grabados en su mente para toda la vida. Fueron los momentos que endulzaron su niñez, los que atesora como único recuerdo de una infancia penosa y solitaria.

Se fue convirtiendo en un gran hombre, curtido por el trabajo, responsable y voluntarioso, no dudaba en ayudar a quien necesitara de una mano amiga. Siempre estaba colaborando para construir un rancho, buscando animales perdidos o en la cosecha de temporada, ayudando en la cosecha de pequeños agricultores: eso también le permitía un plato de comida segura y calentita.

Pero el mundo se fue quedando chico, entusiasmado por otros jóvenes soñadores, decidieron buscar oportunidades en el norte minero. Fue así que un maravilloso otoño, lo sorprendió en Estación Central, embarcándose en un tren que lo traería a buscar sus sueños juveniles.

El tren pita a cada instante mientras va entrando a Copiapó. Las primeras casas del pueblo van surgiendo una a una en la distancia. Rostros curiosos se asoman por las ventanas, los perros le dan la bienvenida corriendo a la par de la poderosa máquina, el humo de la locomotora inunda los cielos nortinos, manos que saludan, mujer sentada en el andén, como esperando a alguien que jamás vendrá.

El frenesí del momento embarga a los amigos. Los sueños de fortuna, verse convertidos en mineros, encontrar filones perdidos. Los llenaban de entusiasmo.

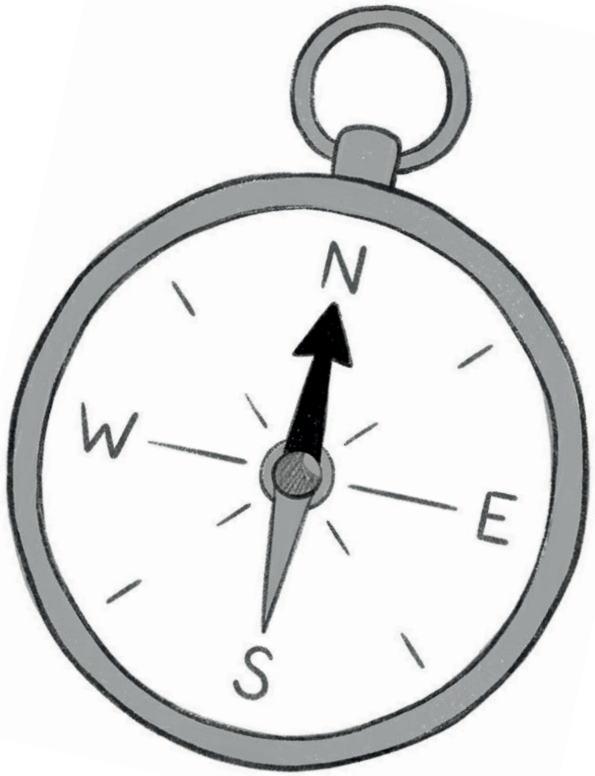
Casi al salir de la estación, comenzaron las ofertas de trabajo. La mano de obra en una ciudad emergente escasea y pronto se ven junto a otros jóvenes, encaramados en un camión minero.

Los ojos brillaban con vehemencia, cada cosa de Copiapó les llamaba la atención. Acostumbrado a la vegetación, los verdes valles del sur, la fragancia de las flores, el aroma de la tierra húmeda. Ahora la aridez y el sofocante calor del desierto, se ofrecía, como un nuevo desafío que debía enfrentar.

Se empinaba en los veinte años, cuando en una de esas bajadas que hacen los mineros, cada veinte o treinta días, sentado en la pequeña plaza de Inca de oro, la vio, junto a otras amigas, que, al igual que él, buscaban un árbol que las protegiera del vasto calor del verano.

No pasó mucho tiempo, entre miradas ingenuas y sonrisas se fue acercando a la hermosa joven. Fue en ese momento, preparado con antelación quizás, desde antes de nacer, ya los designios están escritos.

De ese amor, de esa unión, nacieron más de una docena de hijos… pero, esa es otra historia, algún día se las contaré.



REGIÓN DE COQUIMBO



GANADOR REGIONAL

RAÚL PATRICIO LUCO TORRES

65 AÑOS

LA SERENA

"EL FRÍO COMO ÚNICA PATRIA"

Estocolmo no era una ciudad.

Era una respiración detenida.

Un lugar donde incluso el tiempo parecía haber perdido la voluntad de avanzar, como si las horas fueran animales cansados echados sobre la nieve, inmóviles, blancos, enfermos de silencio.

Él caminaba por Södermalm con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, pero no escondía el frío. El frío, después de cierto punto, deja de ser enemigo. Se vuelve idioma. Se instala en el cuerpo con la paciencia de un pariente viejo. Lo que escondía era otra cosa: el temblor absurdo de seguir sintiéndose extranjero incluso dentro de sí mismo.

Había aprendido algunas palabras en sueco. Las suficientes para comprar pan, pedir café, decir gracias, pedir disculpas, fingir pertenencia. Pero cada sílaba le dejaba una sensación metálica en la lengua, como si estuviera pronunciando objetos y no palabras. El idioma no entraba en él: rebotaba.

A veces recordaba el sol de Chile no como recuerdo sino como enfermedad. Lo sentía en la piel durante segundos brevísimos, mientras esperaba el metro o miraba el vapor subir desde una alcantarilla. Entonces el cuerpo reaccionaba antes que la memoria: una nostalgia física, animal, parecida al hambre.

La nieve seguía cayendo sobre la ciudad con una persistencia ofensiva.

No descendía del cielo: ocupaba espacio.

Se acumulaba sobre los techos negros, sobre las bicicletas inmóviles, sobre las ramas secas de los árboles, como si quisiera borrar toda forma reconocible del mundo. La gente caminaba rápido, mirando hacia abajo, expertos en el arte de no tocarse. Habían perfeccionado la distancia hasta convertirla en cortesía.

Y él, en medio de ellos, llevaba su país clavado dentro del pecho como una fiebre sin temperatura.

No era patriotismo.

Eso habría sido demasiado simple.

Era otra cosa: una adherencia. Una capa invisible de voces, calles, cuerpos, acentos, canciones de micros viejas, olor a pan caliente y cigarro húmedo. Todo eso seguía pegado a él, aunque estuviera a trece mil kilómetros de distancia.

Había amado, claro.

Todos aman.

Todos lo dicen con la misma solemnidad idiota con que se habla de los muertos o de Dios, como si el hecho de haber amado otorgara algún tipo de salvación.

Pero los amores, con los años, se convierten en residuos químicos.

Quedan fragmentos.

Una risa en una cocina.

Un lunar.

La curva de una espalda bajo una luz amarilla.

Y a veces —lo peor— una boca.

Solo una boca.

Porque el cuerpo completo desaparece primero. El tiempo desarma los rostros con una crueldad minuciosa, pero ciertas bocas sobreviven. Permanecen suspendidas en la memoria como heridas que todavía respiran.

Recordaba una.

Una boca que lo besó en una pieza arrendada cerca del mar, muchos años antes, mientras afuera alguien escuchaba música demasiado fuerte y el verano parecía interminable.

Ese beso no había sido feliz.

Había sido verdadero.

Y las cosas verdaderas rara vez traen paz.

Ahora, en Estocolmo, ese recuerdo regresaba algunas noches con una violencia silenciosa. No para consolarlo. No para darle calor. Sino para recordarle que alguna vez existió un instante donde el tiempo estuvo a punto de quebrarse entre dos personas.

Tal vez se quebró.

Tal vez todo lo que vino después fue simplemente la caída.

Una madrugada entró a un bar cerca de Gamla Stan.

El lugar olía a cerveza derramada y madera húmeda. Había lámparas amarillas colgando del techo como frutas enfermas. Sonaba jazz viejo desde un parlante roto. Nadie hablaba demasiado fuerte. En los países fríos incluso la tristeza aprende a comportarse.

Pidió whisky.

Después otro.

Miró el reflejo de la calle sobre la ventana empañada y por un segundo tuvo la impresión absurda de estar viendo el puerto de Valparaíso bajo lluvia. Esa superposición de ciudades le ocurría seguido: Santiago aparecía encima de Estocolmo como una doble exposición fotográfica.

Entonces alguien se sentó a su lado.

No una aparición.

No una epifanía.

Solo una mujer cansada con un abrigo gris y las manos rojas por el invierno.

Pidió vodka.

Lo miró apenas.

Él dijo algo torpe en inglés.

Ella respondió con media sonrisa.

Y eso fue todo.

Pero hay momentos mínimos que desplazan continentes enteros dentro de una persona.

Hablaron poco. Cosas insignificantes. El clima. Los trenes. El cansancio. La oscuridad que en invierno caía a las tres

de la tarde como un telón húmedo sobre la ciudad.

Sin embargo, debajo de esas frases pequeñas, algo más respiraba.

Una necesidad antigua.

No de amor.

Ni siquiera de deseo.

Algo más básico y peligroso: la necesidad de ser visto por alguien sin tener que traducirse.

En un momento las manos quedaron cerca sobre la barra.

No se tocaron.

Pero el aire entre ambas parecía cargado de electricidad.

Él sintió miedo.

Porque entendió que todavía quedaba algo vivo dentro suyo.

Algo pequeño.

Ridículo.

Una parte que aún esperaba.

Y esperar, después de cierta edad, es una forma de enfermedad.

Salieron del bar casi a la misma hora.

La nieve seguía cayendo sobre Estocolmo con la obstinación de un pensamiento oscuro.

Caminaron juntos algunas cuadras sin saber por qué.

Ni siquiera intercambiaron nombres.

A veces los nombres arruinan las cosas. Las vuelven reales. Las condenan a existir.

Al despedirse, ella apenas rozó su brazo.

Ese roce mínimo le atravesó el cuerpo entero.

No por erotismo.

Por humanidad.

Volvió a su departamento mientras el cielo empezaba a clarear con esa luz azul y fantasmal de los inviernos suecos. Subió las escaleras lentamente. Entró. Encendió una lámpara.

La pieza seguía igual: libros abiertos, ropa sobre una silla, una taza con café frío, silencio.

Pero algo había cambiado.

La soledad ya no parecía un muro.

Parecía una puerta apenas entreabierta.

Se sentó junto a la ventana.

Miró la nieve insistiendo sobre la ciudad vacía.

Y entendió entonces, sin poesía, sin redención, sin ninguna de esas mentiras hermosas que los hombres inventan para soportarse: el exilio no era abandonar un país.

Era quedarse suspendido entre dos temperaturas.

No pertenecer nunca más del todo al lugar que se dejó, pero tampoco al lugar donde uno aprende a sobrevivir.

Era vivir acompañado por fantasmas que no pedían nada.

Ni siquiera quedarse.

Y mientras la mañana avanzaba lentamente sobre Estocolmo, sintió que el frío dejaba de ser castigo.

El frío era lo único que todavía permanecía.

Lo único que no mentía.

Lo único, quizás, que aún podía llamar patria.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

OCIEL DEL ROSARIO ORTIZ VILLARROEL

77 AÑOS

LA SERENA

"EL SEPULCRO DE TRES CRUCES"

Hay que ver como los tiempos cambian, se producen hechos, acontecimientos, algunas cosas se mantienen evolucionan o simplemente mueren.

Hace unos años atrás, en el suplemento Temas de hombre del prestigioso diario La Tercera De La Hora publiqué un pequeño espacio que se relacionaba con las costumbres y vida del popular y nombrado pueblo de "Tres Cruces".

Aquel estaba ubicado a cien kilómetros al norte de La Serena por la vía férrea.

Había surgido a la vida con gran vitalidad por allá por 1913 aproximadamente, cuando una gran empresa estatal al mando de cientos de hombres, construía ese tramo de vía férrea, rompiendo cerros y rellenando con lastre grandes espacios para poner la línea.

Por necesidad de aquellos hombres hubo que instalar allí, ranchos y casas que podrían proveer a los trabajadores de comestibles y otras necesidades.

Tal es el caso que se apostaron allí pensiones, crianceros que vendían sus productos a los trateros. También se instaló aquello que es tan tradicional en nuestros medios, 'Las Cantinas', donde se producían grandes tomateras por parte de estos hombres.

Ya más avanzados los años, se terminó aquella gran obra del ferrocarril y el pueblo quedó armado y con vida, apareciendo posteriormente como un gran orgullo y testimonio dejado por la construcción, en el gran mapa de Chile con aquel nombre que sus primitivos le pusieron "Tres Cruces".

Su nombre, según gente de aquellos años, se debió al cruce que forman allí tres quebradas: La de Pirita, la Junta y Pelícano. Otros dicen que allí el león mató a tres hermanitas pastoras que cuidaban su rebaño y aún habían encontrado tres cruces en el faldeo de un cerro cercano.

El pueblo por el año cuarenta en adelante, evolucionó en forma acelerada y, entre cerros, faldeos y llanos surgió ahí la vida.

Se instaló allí la estación del ferrocarril, se profundizaron y aumentaron las norias que por virtud daban el agua de aquella seca quebrada, se descubrieron a los alrededores numerosas minas ricas en cobre, plomo, manganeso, oro, plata y otros, ubicadas en los lugares denominados Los Plomos, La Junta, Los Morros, Las Cañitas, y otros, donde miles de mineros barreno y pala en mano, extraían la riqueza de las entrañas de la tierra.

En vista de la explosión minera, se instaló una caja compradora de metales denominada Caja de Crédito Minero, donde se construyó un gran encanche donde se acopiaban grandes pilas de metales ricos en pastas y que los mineros a un principio traían de las minas en grandes tropas de burros y mulares.

La comunidad se agrandó, aumentaron las mujeres, los trabajos y los niños, llegando a la necesidad de construir allí una sencilla escuelita que llevaba el número 40 de la provincia de Coquimbo.

Llegaron almaceneros y pulperos, aumentaron los boliches, crianceros, arrieros, ranchos de quincho o de pircas, casas y hasta el telégrafo fue instalado, con el que se comunicaba el guarda hilo con otros pueblos todos los días en las mañanas.

Los trenes de pasajeros no podían pasar sin detenerse en la estación para recoger o dejar pasajeros, carga, diarios, revistas y las cartas que dieron nacimiento al correo.

Allí, aproximadamente en el año 48, entre ese brote de riqueza y gran ajetreo de todo, llegaron provenientes de lugares cordilleranos mis cuatro abuelos, que pasaron a formar gran parte de la comunidad Tres Cruzana, con sus cabras, bestias, ranchos e hijos, que, a pesar de su corta edad, ya se desempeñaban como recios mineros.

El pueblo ya bien constituido, formaba una ancha y larga calle y todo marchaba bien y a toda máquina junto a un pueblo aguerrido, trabajador y luchador.

Ahí fue cuando yo llegué proveniente de la pampa nortina el año 53 aun siendo un pequeño de cuatro años y, fui acogido en el rancho de mi abuelo Pancho.

La vida era hermosa para todos. El día de bajada de los mineros, el pueblo estallaba en carnaval, en las cantinas corría el dinero, la cerveza, los asados y los causeos y, no faltaba en cada fiesta la tradicional pelea de meta y ponga de combos por los rotos, que en plena calle se trenzaban, como también la disputa de una estrecha riña a cuchilla.

Los niños eran felices y a muy tempranas horas se oía la campana de la escuela que llamaba a clases, clases que por aquel año impartía la recordada y querida profesora Guillermina, que a muchos jóvenes mineros les había enseñado a leer.

En los aguaceros y cuando acampaba, toda la pandilla infantil salíamos a la quebrada con honda en mano a cazar pajaritos, tórtolas y patos cordilleranos que bajaban de la cordillera arrancando de la nieve y del hielo.

En tiempo de primavera el campo se vestía de cuanta flor campestre existía, lirios narcisos, amapolas y añañucas que la pandilla traíamos al pueblo en grandes atados y que vendíamos a los curiosos pasajeros que pasaban en el tren.

Las fiestas de 21 de mayo, 18 de septiembre y años nuevos, toda la gente, tanto adultos como niños, participábamos en las grandes celebraciones, chocolates, golosinas desfiles, regalos, concursos y en toda cuanta farándula se organizaba,

También la juventud celebraba la fiesta de la primavera, donde simpáticas jóvenes postulaban al cetro de Reina, se organizaban obras, competencias y lindad veladas donde también se mostraban cualidades artísticas de toda la gente.

Aparte del trabajo y las tomateras de los hombres, los mineros mantenían un gran club deportivo denominado 'Unión Mina', que agrupaba jugadores de Los Morros, Las Cañitas, La Junta y otros lugares. Era el más guapo y recio club de la zona, al cual cualquier invitado caía vencido por la gran reciedumbre y pujanza de sus componentes.

Ahí pasé gran parte de mi infancia y, junto a numerosos amigos de mi edad, aparte de haber jugado al trompo, al volantín, a los camiones y a las bolitas, aprendí a realizar muchos oficios que por descendencia se iban enseñando, como por ejemplo aguatero, leñatero, pastor, marucho y minero, que tiene varios derivados en su oficio, como apir, barretero y otros.

El año 59, ya con mis 10 años a cuesta y por cosas del destino mismo, dejamos aquel pueblo de ensueños, quedando allí mis abuelos, nuestra casa que hicimos junto a mi hermano mayor y a mi padre, y también a mis amigos.

Desde la zona fierrera de los alrededores de Incahuasi, cada cierto tiempo visitaba a mi inolvidable pueblo, a mis abuelitos y amigos. En las fiestas grandes mi padre pagaba a un camionero para que lo llevara a "Tres Cruces" a pasar y a disfrutar dicha fecha. Allí todo seguía igual, la alegría y las costumbres.

Pero como dije al comienzo, si las cosas no se mantienen o evolucionan, al fin decaen. Eso fue lo que a ese poblado le empezó a suceder por allá en el año 70. Lo que en virtud parecía interminable empezó a descender.

Las norias se pusieron caprichosas, y por más que se les corría metro tras metro, no daban el agua suficiente. Las minas por lo consiguiente, ya don Sata, ni San Lorenzo para otros, no acompañaba mucho a los mineros y, aquellas vetas y catas de plomo, manganeso, cobre, plata y oro, empezaron a disminuir su virtud.

Llegó a tal descendencia la minería que los mineros comenzaron a emigrar hacia el norte, cerró la pulpería que abastecía a los mineros de palas, martillos, barrenos y herramientas en general, y como si esto fuera poco, al tiempo después se cerró la caja compradora de metales, los crianceros buscaron otros lugares más ricos en agua para abastecer a sus animales que se morían de sed y de hambre, pues los tiempos secos se hicieron presente y las lluvias ya no eran como aquella del 57, en que todo fue lluvia y primavera. Así las cosas, el pueblo empezó a decaer en forma acelerada.

El año 74 ya hecho un hombre y movido por el gran sentimiento hacia mi pueblo, lo visito después de varios años.

Todo era diferente, mis abuelitos y tíos mineros habían emigrado hacia la ciudad en busca de nuevos horizontes, algunos veteranos ya habían muerto, los habitantes no eran más de cien y escasos amigos de la infancia encontré.

Por algún tiempo tropas de salvamento y auxilio, habían prestado solidaridad llevando agua y otros servicios al pueblo, pero, un día se tomó la acertada determinación para unos y muy triste para aquellos.

Llegaron camiones y máquinas de salvataje al mando de militares y el pueblo sufrió su golpe de gracia.

Así la escuelita fue cerrada y, los pocos niños de esa mañana, rindieron a ella su último homenaje cantando la canción Nacional. El correo y el telégrafo tuvo la misma suerte, los pobladores lloraban

y no querían abandonar el lugar. Pero las circunstancias así lo requerían. Una persona de la ENAMI a cargo de algunos hombres, comenzó a desarmar el recinto habitacional que habían ocupado anteriormente sus trabajadores, y aquellos lugareños con mucha pena y lágrimas en los ojos, empezaron a desarmar sus ranchos casas y corrales.

Todas las facilidades les fueron dadas por aquel pelotón de gente.

En los camiones del regimiento de La Serena se comenzó la evacuación, muchos se fueron más a la cordillera, otros decidieron comenzar de nuevo en pueblos cercanos como Punta Colorada, otros determinaron allegarse a la ciudad donde iniciarían una vida totalmente diferente.

Posteriormente todos aquellos que antes se habían ido y dejado sus casas abandonadas o prestadas, también asistieron al pueblo a desarmar sus sencillas viviendas recuperando aquello que para otro rancho les podría servir.

Así murió aquel pueblo y a contar de ese entonces, reina ahí la soledad y el silencio y todo parece un lugar fantasma donde solo quedan restos de murallas, quinchos, pircas y corrales abandonados.

Junto a dos amigos de la infancia radicados acá en Calama, con mucha pena y tristeza comentamos el cese del pueblo y recordamos aquellos felices tiempos que vivimos allá cuando pequeños.

El tiempo ha seguido pasando y siempre recuerdo todo aquello, e incluso soy llevado y transportado allá por sueños que me hacen revivir y como si aquello llamara y cobrara conciencia a su hijo.

En Chile conocemos la tradición de sepultar a los pueblos cuando mueren y, eso es llevado a efecto por la mayoría de sus ex-habitantes que, en un ambiente de gran alegría, desarrollan una gran fiesta entre amigos, asados, tragos, conversa, llantos de añoranzas, reencuentros, música y bailes.



Es ese el momento que siempre he añorado. Quién pudiera tener todos los recursos para llevar a cabo toda esa fiesta. Hasta el momento no lo he logrado, pero, no obstante, a ello, hace un tiempo atrás, decidí organizarme y planifiqué a mi propia manera la sepultación de mi pueblo movido por un gran sentimiento, el recuerdo y una gran añoranza

No hace más de dos meses, en febrero de 1982 para ser más exacto, en una mañana fría y llena de camanchaca, en una mini liebre que me prestó mi hermano partí de La Serena junto a trece familiares y amigos que logré reunir. Me parecía un sueño la excursión, pero, al llegar al primer pueblo llamado Punta Colorada, me convencí que no era sueño y todo era realidad.

Allí en ese, encontré a mucha gente conocida de Tres Cruces y que seguía el sendero de las minas, todos estaban más viejos, algunos amigos de mi infancia tapaos' con hijos, pero la mayor emoción la vivimos cuando inesperadamente encontramos ahí a mi querido tío Gustavo que aún sigue con su crianza de animales. La emoción se convirtió en llanto cuando se abrazó con sus hermanos y hermanas que hacían cerca de 20 años que no los veía. La alegría de esa mañana fue sobresaliente, tomamos desayuno en su casa, conversamos largamente y hasta fotos nos tomamos junto a él y otros amigos del recuerdo.

Seguimos caminando hacia la cordillera rumbo a mi principal objetivo.

Mientras avanzábamos por aquel camino arenoso y pedregoso, conversaba y mostraba a mi hijo los lugares que cuando niño recorrí, muchas veces campeando, leñando o pastoreando. Mas allá, ya muy cerca, aún sobrevive el gran puente del ferrocarril, donde muchas veces, al cruzarlo junto a mi hermano Osvaldo, al hacérsenos la noche, nos penó el finao' Oro.

Por fin llegamos y, a pesar de lo dificultoso del camino en la principal puerta al pueblo, entré con el vehículo a donde era la calle y aceleradamente lo avancé y lo estacioné donde había sido mi casa.

Una gran emoción sentí al ver a mi pueblo destruido, las lágrimas me corrieron por los ojos y un enmudecimiento de angustia me vino al alma. Meditando junto a mi hijo, recorrí mi casa vieja la que aún conservaba parte de algunas murallas.

Todos los cerros, quebradas y los túneles eran igual, pero el pueblo no lo era, ni un alma, ni pájaro ni perro que ladrara existía allí.

Después que pude sacar mis palabras, insté a los demás a desembarcar donde había sido el rancho de mi abuelo Alberto. Ahí mi madre y familiares no soportaron la emoción y muchos rompieron en lágrimas, pues era el reencuentro con el pasado, la presencia ahí de tres generaciones, mi madre, yo y mi hijo y el recuerdo de cuatro generaciones que habitaron, mi bisabuela Tomasa el año 16, mis abuelos jóvenes por aquel tiempo, mis padres y yo.

Aún existían ahí el testimonio de los abuelos, las pircas del patio, el corral del penderrato, el piso de tabla de cajones que mi abuelo acostumbraba a poner y el quincho caído.

Pero el mayor testigo ahí era el pimiento que mi abuelo plantó el año 48 y que aún vive con sus ramas engrandecidas.

En las sombras de aquel amigo solitario, instalamos nuestra ramada provisoria e iniciamos nuestra fiesta, pero antes de aquello, salimos a satisfacer nuestro deseo de caminar.

No dejé rincón sin recorrer, reviviendo con emoción aquel tiempo de infancia y el apogeo de aquel pueblo.

Sí me quebró en llanto cuando pisé el suelo de la escuela, aún existe el cimiento y los tres pimientos del patio donde aprendí a formar y salía a jugar en los recreos.

Las norias, en un número aproximado a cinco, no mostraban una señal de agua, la casa de alto de los Urizar mantenía sus murallas de barro solo a la mitad, la casa del abuelo Pancho aún tenía la entrada. Como digo vi todos los rincones y hasta subimos el cerro de las tres cruces que aún se encuentran ahí, aquellas que fueron puestas en honor al nombre del pueblo el año 1957. Destaco que a todos lados donde excepcionaba, me acompañaba mi máquina fotográfica que me sirvió para traer testimonios y testigos de aquella visita.

En grupo subimos al cerro de “Las Tres Cruces”.

Se llegaron las dos de la tarde y bajo aquella sombra, alrededor de una gran parrilla, comenzamos la fiesta de asao’, vino, cantos y cuecas.

En la tarde casi al anochecer, reiniciamos el regreso. Una tranquilidad espiritual me acompañaba y mi conciencia descansaba. Había sepultado a mi querido y recordado pueblo que muchos ejemplos dejaron y que muy nobles hijos, entregó, muy nobles hijos entregaron a la tierra.

Debo también mencionar, que en los alrededores pude ubicar a viejos y canosos hombres que forman parte de mis personajes de la infancia, como el almacenero Ernesto Muñoz, don Agustín Oróstegue sereno de la cancha de metales y encargado del correo, a don Juan Herrera guarda hilo y encargado del telégrafo y, muchos otros que ya hacen actividades diferentes a las de antes y haciendo una nueva vida.

Don Agustín Oróstegue, a quién pude ubicar, es parte de los personajes de mi infancia,

El pueblo ya bien formado, constituía una gran comunidad de personas, en primer plano uno de los profesores de entonces.

Dedico mis páginas narradas, como un homenaje al pueblo de Tres Cruces que para mí siempre vivirá en el recuerdo y, a todos los mineros, arrieros, mujeres y pobladores de aquel entonces, y espero hayan revivido y vibrado al igual que yo con estas cuantas y sencillas líneas que formaron mi leyenda y que titulé “EL SEPULCRO DE TRES CRUCES”.

Después de tantos años de vitalidad y riqueza, así quedó aquel querido y recordado pueblo de “Tres Cruces”.

El Chino de ese entonces.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

CECILIA MARCELA CONTRERAS ARÉVALO

65 AÑOS

OVALLE

"EL GIGANTE DE COQUIMBO"

Cuenta la leyenda que un gigante de piedra, atormentado por las burlas sobre su enorme nariz, decidió abandonar su isla y emprender un viaje en busca de nuevas tierras.

Un hermoso día de primavera llegó por mar a las costas de la Región de Coquimbo. La comunidad de pescadores lo acogió con alegría y organizó una gran celebración para darle la bienvenida.

Desde aquel día, los habitantes durmieron tranquilos bajo la protección de su nuevo guardián. El gigante de piedra poseía un corazón noble y generoso. Muy temprano ayudaba a los pescadores en sus faenas y, por las tardes, los niños se reunían a su alrededor para escuchar las fascinantes historias que contaba sobre el océano y sus misterios.

Con el tiempo, formó una estrecha amistad con Talinay, la hija del señor de la Costa. Ella amaba la flora y la fauna del lugar, y se enternecía al ver cómo cormoranes, gaviotas, bandurrias y aguiluchos acudían cada mañana a saludar a su gran amigo. Entre todos ellos destacaba un viejo pelícano que jamás se apartaba de su lado.

En una ocasión, mientras conversaban junto al mar, una pequeña cría de lobo marino se acomodó entre los pies del gigante para tomar el sol. Ambos contemplaron la escena con ternura y comprendieron que compartían el mismo amor por la naturaleza.

Los días pasaron y aquella amistad se transformó en amor. Disfrutaban largas horas conversando, riendo o contemplando, tomados de la mano, la inmensidad del océano.

Sin embargo, los padres de Talinay, al ver a su hija tan enamorada, le advirtieron que aquella relación era imposible. Convencidos de que un gigante de piedra jamás podría convertirse en un esposo adecuado, escogieron para ella a un pretendiente de su confianza.

Temiendo ser separados, los enamorados comenzaron a planear un viaje que les permitiera iniciar una nueva vida lejos de quienes se oponían a su amor.

Pero el destino tenía otros planes.

Una madrugada, los habitantes despertaron sobresaltados por una violenta marejada que azotaba la costa. El mar rugía con una fuerza nunca antes vista, y las embarcaciones de los pescadores, que regresaban de sus faenas, no lograban acercarse a tierra firme.

Desesperados, los pobladores acudieron en busca del gigante.

Sin dudarlo un instante, él se internó en las alborotadas aguas para rescatar a sus amigos. Una a una fue llevando las embarcaciones con los pescadores hasta un lugar seguro. Sin embargo, cuando intentaba regresar a la costa, uno de sus pies quedó atrapado en una profunda fosa marina.

Aunque los habitantes hicieron todo lo posible por ayudarlo, ningún esfuerzo logró liberarlo.

Durante días luchó contra el mar, hasta que el cansancio venció incluso a su inmensa fortaleza. Finalmente, el noble gigante se recostó sobre las aguas, dejando solamente su rostro fuera del océano.

Desde entonces permanece allí, dormido frente a la costa.

Talinay, consumida por la tristeza, subía cada día a una roca cercana para acompañarlo. Permanecía horas observando el mar, sin permitir que nadie la consolara ni la convenciera de abandonar aquel lugar.

Dicen que, incapaz de soportar la pena de ver a su amado condenado a un sueño eterno, pidió a los espíritus de la naturaleza que la convirtieran en piedra.

Su deseo fue concedido.

Actualmente, si te acercas al litoral de Ovalle, podrás contemplarlos.

Algunos aseguran que no son más que formaciones rocosas modeladas por el tiempo y el mar. Pero quienes observan con atención, distinguen el perfil del rostro del gigante adormecido sobre las aguas y, unos metros más acá, en el continente, la figura de una hermosa joven de piedra de larga cabellera negra.

Y así quedó para siempre junto a él, observándolo desde la costa, mientras las olas recitan la historia de ese amor que perdura en el tiempo, de dos enamorados que viajan unidos por el firmamento.

REGIÓN DE VALPARAÍSO



GANADOR REGIONAL

JUAN EDUARDO BELLINGHAUSEN MERTENS

64 AÑOS

VIÑA DEL MAR

"CUANDO EL ALCOHOL SE SIENTA EN LA MESA"

I. La costumbre

A mi casa el alcohol no entró como enemigo. Entró como entran las cosas peligrosas en las familias respetables: bien vestido, servido en buen vaso, acompañado de conversación, sobremesa, humo de cigarrillo y una falsa idea de normalidad.

Recuerdo el hielo golpeando el vaso, la botella en la mesa bar, el pisco sour en la de centro, el vino en el comedor, los adultos hablando de sus asuntos y los hijos aprendiendo, sin que nadie lo dijera, que beber era algo natural del paisaje familiar.

Nadie dijo ni pensó: esto nos va a destruir.

Se tomaba porque se celebraba, porque se descansaba, porque se sufría, porque había visitas, porque había pena, porque la vida era difícil o porque era fácil. Siempre había una razón, o ninguna. Simplemente se tomaba con naturalidad.

Después entendí que esa es una de las trampas más eficaces de las adicciones: nunca llegan diciendo la verdad. No dicen: "vengo a quitarte tus hijos, tu memoria, tu dignidad, tu familia y tu patrimonio".

Crecí en una familia de carácter fuerte, silencios largos y orgullo antiguo. Había inteligencia, trabajo, cultura, ambición, generosidad, disciplina en algunas cosas y desorden en otras. Había afecto, pero no siempre ternura. Había autoridad paterna. Había éxito visible y heridas escondidas.

Lo que no se habla termina gobernando la casa.

Yo también fui parte de esa historia. No miro el pasado desde una altura moral que no tengo. Fui adicto. Fui desordenado. Fui impulsivo. Muchas veces difícil de querer y más difícil todavía de ayudar. Confundí intensidad con libertad, riesgo con valentía, descontrol con carácter.

Me equivoqué demasiado.

Pero hubo algo que finalmente pude hacer: mirar al alcohol de frente y reconocerlo como enemigo.

II. El hijo que se pierde antes de encontrarse

Desde joven viví como si la vida tuviera que probarse a golpes. Me gustaban el riesgo, la velocidad, la noche, la discusión y el exceso. No representaba los valores que siempre rigieron a mi padre. Tenía

inteligencia, pero no gobierno de mí mismo. Podía trabajar con eficacia, convencer, recordar, argumentar y abrir caminos; pero también podía destruir en un instante lo que había levantado.

Esa contradicción me acompañó siempre.

Fui padre joven. Demasiado joven para comprender lo que significaba. Tuve hijos. Amo a mis hijos. Pero no siempre supe estar a la altura de ellos. A veces estuve ausente. A veces estuve presente de mala manera. A veces estuve de manera normal, incluso buena. Prevalecen los lunares y muchas veces mi amor no alcanzó a compensar mi desorden.

Es una culpa que no se puede escribir sin remordimiento.

Las adicciones no destruyen solamente al que consume. Destruyen la confianza de quienes lo miran. Destruyen la memoria de los hijos. Destruyen la autoridad moral. Uno puede pedir perdón después, puede cambiar, puede dejar de beber, puede ordenar su vida; pero los demás no están obligados a creer en esa transformación.

El adicto deja una sombra larga.

Yo dejé esa sombra.

Por eso no escribo para declararme inocente. Escribo porque la verdad completa exige decir dos cosas al mismo tiempo: que fui responsable de una parte del desastre, y que no toda la tragedia fue culpa mía.

III. El padre que se apagó

Mi padre fue un hombre fuerte. Inteligente, trabajador, reservado, orgulloso, dominante. Durante años lo miré como se mira a los padres cuando todavía parecen invencibles: con admiración, con rabia, con miedo y con una necesidad secreta de aprobación.

Pero un día los padres dejan de ser invencibles.

El suyo no fue un derrumbe repentino. Fue una caída lenta. Primero aparecieron los olvidos, los cambios de carácter, la irritabilidad, los errores pequeños, el desinterés, la confusión. Era el alcohol, con toda su brutalidad.

Con el tiempo apareció un diagnóstico que debió haber cambiado todo: polineuropatía hepática. El nombre médico confirmaba lo que la casa ya sabía sin querer decirlo: el alcohol no era una costumbre, no era una manía, no era un exceso social. Era una enfermedad instalada en el centro de la familia.

Sin embargo, frente a ese diagnóstico, nadie propuso lo obvio: sacar el alcohol de la casa. Nadie. Plantearlo parecía una falta de respeto, casi una agresión. Quitarle el alcohol a mi padre no fue una opción real. Se aceptó su deterioro, se hablaron de médicos, remedios y cuidados, pero la botella siguió ahí, como si formara parte del mobiliario, como si fuera intocable.

Había, además, una razón más dolorosa: mi madre también bebía. Sacar el alcohol de la casa no significaba sólo quitárselo a él. También significaba quitárselo a ella. Su respuesta, dicha o insinuada, resumía la tragedia completa: si sacamos el alcohol, ¿qué voy a tomar yo?

Esa frase contiene más verdad que muchas explicaciones. La familia no enfrentaba solamente la enfermedad de mi padre. Estaba atrapada en una casa donde el alcohol ya no pertenecía a una persona, sino al sistema entero.

El whisky dejó entonces de ser una copa y se convirtió en una forma de desaparecer.

Primero la botella aparecía al final del día. Después apareció más temprano. Luego dejó de esconderse. Finalmente, ya no parecía estar sobre la mesa: parecía mandar desde ella.

Hubo otros golpes que lo quebraron. Algunos públicos, otros íntimos. Pérdidas familiares. Vergüenzas profesionales muy injustas. Secretos personales. Una historia extramatrimonial que salió a la luz cuando ya no había modo de que no dañara. Todo eso se mezcló con su orgullo, con su edad, con su deterioro y con una botella que ocupaba cada vez más espacio en la casa.

Quienes vimos a un padre beber hasta perderse sabemos que hay una muerte anterior a la muerte. La persona sigue respirando, pero algo esencial se va retirando. La mirada cambia. La conversación se repite. La dignidad se achica. La memoria empieza a convertirse en un territorio desconocido.

Mi padre terminó enfermo, dependiente, postrado durante años. El hombre fuerte, de inteligencia superior, se transformó en un cuerpo cuidado, movido, alimentado, medicado. Esa imagen duele. No porque la vejez sea indigna, sino porque hay formas de llegar a ella que son una derrota innecesaria e inmerecida.

El alcohol lo derrotó.

Pero no sólo el alcohol. También lo derrotó nuestra incapacidad para actuar a tiempo, para actuar como familia, para pedir ayuda verdadera, para reconocer la gravedad, para ordenar sus asuntos con transparencia y para protegerlo sin convertir su enfermedad en una oportunidad de poder.

Porque cuando una persona enferma pierde el gobierno de sí misma, nadie debería ocupar ese vacío sin límites, sin rendición y sin cuidado. La enfermedad exigía protección, transparencia y humildad. En cambio, abrió una puerta que nunca debió abrirse de esa manera.

IV. El hombre que se elevó

Mi padre no fue solamente un profesional exitoso. Fue un hombre que se exigió por sobre la medida común en casi todo lo que emprendió: en el trabajo, en el estudio, en la disciplina, en la exigencia intelectual y también en una forma de espiritualidad reservada, silenciosa, poco exhibida, pero real.

No era un hombre sentimental. No era fácil. No era blando. Pero había en él una búsqueda de perfección que iba más allá del dinero o del reconocimiento social. Estudiaba, corregía, pensaba, se exigía, se probaba a sí mismo. En su mundo, las cosas debían hacerse bien, si no perfectas. Él tenía que ser perfecto.

Había en eso orgullo, por supuesto, pero también una forma de respeto por la obra, por la palabra, por la inteligencia y por la dignidad. Quiso mejorar a su familia y a la sociedad con el ejemplo, no con la imposición.

A sus hijos nos permitió libertad. Tal vez demasiada. Nos dejó probar, caer, equivocarnos, vivir con una autonomía

que no siempre supimos usar. En eso fue amplio. A veces distante, incluso indiferente, pero amplio.

Con su mujer fue distinto.

La amó, sin duda. Compartió con ella una vida entera. Pero no le dio la misma libertad que nos permitió a nosotros. La quiso dentro de un orden, de una estructura, de una dependencia afectiva y doméstica que terminó pasándole la cuenta a ella y, por consecuencia, también a él mismo. La mujer que caminó junto a él desde la juventud terminó, con los años, viviendo más para sostenerlo que para encontrarse a sí misma.

Esa falta de libertad también fue parte de la tragedia.

Cuando él cayó, ella no tenía una vida interior suficientemente firme para resistir sin quebrarse. Había amor, había costumbre, había dependencia, había historia, pero faltaba una mirada capaz de transformar el dolor en comprensión, y no sólo en queja, alcohol, tabaco, miedo, resentimiento e incertidumbre.

Con el tiempo entendí que en mi familia no faltaban inteligencia, educación ni carácter. Faltaba algo más difícil de nombrar: vida interior.

Faltó en nosotros de distintas maneras. En unos apareció como dureza tonta. En otra, como miedo. En otros, como materialismo. En mí como exceso y confusión.

La espiritualidad no consiste, para mí, en hablar de Dios a cada rato. Consiste en tener una relación honesta con la verdad, con el sufrimiento, con la culpa, con la muerte y con los demás. Consiste en saber que no todo se compra, no todo se administra, no todo se gana, no todo se hereda. Hay cosas que sólo se honran o se pierden.

Mi padre, aun con sus defectos, tuvo algo de eso. Lo tuvo en su amor por el estudio, en su reserva, en su exigencia, en su respeto por las formas superiores de la vida y de la humanidad. El alcohol le arrebató esa altura. La enfermedad lo bajó al territorio humillante de la dependencia. Pero su mejor parte, su grandeza, no estuvo en su cuerpo final ni en su deterioro. Estuvo en lo que alcanzó a construir y enseñar antes de caer.

Yo tardé en entenderlo.

Mi propia espiritualidad nació después de la ruina. Nació en la terapia, en el estudio, en la necesidad de comprender, en el esfuerzo por dejar de mentirme. No fue una espiritualidad heredada ni limpia. Fue una espiritualidad ganada entre adicciones, pérdidas, culpa y tardía lucidez.

Tal vez por eso hoy sé que una familia puede perderlo todo, aunque conserve bienes, cuentas, propiedades y documentos. Puede perder lo esencial: la verdad, la lealtad, la humildad y la capacidad de pedir perdón.

Cuando eso ocurre, lo que queda no es una familia rica ni pobre.

Es una familia espiritualmente arruinada.

V. La madre que cuidó hasta romperse

Mi madre también fue víctima.

Durante años cuidó a un marido enfermo, difícil, alcohólico, deteriorado. Cuidar a una persona dependiente puede ser un acto de amor, pero también puede transformarse en una forma lenta de destrucción. El cuidador se agota, se aísla, se irrita, se culpa, se endurece, duerme mal, come

mal, vive pendiente de medicamentos, caídas, médicos, cuentas, emergencias y silencios.

Mi madre se fue rompiendo.

No pidió la ayuda que necesitaba, o no la aceptó con seriedad, o simplemente la rechazó. Se refugió en el alcohol, en el cigarrillo, en medicamentos, en temores económicos, en quejas, en la convicción de que nadie entendía su sufrimiento. La depresión, cuando no se trata, no siempre aparece como tristeza. A veces aparece como dureza. Como rechazo. Como una forma de no escuchar nada que pueda mover el precario mundo que la persona construye para sobrevivir.

Quise ayudarla. Muchas veces lo hice mal. Con rabia. Con desesperación. Con palabras demasiado duras. Pero de una raíz real: no quería verla seguir el mismo camino de destrucción que había visto en mi padre. Me desesperaba su porfía, porque la vi caminar hacia un abismo.

Ella no lo recibió así.

Con el tiempo, su fragilidad física aumentó. Su movilidad se redujo. La soledad nocturna empezó a ser una amenaza concreta. Una persona mayor puede conversar con lucidez y, al mismo tiempo, no estar en condiciones de cuidarse sola. Esa distinción, tan simple, no la entendieron. Creen que, si la madre opina, entonces puede decidirlo todo. Creen que, si recuerda un nombre, entonces no necesita vigilancia. Creen que, si rechaza ayuda, hay que dejarla sola por respeto a su voluntad.

Eso no es respeto. Es abandono con buena conciencia.

Mi madre fue víctima, sí. Pero también formó parte de las decisiones dañinas. Las personas heridas también hieren. Las personas vulnerables también pueden ser usadas por otros. Y cuando alrededor de una persona frágil aparece alguien que concentra la información, las decisiones y el dinero, la familia entera queda expuesta y termina dañándose por dentro.

VI. Cuando la enfermedad abre la puerta

Hay un momento en muchas familias que nadie quiere mirar: aquel en que una persona grande deja de poder gobernar su vida, pero todavía no existe una estructura clara para protegerla.

Ese instante es delicado. Es moralmente delicado. Jurídicamente delicado. Familiarmente delicado.

Ahí se decide mucho.

Se puede actuar con transparencia, pedir asesoría, ordenar documentos, cuidar a la persona enferma, rendir cuentas, informar a todos y someter las decisiones importantes a control. O se puede hacer lo contrario: operar puertas adentro, con soberbia, con arrogancia, con frases como

"yo me hago cargo", "no te metas", "esto es lo mejor", "no compliques", "después vemos".

En mi familia predominó la segunda lógica.

La enfermedad de mi padre y la fragilidad de mi madre abrieron un espacio de poder. Alguien lo ocupó y malamente. No lo describo aquí con nombre propio porque no busco ajustar cuentas, sino advertir algo más general: en toda familia puede aparecer ese pariente que confunde ayudar con controlar, administrar con apropiarse, cuidar con decidir por todos.

Ese tipo de persona rara vez se presenta como abusador. Se presenta como eficiente. Como práctico. Como el único capaz. Como el que resuelve. Como el que tiene los contactos, la oficina, los papeles, las llaves, las claves, las cuentas, la paciencia y el "mandato natural".

Y la familia lo permite.

El problema es que el poder sin rendición de cuentas corrompe. Especialmente dentro de una familia, porque allí se abusa de la confianza, de los defectos, del miedo, de la culpa y del cariño.

Nada destruye más que una administración familiar opaca.

VII. Patrimonio, herencia y codicia

El dinero no inventa la falta de lealtad. La revela.

Escuché que ciertas discusiones eran "por plata", como si esa frase bastara para descalificar cualquier reclamo. Pero en una familia el patrimonio no es sólo dinero. Es seguridad para los viejos. Es justicia entre hijos. Es cumplimiento de la palabra dada. Es memoria del trabajo de una vida. Es la diferencia entre cuidar y abandonar. Es la posibilidad de que una persona enferma tenga tratamiento, compañía, médicos, cuidadores y dignidad.

Cuando el patrimonio se maneja sin claridad, no sólo se pierden bienes. Se pierde confianza. Se pierde todo. Se pierde la familia.

En mi familia hubo decisiones que nunca fueron explicadas, ni siquiera compartidas; promesas que quedaron suspendidas; documentos escondidos y preguntas que eran recibidas como ofensas. Pedir cuentas se volvió una insolencia. Preguntar por el destino del dinero se volvió una agresión. Defender un derecho se volvió una falta de amor.

Esa inversión moral es muy común.

Quien pide transparencia es acusado de conflictivo.

Quien administra sin explicar se presenta como sacrificado.

Quien exige rendición es tratado como codicioso.

Quien concentra el poder dice actuar por el bien de todos.

Aprendí que la familia se destruye menos por una pérdida patrimonial que por la negativa a explicarla.

Porque cuando alguien no rinde cuentas, obliga a los demás a sospechar. Y la sospecha, una vez instalada, envenena todo: la memoria, las conversaciones, los cumpleaños, las visitas, los nietos, la enfermedad, la muerte.

La codicia tiene una característica especialmente desagradable: suele hablar en nombre del amor.

VIII. La soberbia de no pedir ayuda

Otra lección es la inutilidad de la soberbia.

Las familias cometen errores graves cuando creen que pueden resolverlo todo por sí mismas. Enfermedad, adicciones, depresión, deterioro cognitivo, cuidado de adultos mayores, patrimonio, herencias, sociedades, ventas de bienes, conflictos entre hijos: nada de eso debe enfrentarse a punta de orgullo o arrogancia.

Aprendí que el cariño no reemplaza los documentos, que la buena intención no reemplaza la medicina, que la autoridad familiar no reemplaza la ley, y que ninguna herida profunda se arregla sin alguna forma de ayuda psicológica.



No actuar a tiempo sale caro. Patrimonialmente caro, moralmente caro y familiarmente carísimo.

El que actúa con arrogancia cree que está ganando. Cree que, porque tiene las llaves, las cuentas, los papeles o la influencia sobre una persona vulnerable, ya venció. Pero no siempre se gana cuando se obtiene así una ventaja. A veces se pierde precisamente ahí.

Se pierde la confianza de los hermanos.

Se pierde la memoria limpia de los padres.

Se pierde el respeto de los hijos.

Se pierde la paz.

Se pierde la familia.

Y al final puede ocurrir algo peor que perder dinero: quedarse con una victoria material, temporal y moralmente vacía.

IX. Mi propia caída

Yo no habría podido ver todo esto si no hubiera visto primero mi propia infelicidad.

Durante años culpé a otros. A veces con razón. Muchas veces sin razón suficiente. El alcohol me permitía exagerar agravios, aplazar responsabilidades, convertir tristeza en rabia y rabia en espectáculo. Agregué también una cuota de autoengaño, velocidad y soberbia.

El adicto aprende a negociar con su conciencia. Siempre tiene una explicación. Siempre tiene un enemigo. Siempre tiene una pena que justifica la próxima caída.

Yo también fui así.

Hasta que un día la explicación dejó de servirme.

No hubo una iluminación perfecta. No hubo una escena de película. Hubo cansancio. Vergüenza. Miedo. Lucidez. La sensación de que seguir así era aceptar una muerte lenta, parecida a la que vi en mi padre, aunque con otro rostro.

Una de mis primeras victorias no tuvo nada de épica. Fue despertar una mañana sin vergüenza. Sin revisar el teléfono con miedo. Sin reconstruir la noche anterior. Sin pedir perdón antes del desayuno.

Ese día entendí que la sobriedad no era una pérdida.

Era recuperar el día completo.

Dejar el alcohol fue recuperar continuidad. Poder trabajar días seguidos. Poder recordar. Poder discutir sin destruir. Poder escribir. Poder mirar una herida sin tener que anestesiarla.

No recuperé todo lo que había perdido, pero recuperé algo sin lo cual nada podía repararse: la continuidad de mí mismo.

No vencí mi pasado. Pero vencí aquello que habría seguido fabricando más pasado que lamentar.

No me convertí en santo. Me convertí en alguien menos esclavo.

Esa diferencia, para mí, fue enorme.

X. Lo que no vuelve

La recuperación no devuelve todo.

Uno deja de beber, pero no borra el daño causado. Ordena su vida, pero no recupera la confianza de los demás. Habla con más claridad, pero algunos siguen oyendo al de antes. Pide justicia, pero otros sólo escuchan resentimiento. Trata de explicar, pero los demás ya tienen un personaje asignado para él.

El conflictivo.

El exagerado.

El que reclama.

El que no encuentra paz.

Esa caricatura nació de hechos reales. Sería injusto negarlo. Pero ninguna caricatura contiene una vida completa.

Yo fui adicto, sí.

Fui desordenado, sí.

Hice daño, sí.

Pero también fui hijo de un padre destruido.

Hijo de una madre enferma.

Padre que quiso reparar.

Hermano que pidió cuentas.

Persona que logró dejar de beber.

Hijo de una familia que confundió silencio con prudencia y poder con cuidado.

Uno de los dolores más grandes es no ser escuchado por quienes importan. No pedir que le den a uno la razón en todo, sino algo más básico: que no lo descarten antes de oírlo. Que no reduzcan su reclamo a victimización. Que no conviertan sus errores pasados en prueba automática de que todo lo que dice es falso o infundado.

Hay heridas que no vienen del golpe directo, sino de la indiferencia, el antónimo del amor.

XI. Escribir

Escribo porque hay dolores que, si no se ordenan en palabras, quedan para siempre en manos de quienes los niegan.

Escribo para decir que el alcohol no es una anécdota familiar. Es una fuerza capaz de destruir generaciones. Destruye al que bebe, al que cuida, al que hereda, al que administra, al que calla, al que se va y al que se queda.

Escribo para decir que las personas mayores no sólo necesitan cariño. Necesitan protección real. Necesitan tratamiento. Necesitan compañía. Necesitan que su voluntad sea respetada, pero también que su fragilidad no sea usada como escudo por otros.

Escribo también para reconocer mi parte. Porque nada de lo anterior me absuelve de mis errores. Fui parte de mi propia decadencia. Fui adicto. Fui soberbio. Fui injusto. Fui muchas veces el hombre que hoy no quisiera haber sido.

Pero también fui capaz de salir.

Y esa es la razón última de estas páginas.

No para decir que vencí todo.

No para decir que entendí todo.

No para decir que no debo nada.

Sino para dejar constancia de que el ser humano puede caer muy bajo, puede perder años, familia, respeto y oportunidades, y aun así encontrar un punto desde el cual empezar a reconstruirse.

Yo lo encontré lejos del alcohol.

Desde ahí escribo.

XII. Salvar el alma

Esta historia no termina con una victoria.

Termina con un hombre mayor, todavía imperfecto, todavía fumador, pero sobrio, lúcido y decidido a no mentirse más.

Durante años busqué intensidad y encontré destrucción. Después busqué explicación y encontré terapia. Luego busqué conocimiento y empecé a encontrar una forma de vida interior.

No una espiritualidad decorativa. No una espiritualidad de palabras bonitas ni de superioridad moral. Una espiritualidad más difícil: la de mirar el daño causado, identificar el daño recibido, distinguir culpa de abuso, y no permitir que el dolor vuelva a convertirse en veneno.

El alcohol se sentó a la mesa de mi familia y nadie quiso ni pudo echarlo a tiempo. Después se sentaron la codicia, la soberbia, la negación, el miedo y la falta de lealtad. Durante años permanecí sentado en esa misma mesa, discutiendo con fantasmas, reclamando explicaciones, exigiendo justicia, confundiendo a veces la verdad con la rabia.

Hoy escribo para levantarme de esa mesa.

No para negar lo ocurrido.

No para absolver a nadie.

No para absolverme a mí.

Escribo para dejar constancia, pero también para soltar. Porque llega un momento en que la memoria debe dejar de ser una cárcel y convertirse en testimonio. Si no, el pasado sigue mandando desde la cabecera, igual que antes mandaba la botella.

No como inocente.

No como juez.

No como víctima perfecta.

Como testigo.

Testigo de una casa donde el alcohol se sentó a la mesa y nadie quiso echarlo.

Testigo de un padre que se apagó.

Testigo de una madre que cuidó hasta romperse.

Testigo de una familia que confundió silencio con amor.

Testigo de que la falta de probidad puede destruir tanto como una enfermedad.

Testigo de que dejar de beber no arregla el pasado, pero permite mirarlo sin seguir incendiándolo.

La sobriedad no me devolvió todo. No podía hacerlo. No devuelve años perdidos, no borra heridas, no reconstruye por sí sola la confianza de los hijos, no resucita al padre, no sana a la madre, no ordena mágicamente una familia dañada.

Pero devuelve algo fundamental: la posibilidad de elegir el siguiente acto.

Y eso, después de una vida gobernada por impulsos, adicciones, culpas y rabias, es una forma de libertad.

Quizás salvar el alma no sea convertirse en un hombre puro. Quizás sea algo más humilde: dejar de mentirse, dejar de beber, dejar de destruir, dejar de repetir la tragedia recibida, y aprender a vivir sin convertir cada herida en una nueva guerra.

Quizás salvar el alma sea aceptar que uno fue parte del daño, pero no tiene por qué seguir siéndolo. Que uno cayó, pero no está obligado a permanecer caído. Que uno puede haber sido hijo de una familia rota y, aun así, intentar no morir espiritualmente dentro de ella.

Por eso esta historia no termina con una sentencia.

Termina con un intento.

El intento de un hombre que busca salvar algo más que su patrimonio, su nombre o su frágil humanidad.

Intenta salvar su alma.

Reñaca, julio de 2026

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ROBERTO MAX VEAS OLIVARES

70 AÑOS

VIÑA DEL MAR

"LA TAZA SIN LAVAR"

A ella, que me enseñó que amar no es no perder, sino seguir nombrando.

Viña del Mar, Chile

2026

La taza está en el lavaplatos.
La misma.
Con el resto de café seco
de aquel día.
Ella me pasaba la taza cada mañana.
Dos cucharadas de azúcar.
"Así la vida sabe menos amarga",
decía.
No la he lavado.
No sé por qué.
Los diecinueve días empezaron
con una caída en la casa.
Un golpe en la cabeza.
Después el pasillo blanco,
el médico,
la palabra cáncer.
Ella fumó desde los catorce años.
Yo nunca quise ver la brasa.
Ahora la veo en cada rincón vacío.
La clínica huele a desinfectante
y a algo que no quiero nombrar.
Pisos metálicos.
Luz fluorescente.
Ella mira el techo.
Su mano,
la que pelaba papas sin cortarse,
tiembla al sujetar un vaso.
En diecinueve días
dejó de reconocer a la enfermera.
Pero a mí me nombraba.
Movía los labios sin voz.
Yo apoyaba mi frente en su hombro
y sentía los huesos.
Veinte kilos menos en ella.
Veinte en mí.
El día diecinueve
apagaron el respirador.
No vi el momento exacto.
Me quedé en la puerta,

mirando el monitor.
La línea recta no tiene forma de adiós.
Volví a la casa.
Abrí la puerta.
El refrigerador sonaba igual.
El reloj de pared también.
Pero todo sonaba distinto.
La almohada de ella
aún conservaba el olor a manzanilla.
Metí la cara ahí.
Lloré sin ruido.
Su silla está en su sitio.
La servilleta doblada como ella la dejó.
Los perros olfateaban el sillón vacío.
Uno de ellos, el más viejo,
puso la cabeza en mi regazo.
No supe decirle que ella no volvía.
Me senté en el borde de la cama.
No había nadie.
Nunca había entendido
el peso de la palabra “nadie”.
Bajé veinte kilos en dos meses.
No porque hiciera dieta.
Sino por el estrés de la situación.
Una mañana me miré al espejo.
No me reconocí.
Pómulos marcados,
ojos hundidos.
Me puse los zapatos.
Caminé hasta la playa.
El agua estaba helada.
Mojé los pies.
No sentí alivio.
Solo el frío.
Pero al día siguiente volví.
Y al otro.
En la playa recojo conchas.
Ella las coleccionaba.
Las ponía en un frasco de vidrio
junto a la ventana.
El frasco lleva meses vacío.
Hoy encontré una concha pequeña,
blanca,
con una grieta en el centro.
La guardé en el bolsillo.
Cuando llegué a casa
puse la concha en el frasco.
Ahora el frasco tiene una sola concha.
No sé si eso es esperanza.
Tampoco sé si es resistencia.
Solo sé que la concha está ahí,
y que mañana voy a volver a la playa
a ver si encuentro otra.
Por ella.
O por mí.
Ya no distingo.
Una tarde intenté lavar la taza.
La agarré con esponja y jabón.
Vi el resto de café seco pegado al fondo.
Pensé: “Esa última mancha la hizo ella”.



Dejé la taza en su lugar.
Sucia.
Ahí sigue.
A veces puedo estar horas
sin pensar en ella.
De pronto,
una lata de atún en el supermercado
– ella compraba esa marca –
me parte el pecho.
Me quedo ahí,
con la lata en la mano.
El reponedor me pregunta
si necesito ayuda.
“No”, digo.

Miento.
La vecina me invitó a tomar café.
Fui.
Hablamos del clima.
De las películas.
De sus hijos que nunca la llaman.
Yo asentía.
En ningún momento dije su nombre.
Cuando volví a mi casa
la casa seguía vacía.
Eso fue lo peor:
que no hubo ninguna diferencia.
Un amigo me dijo:
“Eres fuerte, has resistido”.

La resistencia no se elige.
Uno se levanta
porque el cuerpo todavía funciona,
no porque quiera.
Yo no elegí nada.
Solo no supe cómo matarme.
Esa es la verdad.
La que no digo en los talleres.
La que no cabe en una taza de café.
Por las noches a veces
pongo la mano en su lado de la cama.
La sábana está fría.
Siempre fría.
Pero finjo que aún conserva el calor.
Cierro los ojos.
Cuento hasta diecinueve.
Abro los ojos.
Sigo solo.
Hoy caminé por la playa otra vez.
El agua seguía fría.
Me agaché a recoger otra concha.
Era más pequeña que la primera,
de un color gris pálido.
La guardé junto a la otra.
Cuando llegué a casa,
las dos conchas están en el frasco.
No sé cuántas más iré a buscar.
No sé si algún día el frasco se llenará.
No sé si eso importa.
La taza sigue sucia.
La almohada ya no huele a manzanilla.
Pero yo aún meto la cara ahí.
Cierro los ojos.
Ella no está.
Pero la busco.
Eso es todo.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ISABEL DEL ROSARIO SANTANDER TORRES

69 AÑOS

VALPARAÍSO

"PALOMITA"

Nací el 13 de abril de 1957. Dicen que el destino de una mujer se empieza a urdir mucho antes de su primer aliento; que descendemos atadas a un ovillo invisible de dolores que nuestros ancestros dejaron a medio hilar. El mío llegó a este plano con los nudos ciegos del sufrimiento ajeno.

Mis primeros quince años fueron un lienzo gris, marcado por los rigores y golpes de una madre que habitaba su propia tormenta. Ella solo repetía el único patrón que le habían grabado en la piel durante su infancia sin afecto, perpetuando un linaje de ausencias. Durante esa larga etapa, mi realidad transcurrió en el exilio de una ventana prohibida. Mientras el mundo allá afuera latía con risas y juegos, yo era un espíritu silencioso al otro lado del vidrio, hilando sueños etéreos para no deprimirme. En medio de ese desierto, el único refugio sagrado era el recuerdo de mi padre; un acto de amor puro que me sostenía el alma cuando en secreto me llamaba «Palomita», dándole alas a mi encierro.



El tiempo es un círculo místico en el gran telar de los días. Décadas más tarde, la existencia dio su vuelta más extraña: hoy, esa madre tiene 93 años. El olvido le ganó a su memoria y la fragilidad desmoronó sus fuerzas. Ya no queda rastro de la sombra que me atemorizaba; solo un cuerpo cansado, una hebra delgada que el invierno volvió dócil y vulnerable.

Mi hermano —su rey indiscutido y gran orgullo— partió hacia el misterio hace trece años. La vida nos dejó a solas a las dos: a la madre despojada de su tesoro y a mí, la hija que nunca fue querida.

Lejos de guardar el frío del rencor, de mis manos brotó una comprensión más elevada. Soy yo quien ahora cobija su vejez. Con delicadeza, lavo su cuerpo frágil, le preparo el alimento y acuno sus noches de neblina. Cuidar a quien alguna vez te hirió no es una carga; es un ritual milagroso de redención. Dios me envolvió en esta quietud para enseñarme que la verdadera costura de la vida consiste en tomar los hilos rotos del pasado y remendar el espíritu familiar, haciendo que aquella Palomita rompa, para siempre, el maleficio del dolor heredado.


REGIÓN METROPOLITANA

GANADOR REGIONAL

OSCAR JAMES RABY RETES

85 AÑOS

LAS CONDES

"GRACIAS POR FAVOR CONCEDIDO"

Según Oreste Plath y otros investigadores, las animitas forman parte del fervor popular y del culto a los muertos. El término es utilizado para referirse a un lugar de veneración religiosa o mitológica, que recuerda la muerte trágica de un difunto que se venera y a quien se le atribuyen características milagrosas y a veces de santidad. La animita es una expresión de religiosidad popular; es una manifestación anónima y espontánea que surge ante una muerte trágica e inesperada. Toman la forma de pequeñas construcciones hechizas, ubicadas a la vera del camino, en una esquina o debajo de un árbol. La palabra no solo se refiere al santuario, sino también al alma del difunto que allí reside. Como parte del mito, las personas se acercan a las animitas para solicitar favores de su vida personal. Los caminos de Chile están llenos de animitas que los decoran, erigidas en recuerdo de lo que tempranamente fueron arrebatados de la vida y mantenidas por la misericordia del pueblo. Otros estudiosos las mencionan como animas en pena, que entregan favores a cambio de oraciones para poder llegar al cielo.

Confieso que soy un escéptico, habitualmente afirmado en la razón. No soy amigo de supersticiones. Para creer en alguna circunstancia extraordinaria o convencerme necesito explicaciones o argumentos fundados. No creo en misterios y, cuando existen, trato de buscar las respuestas, en lo posible apoyado en las ciencias. Si estas no llegan y el misterio persiste, tiendo a pensar en la ignorancia del ser humano que lo hace incapaz de encontrar las respuestas al acertijo, al menos por ahora…

Sin embargo, algo pasó que puso en duda mis creencias y seguridades. Todo comenzó hace aproximadamente tres años atrás. Eran cerca de las veintidós horas de una noche lluviosa y fría de invierno. Estaba lavándome los dientes, preparándome para irme a la cama, aún vestido, cuando de repente escuché un gran estruendo proveniente de la calle. Me aproximé a la ventana de mi departamento del segundo piso, que da a la Av. Colón, para ver lo que ocurría. A través de la lluvia pude observar un choque entre una camioneta 4x4, cruzada en la calle, y una moto que estaba despaturrada unos metros más adelante. También se divisaba un hombre que estaba tirado en el suelo casi pegado al árbol situado al frente de mi departamento. Me puse mi parca y corrí, inmediatamente, escaleras abajo, con la idea de que quizás podría ayudar en algo.

Al salir alcancé a decirle al conserje que llamara a la ambulancia y a carabineros mientras continuaba mi camino para ver al herido. Era un muchacho joven, delgado de pelo crespo, con un polar azul de la U, cercano a los veinte años. Estaba tirado, en el suelo mojado, al pie del árbol en una posición grotesca, como si al cuerpo extrañamente doblado no perteneciese la cabeza que se mantenía apoyada en una chaqueta que alguien le había facilitado. Me acerqué y nuestros ojos se cruzaron, me miró con una mirada de angustia. Solo atiné a tomarle la mano, pensando con pesar que emprendía su camino de despedida. Así permanecí con él, tomado de su mano, mientras la lluvia nos cubría. Me saqué la parca y se la puse encima, tratando de abrigarlo. En un momento llegó un doctor que se bajó de un auto que pasaba por el lugar y empezó a bombearle el corazón. Poco después apareció la ambulancia y continuaron con los ejercicios de reanimación hasta que se lo llevaron. Lo vi partir con un gesto de desesperanza, pensando que iba tan solo. Al día siguiente me enteré de que no habían logrado su recuperación y que estaba muerto. Sentí una tristeza especial por su juventud perdida. Nadie conoce cuándo llega la hora ni el lugar de la partida, tampoco él lo supo. Una camioneta 4X4, en la lluvia copiosa, un resbalón en el suelo mojado y voló, demasiado temprano, hacia el infinito desconocido.

Algunos días después apareció una placa metálica clavada al árbol con su nombre, edad (veintitrés años) y que era amante de la U. También había un banderín azul con el chuncho y flores artificiales. Así supe que se llamaba Pablo. Con el tiempo siguieron apareciendo más chiches, velas, otros recuerdos, y las flores que se las cambiaban cada cierto tiempo. Se convirtió en una animita de Las Condes, pero sin estruendo, tranquila, silenciosa, con un halo de paz a su alrededor; algunos amigos de la U lo visitaban cada cierto tiempo y quizás una novia antigua cuidaba y limpiaba el lugar. Yo también soy fanático de la U, de los que aún van al estadio a ver sus partidos. Como cábala, al pasar, cada día que voy al estadio le pido a Pablo, el joven azul del árbol, que gane nuestro equipo.

Una noche de verano que jugaba la U un partido internacional yo iba atrasado al estadio. Salí corriendo de la casa y, justo cuando empezaba a cruzar la calle, alcancé a gritar, girando la cabeza hacia el árbol, “Grande la U, ayúdanos, Pablo”. Ya había bajado a la calle y, todavía con la cabeza girada, vislumbro un vehículo que se me viene encima, sin tiempo para reaccionar. En ese preciso momento sentí un fuerte agarrón desde atrás, que me dejó sentado en la vereda, algo desorientado. luego escuché un chirrido de frenos y un caballero que se bajaba apresurado de un auto y que me pedía disculpas porque de repente se había encontrado conmigo. Me preguntaba si estaba bien, si tenía algún daño, si necesitaba que me llevara al hospital. Le dije, aún sorprendido de la escapada milagrosa, sin comprender quién me había salvado de ser atropellado, que todo estaba bien, solo que iba a llegar atrasado al estadio. El caballero se ofreció a llevarme. Llegué a tiempo y pude ver un lindo partido donde los azules jugaron su mejor partido, ganándole a River Plate, campeón argentino.

A la vuelta, el árbol de la animita tenía colgado un banderín de azul intenso y las velas, en gran número, iluminaban su placa. Yo sabía que ese día algo había pasado entre los dos. Me senté en el suelo y me quedé un rato comentándole

los goles y cómo había jugado la U. De repente, un leve viento hizo moverse las hojas de la vieja encina, como si el árbol estuviera contento. O quizás era la alegría de Pablo, porque en el resto de la cuadra los árboles estaban inusualmente quietos y la calle en silencio. Me levanté riendo y me despedí de él: “Hasta la próxima, amigo, y gracias por los goles y la salvada”.

Pasaron los días y ya se me había olvidado el día del partido con River. Pasaba el tiempo imbuido y preocupado, solo en mi trabajo de arquitecto en una empresa internacional. Pero una tarde, al volver a mi departamento triste porque nos habían rechazado un proyecto, vi al entrar al edificio que frente al árbol de Pablo había una figura femenina de pie, con la cabeza inclinada. Algo de ella llamó mi atención y me devolví, acercándome al árbol. Al llegar me encontré con una joven, aproximadamente de veinticinco años, pelo negro, rasgos finos y unos ojos azules trasparentes que expresaban gran dulzura. Le pregunté si era pariente de Pablo. Me miró y con suavidad y un dejo de melancolía, y me respondió que, durante dos años había sido su compañero. Yo, a mi vez, le conté que había sido la última persona en sujetar su mano, en su despedida final, en esa noche fría del invierno. Me comentó que se llamaba Claudia, que había caído en una fuerte depresión y que esperaba que Pablo la ayudara a salir del agujero en que estaba metida. Conversamos largo rato, tratando de consolarla, con una confianza inusual. Algo estaba sucediendo en ese momento, había una hebra misteriosa que nos acercaba, como si nos conociéramos desde antes. El viento volvió a soplar, moviendo las hojas del árbol.



Nos volvimos a encontrar un par de veces frente al árbol. Después la invité a tomar un café y terminamos yendo al estadio juntos porque ella también era azul de la U. Nuestra atracción que se inició debajo de la vieja encina fue instantánea, con un amor claro y puro que fue creciendo. La noche que le pedí matrimonio, de rodillas y con una argolla en la mano fue frente al árbol de Pablo. Antes de responder puso su mano en el árbol, por algunos momentos con los ojos cerrado y en silencio. Después se volvió hacia mí y nos abrazamos. Sentíamos que Pablo estaba presente en nuestra relación, que la aceptaba y nos protegía. El día de nuestro matrimonio, al finalizar, antes de emprender nuestro viaje de bodas, fuimos a dejar el ramo de flores de la novia a los pies del árbol del joven Azul. En silencio y tomados de la mano, con Claudia aún en su traje de novia, compartimos con Pablo nuestra felicidad. Lentamente, las hojas del árbol empezaron a moverse.

Luego, como en un frenesí, parecían que bailaban, mientras las bocinas de los autos que iban pasando lo acompañaban sorpresivamente, como en un vals estelar. Nos sumimos en un mundo irreal y, tomados de la cintura, bailamos alrededor del árbol y de su placa dorada, que refulgía con destellos de oro. La noche se vistió con colores azules y el aire se llenó de perfume de azahar.

Nosotros nos quedamos a vivir en mi departamento de la avenida Colón y éramos los guardianes del árbol de Pablo. Habitualmente lo observamos, con cariño, desde nuestro ventanal. Decidimos que nunca le faltaría agua ni una flor a esa vieja encina, con su placa dorada. Y sabíamos que, desde alguna dimensión desconocida, Pablo, convertido en un ángel azul, con sus alas extendidas, nos cuidaba.

De repente, un día, todo cambió de forma inesperada. En la mañana, al salir hacia mi oficina observé que dos personas, con motosierras, estaban podando la encina, el árbol de Pablo. Mientras me retiraba, pensaba con entusiasmo que después la encina crecería con más fuerza y vigor. Pasé el día entero en largas reuniones y volví tarde, pero aun con luz, al departamento. Al llegar observé con asombro e incredulidad que el árbol había desaparecido, junto con la animita, las velas, la placa y los agradecimientos por los favores concedidos; solo quedaba un sitio pelado y vació. Subí rápidamente al departamento y encontré a Claudia sumida en un mar de lágrimas, desolada. Nuestra tristeza era enorme: la animita de Pablo se había ido, quizás desapareciendo en el purgatorio.

Pasaron los días y nuestra pena estaba marcada en la desesperanza, no había consuelo. Un día no aguante más y partí hacia la municipalidad para hablar con el director de Ornatos y Jardines; necesitaba saber quiénes eran los malditos responsables del corte de la encina y de los destrozos causados al altar de la animita. Al director lo conocía,



habíamos hecho un trabajo de decoración de jardines juntos, por lo que me recibió con bastante amabilidad. Escuchó mis reclamos airados y entendió la rabia que tenía, también le hablé de la tristeza de Claudia. Me dijo que él no era el responsable del destrozo y que conocía la reputación de la animita. Me comentó que los responsables de la maldad eran dos trabajadores de mantención, fanáticos del Colo-Colo que le tenían odio a la animita por representar al chuncho de la U, pero que se había hecho un sumario y ya no pertenecían a la municipalidad. A uno de ellos lo habían despedido por alcoholismo y terminó en la cárcel por actos de violencia; el otro había sufrido un accidente automovilístico que le causó el corte de su brazo derecho. Cuenta la leyenda que una persona que le hace un daño a una animita después recibirá en su vida un castigo mayor. No suelo creer en esas historias, pero en ese momento me parecieron más reales que nunca.

El director agregó que deberíamos estar tranquilos, porque en los próximos días iban a plantar una nueva encina, en el mismo lugar. Además, agregó que le pondrían una reja para proteger a la animita si otra vez volvía a su lugar de siempre. Antes de una semana plantaron una hermosa encina y pocos días después aparecieron velas encendidas alrededor del árbol. Más tarde apareció una placa con el nombre y apellido de Pablo y la fecha de su muerte, acompañado de un banderín de la U. Nosotros con Claudia pegamos al árbol una placa que decía “Gracias por favor concedido”.

Nuevamente estamos en paz con Pablo, él nos cuida a nosotros y nosotros cuidamos su encina mientras vemos desde nuestra ventana cómo muchas personas en silencio se acercan a orar frente al árbol. Mi concepción de la vida ha cambiado, pienso que hay misterios sagrados que son impenetrables, que bordean la vida espiritual, que tienen que ver con el alma, la fe y la esperanza, de los que la ciencia no puede llegar.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

LEONEL ENRIQUE MENDOZA BARROS

79 AÑOS

LA CISTERNA

"EL VIAJE"

1.

Ernesto Saavedra tomó asiento junto a la ventanilla del tren. En 10 minutos partiría rumbo a Lanco, en viaje de trabajo. La verdad es que era agradable su labor de periodista. Gracias a ella había llegado a conocer muchos lugares de Chile y el mundo.

Escuchó el pitazo de partida y levemente, el tren comenzó a moverse. Todavía era temprano y sin embargo, la vieja Estación Central se veía atestada de pasajeros en un presuroso caminar con maletas, canastos y mochilas al hombro.

A medida que la hermosa locomotora a carbón iba acelerando con un esforzado resoplido y bocanadas de vapor, los andenes se alejaban paulatinamente, entre los chirridos de las ruedas y los vaivenes de los vagones al cambiar de líneas en busca del destino sur.

Saavedra se arrellenó en su cómoda butaca de primera clase, dejando vagar su mirada por los techos de las casas que desaparecían raudamente a medida que aumentaba la velocidad. Pronto quedaron atrás San Bernardo, Buin y Hospital en cuyos campos se podía ver resumidamente la cosecha de sandías, las mejores del país sin duda alguna. Era la época estival, donde estas exquisitas frutas eran recolectadas por miles.

Tras una parada en Rancagua, el tren siguió su marcha a través del gran valle verde, que mostraba al viajero una vegetación salpicada de flores silvestres, entre ellos los yuyos, y hermosos bosques de eucaliptos que rodeaban extensas praderas, donde pastaban y correteaban gran cantidad de caballares y vacunos.

Junto a la vía férrea algunos pájaros trataban de seguir la velocidad del tren y parecían atisbar al interior de las ventanillas, como intentando descubrir el misterio de aquella culebra metálica. Sin embargo, muy luego se aburrían y proseguían sus revoloteos a través de la campiña.

De vez en cuando, ágiles y acrobáticos vendedores pasaban frente a Saavedra voceando sus mercaderías pese al repentino vaivén de los vagones.

Ernesto se sirvió una bebida. Ya comenzaba a hacer calor. El cielo era muy azul, como siempre en el mes de febrero.

Poco más tarde, pasaban velozmente por Chimbarongo donde el arte se llama mimbre. Ernesto se prometió volver allí algún día, para comprar esos hermosos trabajos de artesanía.

Algunos kilómetros más adelante vió con envidia como un grupo de alegres bañistas se sumergían en las aguas del río Teno, casi al llegar a Curicó. En la ciudad de las tortas el tren se detuvo un momento, que era aprovechado por las palomitas ofreciendo sus tortas y sándwiches. Luego, proseguía el viaje rumbo a Talca, Linares, Parral, San Carlos, Chillán y otros pueblos muy pequeños que al parecer no se hacían acreedores a que el convoy se detuviera tan solo un minuto frente a sus casas de viejas maderas y las típicas cercas de durmientes que acompañaban a las modestas estaciones, al parecer siempre muy silentes y desiertas.

Ya el atardecer se dejaba caer y el sol había desaparecido. Ernesto se acomodó en su butaca, cubriéndose con una frazada ofrecida por el personal del tren.

2.

Cabrero, Los Ángeles. Mulchén, Lautaro y Temuco fueron quedando atrás Ya faltaba poco y Ernesto prestó más atención a las paradas del tren. Ahora, algunos focos iluminaban cada recinto y se podía apreciar la soledad y silencio de aquellos lugares.

Era ya medianoche. Quería impregnarse de aquella vida tan peculiar y sencilla que advertía junto a los andenes de las pequeñas estaciones rurales.

Al detenerse brevemente en Quepe, pudo ver algunas mujeres mapuches y sus característicos atuendos, los trapelacuches colgando de sus cuellos y otros elementos fabricados por aquel arte tan singular y centenario. ¿Por qué estarían a esa hora de la noche allí? Tal vez esperando el último tren, era la época de turistas y visitantes.

El tren prosiguió la marcha y después de algunos kilómetros el periodista llegaba a su destino.

La máquina se aproximaba resoplando cual gigantesco caballo metálico y poco a poco se detuvo ruidosamente frente a un madero, en que, con dificultad, se leía la palabra Lanco.

Todo se veía tranquilo y Ernesto se aprestó a bajar en la pequeña estación, que no se diferenciaba a otras tantas del sur de Chile, que, con sus construcciones de madera, se veían envejecidas y oscurecidas por la acción del tiempo.

Al sonido del pito de partida, el maquinista dio un silbato de aviso y luego se puso lentamente en marcha, perdiéndose en la oscura distancia y el silencio de aquel tranquilo pueblo.

Ernesto se dirigió hacia la oficina de la estación y después de unos minutos salió de ella en dirección a la carretera principal, que estaba a unos doscientos metros de la línea férrea. No se divisaba alma alguna.

Como era de noche, regresó a esperar que amaneciera en el recinto de la estación. Se arrellenó en una banca de madera nativa, se cubrió con una frazada y dejó pasar el tiempo. No tenía otra opción en un pueblo tan pequeño.

Al día siguiente, pasó brevemente al baño a lavar su cara y despejarse de la trasnochada.

Al salir de la estación, las calles seguían desiertas. Entonces, se fijó en un pequeño restaurante. Se aproximó y entró, percatándose que estaba vacío. Solo una muchachita tras el mesón limpiaba algunos platos. Saavedra le consultó, pero no pudo conseguir mucha información por lo que decidió salir a la calle.

Fue entonces, que al cerrar tras de si la enmugrecida puerta del restaurante se fijó en un hombre que caminaba tirando sus bueyes, a pleno sol y alejándose del pueblo.

Ernesto apuró el paso y le llamó a gritos, mientras cruzaba la carretera. El hombre, que al parecer era un campesino, se detuvo y lo esperó.

— Buenas tardes, amigo— dijo Ernesto, una vez que estuvo a dos metros.

— Buenas tardes caballero— Contestó el campesino con una sonrisa que suavizaba su rostro curtido y endurecido por muchas jornadas de sol y tierra... Como contraste a la dureza de su piel, una expresión muy verde brotaba de su mirada, mostrando su espíritu campechano y su alma de hombre bonachón, que junto a su pelo ya canoso inspiraba un amable respeto.

3.

Ernesto prosiguió:

— Usted me podría decir dónde puedo ubicar un lugar llamado Calquinco y en que parte puedo encontrar alojamiento. Acabo de llegar. Soy periodista y ando haciendo un trabajo y debo quedarme algunos días. —-

El hombre lo miró un instante y luego le dijo:

— Caballero, yo lo podría llevar hasta Calquinco. Yo vivo allí y como usted no conoce si va solo se va a perder. Tenemos que ir caminando por esos cerros que usted ve ahí—

El campesino le indicó hacia el poniente, mostrándole un camino que terminaba en la falda de una cadena de cerros y algunas lomas, perdiéndose después tras unos bosques y quebradas.

Después de hablar un momento, los dos hombres comenzaron a caminar.

Pedro Barrientos, el campesino, acostumbraba a recorrer a pie varios kilómetros diarios sin demostrar el menor síntoma de cansancio, como ahora, después de dos horas de avanzar a través de una tierra reseca y azotados por el calor reinante.

Ernesto Saavedra, en cambio, transpiraba copiosamente y, sin embargo, no tenía la intención de detenerse. Fue su acompañante, que al verle tan cansado, le invitó a sentarse un momento bajo la sombra de un gran acacio.

Ernesto se percató recién entonces de la distancia que habían recorrido. Allá lejos, quedaba el pequeño pueblito de Lanco, que desde la altura se veía más pequeño aun, como perdido en aquel gran valle exuberante de vegetación.

Miró a Barrientos, mientras le preguntaba:

—¿Es cierto todo lo que se dice en esta zona acerca de las leyendas de los mapuches?

El campesino calló durante un momento. Luego, habló con voz pausada.

— Señor, yo estoy casado con una mujer mapuche y vivo entre ellos, a pesar de que no me consideran de su raza. Yo soy chileno, ellos mapuches. —

— Pero, ¡¿cómo?!. _ Exclamó Ernesto

— Es que acaso no saben que Chile es un solo país y que, por lo tanto, ellos son chilenos —

— Es que ellos son muy orgullosos caballeros. No admiten ser integrados a lo que ellos consideran otra raza. Además, son terriblemente desconfiados con los extraños, pero una vez que se conocen más uno se da cuenta de que son buenas personas.—

En ese instante, algunas nubes comenzaron a poblar el cielo, haciendo disminuir el calor que era sofocante.

Ernesto sacó de su bolso una máquina fotográfica y se la colgó en el cuello. Deseaba captar en el celuloide aquella vegetación exuberante, donde se salpicaban en hermosos manchones rojos, la belleza tradicional y salvaje del copihue, que junto a las quilas, zarzamoras y helechos, formaban murallas de un verdor refrescante y silvestre.

Iban avanzando a través de un pasadizo de grandes arbustos y árboles, que a veces formaban verdaderos túneles naturales de una belleza selvática.

Ya estaban comenzando a escalar las faldas de los primeros cerros y, para acortar la distancia, el campesino tomó un atajo que era utilizado por los habitantes del lugar, que diariamente recorrían largas distancias a través de la foresta.

4.

Al poco rato se encontraron con un arroyuelo de aguas frescas y cristalinas, que serpenteaba caprichosamente en una pequeña quebrada cubierta de quilas, semejantes a un bambú y muy resistente.

Después de refrescarse unos minutos, prosiguieron la marcha internándose en un gran bosque de murmurantes eucaliptos, robles y coihues que eran mecidos ruidosamente por el viento como anunciando la llegada de las nubes, sin duda portadoras de una lluvia inminente.

— Oiga señor — Habló Barrientos

Es necesario que apuremos el paso pues vamos a tener mal tiempo.



— Usted siga caminando por esta huella que ve aquí y detrás de esa loma esta mi casa, donde puede quedarse esta noche. Yo tengo que ir a buscar unos animales y luego lo alcanzaré —

— Oiga, pero yo no conozco nada de este lugar y si me pierdo no tengo idea de cómo llegar al pueblo otra vez — Expuso Ernesto…

El campesino se detuvo un instante y miró hacia un costado del sendero. Luego se dirigió a Saavedra.

— Señor, no tema usted. Ya estamos cerca de mi casa. Haga como yo le digo y no tendrá ningún problema.

Ernesto no se atrevía a pedirle que no lo dejara solo. Le parecía ridículo. Sin embargo, no conocía nada de aquellos parajes y por cierto no era de su agrado quedarse sin guía.

Barrientos se fue alejando con su carreta al ritmo cancino y muy paciente de sus bueyes. De vez en cuando sus gritos, que nunca pudo entender, resonaban muy nítidos entre los árboles y quebradas.

Ernesto quedó solo. Miró el camino por recorrer y reinició su marcha.

Ya casi al atardecer, se detuvo una vez más a comer algo. En su mochila todavía tenía suficientes provisiones.

A su alrededor todo era naturaleza exuberante. Hermosos copihues colgaban silvestres en coloridos racimos junto a inmensas coníferas que otorgaban al lugar un extraño e imponente silencio, acompañado del trinar de diversas aves, entre las que se destacaban el pato jergón, el martín pescador y por cierto el hued-hued una especie muy ligada al pueblo mapuche.

El sendero que había tomado estaba flanqueado por imponentes zarzas, cuyos frutos color morado oscuro se ofrecían por cientos. Eran las exquisitas moras, tan apetecidas para la fabricación de la mermelada. Solo bastaba alargar la mano y cosecharlas, no sin antes sentir los pinchazos de sus espinas, ultima defensa de la naturaleza por proteger su patrimonio natural.

Después de unos minutos caminando, unas tenues gotas comenzaron a caer, transformándose muy pronto en una persistente lluvia. El anuncio del campesino se había cumplido.

Ernesto se guareció bajo un inmenso roble. De su mochila sacó una parca que lo protegería del agua.

Ya el atardecer se dejaba caer inminente y pronto llegaría la oscuridad de la noche.

Ernesto comenzó a sentirse inquieto. Sin duda, le daba temor el estar allí, en medio del bosque, de noche y con lluvia.

5.

Dejó la protección del gran roble y se internó en pos de encontrar la casa del campesino. El suelo se había tornado resbaladizo y era difícil caminar con seguridad. Podía tropezar y caer al barro. Era un sendero con pequeñas lomas y cerros irregulares. Sus manos y ropas estaban sucias ya que, para no caer debía aferrarse a ramas y arbustos.

Ernesto comprendió que no podría seguir caminando en esas condiciones. Estaba mojado y chorreando agua. No quería agarrar una pulmonía. La verdad es que no había calculado estos riesgos en su trabajo periodístico.

La lluvia aumentaba y latigazos de viento se dejaban sentir en aquella naturaleza inclemente y hermosa al mismo tiempo.

Súbitamente, a la luz de un relámpago, le pareció distinguir una pequeña hendidura en la pared semi rocosa del cerro. Era un buen lugar para protegerse de la lluvia y el viento.

Cuando intentaba subir a la pequeña caverna, sintió como si le hundieran el suelo, resbalándose hacia un costado. Con desesperación sus manos arañaron el barro, tratando de agarrarse a cualquier punto de apoyo. Pero fue en vano, su cuerpo se precipitó violentamente y sintió un golpe en la cabeza, al tiempo que quedaba tendido grotescamente, casi colgando, de unos troncos, al fondo de una pequeña quebrada.

La lluvia en tanto resoplaba con ahínco en medio de aquella impenetrable oscuridad, como alegrándose del castigo dado al intruso. Solo los destellos de los relámpagos iluminaban de vez en cuando aquella escena tan singular.

Cuando abrió los ojos, vio que se encontraba sobre un lecho de suaves pieles de cordero, al interior de una pequeña y rústica cabaña. Muy cerca suyo una especie de trípode de maderas de ramas sostenía una cacerola sobre un fuego que apenas iluminaba el lugar. No atinaba a explicarse como había llegado allí.

En un rincón había una pica o lanza, arma clásica de los mapuches, fabricadas con varas de quila de 3 o 4 m. de largo.

A través de la oscuridad Ernesto pudo escuchar unas voces que provenían del exterior. Se incorporó con sigilo y atisbó por entre las rendijas de las rústicas maderas de la choza.

Junto a una fogata vio varias personas, sentadas e inmóviles en el suelo alrededor de un cuerpo que estaba tendido boca arriba. Y junto al cual una vieja y encorvada mujer plantaba una rama de canelo.

Ernesto se incorporó y sintió que se le nublaba la vista. Era como una extraña debilidad que le impedía pensar con claridad. Con dificultad, salió sigilosamente de la choza y se acercó un poco más al extraño grupo alrededor de la fogata. Ya no llovía y una hermosa luna llena iluminaba aquel bosque desconocido. El hombre quedó como a unos quince metros del grupo y ocultándose tras un gran árbol, los observó.

La vieja y encorvada mujer, que sin duda alguna era una machi, continuaba su extraño rito en torno al inanimado cuerpo que yacía en el suelo.

Una vez que hubo plantado la rama de canelo junto a la cabeza del cuerpo, le trajeron un guanaco al que sacrificó sin demora. Enseguida, blandiendo un gran cuchillo la mujer abría las entrañas del animal para arrancarle el corazón aun palpitante de sangre para salpicar la rama de canelo.

Ernesto atisbaba con estupor y temor aquella ceremonia tan siniestra.

6.

Acto seguido la mujer, con sus manos empapadas en sangre se inclinaba sobre el cuerpo en el suelo y acercando su boca a la yugular succionaba con fuerza. Los demás observantes, musitaban un monótono y lúgubre cántico, sin moverse de sus posiciones alrededor del fuego.

De pronto, la mujer se incorporó dirigiendo hacia la luna su rostro surcado por mil arrugas al tiempo que escupía una saliva roja y espesa, mientras en sus manos un pequeño bicho, al parecer una lagartija, se retorcía pugnando por escapar.

En ese momento, las mujeres en torno al fuego se levantaron haciendo sonar, en forma monótona, unas calabazas rellenas con piedrecillas, alejándose lentamente en dirección a otras chozas.

Ernesto miró con atención. Ahora podía distinguir mejor el cuerpo en el suelo. Solo estaba la mujer que echaba en el fuego unas hierbas, que al quemarse dejaban escapar una especie de incienso. Ernesto se aproximó sigilosamente. Cuando estaba a un par de metros pudo finalmente ver la cara del cuerpo

Un grito de terror y asombro se ahogó en su garganta. Aquella era su cara y su cuerpo. Sintió que las piernas se le doblaban. Aquello no podía ser y, sin embargo, allí frente a él tenía su propia imagen

Miró a la mujer que le observaba con una sonrisa siniestra, mientras en una mano aun sostenía la pequeña lagartija, que representaba el mal extraído del cuerpo, según los rituales y machitunes.

Ernesto sintió que el incienso le penetraba por el cuerpo y un mareo y letargo se fue apoderando de su mente... Sus piernas no eran capaces de sostenerlo y fue cayendo lentamente hasta quedar en cuclillas. Con sus ojos entrecerrados vio como la mujer se aproximaba y le colocaba una mano fuerte y muy tosca sobre su hombro, mientras que en la otra blandía el gran cuchillo.

El hombre se sintió sacudido y, reaccionando, intentó liberarse de aquel letargo.

Abrió con energía sus ojos y a su lado vio a un inspector del ferrocarril que le pedía los boletos. Entonces, y refregándose los ojos, comprendió que se había dormido.

Miró al inspector y le preguntó dónde estaban.

— La próxima parada es Lanco — Le dijo, mientras perforaba el boleto.

Ernesto sintió una extraña sensación. Afuera entretanto, el oscuro paisaje iba quedando atrás velozmente. Preparó su mochila, bajándola del portaequipaje y esperó.

Minutos después el tren se detuvo frente a un envejecido madero cuya leyenda informaba al viajero que estaba en Lanco. Ya era de noche y Ernesto sentía en el cuerpo los efectos del largo viaje.

Mientras la vieja locomotora descansaba entre resoplidos de vapor, se dirigió al solitario andén.

Poco más tarde, la antigua campana de la estación instaba al tren que debía seguir viaje. Después de un pitazo la vieja locomotora comenzó a moverse lentamente, como si le costara un gran esfuerzo remolcar aquel lastre tan pesado y molesto.

Muy pronto, su mecánico resoplar se fue perdiendo en la lejanía y la oscuridad hasta que la lucecilla roja del último vagón terminó por esfumarse en la noche, devolviendo al pequeño pueblo su monótona y adormecida tranquilidad.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

PATRICIO MARIO RIVERA CORNEJO

78 AÑOS

LA FLORIDA

"UN ERMITAÑO EN EL PARAÍSO"

"¡Qué raro!". Esa luz en el cielo no era un avión, no hacía ruido. La camanchaca recién bajaba.

Yo estaba de turno en la bomba Copec de La Serena en la Panamericana-ruta 5, esquina con Francisco de Aguirre, que lleva al Faro. Era alrededor de 1 hora de la madrugada cuando un camión se estacionó para cargar diésel. El chofer, al igual que yo, había observado el fenómeno. Confesó que, en las rutas del norte, era frecuente ver cosas así. ¿Esa luz que se movía en forma irregular? "Objetos no identificados", agregó. Esto cobra importancia para lo que pasaría años después.

Para pagar mis estudios estaba obligado a trabajar, pues mi familia era de escasos recursos. Si bien es cierto, estaba becado, esta sólo cubría hasta la mitad del año. Así había conseguido este empleo. Era el año 1967, y me encontraba orgullosamente inscrito en la Escuela de Ingeniería en Minas de la Universidad Técnica del Estado, con sede en La Serena. Para 1969 tuvimos nuestro primer trabajo de práctica. Se trataba de hacer un levantamiento topográfico, recoger muestras minerales y hacer sondajes en una zona aislada a la que sólo llegaban los pirquineros o campesinos de la zona. Este lugar era Cochiguaz, que en lengua quechua significa "casa del agua", ubicada en la Comuna de Paihuano. Este lugar, que por entonces no era siquiera un villorrio, se encuentra a casi 3 mil metros de altura sobre el nivel del mar, y destaca por la fuerte presencia de cerámicas diaguitas.

Fuimos cuatro quienes nos inscribimos para este desafío. La UTE nos apoyó con el traslado y con los materiales a transportar. El microbús de la escuela nos trasladó hasta Monte Grande y, desde allí, arrendamos cuatro caballos y cuatro mulas que cargamos con el teodolito, los aparatos de mensuración, las herramientas, así como toda la logística necesaria para la sobrevivencia.

Al pie del sendero había una poza donde se acumulaba el agua del río Cochiguaz, que recoge todas las vertientes. No había ruta: solo un sendero. A la comitiva se nos coló la mascota de la UTE, un perro feo y lleno de heridas producto de sus constantes riñas, de nombre "Sacapunta", dado que solía tener su aparato sexual siempre fuera del envoltorio. El sendero era empinado. Por un lado, estaba la montaña y, por el otro, una quebrada que se hacía más profunda a medida que continuábamos subiendo. Se observaba el río, cada vez más distante. Los cerros, a esas alturas, eran como un muro vertical. De pronto,

entre la garganta de dos montañas, todo se cubrió de una vegetación espesa. Buscábamos un lugar que nos permitiera acampar, no muy lejos del cauce de algún río. Alrededor, sin embargo, solo veíamos árboles nativos, y unos pocos frutales. Daba la impresión de estar al fondo de un cráter. Este era un lugar cuarcífero, aurífero. Los pirquineros, sin ir más lejos, sacaban oro de esa zona aún no explotada por la gran minería, el cual, si bien era de baja ley, no dejaba de ser oro. Tras atravesar dicho sendero estrecho, nos dejamos llevar por los caballos, conocedores del terreno mucho mejor que nosotros. No había a qué apurarlos.

Luego de una media hora a caballo, escuchamos el sonido tranquilo de un riachuelo, y nos encontramos con este hermoso panorama. Yo no pude evitarlo, me salió del alma, y exclamé:

- ¡Esto es un paraíso!

-¿Quéééé? —exclamaron al unísono mis colegas. ¡Dije que esto es un paraíso!

-Y así fue como al campamento lo bautizamos Villa Paraíso.

Contábamos con 10 días para realizar nuestro trabajo. Nos empeñamos a fondo para sondear, medir y sacar muestras. Los días pasaban a raudales. Encontramos en las excavaciones restos óseos de hace no sé cuánto tiempo. Miles de años, a juzgar por lo visto, los cuales dejamos respetuosamente ahí. No muy lejos, yacían jeroglíficos con imágenes que no parecían humanas. ¿Serán representativas de extraterrestres?, preguntó uno de nosotros, y nadie supo qué responder. En otro lado, fósiles de moluscos probaban que todo esto alguna vez había estado sumergido bajo el mar.

De noche, las estrellas brillaban en toda su extensión bajo el firmamento del desierto. Hubo una, sin embargo, que no olvidaré. Estaba mirando el cielo mientras fumaba un cigarrillo, buscando calentarme la cara, cuando noté que una luz oscilaba lejos de allí, similar a la que había observado años atrás. Sacapunta debió haber advertido también esos objetos luminosos, pues se echó a ladrar desaforadamente. Lo mismo hicieron los otros perros, caballos y mulas, todos inquietos, queriendo soltarse de sus amarras.

En 1970 viajé a las minas de carbón en un año convulsionado por el proceso electoral en que resultó electo Salvador Allende. Antes, en agosto, con un grupo de 20 estudiantes, recorrimos los túneles de Lota, una de esas minas profundas bajo cuyo suelo pasaba el mar, llegando casi hasta las islas en la cuenca del carbón. Allí fuimos invitados por un compañero a visitar a don Ramón, ingeniero civil, quien vivía en Concepción junto a su señora Hélène, concertista en piano de origen francés. En medio de la tertulia, conté acerca del descubrimiento de un “Paraíso” allá en el norte, describiendo con fruición la belleza de sus parajes, su clima cálido, la soledad montañosa y el baile nocturno del cielo con sus objetos celestes. Don Ramón escuchó el relato extasiado, como si fuera un cuadro o una novela. Me bombardeó en preguntas, y cada respuesta las anotaba en una libreta, cual si estuviera devorando un manjar.

Pasó el tiempo. Dejé La Serena como se deja el terruño. Empecé una nueva vida. Me emparejé. Tuve hijos. Comencé a trabajar, primero en minas y luego en MADECO (Manufacturación de Cobre), donde fui contratado como Ingeniero de Fabricación, en la Planta de Cables.

Luego vino el golpe, fui detenido. Pasé por distintos recintos militares. Simularon mi fusilamiento más de una vez. Estuve tres años privado de libertad. A fines de 1976, fui expulsado del país en calidad de apátrida con rumbo desconocido. Llegué a Rumania sin saber hablar una palabra de esa lengua. Sin embargo, me trataron bien, fui amablemente recibido. Aprendí pronto el idioma. Pude trabajar y seguir estudios superiores. Cursé un doctorado en Geofísica. Dada mis buenas notas y mi ímpetu, pero también por provenir de un país fuertemente sísmico, que además había tenido el mayor terremoto registrado, terminé llamando la atención de un afable profesor rumano de nombre Alexandru —que mire que casualidad, ahora me vengo a enterar que significa "protector de hombres"—, quien me sumó a un grupo de investigación en vulcanología con quienes recorrí cuatro continentes. Desde Alaska hasta las tundras siberianas, desde Monrovia hasta Mongolia.

En 1981 emigré nuevamente. Esta vez a Francia, donde estuve casi treinta años. El calendario fue perdiendo sus hojas. Los lustros y las décadas se sucedieron con celeridad.

En 2004 volví, de visita, a La Serena. Viajé acompañado con una chica francesa de nombre Françoise, quien se especializaba en flores de Bach y aceites esenciales. Una de las primeras cosas que hice fue ir a la Avenida Francisco de Aguirre. Allí seguía la estación de Copec, ahora doblemente ampliada. Eran las 22 horas. La caseta que utilizaba para distribuir el combustible ya no existía. La Serena se había convertido en una ciudad moderna, aunque mantenía sus edificios coloniales. Levanté la vista al cielo en forma automática para intentar avistar luces o movimientos extraños, pero no pasó nada. Invité a Françoise a visitar los observatorios de la zona, así como los museos. En especial, el mineralógico de la universidad en que estudié. También le propuse ir al Paraíso.

- ¡¿Quéee?!

- ¡Oui, je te ramènerai au Paradise!

Un bus nos llevó al Rodoviario. Desde allí a la casa que fue la pensión en que viví mientras estudiaba. Así llegamos al Valle del Elqui, todo transformado. No en vano los años habían pasado. Invité a Françoise a Cochiguaz. El estrecho sendero de tierra ya tampoco existía. Ahora era una ruta asfaltada donde cabían dos autos. El laguito, por su lado, era un centro de vacaciones. ¿Arrendar caballos? ¡No era posible!, pero informaron que había camionetas que nos podían llevar. Un buen samaritano nos ofreció llevarnos en la parte trasera, donde ya había otros pasajeros. El viento golpeaba como agujas. Un campesino moreno, con bigote fino al estilo Clark Gable y un diente de oro que resplandecía al hablar, de pronto nos preguntó:

- ¿Hablan en chileno? —dado que solo nos había escuchado parlotear en francés. Asentí con la cabeza.

-Floridor —continuó, presentándose—. ¿Y aonde es que van?

- ¡Al Paraíso! —respondí, con toda naturalidad.

Por un momento me miró como si me estuviera burlando de él, y ya no pudimos volver a cruzar palabra por un buen rato, porque el ruido de la camioneta, sumado a la conversación de los otros pasajeros, apagó el breve diálogo. Cochiguaz había cambiado de sobremanera. Ahora había variadas construcciones, una plazoleta, estacionamientos, una cúpula de observatorio, y un hotel con quinchos y banquetas. Estábamos por bajarnos, cuando don Floridor nos espetó:

- ¿Aonde van? ¡Yo los voy a llevar al Paraíso! ¡Síganme! —y le pidió al chofer si nos podía dejar un poco más allá. Yo pensé que nos estaría bromeando, y mi rostro así lo debe haber delatado, pues agregó— ¡De verdad!

Nos dejó, efectivamente, un poco más allá, junto a una camioneta todo terreno que no tardamos en comprender de propiedad de Floridor. Nos subimos y nos condujo un par de kilómetros a través de un ancho camino de tierra, en cuyo final me esperaba una gran sorpresa pendiendo entre dos postes. Al llegar, un cartel colocaba: "VILLA PARAÍSO" en letras grandes, y más abajo: "Misión Humanidad", con amarillo fluorescente. Cual los viejos ranchos del oeste norteamericano, dos portalones amarrados al centro con una cadena cerraban la entrada. No lo podía creer. Cerré los ojos, apretándolos fuertemente por un largo instante. ¿Será cierto? ¿Será coincidencia? El letrero, hecho con tela firme en forma de semi arco; las letras como si flotaran en su forma original.

Don Floridor me sacó de los pensamientos, diciendo:

- ¿Ven ustedes que no les mentí? ¡Este es el Paraíso! —agregó, haciendo brillar su diente de oro al sol. Y tiró de una cuerda que, a su vez, hizo sonar una campana. Entonces apareció un perro agitando su cola: ¡otra sorpresa! Era igualito a Sacapunta, a lo mejor un descendiente. Pero han pasado tantos que lo mismo podría haber sido su fantasma. Detrás, se acercó un anciano de unos 70 o 75 años, de pelo largo y blanco que pasaba de sus hombros y una barba que llegaba hasta su pecho, igualmente blanca.

- ¡Un ermite (ermitaño)! —exclamó Françoise.

-Veamos que me traes ahora —respondió el anciano al perro. Mirándome de reojo, añadió— ¡Veo que usted tiene facilidad para comunicarse con los animales! ¡Primera vez que "Metetodo" no ladra; se enfurece fácil con los desconocidos!

El Ermitaño tenía una mirada triste y, sin embargo, dulce. Se notaba que tenía experiencia y sabiduría. Dirigiéndose a Françoise, señaló:

-Tú no eres gringa, ¿no? ¿alemana? ¿francesa?

-Francia —indicó ella, entendiendo a medias la pregunta.

Luego el anciano se fijó en mí, escudriñándome. Su cara comenzaba a sonarme cuando, de pronto, indicó:

-¡A usted lo he estado esperando por largos años! ¡Sabía que volvería un día!

-¿Cóóóómo? —atiné apenas a decir, sorprendido.

-Yo lo conocí en Lota el año 70. ¿No se acuerda de mí? Bienvenido de vuelta al Paraíso, don Patito —solo entonces reconocí la mirada intensa de sus azules ojos bonachones.

- ¡Nooo! ¿De verdad? ¿Es usted Don Ramón?

-El mismo que aún viste y calz…

- ¿Y cómo diantres llegó hasta aquí? —continué, extasiado, interrumpiéndole.

-Es una larga historia. Antes que nada, mi esposa a la que usted conoció en esos convulsionados años en el sur falleció hace ya varios años. Una enfermedad extraña se la llevó sin que yo pudiera hacer nada —mencionó, dejando caer unas lágrimas—. Yo le rogaba a Dios que me la devolviera, pero su enfermedad pudo más. De ahí decidí abandonar lo mundano. Dejé mi empresa; mi casa, legué mis pocos bienes a mis hijos, que ya eran profesionales, y como tenía otros ahorros, me vine hasta aquí guiado por la descripción que usted me hiciera entonces de este Paraíso. Luego de un tiempo adquirí cinco hectáreas, y aquí me tiene, disfrutando de la belleza y la calma de estos parajes. ¡Los invito a quedarse, si desean! ¡Podrá no haber las mayores comodidades, pero el corazón es grande!

Nos hizo un recorrido por el lugar. Las dependencias estaban hechas con barro y coligües. Había también sitios de reunión con nombres de galaxias, en cuyo centro espiralado se erigía un altar con un enorme cristal de cuarzo. A su alrededor, dispuestos en círculos con banquetas, pequeños muros con mosaicos y azulejos. No había electricidad ni agua potable: solo lámparas de aceite y linternas. El agua se recogía directamente de la vertiente que bajaba de la montaña para acumularse en una piscina que ellos mismos habían construido, dado que vivía junto a su hermano, un astrónomo aficionado de nombre Anselmo, que se pasaba las noches mirando el cielo.

Como hacía mucho calor, nos instalamos al aire libre junto a Françoise en esas sillas de playa hechas de madera y lona, que en Francia llaman sillas chilenas. Estábamos ensimismados mirando las estrellas en total silencio, cuando de pronto una luz gigante que apareció desde atrás de una montaña se posó frente a nosotros en el cielo. Por un momento pareció que nos observaba: un ojo gigante, blanco y, al centro, algo así como una pupila. Luego comenzó a realizar movimientos asimétricos. Creía que caería sobre nosotros o bien, directamente a tierra. ¿No estaré soñando?, pensé de pronto. ¿Y si me hubiera muerto buscando el paraíso? ¿Y si, finalmente, fui fusilado y todo esto me lo estuviera imaginando? Pero el ojo desapareció tan rápido como había llegado, cual si alguien le cortara su luz con un interruptor. Miré de reojo a Françoise, que había observado todo y apuntaba con el dedo al punto de la aparición.

- ¿Tú también viste eso?

- ¡Ooouuuiii! —murmuró con voz temblorosa, y estaba por decir algo más cuando la luz apareció por segunda vez surcando el cielo. Sus movimientos eran más convulsionados esta vez, como si tuviera un corazón que palpitara en su interior. Ni podíamos siquiera pestañear, aunque duró nada más unos instantes. Luego desapareció tras las montañas con movimientos sinuosos.

La emoción que nos produjo esta manifestación celeste fue inmensa. “Metetodo” también lo había visto, pues aullaba sin cesar. Finalmente, el sueño nos venció, soñando con extraterrestres.

Don Ramón nos despertó al alba. El sol ya había cruzado las montañas, de modo que la luz inundaba el Paraíso, dejando ver a través de las ramas el florido jardín de todos colores.

- ¡Vengan a tomar desayuno con nosotros! Veo que durmieron al exterior. Anselmo estuvo observando el cielo durante la noche, me entregó una información muy interesante que les contará ahora.

Don Anselmo se aprestaba a relatar. Nosotros, sin embargo —o yo, para ser más precisos— no podíamos aguantar más. ¡Estábamos que nos reventábamos para contar nuestra experiencia! que, mire las cosas, terminó coincidiendo con la de don Anselmo, quien estaba en otro lugar, siendo testigo privilegiado del evento por encontrarse a cierta altura.

Luego de un rato, don Ramón nos enseñó el contenido de un baúl. De ahí extrajo algunas fotos. Primero, una mujer tocando el piano. Luego, otra de sus cuatro hijos: tres varones y una hija. Las últimas fotos eran del jardín de Villa Paraíso. En medio de esas flores había unos personajes que parecían duendes, dadas sus pequeñas dimensiones. Sus figuras lucían borrosas. Contó que, en una de aquellas, donde aparecía una mancha violácea, había tratado de captar a uno de estos seres diminutos, pero él se dio cuenta que lo estaban observando y emitió un rayo de luz que manchó la foto. La sensación no dejaba de ser irreal, como debe ser realmente el paraíso.

Don Ramón contó también que una nave se estrelló una vez en una de esas montañas. Dijo que habían venido militares que cercaron la zona, y que hasta gente de la NASA habían visto. También contó que unos monjes tibetanos se internaron en cierta ocasión por un sendero que bordea el estero, y ya nunca bajaron. Igual suerte había corrido un grupo de andinistas argentinos. En uno y otro caso, no encontraron sus restos.

Villa Paraíso se fue deteriorando. Una tormenta produjo una avalancha de proporciones que arrasó con ella. Don Ramón y don Anselmo fallecieron dos años después, con meses de diferencia. Sus hijos heredaron el lugar, pero hoy hay ahí malas vibras: llegaron personajes con intenciones de solo lucrar con Cochiguaz, hasta el punto de que desviaron las aguas del estero que alguna vez bajó por Villa Paraíso.

Cada vez que viajo a La Serena, me detengo en la Estación Copec, y me quedo por lo menos una hora tomando un café junto a mi familia.



REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O´HIGGINS



GANADORA REGIONAL

CARMEN TORRES BOZO

85 AÑOS

COLTAUCO

"LAS LLAVES DE LA CASA"

Cuento basado en la vida y memoria de una abuela.

Parte I

Hay mañanas en que las llaves aparecen sobre la mesa y otras en que parecen esconderse de los viejos.

Ella abre el cajón de los cubiertos, revisa los bolsillos de su chaleco de lana y levanta una a una las servilletas de género. Después se queda quieta, mirando hacia la puerta de entrada con los ojos fijos.

—Las tenía recién —dice en voz baja—. Alguien debe haberlas cambiado de lugar. Su nieta las ve perfectamente, posadas junto al florero de loza, pero no se las entrega de inmediato. Ha aprendido que no siempre conviene apurarla. A veces, mientras busca un objeto perdido, la anciana tropieza con algo distinto en el camino: un nombre que ya nadie usa, un rostro disuelto en la penumbra o una casa que dejó de existir hace más de medio siglo.

Su memoria no camina en línea recta. Va y viene como los caminos de tierra después de un temporal. Puede olvidar qué comió al almuerzo, pero conserva intacto el frío de una mañana de 1941. Puede confundir el nombre de sus seis hijos, pero aún siente en las articulaciones el crujido del manubrio mientras pedaleaba hacia la escuela de monjas.

—Hacía tanto frío —murmura de pronto— que los dedos se me abrían.

Entonces deja de buscar.

En esos años, los cuadernos no venían hechos. Las religiosas juntaban hojas sueltas, las alineaban con paciencia y las amarraban con un cordel fino para que las alumnas pudieran escribir. A ella le gustaban las letras. Aprendía rápido y leía todo lo que caía en sus manos. Pero en su casa nadie preguntó por sus cuadernos. Un día dejó de ir y sus estudios quedaron ahí, abandonados, como un puñado de hojas antes de ser amarradas.

Nadie le enseñó que se podía querer a alguien sin pedirle nada a cambio. En su hogar había camas de bronce y herramientas de mecánico, pero el afecto era una moneda que solo se pagaba con trabajo.

Eran dieciséis hermanos.

Cada vez que su madre daba a luz, se encerraba cuarenta días a cumplir la cuarentena sin levantarse. Entonces la niña debía convertirse en la mujer de la

casa: amasar, lavar ropa gruesa, mudar guaguas y calmar llantos ajenos antes de aprender a calmar el suyo.

Mientras otras niñas jugaban, ella descubrió que, para tener un lugar en el mundo, había que ser útil.

Aprendió a querer trabajando, obedeciendo y resistiendo, porque nadie le enseñó otro idioma.

* * *

Lo que recordaba con mayor nitidez no eran los rostros, sino el sonido de las llaves.

Cuando su madre salía, giraba el cerrojo desde fuera. La niña escuchaba el chasquido del metal dentro del ojo de la cerradura y comprendía que no había forma de salir. Quedaba encerrada en la



casa cuidando a sus hermanos, sin saber a qué hora regresarían los adultos.

Más tarde quedó encerrada en una juventud sin infancia, en una casa donde la presencia de un hombre la llenaba de un miedo silencioso del que jamás volvió a hablar.

Y después, cuando aún no cumplía diecisiete años, quedó atrapada en una maternidad para la que nadie la había preparado, cargando la vergüenza de un secreto que decidió guardar para siempre.

—Nadie lo supo y nadie lo va a saber —repetía, implacable.

Por eso, cuando una vecina le habló de un trabajo como empleada puertas adentro en una casa patronal del campo, ella no vio solamente un empleo.

Vio una puerta abierta.

Toda su vida, las escasas oportunidades de libertad llegaron disfrazadas de obligaciones. Aceptó sin avisarle a nadie y dejó atrás Santiago, los golpes y las cerraduras echadas desde afuera. Tomó una pequeña maleta, cargó el miedo de quien nunca había podido elegir su propio destino y viajó hasta Coltauco.

Allí el mundo era inmenso, oscuro y silencioso.

En medio de esa soledad apareció Manuel, un joven jardinero que trabajaba en el mismo fundo. Coincidían cada mañana cuando él llevaba la leche y ella comenzaba las labores de la casa. Él la invitó un día a probar un cigarrillo; ella tosió, él se rio y, por primera vez en mucho tiempo, ella también se rio.

La familia de Manuel la sentó a su mesa sin exigirle explicaciones. Nunca le preguntaron por el pasado que había dejado atrás. Y cuando decidieron casarse, Manuel reconoció a su primera hija como propia, sin aspavientos ni cobranzas.

Fue, tal vez, la primera vez en su vida en que alguien la acogía sin pedirle que demostrara primero cuánto valía.

Levantaron una rancha pequeña en El Molino. Un solo cuarto de madera, con una ventana por donde entraban el sol, el viento y las carencias.

Después llegaron cinco hijos más.

Y cuando Manuel cayó bajo la sombra del alcohol, ella volvió a ponerse la armadura que mejor conocía: levantarse antes del amanecer, trabajar en casa patronal, molerse las manos, sostener sola el hogar y servir con una lealtad inquebrantable a quienes le habían dado una oportunidad.

En su mente, las deudas de la vida solo podían pagarse trabajando hasta no poder más.

Parte II

Pero haber sufrido no enseña, por sí solo, a cuidar.

A veces, el dolor solo aprende a cambiar de forma.

La niña que había crecido obedeciendo se convirtió en una madre que también pedía obediencia. La que aprendió que el cariño se ganaba trabajando terminó creyendo que esa era la única manera de querer.

Sus hijas mayores cuidaron muchas veces a los pequeños, igual como ella había cuidado a sus hermanos.

No porque fuera una mala madre.

No porque le faltara amor.

Sino porque nadie le había enseñado otro idioma.

Sabía alimentar, abrigar, proteger del frío y levantar paredes. Sabía trabajar, aunque el cuerpo le doliera, poner un plato caliente sobre la mesa y sostener una familia cuando todo parecía venirse abajo.

Pero nadie le había enseñado que un abrazo también podía ser un hogar.

Nunca había visto cómo se consuela a una hija que llora sin acompañar la ternura de una orden, un reproche o una crítica.

A veces, el dolor que no se habla termina convirtiéndose en carácter.

Y el carácter, cuando nadie conoce su historia, suele confundirse con falta de amor.

Con los años, sus hijos también aprendieron a defenderse como pudieron. Algunos perdían la paciencia cuando ella repetía una historia por tercera vez o volvía a preguntar dónde había dejado las llaves. Otros respondían con la misma dureza con la que habían aprendido a vivir.

Ellos también cargaban heridas.

También necesitaban una madre distinta.

También crecieron echando de menos palabras que nunca llegaron.

Las heridas, igual que el amor, suelen viajar de una generación a otra sin pedir permiso.

Cada generación recibe algo, pierde algo y entrega lo que alcanza a comprender.

Mirar hacia atrás no borra el dolor ni convierte en justo aquello que hizo daño. Pero, a veces, permite descubrir que detrás de una madre severa hubo primero una niña que jamás aprendió a sentirse segura.

Quizás por eso el mundo de afuera le resultaba más sencillo que el de su propia casa.

En el pueblo fue presidenta de la junta de vecinos. Organizaba reuniones, golpeaba puertas, hablaba con autoridades y conseguía ayuda para quien la necesitara. Si un vecino enfermaba, ella aparecía. Si una familia pasaba hambre, buscaba cómo tender una mano. Si alguien tocaba de noche, nunca preguntaba demasiado antes de abrir.

Lo que no siempre supo expresar dentro de su propio hogar, lo entregaba con generosidad a los demás.

Toda su vida creyó que el cariño había que ganárselo siendo útil.

Servir era la forma más segura que conocía de decir “te quiero”.

Y estaba la fe.

Una fe silenciosa y obstinada que se convirtió en refugio.

Sin cobrar jamás un solo peso, recibía en su casa a las madres del campo que llegaban con guaguas enfermas, febriles o asustadas.

Apoyaba al niño contra su pecho, hacía lentamente la señal de la cruz y comenzaba a rezar.

Las palabras salían despacio, casi como un susurro.

Esas manos que habían sacado papas de la tierra, lavado ropa ajena, cocinado para otros y trabajado hasta romperse los nudillos se transformaban entonces en unas manos distintas.

Manos suaves.

Pacientes.

Protectoras.

Había en ellas una ternura que muy pocas personas alcanzaban a conocer.

Era como si todo el amor que nunca aprendió a decir encontrara, por fin, un idioma propio.

Nunca encontraba las palabras para consolar a sus propios hijos.

Sin embargo, cuando sostenía entre los brazos a un niño ajeno, sus manos sabían exactamente qué hacer.

Como si el amor que no alcanzó a entregar en casa hubiera encontrado un camino distinto para seguir existiendo.

Quizás, consciente o inconscientemente, cada vez que santiguaba a un niño estaba entregando la ternura que nunca supo convertir en abrazos.

Quizás, mientras aliviaba el dolor de otros, también intentaba curar a la niña que ella misma había sido.

—Enséñame el rezo, abuela —le pedía su nieta.

Ella sonreía apenas.

—No.

Nunca explicó por qué.

Tal vez comprendía que las palabras, por sí solas, no hacían el milagro.

Porque el verdadero poder nunca había estado en el rezo.

Había estado en esas manos.

En unas manos que conocían el trabajo, el sacrificio, las pérdidas y el dolor.

Y que, precisamente por haber conocido todo eso, habían aprendido a sostener con infinita delicadeza el sufrimiento de otros.

Parte III

Una mañana, unos golpes secos interrumpieron el silencio de la casa.

Al abrir la puerta, apareció una mujer joven sosteniendo a un bebé que lloraba desconsoladamente.

—Disculpe... me dijeron que aquí santiguan niños. Mi hijito lleva horas sin dormir.

La anciana levantó lentamente la vista desde el sillón. Sus ojos, nublados por la vejez, parecían no comprender del todo lo que ocurría.

Su nieta se acercó despacio.

—Abuela... vienen a verla a usted.

Durante un instante quedó inmóvil, perdida entre los pliegues de una memoria que ya no siempre encontraba el camino de regreso.

Pero entonces escuchó el llanto del niño.

Y algo despertó.

No fue un recuerdo.

Fue algo más profundo.

Algo que el tiempo todavía no había conseguido borrar.

Extendió lentamente los brazos.

La joven depositó al bebé sobre ellos con una confianza que solo nace de la esperanza.

La anciana lo acomodó junto a su pecho.

Le acarició la frente.

Trazó lentamente la señal de la cruz.

Entonces comenzó a rezar.

La oración brotó limpia, completa, sin vacilar una sola palabra.

Como si hubiera permanecido intacta en algún rincón del alma al que el olvido jamás había logrado entrar.

Mientras rezaba, sus manos cambiaban.

Las mismas manos endurecidas por la tierra, el detergente, la ropa lavada, las papas arrancadas del suelo y los años de trabajo parecían recuperar una suavidad inesperada.

El bebé dejó de llorar.

Su respiración comenzó a calmarse.

Poco a poco, se quedó profundamente dormido.

La madre lo miró sorprendida.

La nieta también.

Y entonces comprendió algo que había tardado toda una vida en entender.

Su abuela nunca había dejado de amar.

Simplemente nunca le habían enseñado cómo hacerlo de otra manera.

Había aprendido que querer era trabajar.

Que proteger era sacrificarse.

Que servir era agradecer.

Que el cariño había que ganárselo.

Por eso muchas veces no encontró abrazos para sus hijos.

Pero encontró sus manos.

Y con ellas sostuvo durante años el dolor de cientos de niños que ni siquiera conocía.

Tal vez, consciente o inconscientemente, esa fue la forma en que el amor encontró salida.

Como un río que, al encontrar una roca, no desaparece.

Solo cambia de cauce.

La joven buscó una moneda para agradecerle.

La anciana sonrió y cerró lentamente la mano de la muchacha.

—No, hija...

—Por esto nunca se cobra.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, la casa recuperó su silencio.

La anciana caminó unos pasos.

Luego se detuvo.

Miró alrededor con expresión confundida.

Se tocó los bolsillos del chaleco.

Abrió un cajón.

Después otro.

Suspiró.

—Estaba buscando algo...

La nieta sonrió con ternura.

Fue hasta el florero de loza.

Tomó el viejo llavero de metal y volvió junto a ella.

Sin decir una palabra, lo dejó sobre la palma de su mano.

La anciana lo sostuvo con fuerza.

Las llaves tintinearon suavemente.

Las observó durante largo rato.

Como quien intenta recordar una historia que conoce de memoria, pero ya no sabe cómo empezar.

Tal vez nunca supo qué puerta abría cada una.

O tal vez aquellas nunca fueron las llaves de una casa.

Quizás eran las llaves de todas las puertas que la vida fue cerrando antes de que pudiera aprender a abrirlas.

La puerta del juego.

La del estudio.

La de una infancia tranquila.

La de sentirse protegida.

La de aprender que el amor también podía decirse con un abrazo.

Y, aun así, pasó toda una vida intentando abrir otras puertas.

Las abrió con trabajo.

Con servicio.

Con una olla siempre dispuesta para quien llegara con hambre.

Con una cama ofrecida a quien no tenía dónde dormir.

Con reuniones de vecinos.

Con años entregados a la comunidad.

Con rezos.

Con una señal de la cruz.

Con las únicas llaves que la vida alcanzó a dejarle entre las manos.

La nieta la observó en silencio.

Por primera vez dejó de mirar solamente a la anciana.

Consiguió ver a la niña.

La niña que había aprendido demasiado pronto que el amor había que ganárselo.

La que cambió los juegos por las responsabilidades.

La que dejó los cuadernos antes de terminar de escribirlos.

La que pasó años creyendo que ser útil era la única manera de merecer un lugar en el mundo.

La misma niña que seguía viviendo, silenciosa, detrás de aquellos ojos cansados.

Entonces comprendió algo que no borraba el dolor de nadie, pero sí cambiaba la manera de mirarlo.

Sus hijos tenían razones para cargar sus propias heridas.

Ellos también habían necesitado una madre distinta.

También habían echado de menos abrazos, palabras y caricias.

Nada de eso dejaba de ser verdad.

Pero también era cierto que aquella mujer había hecho lo mejor que pudo con lo que la vida le permitió aprender.

Nadie puede entregar un idioma que nunca le enseñaron.

Y, sin embargo, ella encontró el suyo.

No en las palabras.

No en los abrazos.

Sino en unas manos que jamás dejaron de servir, de sostener y de cuidar.

La anciana apretó el manojo de llaves contra su pecho.

La nieta tomó su brazo.

Caminaron juntas hacia el pasillo.

Antes de entrar, la abuela volvió la vista hacia la calle.

Y durante un instante ocurrió algo imposible.

No fue la anciana quien miró hacia afuera.

Fue aquella niña de 1941.

La misma que un día escuchó un cerrojo cerrarse desde el otro lado de la puerta.

Solo que esta vez el sonido fue distinto.

Suave. Lento. Sereno.

Como el chasquido de una cerradura que, después de toda una vida, por fin se abría desde adentro.

Y entonces la nieta entendió que las llaves nunca habían servido para abrir una casa.

Habían servido para abrir una historia.

Una historia que no pedía olvidar las heridas, sino comprender de dónde venían.

Porque, a veces, creemos que una persona no supo amar.

Cuando, en realidad, pasó toda la vida intentando amar con las únicas llaves que alguien dejó entre sus manos.

FIN

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL Y MENCIÓN "MITOLOGÍA CHILENA: ECO DE PALABRAS COMPARTIDAS"

LUIS ARTURO IBARRA GONZÁLEZ

76 AÑOS

SAN FERNANDO

"LA BODA DE UN BOQUIABIERTO"

(DESVENTURAS DE UN PATIPERRO)

Monté mi caballo overo
una mañana de otoño
y, sin soltarme del moño
de mi pingo corralero,
me convertí en caminero
pa' recorrer nuestra tierra.
Como soldado en la guerra
que fiscaliza legiones,
galopeé por las regiones
entre planchones y sierra.
Una noche que dormía
bajo una mata de boldo,
con la luna como toldo
y la guata que rugía,
oí la voz de una cría
que berreaba en el monte.
Me preparé pa'l desmonte
con mi corvo parronino,
y pensé "si yo no atino
la visión tal vez me atonte"
¡Cuando me apura el ataque
de algún diablo subversivo,
nunca rehúyo el motivo,
ni hay fantasma que me achaque;
no hay burro que se me empaque;
y a nada le tengo miedo,
la parca me importa un bledo,
y voy altiro a la carga;
pa' masticar yerba amarga
pongo en mi hocico algún credo!
La noche que les mentaba,
cuando dormía en la cima,
un espectro se me arrima
con la cría que berreaba.
Yo, canchero, lo esperaba,
sudando ardor por el pecho,
con el corvo bien derecho
y la manta sobre el hombro,
como librando el asombro
que se ubicaba al acecho.
La aparición se me instala
justo al lado de mi sombra,

llevando bajo su alfombra
un bulto puesto a la mala.
Con la voz ronca señala,
achacándome un delito:
“Mira cuatrero maldito,
este crío que solloza
es de la cera casposa
que tienen en tu distrito”.
Nadie me podrá creer
que el infame Satanás
desde su infierno voraz
me había anclado un querer,
de esos que no aspiro a ver
arrimado a mi querencia.
Con toda jurisprudencia
me atornilló a la Pincoya,
clavándola como boya
al radar de mi conciencia.
Ella venía a casarse
a todas fuerzas conmigo;
y yo, que soy enemigo
de esa manera de atarse,
pensé que es mejor matarse
antes de hilar ese entuerto.
Y ahora, que espero muerto
a las puertas del infierno,
del diablo ya soy el yerno
sometido y boquiabierto.
Acercándose, diviso
a una extraña comitiva,
es don Sata quien arriba
con sus colegas de piso;
viene a cocerme cual guiso
en una boda infernal,
como un vulgar animal,
cazado en la ratonera,
aquí reposo a la espera
de mi destino final.
Los padrinos de mi boda
serán el Trauco y la Fiura;
y velarán la postura,
para que al fin yo me joda;
la novia, en traje de moda,



el Chupacabras y el Cuero,
todos pondrán mucho esmero,
con la implicancia del puelche,
en llevarnos al Caleuche
pa' un viaje "lunamielero".
El juez que nos designaron
fue un ente del mismo establo;
fiel confidente del diablo,
a su maldad apelaron,
y a mis ruegos castigaron
con maliciosas sandeces.
Colgando sus hediondeces
sobre mi cuerpo rechoncho,
me rociaron hasta el poncho
sus villanos intereses.
Los invitados de espanto
que animarán la jornada
vendrán todos en manada
con su ruinoso quebranto.
La Llorona con su llanto,
el Imbunche y el Chonchón,
el Gualicho, el Culebrón,
los brujos y el Piuchén,
gozarán como el pidén
cuando me trague el fogón.
Finalizando esta historia,
debo contarles, amigos:
no he visto peores castigos
de los que tenga memoria;
en ellos fluye la escoria,
la miseria más extrema.
Me cocinaron cual yema
en la hoguera del maldito,
y aquí me encuentro bien frito
en un infierno que quema

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

MARTA AURELIA VIDAL HERMOSILLA

67 AÑOS

PICHILEMU

"CUANDO SE MARCHÓ MI PADRE"

Corría el mes de enero del 1972 en la ciudad de Rancagua, el calor era insoportable, a tal punto que la ropa molestaba en nuestros sudorosos cuerpos. Por las calles transitaban muchas personas. Era día domingo y de elecciones. ¿Para qué?, no recuerdo bien, era muy niña para entonces. Pero recuerdo que nos juntábamos en la casa de uno de mis tíos, en donde pasábamos todo el día. Primero iban al lugar de votaciones las mujeres y por la tarde, los hombres. El asunto era que nosotros, los niños, no nos quedáramos solos. Mi mamá y mis tías cocinaban cosas ricas. No por las votaciones, sino porque nos juntábamos todos, tíos, primos, abuelos y algunos amigos. Parecía una fiesta. La verdad, en lo personal, no me gustaba mucho, pero trataba de pasarlo bien. Me agobiaba tanta gente.

Después de almuerzo fueron a votar los hombres como era la tradición. Recuerdo que mi papá se despidió de mi mamá y de nosotros con un besito. Él era muy cariñoso.

Pasaba la tarde y los hombres no regresaban y mi mamá pensaba que se habían entretenido por ahí, con algunos amigos. Mi padre tenía muchos y buenos. Él también lo era. De pronto llegó uno de mis tíos que dice que tenemos que regresar a la casa y que mi papá nos está esperando allá. A todo esto, ya se estaba cayendo la tarde.



¿Qué pasó? Preguntó mi mamá. Pero no tuvo respuesta. Nos fuimos a casa en un taxi, la idea era llegar luego. Qué bueno pensé yo, ya que viajar en micro en días de elecciones, era un caos. En el viaje a casa todos íbamos en silencio y yo creo, que era porque todos nos íbamos haciendo conjeturas de que estaba pasando. Mi corazón latía muy rápido y tenía mucho miedo, pero no decía nada, ¿para qué?, lo único que lograría era que me regañaran por preguntona y que guarde silencio.

Cuando llegamos a casa vi a mi padre parado tras el mostrador. ¿No mencioné que teníamos un bar?, pues sí, y ante la barra estaba él, un poco colorado y me pregunté ¿es el calor o se tomó algunos traguitos y por eso nos tuvimos que venir? No importaba, lo que si importaba era que estaba bien y me alegré muchísimo.

En la familia éramos 6: mi papá, mi mamá y 4 hermanos: Julieta la mayor, después venía yo Daniela, luego Alonso y finalmente Jesús. De 14, 13, 11 y 8 años de edad respectivamente. Los más chicos se le tiraron encima y lo abrazaron; yo, solamente lo miraba de lejos y esperaba su mirada cómplice que me decía "aquí estoy". Puedo decir que me llevaba muy bien con él, nos entendíamos a la perfección, tanto así que con solo mirarnos sabíamos qué queríamos, yo era su regalona y para mí, él era un súper héroe. Pensaba que, si un auto lo atropellaba, el auto quedaría mal. ¡Qué ilusa! pensamientos de niña.

Ya se hacía de noche y mi papá no decía nada, de pronto se levantó de la silla y se fue a recostar a su cama, porque según él, estaba cansado. Mi madre le siguió y cuando estuvo tendido le comenzó a salir sangre por un ojo, mi mamá se asustó y le preguntó ¿Qué te pasó? ¿Por qué te sangra un ojo? Y recién allí, le contó lo sucedido. Se había caído al pisar una cáscara de papa y no pudo equilibrar su pesado cuerpo cayendo de bruces. Cabe señalar que mi papá era un hombre grande, alto y con algunos kilos de más, y cuando iba caminando con las manos en los bolsillos, no tuvo tiempo de sacarlas y se golpeó la cara, produciéndose un derrame nasal. ¿Por qué estaba solo? Se preguntó mi mamá. Había sido porque se devolvió a dejarle dinero a un amigo para que almorzara, ya que era jubilado y recibía dinero una vez al mes y muy poco.

Después de su caída, mi padre fue al hospital, lo curaron y lo mandaron para la casa. Al parecer en el hospital había muy poco personal, por lo de las elecciones, así es que la atención fue de pasada.

Al transcurrir el día, el sangrado no calmaba y mi padre al ver tanta sangre sobre su cara, decidió ir nuevamente al hospital, por tercera vez. Pero en esta ocasión lo internaron. Cuando lo supe fue como un balde de agua fría en un día de invierno. Lloré casi toda la noche, creo que me quedé dormida llorando. Pensaba si mi papá estaba en peligro ¿o no? Quién me podría responder si los demás estaban igual que yo. Y más encima yo era una niña que no merecía explicaciones.

Al día siguiente lo visitaron y estaba con buen ánimo, al parecer ya habían detenido la hemorragia y según mi padre el día miércoles sin falta estaría en nuestra casa con todos nosotros. Era una promesa.

Yo me quedé tranquila ya que siempre que prometía algo lo cumplía, y esta vez, no podría ser la excepción.

Esa noche los recuerdos vinieron a mí como lluvia de primavera. Recordé cuando mi papá me peinaba mi largo cabello, ya que así le gustaba, él decía "el pelo para

las mujeres, largo"; o cuando me decía ¿vamos a dar una vuelta? E íbamos a la esquina y nos devolvíamos, yo tomada de su brazo, que apenas alcanzaba; o cuando me decía "mi chunga", nunca supe que significaba, pero me lo decía con mucha ternura; o cuando me ayudaba con mis tareas y todo lo sabía casi de memoria, o cuando era chiquita y nos llevaba con mis hermanos al cine, en el campamento El teniente, en Sewell, ¿no les conté que nací allí? Pues sí, mi padre y todos mis hermanos también. Esa noche mi cabeza estaba como loca, pensaba y pensaba y como dije antes, muchos recuerdos hermosos se me vinieron a la mente, era extraordinario mi padre. Me quedé dormida pensando tantas y tantas cosas y me decía: "mañana, cuando llegue mi papá, le voy a decir cuanto lo quiero y cuanto lo voy a querer siempre".

El día lunes mi madre iba a ir a visitarlo al hospital para llevarle pañuelos y saber cómo estaba. Pero un tío le dijo que mi papá no quería que ella lo viera en una cama de hospital. Que muy luego le darían de alta y nuevamente le recordó lo que mi padre le dijo antes. Que sin falta estaría el miércoles en casa. Mi mamá accedió a sus deseos y le mandó las cosas con mi tío. Todo estaba evolucionando favorablemente para mi papá o eso era lo que todos queríamos creer.

Al otro día todo fue normal. Desde el hospital llegaban buenas noticias, pero mi mamá decidió ir a verlo el miércoles, ya que lo extrañaba mucho. Y para no dejar el bar solo en la mañana, le pidió a mi primo que se quedara en la casa esa noche, pero como no teníamos más camas, yo me tuve que ir a la suya con mis tíos.

Esa noche yo estaba tranquila, las noticias recibidas habían sido positivas por lo que me fui a dormir ya que estaba muy cansada. Desperté a las tres de la madrugada llorando a mares y gritando "mi papá, mi papá". Con mis gritos desperté a todos. Yo sentía que algo muy malo estaba pasando y no quería volver a dormir, tenía mucho miedo. Los demás me decían "mañana verás que todo está bien", pero mi corazón decía otra cosa, me latía de tal manera que asustaba, pensaba que me saldría por la boca y no pude dejar de llorar.

Al llegar la mañana mis ojos se sentían pesados, como si tuvieran arena y muy colorados. Al parecer, todo estaba bien, solo que duró muy poco. Al rato de habernos levantado llegó mi primo y hablaba bajito, nadie decía nada, hasta que mi tía rompe en llanto y después todos los demás. No sabía bien que pasaba, pero sabía que tenía que ver con mi papá. Hasta que mi tía me abraza y me dice "nos dejó, tu padre nos dejó". yo no lloraba, gritaba, "no era cierto, él dijo que hoy miércoles estaría en casa y me falló".

Nos fuimos rápidamente a nuestra casa en una micro. Digo rápidamente, pero no sé cuánto rato pasó, fue como tener una laguna mental, no había nada en mi mente. La gente me miraba, pero a mí no me importaba. De pronto, al entrar a la casa vi a mi mamá de negro, con sus ojos rojos e hinchados, creo que ella tampoco lo podía creer. ¡Si hacía unas cuantas horas él estaba vivo y bien! ¿Qué pasó? Nunca supe, solo supe que ese día mi padre se había marchado y para siempre. Hubo mucha gente acompañándonos en esos días, pero en realidad, ni supe que hice y que dije. Solo me dediqué a verlo en su ataúd, por última vez, solo así pude creer que en verdad se había ido.

Mis años siguientes fueron muy difíciles, no quería entender que así era la vida y que todos teníamos que marchar algún día, pero era tan niña y fue tan triste perder al ser más importante de mi vida, que creí que no lo superaría. Recuerdo que dormí un mes en su cama junto a mi mamá, y no sé si fue para apoyarla a ella o para sentir que mi viejito estaba cerca de mí, viejito entre paréntesis, porque tenía 40 años cuando fue a unirse con nuestro Señor Jesucristo. Pienso que fue así, ya que era muy creyente, nunca dejó de hacer sus oraciones nocturnas y matutinas, además de hacer muchas acciones positivas. Tanto con la familia y con los tantos amigos que tuvo. En realidad, todos lo querían mucho.

Hoy recordando después de tantos años, me he dado cuenta de que siempre estuvo conmigo, en mis momentos más importantes y los no tanto, que, a pesar de haberse ido de este mundo, siguió en mi corazón. Se dice que las personas no mueren, sino se trasladan a un rinconcito de tu corazón. Y eso hizo mi padre, creo que siempre estuvo aquí, junto a mí, y ¿saben qué?, puedo decir que él nunca me falló, prometió estar el miércoles en la casa y eso hizo.

REGIÓN DE MAULE



GANADOR REGIONAL

PEDRO LUIS GUAJARDO FUENTES

79 AÑOS

TALCA

"OSCURO TEATRO DE SOMBRAS: FIN DE LA NIÑEZ Y DE LA PREADOLESCENCIA"

Recuerdo sobre recuerdos. Estamos en 2026 y tengo 79 años. Estos recuerdos son de 1966: tenía 19 años.

Así es..., no podía creerlo. ¡Todavía estaba ahí...!

Al ver otra vez ese logotipo tallado en la madera sentí lo mismo que hace unos seis años atrás. Fue cuando nuestra agrupación de humildes muchachos campesinos - de doce a quince años - creía haber logrado un éxito notable. Era impagable esa grata sensación de triunfo.

Ya cumplí diecinueve años y he cursado más de cuatro años de estudios de educación media en la ciudad de Curicó. En mi escuelita de Rauco cada año se seleccionaba un alumno de sexto primario para impulsarlo, con apoyo de la comunidad escolar, a la educación secundaria en la ciudad. Fui el primer hijo de inquilino de fundo en conseguirlo. Ahora he logrado otro éxito, para mí, muy relevante. La grata sensación de triunfo es la misma de esa primera vez.

Eso sí..., espero que a mí - en solitario - no me pase lo mismo que nos ocurrió en aquella ocasión como grupo. Resultó que en poco tiempo pasamos de la alegría desbordante a la más profunda incertidumbre.

Todo empezó en esta misma plaza. Lo recuerdo muy bien mientras acaricio el – un tanto desgastado - logotipo tallado en el apoyabrazos de madera de la banca en la que estoy sentado.

Fue un día sábado a media tarde..., creo. Tal vez al final del verano.

Nos sobresaltamos cuando nos dimos cuenta que - parados en la puerta de la Iglesia - estaban observándonos atentamente dos personas: el Sacerdote (como siempre lo habíamos visto : esbelto, muy erguido, bien peinado, de edad un poco mayor que nuestros padres, con su pulcra sotana negra y con su inseparable libro en la mano), acompañado del Sacristán (también como siempre : algo encorvado, un tanto mayor, con su cabello entrecano muy ordenado, con su sencilla vestimenta y con su actitud de sometimiento definitivo). El Sacristán, como siempre, un paso retirado del lado derecho y también un paso más atrás que su jefe.

Más nos inquietamos cuando empezaron a caminar decididamente hacia nosotros – en forma sincronizada - guardando las distancias señaladas entre ellos..., por supuesto.

Los que estaban sentados se pusieron de pie de inmediato; todos en silencio - tal como en la escuela - frente a la máxima autoridad religiosa de nuestro humilde pueblito campesino y esperando que nos dirigiera la palabra. Así nos habían enseñado que se mostraba respeto a las autoridades. Primero nuestros padres..., después en la escuela.

Instintivamente esperábamos algún severo llamado de atención o una muy seria recomendación - "raspacachos", acostumbrábamos a llamarlo nosotros en confianza - tal vez por alguna queja en contra de nuestra, diez, quince y quizá hasta unos veinte o más chiquillos - por andar "palomillando" - que nos reuníamos frecuentemente en la única plaza del pueblo, en uno de cuyos costados estaba la Iglesia, a conversar, contar chistes o anécdotas y a reírnos mucho. Ya no nos gustaba tanto jugar a las bolitas, al trompo, al pillarse..., porque nos parecían "juegos de cabros chicos". Preferíamos estar juntos..., entre nosotros, "los más grandes".

El Sacerdote sonriendo saludó en forma muy afable: - "Buenas tardes, jóvenes..." - "Buenas tardes, Señor Cura..."; respondimos nosotros - como en la escuela - a coro.

- "¡Qué bien..., los conozco a casi todos!"; - "¡Tú eres fulano..., tú..., zutano y tú..., mengano"! - "Disculpa..., a ti sólo te conozco por el sobrenombre de 'Moñito'...".

- "¡Síií..., me dicen 'Moño de clavo'...!", dijo el aludido - que era muy simpático y querido por todos - muerto de la risa, tocándose con la mano su cabellera de pelos cortos, tiesos y parados, con cuidado, como si fueran clavos. Risotada general. Con eso el hábil Sacerdote rompió el hielo. Respiramos aliviados..., y.…, entramos al nivel de confianza amistosa.

Por supuesto que nos conocía..., más que de vista. A casi todos nos había bautizado. Seguro que también – de acuerdo con el santoral - habría influido en nuestros nombres. Antes quizá habría conocido y hasta casado a nuestros padres. Además, nos había dado la primera comunión y preparado para la confirmación. En estos dos últimos casos, nos agasajó - como premio - con un inolvidable desayuno con..., ¡leche con chocolate! Tampoco, nunca podríamos olvidar que siendo pequeños nos hacía catecismo en base a muchas preguntas; tales como: - "Decidme hijos..., ¿hay Dios?...". A lo que nosotros respondíamos a grito pelado y a coro - "¡Sí Padre..., Dios hay...!". Y así..., durante un larguísimo rato..., cada semana. Las primeras veces era interesante, pero después ya no..., como era siempre lo mismo, daban más ganas de quedarse afuera de la Iglesia jugando a las bolitas con otros niños que sentían lo mismo. Pero era peligroso eludir…, porque no había impunidad. Las mamás estaban atentas al timbre en la tarjetita de asistencia y el resultado era su buen coscacho o un tirón de orejas fuerte..., la primera vez. De la reincidencia, mejor sería ni hablar: la cosa se ponía seria. Ahí entraban los papás con su correa..., por disposición y bajo la supervisión materna..., claro.

Nos invitó a sentarnos todos juntos para conversar. Acercamos otras bancas y una vez instalados como un tranquilo y cordial grupo de amigos, empezó a hablar:

- "Hemos observado desde hace un tiempo, que ustedes forman un lindo grupo de jóvenes que se comportan muy bien. Eso es grato a los ojos de Dios..., y como Sacerdote, quiero invitarlos a formar un club o un centro juvenil; como ustedes quieran llamarlo. Podrían usar el salón parroquial que está aquí frente a la plaza, cruzando la calle, para sus reuniones y actividades. ¿Les gusta la idea?".

- "A mí me parece muy buena idea...", contestó uno de los mayores del grupo.

- "A mí también...", dijimos varios, al unísono.

- "Tómense su tiempo para pensarlo...; ustedes para todo se entenderían con mi ayudante. En Rauco, aparte de los eventos religiosos, casi no hay entretenciones sanas para las familias. Con el tiempo, si les parece, podrían organizar veladas. Eso le gusta a la gente y pueden ser muy bonitas. Yo podría pedir apoyo, para los números artísticos, al director y profesores de la escuela. Como casi todos ustedes aún estudian ahí, sería fácil. Bueno..., ustedes conocen al Sacristán aquí presente y han visto que sabe hacer de todo y sería de gran ayuda. Además..., cuenta con toda mi confianza".

Claro que conocíamos al ayudante del Sacerdote - nunca supe ni me importó su nombre - conocido por todos como el Sacristán. Tocaba las campanas, ayudaba en las ceremonias religiosas, se ocupaba de todos los aspectos domésticos de la Iglesia y estaba a cargo del salón parroquial. Pero, por sobre todo era conocido por cuidar el caballo alazán que tiraba el coche de dos ruedas, con un asiento bipersonal, que llamábamos "Cabrita" - que también conducía - usado por el Señor Cura, de vez en cuando, para visitar a los enfermos de lugares apartados. El caballo estaba tan bien cuidado, gordito y lustroso que - en lenguaje coloquial - en el pueblo se hizo costumbre usar frases tales como "..., este es más regalón que el caballo del Señor Cura"; "..., ese tiene tan buena facha como el caballo del Señor Cura"; "..., aquel está tan descansadito como el caballo del Señor Cura", y así tantas otras por el estilo. Al referirnos al Sacerdote, todos siempre decíamos "Señor Cura"; decir "Cura", a secas, era una tremenda falta de respeto..., casi una blasfemia.

El Sacerdote se despidió de nosotros dándonos la mano uno por uno y a cada uno dedicándonos alguna frase amable. En ese instante, uno por uno, ya se había puesto de pie y agradecía repitiendo lo mismo - sin habernos puesto de acuerdo -, "..., gracias, Señor Cura". Lo sentimos tan cercano en ese momento..., no podríamos haber imaginado que nunca más hablaríamos con él. Luego, rápidamente, los dos se dirigieron hacia la sacristía de la Iglesia. Quedé mirando y preguntándome para mis adentros, - "¿cómo puede el Sacristán mantener tan bien las dos distancias aún caminando...?".

- "Juntémonos a conversar el asunto y veamos que pasa...", dijo el que había hablado primero frente al Sacerdote; ex acólito hasta hace poco tiempo (me "pilló la edad", nos había dicho).

- "Claro..., ojalá sea pronto. Me gusta harto la idea.", dijo otro.

- "Tiene que ser un sábado en la tarde..., ahí es más seguro que estemos todos libres...", agregó un tercero. - "Habla tú mismo con el Sacristán y nos avisas".

El sábado siguiente, los primeros que llegamos, unos diez, decidimos esperar a que llegaran más. Mientras, aprovechamos de conocer en detalle el salón parroquial. Tenía de todo lo necesario. En general, era muy sencillo pero cómodo, limpio y acogedor.

Contamos de nuevo y habíamos quince. - "No podemos esperar más. Si terminamos muy tarde, algunos tendremos que volver a la casa a oscuras y no hay ni luna esta noche", señaló alguien.

- "Y qué tanto si igual no pasa nada", afirmó otro.

- "Claro..., como tú vives aquí al lado..., pero a oscuras por los potreros hay que caminar como de memoria y se sienten ruidos y movimientos que asustan un poco...".

- "¿Ruidos de qué...?".

- "Tal vez conejos, ratones, culebras..., no se sabe porque no se ven y por eso da un poco de miedo".

- "Empecemos con los que estamos, nomás". Propuso el reciente ex acólito.

Con buen ojo elegimos presidente del grupo a un compañero de mi curso - había varios de quinto o sexto primario - cuyos padres eran los dueños de un local comercial múltiple (almacén, restaurante, botillería, botica..., daba para todo) ubicado muy cerca. Fui elegido en el cargo de secretario porque era bueno para leer, escribir, tomar apuntes y hasta dibujar, dijo alguien y varios asintieron; el equipo directivo se completó con un Tesorero algo mayor - él ya trabajaba y supusimos que sabía manejar dinero - por si caían algunos pesos.

Feliz, el flamante presidente se dirigió al negocio de sus padres y regresó acompañado de su mamá - muy querida en el pueblo por su buen carácter y espíritu solidario - que vino a ayudarle a traer varias Bilz, unos cuantos vasitos y varios paquetitos de Galletas Museo (galletitas con forma de diversos animalitos). Así empezamos nuestra primera reunión formal. Todas las reuniones siguientes fueron por el estilo. Siempre con buena asistencia y con la grata presencia de las mencionadas bebidas y galletitas...

Todos los asuntos los resolvíamos después de barajar muchas ideas, entre chistes y risas. Así logramos concordar que nuestra agrupación se llamaría Centro Juvenil "Los Murciélagos" (influencia de las revistas de historietas y pensando que cuando las reuniones se alargaran, muchos regresarían a sus casas a oscuras; o casi, si es que hubiera luz de luna). Al secretario se le encargó el diseño del logotipo que nos identificaría (resultó sospechosamente semejante a la señal de Batman, súper héroe de conocida historieta, con el nombre del Centro Juvenil debajo en letra manuscrita; pero fue del gusto de todos). Lo grabó el mejor tallador en madera del grupo - famoso por un tallado que hizo en su banco de roble en la escuela, aguantó los castigos sobrevinientes y su nombre ahí quedó por muchos años - en el apoyabrazos de la banca de la plaza donde estuvimos con el Sacerdote y empezó todo.

Nuestro presidente había liderado muy bien. Yo la única cualidad especial que le conocía era que la uña de su dedo meñique derecho la tenía siempre muy larga y muy bien cuidada. Decía que la mantenía así para escarbarse las orejas (asunto de él...). Ahora debía reconocerle tres cualidades más: tener como padres a los dueños del

negocio múltiple (salían gratis bebidas y galletitas); que tenía una mamá apoyadora y cariñosa y que conducía al grupo en forma tranquila, adecuada y armónica. Con un presidente así se pueden lograr buenos resultados. En efecto, fuimos resolviendo los múltiples detalles y comprometiendo las ayudas necesarias para realizar una Velada Familiar, tal como sugirió el Sacerdote. Queríamos nosotros mismos protagonizar el número final de la velada. Tenía que ser algo "cototo", novedoso o distinto. Después de mucho idear, buscar y hasta ensayar, quedamos conformes. Presentaríamos algo nunca visto en Rauco. Sería un relato tipo Teatro de Sombras (sombras proyectadas sobre un telón desde atrás y en absoluto silencio). La obra se llamaría "Emergencia asquerosa".

Se realizó la velada tal como estaba planificada. Fue un éxito rotundo. Lleno total y números artísticos variados e interesantes. La gente, al final, se retiró contenta. A los organizadores nos llovieron las felicitaciones y alabanzas..., por un tiempo.

La mamá de nuestro presidente nos guardó la recaudación. A nosotros nos parecía fabulosa, aún después de pagar al animador por el arriendo de su equipo de amplificación.

El sábado siguiente llegamos todos los socios oportunamente. Pero, nos fue mal. El presidente nos esperaba en la plaza - sin bebidas ni galletitas - y nos contó que el Sacristán le había avisado que el local no estaba disponible porque entraría en reparaciones. Tal vez el próximo sábado estaría listo.

Los tres sábados que siguieron ocurrió casi lo mismo: sólo nuevas excusas.

- "Esto me está dando mala espina...", dijo el Presidente. - "Como yo vivo cerca, he puesto más atención y no he visto movimiento alguno que indique trabajos de reparación..., además otros grupos llegan a reunirse como siempre".

- "A lo mejor la embarramos..., tendríamos que haber ido al día siguiente de la velada a agradecer al Sacerdote, contarle del resultado y que quedamos muy contentos...", opinó el ex acólito.

- "Creo que tienes toda la razón...", dijo el presidente. - "Pediré una entrevista formal con él a nombre del Centro Juvenil, si me la da, vamos los tres de la Directiva juntos..., yo les aviso..., ¿qué les parece?". Nos pareció bien..., nos despedimos y a casa tempranito.

Los veintiún socios llegamos a la plaza más temprano que nunca el sábado siguiente. Ya estábamos enterados. En nuestro pequeño pueblito rural recién había ocurrido la hecatombe que nadie jamás pudo haber imaginado o previsto: el Sacerdote se había ido de Rauco. No nos acompañaría más: habían dispuesto su trasladado a otro lugar. Nadie tenía claro dónde ni por qué. La noticia se había esparcido con increíble rapidez y algunos trataron de organizarse para oponerse o reclamar a quien correspondiera. El Sacerdote, con su calma habitual, se había despedido familia por familia residente en la única calle del pueblo. En contados días ya no se le vio más a él ni al Sacristán.

Creo que nadie estaba más triste que mi madre. Me contó que hacía muy poco que le había hablado de su interés por incorporarme a mí al grupo de acólitos y que ella quedó muy feliz y esperaba la ocasión de decírmelo en presencia de mi papá.

En todas partes el Sacerdote había dicho más o menos lo mismo: - “Hice un voto de obediencia ante Dios..., debo acatar lo que dispongan mis superiores. Pronto llegará otro Sacerdote. Recíbanlo bien..., como buenos cristianos. Les dejo mi bendición..., adiós...”.

- “¿No tendremos nosotros la culpa o parte de la culpa...?”. Esa pregunta - pronunciada por el reciente ex acólito (era nuestro Pepe Grillo) - nos volvió a la realidad de golpe.

A nadie se le había ocurrido tal posibilidad. Pero, ahora parecía tener sentido preguntarnos eso. Vinieron los dichos y opiniones.

- “Claro que podría ser..., por algo no logramos hablar con él después de la velada”.

- “Sí..., pero antes tampoco. Acuérdense que todo era a través del Sacristán”.

- “En dos de los números artísticos de la parte final de la velada hubo groserías y el Señor Cura nos había dicho clarito que nunca olvidáramos que estábamos en un local de la Iglesia…”

- “¿Sería por eso que el Sacerdote nunca más quiso acercarse a nosotros...? ¿Qué le contaría el Sacristán o las señoras más delicadas...?”.

- “¿Pueden creer que por una cosa así van a trasladar a un Sacerdote...?. ¡Si fue un solo garabato!, claro que repetido varias veces y con sus variantes..., ¡pero es el garabato que escuchamos o decimos todos, a cada rato!, ¡no puede ser...! Primero fue el tío chistoso para lograr que la gente se riera de buena gana y con nosotros pasó algo parecido; como el relato con las sombras era una comedia silenciosa y nadie se reía entonces las sombras empezaron a hablar y a hacer lo mismo que hizo el tío y la gente volvió a reírse alegremente y la velada terminó con todos contentos”.

- “¿Por qué no podría ser si lo acusaran de invitar y ayudar a la juventud a organizar fiestas profanas donde se dicen groserías y también hay adultos que aprovechan de portarse mal..., como el tío chistoso de uno de nosotros que se retiró antes del término de la velada a celebrar su éxito con sus amigotes?”, opinó nuestra conciencia parlante.

- “Capaz que por eso lo trasladaron..., ¡y entonces tenemos toda la culpa...!”.

Como de costumbre, el presidente escuchó paciente y finalmente intervino: - “Lo único seguro son los hechos: el Sacerdote ya no está y nos quedaremos para siempre con nuestras dudas. ¡Y tan contentos que estábamos! Pero, las cosas son así..., cargaremos para siempre con el peso del oscuro Teatro de Sombras…, ahora mejor nos ponemos a pensar que sigue y qué va a pasar con nuestro Centro Juvenil”.

- “Cierto..., hay que gastar la plata que tenemos..., una buena despedida y chao..., a volar Los Murciélagos...”.

Ambas opiniones fueron bien acogidas, según las manifestaciones en sordina.

- “Estamos todos de acuerdo, entonces. Somos veintiún socios..., le pediré a mi mamá que nos prepare una rica once en el comedor chico del fondo a nosotros solos el sábado que viene. ¿Qué les parece?”

- “¡Pero tiene que ser con torta..., para eso tenemos harta plata...!”, gritó alguien, muy entusiasmado. Todos aplaudimos.

Sin habernos puesto de acuerdo, todos llegamos a nuestra once de despedida con la ropita dominguera. Disfrutamos a concho nuestra despedida. Conversamos, nos reímos, hicimos recuerdos de las peripecias vividas, nos servimos la rica once coronada por la torta -detalle de enorme importancia en nuestras vidas de campesinos- sin discursos ni formalidades adicionales de ningún tipo. Todo de maravilla.

Pero..., siempre la vida tiene de dulce y agraz. A nosotros aún nos aguardaba otra sorpresa. Cuando nuestro Tesorero recibió la cuenta..., se quedó perplejo. Miraba y miraba el papelito de la cuenta y otro papelito donde tenía anotado el monto de nuestra supuesta fortuna. Después se puso de pie, muy serio, con los papelitos en la mano, pidió silencio y dijo: - "¿Saben…?, no nos alcanza la plata para pagar la cuenta. Nos alcanza apenitas para casi pagar la once…, pero para pagar la torta...".

- "Hagamos una vaquita y pagamos. No podemos quedar debiendo porque hoy..., aquí termina todo...", propuso alguien.

- "¡Esperen...!", dijo el presidente, poniéndose de pie.- "Iré a hablar con mi mamá..., ella siempre tiene solución para todo..., ¿qué les parece?".

Regresaron los dos muy pronto. Ella venía secándose las manos en el delantal de cocina, tan sonriente como siempre.

- "Para evitar líos con las platas, propongo lo siguiente: haremos de cuenta que les rebajé el valor de la once y que la torta es mi regalo de despedida..., ¿qué les parece?", dijo la amable señora.

Por supuesto, todos felices prorrumpimos en un largo aplauso y algunos gritaron - "¡gracias señora...!" o - "¡se pasó..., se pasó...!".

Antes de retirarse a sus múltiples quehaceres, la señora levantó la mano y entendimos que quería decirnos algo...



- "Jóvenes..., quiero felicitarlos. Han demostrado que sí son capaces de hacer cosas interesantes cuando trabajan unidos. Por supuesto les agradezco que hayan elegido presidente a mi hijo, de quien estoy muy orgullosa, porque he visto que ha aprendido mucho junto a ustedes. Ahora que terminan su organización...,

todos en este pueblo quedamos como en el aire. No sabemos cuánto demorará en llegar otro Sacerdote ni podemos imaginar qué pasará después. Bueno..., Dios dirá. Que les vaya bien".

Nunca la habíamos escuchado hablar tan largo ni con tanta emoción. Escuchamos en profundo silencio..., cuando terminó se retiró rápidamente mirando hacia el piso y apretando con sus manos el borde de su delantal.

Permanecimos un largo rato quietos y en silencio. Después, por primera vez, nos despedimos dándonos un abrazo. Nos retiramos sin decir ni una sola palabra más. Llevábamos en el pecho el peso de la incertidumbre..., y un oscuro sentimiento de posible culpa.

Sea como sea, el Centro Juvenil dejó de existir - también terminaba nuestra niñez o preadolescencia - y cada uno siguió con su vida haciendo camino por su cuenta...

El nuevo Sacerdote llegó más pronto de lo que todos esperábamos. Pero, al comienzo fue un verdadero shock para toda la comunidad. Era diametralmente opuesto en todo al a su antecesor. No muy alto, un tanto mayor, de avanzada calvicie y algo de panza. Pero, lo más duro para todos: ¡no usaba sotana!..., salvo en las ceremonias religiosas formales. Su vestimenta habitual era como la de cualquiera..., pero lucía siempre una sencilla una cruz de madera prendida a su pecho. No tenía ayudante..., hacía todo él mismo..., era un trabajador incansable. Todo lo que parecía boato - reclinatorios tapizados propiedad de los personajes principales del pueblo, grupo de acólitos para acompañar en las misas, bancas para hombres separadas de bancas para mujeres (cada cual podría ubicarse donde quisiera, libremente, en la Casa de Dios), mujeres con obligación de usar velo en las misas (pasó a ser voluntario), etc., etc. - despareció de la Iglesia. Del carruaje bipersonal y del caballo alazán regalón..., nunca más se supo. Se movilizaba en una especie de Todoterreno destartalado - todos maravillados de cómo ese cacharro resistía tanto, funcionaba tan bien y ningún camino lo atajaba - pero muy versátil y resistente.

Se veía siempre muy seguro de sí mismo, tanto en lo que decía como en lo que hacía.

Cuando las señoras se atrevieron a preguntarle por qué él hacía las cosas así y no asá, les respondió que la Iglesia se estaba actualizando y que él estaba tratando de imitar a Cristo que optó por los pobres y por eso se esforzaba por ayudarlos, preferentemente, en el aspecto espiritual y también en el material. Cuentan que cuando algún hombre le habló del Todoterreno, se rio y les contestó que no tenía idea de mecánica y que le habían asegurado que a ese vehículo lo habían usado en la guerra y que nunca le había pasado nada ni había fallado jamás.

Al poco tiempo la gente fue aprendiendo a apreciar y a valorar al nuevo Sacerdote. Fue cuando empezó a mostrar con hechos concretos lo que decía y predicaba.

En efecto, el lugar del carruaje y la caballeriza lo transformó en un corral para criar chanchos. En su Todoterreno recorría los fundos recolectando sobras y desechos agrícolas para engordarlos. Cuando éstos iban alcanzando el peso adecuado los vendía y con ese dinero socorría a las abundantes familias necesitadas.

De a poco fue acercándose gente a colaborar voluntariamente a la Iglesia en acciones organizadas para ayudar al prójimo. Tanto así, que llegado su primer verano como Señor Cura de Rauco (ya se había ganado su lugar), logró llevarnos por quince días- recuerdo con gratitud esa oportunidad en que conocí la nieve - a los niños y jóvenes que jamás habíamos salido a veranear, a Las Termas de las Vegas del Flaco (cordillera de San Fernando). Nos alojábamos en carpas, nos bañábamos en los pocillos termales, hacíamos excursiones cerro arriba hasta alcanzar sectores nevados (nada más exquisito para el paladar juvenil que la nieve mezclada con harina tostada y azúcar rubia...). En las noches, un tanto frías, una buena fogata - con ramitas y leños acopiados entre todos en el día - con variados números artísticos y guitarreos..., antes de dormir.

Todo eso ya es pasado. Ahora estoy aquí..., solo..., recordando esas vivencias que me dejaron tantas enseñanzas. Comprendo mejor la incidencia determinante de la religión en la vida campesina y las diferencias resultantes de la práctica de enfoques distintos sobre una misma realidad social.

Considero que lo más importante fue vivir en forma directa y a temprana edad el ejercicio del liderazgo y del trabajo en equipo. El presidente de ese Centro Juvenil siempre permanecía tranquilo y presentaba los temas a tratar o los objetivos a perseguir en forma clara, precisa y escueta. Luego, con mucha paciencia escuchaba muy atento los debates, opiniones y fundamentos. Intervenía a veces para reorientar la discusión y cuando consideraba que ésta estaba agotada, generalmente se ponía de pie y decía:

- “Creo que ya estamos claros...”, hacía un breve resumen de los aspectos centrales del tema e indicaba los pasos a seguir para lograr lo propuesto (verdadero plan de acción). Siempre terminaba, igual que su mamá, preguntando - “...,¿qué les parece?”.

Bueno..., estamos en septiembre de 1966 y acabo de tener un logro, para mí, muy relevante: he sido elegido por mis pares, en un proceso estrictamente democrático, presidente del Centro General de Alumnos del Colegio.

El sistema es de tipo presidencialista, se elige por votación directa sólo presidente y vicepresidente. Como presidente del CGA, cargo que asumiré pronto, debo nombrar a todo el resto del Directorio. Los designados permanecerán en sus cargos mientras cuenten con la confianza del presidente, la organización tiene buena estructura, es apreciada y respetada y colabora activamente en el proceso educativo.

Miro una vez más nuestro logotipo..., la verdad es que ahora me parece bastante infantiloide…, pero me trajo todos estos recuerdos y eso significa mucho para mí.

Sí..., efectivamente..., creo estar preparado y ya desligado del oscuro Teatro de Sombras.

Al igual que después de esa velada..., siento hoy..., en mi pecho juvenil, esa grata sensación de triunfo.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

RICARTE ANTONIO COFRÉ COFRÉ

77 AÑOS

SAN CLEMENTE

"EL TEATRO, MI CAMA, MI CASA"

Tantos años han pasado que casi ya no recuerdo bien como se llamaba, pero creo que su nombre era Palet, de Talca, cuando cabro los fines de semana nos íbamos con el Juan Manuel al teatro, al cual algunas personas lo llamaban biógrafo, ahora es el cine, como cambian las cosas con el correr del tiempo, si hasta viajamos en turista o colectivo, de un lado para el otro, en esos años teníamos que viajar en la mañana, para volver en la tarde, porque había un solo recorrido al día de ida y de vuelta.

Muchas veces nos tuvimos que quedar en el paradero, a esperar la góndola para poder regresar a nuestras casas, pasábamos a comer sopaipillas a la vega que estaba en la once oriente, la mayoría de las veces, recuerdo que cuando salíamos siempre nos poníamos nuestra mejor ropita que teníamos para los fines de semana y cuando uno tenia que hacer algún trámite en alguna oficina, una vez en que veníamos caminando por la uno sur, entre la nueve y diez oriente , cuando se nos acercaron dos lindas señoritas, a las cuales jamás habíamos visto, y de inmediato comenzaron a tutearnos, a preguntarnos nuestros nombres, y nosotros con Juan Manuel, como veníamos de las chacras como se dice ahora, inocentes totales no sabíamos cómo reaccionar, nos dijeron que fuéramos a su casa que ahí lo íbamos a pasar muy bien, nosotros nos miramos y le dijimos "ya pó vamos nomas", yo le pregunté a la que a mi había tomado del brazo, la cual era una rubia muy elegante vestida, "pasemos a comprar algo para que llevemos para la casa de ustedes", a lo que ella respondió "no es necesario porque nuestra tía vende de todo ahí", "cómo tu tía", "si porque nosotras no somos de acá, somos santiaguinas y estamos de visita en su casa".

Cuando llegamos a la casa se sentía música donde había un gran salón, en el cual había más sobrinas de la dueña de casa, y varias más sobrinas, las cuales eran todas muy cariñosas, porque se besaban con sus amigos se les sentaban en las piernas, y de repente se desaparecían del salón, ya eran cerca de las siete de la tarde cuando Juan Manuel, se me acercó y me dijo "oye nos vamos a tener que quedar a dormir aquí, porque la micro ya se fue", "y como nos vamos a quedar aquí hombre por Dios, si aquí no creo que hayan cama para todos los familiares de las chiquillas y dónde vamos a dormir", "preguntémosles a ellas", "pero si yo no le he preguntado ni su nombre", a lo que Juan Manuel me dijo "la morena que a mí me toco se llama María de los Ángeles", "yo no le he preguntado nada" dije, "bueno le voy a preguntar si es que nos podemos quedar a dormir acá, si nos

pueden arrendar una pieza", se acercó a la niña rubia la cual lo esperaba en la mesa donde tenía una ponchera y bebidas para ellas, "sabe señorita no se su nombre", y "tampoco yo sé el suyo" respondía, "yo me llamo Manuel Careaga", y el suyo, bueno yo "me llamo Marcela Montero", "oiga Marcela qué posibilidad hay que aquí nos arrienden dos camas para pasar la noche, porque a esta hora la micro para el campo se nos fue hace rato, y sale a las seis de la tarde", "sabe que mi tía arrienda piezas a quince pesos la noche, claro que usted no duerme solo como, es eso" "si porque yo lo acompaño a que duerma calentito", "en serio" dijo Manuel "si claro y si quiere nos vamos a costar de inmediato", "en serio" "si pues" respondió Marcela, "vamos entonces, pero antes tengo que hablar con mi amigo Juan Manuel", se acercó y le dijo a su amigo que él se quedaría a dormir ahí, "bueno yo le voy a preguntar a María de los Ángeles", hizo la pregunta y le dijo lo mismo que le había dicho, Marcela a Juan Manuel, sí que esa noche la pasarían ahí, se fueron a dormir muy temprano, claro que no durmieron.

Las mujeres no sabían que ellos ninguno de los dos, había tenido relaciones sexuales antes de acostarse con ellas, fue así que se enamoraron de ellos, por haber sido las primeras en su vida sexual, a lo que dieron rienda suelta a sus instintos sexuales, y les pidieron a los jóvenes que hicieran lo que ellos estimaran conveniente con ellas, lo que ellos quisieran.

Al día siguiente se levantaron como a las ocho de la mañana, bien bañaditos, y al despedirse de ellas las cuales los fueron a dejar al paradero de las micros, el que estaba ubicado en la dos norte con la once oriente, y al despedirse se comprometieron de juntarse el fin de semana siguiente, ellos regresaron al campo, y ellas a su prostíbulo, el "Apolo once".

En tanto Manuel Careaga, y Juan Manuel no hallaban las horas que la semana pasara pronto, en tanto comentaban como lo había pasado esa noche, y se ponía de acuerdo para volver el sábado siguiente, pero primero tenemos que llevarlas al teatro, porque escuche al auto de don Carmelo Encina hacer publicidad que en el teatro Palet daban la película "Yo el Aventurero".

En tanto ellos se habían escrito durante la semana con las amigas de Talca para ponerse de acuerdo, dónde se juntarían para ir al teatro, cuando salieron del trabajo ese día sábado por la tarde, se bañaron se cambiaron de ropas, y se fueron a Talca en la última migro que salía de acá de san Clemente, los muchachos no hallaban la hora de llegar luego para juntarse con ellas, al llegar a la entrada del teatro, ellas los estaban esperando con la entradas en las manos, se saludaron y entraron a la galería en la parte más alta de la galería, donde nadie los viera,

Desde lo alto la película se veía perfecto, pero de abajo o la entrada a la galería las personas no se veían, así que cuando comenzó ellos no se dieron ni cuenta por estar haciendo otras cosas, abrasándose, besándose y se fueron entusiasmando hasta llegar a tener relaciones en las galerías del teatro una y otra vez.

De repente la película se cortó y la gente de la platea, comenzó a gritar, ya pos cojo, esa noche cuando se cortó la película también se había cortado la luz, la gente se tuvo que retirar, pero Juan Manuel, y Manuel Careaga, y sus amigas no se habían dado ni cuenta, que estaban encerrados, en el teatro.

Comenzaron a gritar que les abrieran la puerta, pero nadie los logró de escuchar, ya que todos se habían marchado, y también el personal, se preguntaban entre ellos que iban hacer ahora, si no podemos salir no tenemos qué comer, ni tomar solo el agua de la llave del baño, era cerca de la media noche cuando regresó la luz, que se había cortado en todo el sector al teatro, ahí se pudieron ver se sentaron en la platea y conversaron varias horas.

Hasta que Manuel Careaga y Marcela le dijeron "vamos a conversar arriba, y ellos se quedan acá abajo, ¿te parece?". "Si claro me parece muy buena idea, porque acá solo estamos perdiendo el tiempo cuando arriba podemos aprovecharlo mejor", subieron y Marcela dijo "yo quiero se tuya para siempre, y algún día convertirme en tu mujer, porque sé que yo fui tu primera mujer, ¿no es verdad, Manuel?".

El tiempo continuó pasando, y un día ellas se pusieron de acuerdo de venirse a vivir con sus pololos a San Clemente. Ese fin de semana cuando se encontraron ella estaban con sus maletas preparadas para venirse con ellos, a lo que Juan Manuel preguntó, "¿y ustedes a donde van con esas maletas", a lo que María de los Ángeles, respondió "nos vamos con ustedes, ya hace mucho tiempo que somos pololos, y nunca hemos hablado de formalizar lo nuestro, y la Marcela y yo, ya estamos cansadas de vernos solo una vez a la semana con ustedes, así que hoy nos vamos con ustedes a San Clemente".

Así fue como se vinieron a vivir juntos, ellos por su parte vivían pobremente, pero ellas habían acumulado bastante dinero en su tiempo de trabajo, y le dijeron "no se preocupen nosotras tenemos dinero y vamos a rendar una casa para que vivamos los cuatro juntos, como cuando nos conocimos".

Encontraron una casita muy bonita cerca de la plaza, en la cual tuvieron que comprar muebles para vivir tranquilos, los chiquillos estaban muy asombrados ya que jamás pensaron en vivir tan cómodos, limpios y lo principal sin la humareda del conventillo.

En todo esto ellas habían sido muy bien recibidas en las familias de sus parejas, de verdad ellas eran muy lindas rubias y vestían muy elegante, que eran la admiración de la gente que las veía pasar del brazo de sus hombres.

En tanto Juan y Manuel trabajaban duro para poder ponerse a la altura de sus mujeres, y poder llevar el dinero a sus hogares. Al año de estar viviendo juntos ellas se embarazaron y tuvieron sus hijitos, a Juan Manuel, y María de los Ángeles les nació un hermoso niño, en tanto a Manuel Careaga y a Marcela Montero, les nació una hermosa niñita, los cuatro estaban muy felices con sus bebés, los cuales vinieron a llenar más de amor a esa dos parejas de enamorados, y se puede ver que cuando se quiere se puede salir de una situación a otra, ellos salieron de sus raíces para vivir más cómodos que cuando era más jóvenes, y ella de una vida nocturna, a una vida de dueñas de casa, con los hombres que entregaron a ellas sus cuerpos por primera vez.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

VÍCTOR MANUEL CANALES SALAS

78 AÑOS

CUAQUENES

"EL NIÑO QUE VENCIÓ AL MIEDO"

Mis mejores y también mis peores recuerdos nacieron en un barrio ubicado al sur poniente de la ciudad de Talca. En aquellos años era un lugar muy distinto al centro de la ciudad, donde el progreso parecía llegar solo para algunos. Allí no existían calles pavimentadas ni veredas. Todo era tierra, y por algunas de ellas corrían acequias que llevaban agua para el riego de pequeñas chacras de tomates y otras hortalizas que aún sobrevivían dentro del sector.

Era un barrio humilde, de casas sencillas y familias trabajadoras que aprendían a salir adelante con lo poco que tenían. Quienes crecimos allí conocimos una forma de vida que hoy parece lejana, pero que permanece viva en la memoria de quienes la vivieron.

Mi historia comienza cuando tenía aproximadamente ocho años, una etapa en la que cualquier niño debería estar descubriendo el mundo a través de los juegos, la escuela y los sueños. Sin embargo, mi realidad era muy distinta.

Desde pequeño comprendí que debía trabajar. No porque alguien me obligara, sino porque la necesidad hablaba más fuerte que la infancia. Después de asistir al colegio salía a buscar cualquier trabajo que pudiera realizar un niño de mi edad. Los fines de semana también trabajaba, convencido de que cada moneda podía ayudar a aliviar un poco la pobreza que golpeaba nuestro hogar.

Así era la vida de muchos niños en aquellos años. Trabajar era parte de crecer.

Hoy escribo estos recuerdos porque fueron reales. Solo Dios sabe cuánto dolor hubo detrás de cada uno de ellos. Sin embargo, no deseo escribir desde el odio ni desde el rencor. El tiempo me enseñó que las heridas no sanan alimentando el resentimiento. Por eso utilizo palabras sencillas y cuidadosas, pensando también en quienes aún viven y forman parte de mi familia.

Esta no es toda mi historia. Apenas es un fragmento de una vida que podría llenar un libro entero. Mi mayor deseo ha sido dejar atrás ese pasado para no transmitir a mis hijos el peso de recuerdos que solo causarían más dolor. Prefiero que ellos conozcan el valor del perdón antes que el de la amargura.

No contábamos con agua potable ni con alcantarillado, menos conexión al servicio de electricidad. Cada vivienda tenía su propio pozo negro, lo que favorecía la presencia constante de insectos y malos olores.

Cuando caía la noche, la oscuridad era vencida únicamente por la luz temblorosa de una chonchona, una botella con parafina y una mecha de género que iluminaba apenas un rincón de la habitación. Otras veces encendíamos una vela de cera, cuya pequeña llama parecía luchar contra la inmensidad de la noche.

Aquella tenue luz acompañó gran parte de mi infancia. Pero la mayor oscuridad no provenía de la falta de electricidad.

En esa casa nunca recuerdo haber escuchado palabras como “te amo” o “te quiero”. El cariño no se expresaba con abrazos ni con gestos afectuosos. El amor parecía una palabra desconocida entre quienes eran mis padres.

Con los años comprendí cuánto daño puede causar la ausencia de esas pequeñas palabras.

Quizás por eso, aunque nunca fui un hombre muy demostrativo, siempre les digo a mis hijos que los amo. Tal vez mis abrazos sean torpes y mis palabras escasas, pero ellos saben que nacen desde lo más profundo de mi corazón. Ese fue uno de los aprendizajes que la vida, junto a mi esposa, me regaló. Los amo a mi manera.

Mis padres tampoco tuvieron oportunidades para estudiar.

Mi padre era apenas medianamente alfabetizado y mi madre nunca aprendió a leer ni a escribir. Sin embargo, ella conocía un lenguaje mucho más duro: el del trabajo diario para alimentar a su familia.

En medio de esa vida ocurrió uno de los acontecimientos más impactantes que recuerdo.

Era el año 1960. Me encontraba en la Plaza de Armas de Talca, asistiendo al término de una cruzada misionera encabezada por el padre Peyton, cuando la tierra comenzó a rugir. El terremoto fue tan violento que nadie podía mantenerse de pie. Hombres, mujeres y niños terminaron tendidos sobre el suelo mientras el mundo parecía desmoronarse bajo nuestros pies.

Durante varios días vivimos con incertidumbre y temor. Sin embargo, nuestra humilde casa de material ligero resistió el movimiento, y los daños fueron mínimos. Por precaución, toda la familia durmió durante algunas noches bajo un gran parronal del patio, mirando el cielo y esperando que la tierra dejara de temblar.

A nuestro alrededor tampoco hubo grandes derrumbes, porque la mayoría de las viviendas del barrio estaban construidas con materiales livianos o con adobes relativamente nuevos.

Mientras el país entero intentaba levantarse después de la tragedia, otra desgracia comenzaba silenciosamente dentro de nuestra propia casa.

Mi padre, que llevaba años luchando contra el alcohol y una enfermedad que debilitaba cada vez más su cuerpo, empeoró rápidamente.

Un día, algunos vecinos llegaron para avisarnos que lo habían encontrado tendido en una calle cercana. Nunca supe si estaba enfermo o si el alcohol había vuelto a vencerlo. Entre varios vecinos lo llevaron de regreso a casa.

Permaneció postrado durante cuatro días. Su alimentación se reducía casi exclusivamente a leche de vaca, un alimento económico y considerado muy nutritivo en aquella época.

Ya pasado esos 4 días de gravedad, falleció, dejando de existir. Tenía apenas cuarenta y dos años. Según el certificado de defunción, la causa fue asma. Era demasiado joven para partir, pero él y la vida lo decidieron así.

Su velorio duró dos noches, como era costumbre en aquellos tiempos. Vecinos, familiares y amigos llenaron nuestra humilde vivienda para despedirlo. Hasta el día de hoy no sé de dónde salió tanta comida para atender a quienes nos acompañaron durante aquellas largas jornadas.

Entre los asistentes había un hombre que nunca faltaba en los velorios del barrio: el infaltable contador de chistes.

Mientras los adultos reían recordando historias y anécdotas, yo observaba todo desde mi inocencia de niño.

Puede parecer extraño decirlo, pero aquellos fueron, quizá, algunos de los momentos más alegres que recuerdo de esa época. No porque hubiera muerto mi padre, sino porque, por unas horas, la tristeza pareció transformarse en compañía, risas y solidaridad entre vecinos, una costumbre profundamente arraigada en los barrios populares de aquellos años.

Sin saberlo, aquella despedida marcaría el fin de una etapa de mi vida y el comienzo de otra mucho más difícil.

Mi madre la viuda, era todavía una mujer joven y de un momento a otro quedó sola para enfrentar la vida. Aunque tuvo siete hijos, solo tres de nosotros aún éramos menores de edad: dos niñas y yo. Los demás ya habían formado sus propios hogares o vivían en otros lugares. Mi hermano mayor permanecía cerca, pero también debía hacerse cargo de su propia familia.

La pobreza, que antes ya golpeaba nuestra puerta, ahora parecía haberse instalado para siempre.

Recuerdo que un día, cuando apenas tenía once años y comenzaba a dejar atrás la infancia, reuní el valor para hablar con mi madre.

Mamá, ¿por qué no buscas un hombre que no sea alcohólico? —le dije con toda la inocencia de un niño. Alguien que te acompañe y te ayude a trabajar, para que no sufras más.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendo que aquellas palabras nacieron del amor que sentía por ella. Yo solo quería verla descansar un poco, verla sonreír otra vez. Nunca imaginé que esa sugerencia cambiaría nuestras vidas para siempre.

Mi madre vivía agobiada por la responsabilidad de alimentar a sus hijos.

Habitábamos una vivienda de material ligero, formada por una sola habitación, sin divisiones, donde todos compartíamos el mismo espacio para dormir, comer y vivir. No tenía estudios, apenas recursos y debía trabajar sin descanso para sostenernos.

Quizás, en medio de la desesperación, creyó que encontrar un compañero sería la única forma de salir adelante. Y así fue.

Algún tiempo después apareció un hombre mayor que ella. Siempre vestía como huaso, con esa ropa típica de quienes trabajaban en el campo. A simple vista parecía un hombre trabajador, acostumbrado a las labores agrícolas junto a su anciano padre.

Mi madre comenzó una relación con él, seguramente soñando con un futuro diferente, uno donde no estuviera sola y donde sus hijos pudieran crecer con un poco más de tranquilidad. Pero los sueños, muchas veces, esconden realidades que solo el tiempo descubre.

Al principio, mientras permanecía sobrio, aquel hombre se comportaba de manera aceptable con nosotros. No era cariñoso, pero tampoco agresivo.

Parecía dispuesto a ocupar un lugar dentro de la familia. Sin embargo, todo cambiaba cuando bebía. El alcohol parecía transformarlo por completo.

Su voz se volvía ronca y amenazante. Gritaba, mascullaba palabras incomprensibles entre los dientes y recorría la casa con una actitud que llenaba de miedo a cualquiera. Bastaba escucharlo entrar para que el silencio invadiera la vivienda y nosotros buscáramos refugiarnos en algún rincón.

Cuando dejaba de beber durante algunos días, regresaba una calma momentánea. Eran pequeños respiros que nos hacían creer que quizás las cosas mejorarían.

Pero esa tranquilidad nunca duraba demasiado. A diferencia de mi padre, cuyo alcoholismo terminó consumiendo lentamente su vida, este hombre se volvía ofensivo, desafiante y agresivo con quienes lo rodeábamos. Su comportamiento era descuidado, irrespetuoso y muchas veces humillante.

En aquella casa seguíamos sin conocer el significado de la palabra amor. Solo abundaban las groserías, los gritos y el miedo.

Con el paso del tiempo, mi madre comenzó a trabajar desde la casa. Vendía vino clandestinamente y preparaba almuerzos para obreros de la construcción, muchos de ellos compañeros de quien ahora era su pareja.

Ella trabajaba desde muy temprano hasta que caía la tarde. Mientras tanto, él disfrutaba de una libertad que parecía no valorar. Salía con sus amigos, compartía largas jornadas de bebida y regresaba cuando quería, sin preocuparse por los niños que había encontrado en aquella casa.

Para él, nosotros éramos simplemente los huachos. No hijos. No niños. Solo una carga que debía soportar.

Yo empezaba a mirar la vida con otros ojos. Mis hermanas aún conservaban la capacidad de jugar, de reír y de vivir como niñas. En cambio, yo sentía que mi infancia se iba apagando antes de tiempo.

Ya no me preocupaban los juguetes ni los juegos del barrio. Lo único que ocupaba mis pensamientos era observar el comportamiento de mi madre y de aquel hombre.

Algo dentro de mí me decía que aquello no terminaría bien. Poco a poco comenzaron los primeros enfrentamientos entre mi madre y yo.

Le manifestaba mi desconfianza hacia su compañero. Le decía que no me gustaba cómo la trataba, cómo nos hablaba y cómo cambiaba cuando el alcohol se apoderaba de él.

Pero mis palabras parecían perderse en el cansancio de una mujer que luchaba todos los días por alimentar a sus hijos.

Yo insistía. Cada vez que él llegaba ebrio reclamaba por sus gritos, por las ofensas y por el miedo que sembraba en la casa. No soportaba verlo convertido en otra persona.

Con el paso de los meses comprendí que ya no solo temía por mí. Temía, sobre todo, por mi madre y por mis hermanas.

Sin saberlo, el niño que alguna vez quiso encontrarle un buen compañero a su madre comenzaba a enfrentarse al mayor error de su vida. Y lo peor aún estaba por comenzar.

Con el paso del tiempo, la convivencia se volvió cada vez más difícil. Lo que al principio parecían diferencias entre un hombre adulto y un niño comenzó a transformarse en un conflicto permanente.

Yo ya no era el mismo niño que aceptaba todo en silencio. Observaba con atención cada gesto, cada palabra y cada actitud de aquel hombre que había llegado a nuestra casa prometiendo un futuro mejor. Poco a poco comprendía que su presencia no traía paz, sino inquietud. Sentía que el respeto entre él y mi madre se iba perdiendo, y que nosotros, los hijos, éramos quienes cargábamos con las consecuencias.

Cada vez que regresaba ebrio, mi preocupación aumentaba. No era solo por los gritos o las groserías. Era porque nunca sabíamos qué podía ocurrir después.

Las reuniones con sus amigos eran frecuentes. En ocasiones llegaban montados en sus caballos, como verdaderos hombres de campo. Amarraban los animales frente a la casa y entraban riendo, cargando botellas de vino que parecían anunciar una larga noche.

Al principio solo bebían y conversaban. Pero cuando el alcohol comenzaba a dominar sus sentidos, todo cambiaba. Recuerdo con absoluta claridad una escena que aún permanece grabada en mi memoria. Aquel hombre salía tambaleándose de la vivienda y se escondía detrás de un frondoso árbol que crecía frente a nuestra casa. Desde allí sacaba un revólver y comenzaba a disparar hacia otra vivienda donde, según se decía, vivía un hermano con quien mantenía viejas rencillas familiares.



El estruendo de los disparos rompía el silencio del barrio. Cada detonación hacía temblar mi cuerpo. No importaba la hora, ni que hubiera niños durmiendo dentro de la casa. Mucho menos parecía preocuparle el miedo que provocaba en los vecinos. Disparaba una y otra vez. Como si el arma fuera la única forma que conocía para expresar su rabia.

Nuestra vivienda era de material ligero, formada por una sola habitación donde todos compartíamos el mismo techo. No existían muros que protegieran nuestra intimidad ni que detuvieran una bala perdida.

Mientras él apretaba el gatillo, nosotros permanecíamos inmóviles, abrazados unos a otros, esperando que aquella pesadilla terminara. Yo miraba a mis hermanas. Sus rostros reflejaban el mismo terror que sentía dentro de mí. Y en esos momentos comprendía que aquella no era la vida que deseaba para ellas.

Tampoco para mi madre. Ni para mí.

Con el paso de los meses, las diferencias entre aquel hombre y yo dejaron de ser simples discusiones. Se transformaron en una guerra silenciosa. Él notaba que yo lo observaba con desconfianza. Yo, en cambio, percibía cada vez con mayor claridad el desprecio con que me miraba.

Las amenazas comenzaron a hacerse frecuentes. Bastaba una palabra o una mirada para que el ambiente se volviera insoportable. No sé si mi madre alcanzaba a comprender la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Tal vez el cansancio, el trabajo o el temor le impedían ver hasta dónde estaba creciendo el conflicto entre nosotros.

Yo tenía apenas doce años. Sin embargo, sentía la responsabilidad de proteger a mi madre y a mis hermanas. Muchas noches me preguntaba cuánto tiempo más podríamos vivir así. Había momentos en que el asco y la impotencia me quitaban el sueño. No soportaba ver sufrir a mi familia. Fue entonces cuando, por primera vez, comenzó a rondar por mi cabeza una idea que jamás debería haber nacido en la mente de un niño.

Necesitaba defenderme. En aquellos años era común que un afilador recorriera las calles del barrio montado en una bicicleta adaptada con ruedas, poleas y una piedra de afilar. Su silbido anunciaba su llegada mucho antes de que apareciera por la esquina.

Un día me acerqué a él. Inventé una historia. Le dije que necesitaba una pequeña hacha porque quería trabajar cortando ramas y haciendo algunos encargos. El hombre creyó mi versión. Días después regresó con una pequeña hacha de mano. La recibí con las manos temblorosas. No era una herramienta de trabajo, era el objeto al que un niño aterrorizado había depositado todas sus esperanzas de sentirse seguro.

Durante el día la escondía en distintos lugares para que nadie la encontrara. Al llegar la noche la colocaba bajo mi almohada o debajo del colchón. Pensaba que, si alguna vez aquel hombre intentaba hacerme daño o atacaba a mi madre o a mis hermanas, podría alcanzarla rápidamente. Hoy, al recordar esos momentos, me duele pensar que un niño de doce años creyera que debía dormir abrazado al miedo y protegido por un hacha. Ningún niño debería vivir algo así.

Pero la peor noche aún estaba por llegar. Una de esas madrugadas, completamente dominado por el alcohol, el hombre comenzó nuevamente a lanzar

gritos y groserías que hicieron estremecer la casa.

De pronto sacó su revólver. Sin medir las consecuencias, empezó a disparar hacia el techo. Las balas atravesaban las planchas de fonolita como si fueran de papel. Cada disparo abría un nuevo agujero por donde entraba la luz de la luna.

Nosotros llorábamos abrazados, incapaces de hacer otra cosa. El ruido de las detonaciones se mezclaba con nuestros sollozos. Parecía que el techo entero iba a desplomarse sobre nuestras cabezas.

Aquella escena se repetiría muchas veces durante los años en que ese hombre permaneció junto a mi madre. Y cada una de ellas dejaba una nueva herida en el corazón de aquel niño que, demasiado pronto, había dejado de conocer la tranquilidad.

Al amanecer, ya no pude contener más la rabia. Con el llanto aún en el rostro, tomé una barreta de fierro terminada en una aguda punta y enfrenté al hombre.

La levanté con todas mis fuerzas. Mi intención era clavársela en el estómago. No era el odio lo que guiaba mis manos. Era el miedo acumulado durante demasiado tiempo.

Era la desesperación de un niño que ya no encontraba otra forma de proteger a quienes amaba. En el último instante, mi madre se interpuso entre los dos. Sujetó la barreta con ambas manos y detuvo el golpe antes de que ocurriera una tragedia. Aquel instante quedó grabado para siempre en mi memoria. No solo porque estuve a punto de quitar una vida. Sino porque comprendí que la violencia había logrado convertir a un niño en alguien dispuesto a hacer algo que jamás había imaginado. Y esa fue, quizá, la mayor derrota de todos.

Aquella mañana en que mi madre logró detener el golpe con sus propias manos, comprendí que nada volvería a ser igual. La violencia ya se había instalado en conocido.

Los días siguieron pasando, pero el miedo permanecía con nosotros. Nuestra casa, que debía ser un refugio, se había convertido en un lugar donde reinaban los gritos, las amenazas y la incertidumbre. Para mí era una casa sin paz, una casa donde los niños aprendían demasiado pronto el significado del sufrimiento.

Cansado de aquella vida, tomé una decisión que ningún niño debería verse obligado a tomar. Con mis propias manos construí una pequeña pieza de material ligero al fondo del sitio donde se levantaba la vivienda principal.

No era más que un espacio sencillo, pero para mí representaba algo mucho más grande: la posibilidad de dormir lejos de los malos ejemplos, de los insultos y de las noches marcadas por el sonido de los disparos.

Era mi pequeño refugio. En aquellos años, que un niño de once o doce años trabajara no llamaba la atención de nadie. Era una realidad común en muchos barrios humildes.

Había trabajo en las chacras cercanas, donde se cosechaban tomates y otras hortalizas. También era posible encontrar empleo en la construcción, barriendo, ordenando materiales o realizando tareas menores que hoy resultarían impensables para un niño.

Yo aceptaba cualquier trabajo. No solo porque hacía falta el dinero. También porque permanecer fuera de casa

significaba alejarme, aunque fuera por unas horas, del ambiente que tanto daño nos hacía. Sin embargo, había días en que no tenía otra opción que volver. Y cada regreso era como abrir nuevamente una herida que nunca alcanzaba a cicatrizar.

Había momentos especialmente difíciles para un niño de mi edad. Compartir una vivienda de una sola habitación significaba escuchar conversaciones, discusiones y situaciones propias de los adultos que jamás debieron formar parte de mi infancia. Había noches en que incluso debía soportar, sin comprender del todo, la intimidad entre mi madre y aquel hombre.

Cada una de esas experiencias iba robándome, poco a poco, la inocencia. No tenía con quién conversar. No había un adulto que escuchara mis miedos.

Guardaba todo en silencio.

Con el paso del tiempo ocurrió algo que jamás imaginé. Mi madre decidió marcharse. El amor que sentía por aquel hombre fue más fuerte que el vínculo con sus tres hijos menores. Nos dejó al cuidado de mi hermano mayor, quien vivía cerca de nosotros.

Fue otro golpe difícil de aceptar. Mi hermano apenas podía sostener a su propia esposa e hijos, pero, aun así, nos abrió las puertas de su hogar. No tenía riquezas para ofrecernos.

Lo que tenía era mucho más valioso. Nos entregó sacrificio. Nos entregó protección. Y, sobre todo, nos entregó el cariño que durante tantos años habíamos echado de menos. Gracias a él comenzó una nueva etapa en nuestras vidas.

No fue fácil. Las necesidades económicas seguían presentes y el camino continuó siendo duro, pero al menos ya no convivíamos con el miedo constante que había marcado nuestra infancia.

Con los años comprendí que nuestra historia no era la única. He escuchado a muchas personas mayores relatar experiencias parecidas o incluso más dolorosas que la mía. Historias de niños que crecieron entre el hacinamiento, la pobreza, el hambre, la falta de agua potable, la oscuridad de las noches sin electricidad y la ausencia de una mano que los guiara o consolara.

Era la realidad de muchas familias chilenas de aquella época. Historias que pocas veces quedaron escritas, pero que sobrevivieron gracias a la memoria de quienes las vivieron y se atrevieron a contarlas.

Al mirar hacia atrás, comprendo que mi mayor batalla nunca fue contra aquel hombre al que, en silencio, llegué a llamar el pistolero.

La verdadera lucha fue otra. Fue vencer el miedo sin convertirme en él. Fue crecer sin repetir los ejemplos de violencia que marcaron mi infancia. Fue demostrarme que el dolor no tiene por qué heredarse de una generación a otra.

Hoy, después de tantos años, puedo decir que esa batalla la gané. Formé una familia junto a una mujer que ha sido mi compañera de vida. Con esfuerzo, trabajo y una fe profunda en Dios, levantamos un hogar muy distinto al que yo conocí cuando era niño.

Juntos vimos crecer a nuestros hijos y hoy disfrutamos con orgullo de nuestros nietos, convertidos en profesionales y en personas de bien. Ese ha sido el mayor triunfo de mi vida, no el dinero, no los bienes materiales. Sino haber roto el círculo de violencia que parecía perseguirnos desde la infancia.

Muchas personas podrían pensar que estas páginas fueron escritas para culpar a quienes me hicieron sufrir. No es así. Desde lo más profundo de mi corazón puedo decir que no guardo odio. Aquellos fueron otros tiempos, vividos por personas que también cargaban sus propias heridas y limitaciones. El pasado no puede cambiarse.

Pero el presente sí puede enseñarnos a construir un futuro diferente. Si hoy decidí contar esta historia, no fue para despertar rencor, sino para dejar un testimonio. Porque la memoria también educa.

Porque recordar ayuda a comprender cuánto daño produce la violencia dentro de un hogar. Y porque, aun en medio de la pobreza, del abandono y del miedo, siempre existe la posibilidad de elegir un camino distinto.

Ese niño que una noche durmió abrazado a una pequeña hacha, creyendo que era la única forma de proteger a su familia, jamás imaginó que un día encontraría la verdadera fortaleza en el amor, el trabajo, el perdón y la esperanza.

Esa es la herencia que deseo dejar. No la del miedo. Sino la de la vida que fue capaz de florecer después de haber atravesado la oscuridad.

REGIÓN DE ÑUBLE



GANADOR NACIONAL Y REGIONAL

ARODYS IVÁN LEPE ZAPATA

77 AÑOS

PINTO

"CORRIENDO POR LA VIDA"

Sentado en mi silla de ruedas, sobre una terraza de tablones rústicos, mantenía la mirada fija en el bosque que me rodeaba. Mi vista no alcanzaba más allá de algunos metros. Un bosque nativo relativamente denso me envolvía por todos lados. Sólo veía el color verde, en todas las tonalidades que la naturaleza puede ofrecer. Pero, aunque ese sistema maravilloso se encontrara a pocos metros de mí, yo no podía llegar allí.

Me encontraba totalmente inmovilizado. Mis piernas, mis brazos, incluyendo mis manos y mis dedos, se encontraban enteramente paralizados. También mis músculos faciales, lo que me impedía hablar con claridad.

Pero también mi silla se encontraba virtualmente paralizada. En esa terraza de tablones rústicos, separados entre sí por más de una pulgada, formando una plataforma que se alzaba a unos 50 o 60 cm por sobre el suelo natural, no existía posibilidad alguna que una persona en estado normal pudiera desplazarse en un artefacto de ese tipo. Menos podría hacerlo alguien que no podía mover sus brazos ni sus manos para movilizar la silla.

Un accidente cerebrovascular sufrido hacía un par de meses me había dejado en esas condiciones. Y aún no se sabía en qué podía terminar.

De acuerdo a lo informado por el neurólogo, el área afectada en mi cerebro iba a continuar evolucionando por un mínimo de 90 días, antes de lo cual era imposible determinar qué tipo de secuelas podrían quedar. Una vez que terminara ese proceso de restauración podría hacerse un diagnóstico de los distintos tipos de secuelas con los que tendría que convivir de ahí en adelante. Mientras tanto sólo quedaba esperar. Pero ya habían pasado más de dos meses y mi situación actual auguraba un futuro más bien oscuro.

A pesar de la interminable lista de problemas que implicaba perder la movilidad, mis preocupaciones más profundas apuntaban a la pérdida de autonomía en mi vida futura, a la imposibilidad de decidir y hacer de mi vida lo que yo quiero, sin depender de otras personas que lo tengan que hacer por mí.

Mi angustia, mi desesperación, venía de la probabilidad de perder mi vida real, mis expectativas, mis sueños, todo aquello que yo había esperado disfrutar en ésta, mi última vida.

Y así llegó diciembre, con todo el movimiento y el frenesí que las festividades y las compras de ese mes mueven a todo el mundo. Y yo simplemente observaba. Sólo hasta donde podía mirar.

No era mucho lo que podía hacer. Casi nada. Lentamente empezaba a mover los dedos de las manos. Movía un poco los pies, apenas para ver que estaban vivos, pero no lo suficiente como para ponerme de pie y mucho menos para sostenerme.

Pero aún podía pensar. Y mis sueños, delirios y desvaríos en esos momentos no me permitían abandonarme. Cualquier esperanza, aún disparatada, me permitía continuar viviendo.

Hasta que entendí que estas preocupaciones y problemas no eran una preocupación del médico ni de los profesionales que me atendían. Mi vida, vista desde mi perspectiva, era sólo mi problema. No existía experto ni profesional alguno que pudiera hacerse cargo de este tipo de problemas, de aquellos que yo tenía dentro de mi cabeza.

Si es que existía una solución tendría que encontrarla yo. Y si no existía… tendría que inventarla. Pero no tenía por qué seguir esperando plazos establecidos por otros.

Un día, revisando mi correo electrónico, entre las múltiples ofertas de todas las multi tiendas y marcas posicionadas en Chile, veo un correo de la Maratón de Santiago. Era una invitación a inscribirse en la próxima corrida, a celebrarse a mediados del mes de abril, como todos los años.

Para mí, esa invitación era un verdadero acto de crueldad.

No pude evitar que me embargara la nostalgia. Desde la versión No 1 de la Maratón, siempre estuve presente. Hasta que el COVID la suspendió, hace un par de años. Era una motivación importante para mí. Para ponerme zapatillas y salir a correr. Era la celebración anual, sólo por haberlo hecho de vez en cuando.

Otros tiempos, pensé. Cuando aún era joven. Cuando podía correr. Pero eso era hace dos años atrás solamente.

Algo me quedó dando vueltas en la mente. Y no sólo en la mente. Era una sensación de pérdida. De haber dejado atrás una actividad que me gustaba, que me hacía sentir bien. Que tenía significados en mi vida. Y que ya no podría recuperar.

Me pregunté entonces, si esto era efectivamente así. ¡Debería verificarlo! Siempre he pensado que para una carrera de largo aliento se necesitan piernas, cabeza y corazón. Por el momento, no tenía piernas. ¿Mi cabeza? Muy poco confiable en estos momentos, por decirlo suave. ¿El corazón? Las ganas, la decisión, eso sí iba a estar si se diera la ocasión… no me cabía duda alguna.

En los días que siguieron, sin darme cuenta me puse a pensar si podría correr tal vez en la Maratón siguiente, en 2024. Mi cabeza dijo ¡No! ¿A los 75 años, después de 3 años sin correr, habiendo estado en rehabilitación cuánto tiempo? ¿Ah? ¿Cuánto tiempo vas a estar? ¡Ni siquiera lo sabes! Pues no, eso no es razonable.

Pero mi porfiado yo siguió trabajando la idea. Es cierto. 3 años es mucho, pero 2 años es bastante menos. ¿Y si fuera ahora? En el 2023.

El corazón saltó para decir que sí. ¡Yo me inscribo! Yo pongo todo para llegar. ¡Podemos hacerlo! Si la cabeza trabaja conmigo a partir de hoy, lograremos que las piernas lleguen bien al día de la carrera.

La cabeza fue bastante cauta. Los milagros no existen. No tenemos tiempo. Y yo tengo algo aquí dentro que me molesta y que debo resolver. Pero, cuenten conmigo, si es que lo van a hacer. Mientras yo me recupero, que trabajen las piernas. Puedo

decirles que lo primero, primero, es ponerse de pie. Después de eso tendrán que aprender a caminar. Después de eso, si hay un después, me preguntan cómo seguimos.

Y así fue construyéndose el propósito – o despropósito - que significó que 2 semanas después, aún anclado a mi silla de ruedas, yo me inscribiera para correr en la siguiente Maratón de Santiago. Sólo en la distancia más corta, 10 Km. Pero decidí ser parte de la fiesta.

Antes de eso consulté con el kinesiólogo tratante, quien obviamente me miró como si yo fuera paciente de otra especialidad. Pero ante la pregunta específica sobre qué razones existirían para no continuar con esto, dijo finalmente que no tenía un argumento técnico para oponerse a mi decisión. Recordó, sin embargo, que iba a necesitar no sólo piernas para hacerlo. También capacidad aeróbica (que la había perdido) y recuperar el equilibrio, que era una cuestión neurológica.

Me mandó, de todos modos, con el cardiólogo, quien me citó para una evaluación general (no tenían psiquiatra). Sorpresa nuevamente y ante la pregunta clave, luego de revisar todos los antecedentes y todas mis fichas respondió que, desde el punto de vista cardiológico no tenía ningún argumento para oponerse. Que en el próximo control me haría un electrocardiograma y así tendríamos un dato más duro de mi estado cardiológico. También me recordó que mi médico tratante, el neurólogo, tenía la palabra final. Le preocupaba el equilibrio, que iba más allá de tener fuerza en las piernas, ya que involucraba el oído medio y la coordinación de muchas otras funciones que iba a exigir la carrera y que él no sabía si el cerebro ya había recuperado el control y si estaba haciendo su pega. Habría que esperar 90 días.

No podía esperar otra sesión con el neurólogo, así que el corazón y las piernas se pusieron a trabajar.

La cabeza, aún escéptica, se dedicó a establecer los requisitos y condiciones para no estropear el proyecto. Y las primeras condiciones fueron mantener la prohibición de consumir sal, grasas, colesterol y otros elementos de la lista negra. Enseguida vinieron las advertencias respecto de algún accidente cualquiera que pudiera dañar mi ya frágil estructura. Caídas, esguinces, inflamaciones, desequilibrios en la presión arterial etc. harían imposible alcanzar nuestro objetivo. Ya sea por razones médicas o por la presión de mi entorno social.

En pocos días, mi actividad diaria centrada en asumir mi condición de semi inválido y esforzarme por recuperar el movimiento en la cara, manos, piernas, brazos y otros problemas asociados a mi estado, se transformó en algo diferente. Y el objetivo apuntaba ahora a caminar. En la mañana, en la tarde y como fuera. Ya no era la enfermedad la que mandaba. Ni las restricciones y prohibiciones médicas. Ahora yo tenía un sueño. Por lo inalcanzable era mi propia utopía. Ahora tenía razones para caminar. Ya no era la deprimente terapia de resistir o mitigar los daños de una enfermedad. Ahora tenía una motivación propia, tenía un sueño que ninguna prescripción iba a malograr. Este era un desafío relevante para mí. Alcanzarlo dependía sólo de lo que yo hiciera. Así al menos lo entendí.

Y la exigencia primera era caminar. Y el espacio a recorrer fueron los senderos del bosque.

Esa primavera sembró el suelo de flores como nunca lo vimos. Y mi espacio de rehabilitación ya no fue un recinto de 35 m2, sino un bosque nativo de 70 mil m2 y alta diversidad biológica.

Y un hecho inesperado vino a intervenir en mis planes. Un buen día se plantó frente a mí un hombre que dijo conocer a mi hijo.

Se presentó diciendo "Tengo un nombre, pero nadie lo sabe. Para todos yo soy el Mono. Si usted me mira no tengo para qué dar explicaciones. Me dijeron que aquí había trabajo."

Lo miré un momento. No tuve argumento alguno para discutir su nombre.

Sí, pero ¿qué sabe hacer usted? ¿A qué se dedica?

Bueno. Yo soy un bruto. Hago lo que usted me diga. Hago cercos, caminos, excavaciones, corto leña, lo que sea.

Trabajo por día, cobro por día y no necesito contrato.

Al día siguiente, a las 8 de la mañana, cayado en mano (mi tercer pie), estaba yo abriendo el portón del predio para recibir al Mono. En mi estado, desde la tarde anterior yo no había tenido tiempo de hacer un listado de tareas, ni preparar herramientas o materiales a ocupar.

Pero al lado adentro del portón había un espacio de terreno que desde hace mucho tiempo requería atención. Palos y piedras tirados, un portón viejo esperando desaparecer en un par de décadas; matorrales de zarza, mosqueta y otras espinas diversas. Y en medio, una enorme roca que parece haber estado ahí desde siempre. Le pedí que limpiara el área. Al cabo de un rato estaba el lugar relativamente despejado. Entonces me pidió un combo.

¿Para qué necesita un combo?

Para sacar esta roca.

No tengo un combo de tamaño para eso, pero espera un minuto.

Conseguí dos chuzos de 1,8 metros de largo

Noo poh' jefe! ¡Nos vamos a quedar sin chuzos! Se van a romper. Necesito un combo para partir la roca. La parto en varios pedazos y de ahí la muevo.

Pero no tengo combo y no creo que pueda partir esta roca.

Entonces, ¿para qué son estos chuzos?

Ahí le hablé de mi amigo Galileo y de cómo funciona una palanca. Su cara mostró que no entendía gran cosa. Entonces metí el chuzo en un espacio que había debajo de la roca y le pedí que levantara. Su cara fue bastante expresiva. La roca era muy grande y apenas había donde apoyar el chuzo. Pero logró levantar la roca 2 o 3 centímetros. Entonces metí ahí el segundo chuzo y levanté la roca otros 5 o 6 centímetros.

Ahora usted, le pedí. Y así fuimos alternando. Cinco minutos después la roca estaba parada en forma casi vertical. Entonces entendió. A su manera.

Su rostro se iluminó, lanzó lejos el chuzo que tenía en la mano y se fue encima de la roca para empujarla hacia donde tenía que llegar. Y llegó.

Ahora, no le cuente a nadie, porque yo no puedo hacer estas cosas…le advertí…

Así fue nuestra presentación. Ese día yo aprendí a valorar su energía y a respetar su gutural forma de resolver las cosas. Y él aprendió a valorar mi cabeza y mi compromiso con el trabajo manual…

Y así, un día cualquiera pasé a tener brazos y espaldas que, aunque prestados, me permitieron intervenir en la limpieza y conservación del predio. Y me transformé en guardabosque.

Y siguiendo al Mono 8 horas diarias para explicarle lo que había que hacer, y a veces cómo hacerlo mejor, mis metros caminados por día aumentaron exponencialmente.

Cuando el Mono llegó yo ya alcanzaba unos 200 metros diarios. ¡Una maravilla!

Dos meses después, caminaba entre 4 y 5 km al día y más de una vez sobrepasé esa cifra. Esto no lo supo el neurólogo, pero sí mi kinesiólogo tratante.

Sé que ni médicos ni farmacéuticos estarán de acuerdo conmigo, pero tengo la convicción de que las orquídeas, las alstroemerias y las añañucas aportaron mucho más a esto que el amlodipino, la atorvastatina y el losartan. Las ganas de vivir son imprescindibles, si alguien pretende resucitar. Y eso no lo venden en una farmacia.

Y llegó el momento de empezar a correr. Había que encontrar el lugar apropiado. En la precordillera, camino a Atacalco, el concepto de plano o de horizontal no existe. Al desplazarse por un lugar cualquiera uno va subiendo o va bajando. Y la capa superior del suelo estará siempre cubierta de piedras, ramas, raíces, plantas, afloramientos rocosos y una infinidad de otros restos. No había una pista medianamente aceptable donde se pudiera correr, pero había que hacerlo. El lugar escogido entonces fue el Parque Las Turbinas, donde existe un sector relativamente despejado, sin árboles, con pocas rocas grandes, y con senderos relativamente amplios, cubiertos de todo lo que ya hemos mencionado, agregando además una especie de pradera sembrada de coirones, amenaza evidente para la estabilidad de los tobillos.

Esa parte despejada tenía unos 700 metros en bajada y 700 metros en subida donde se podía intentar correr. Entre el punto más bajo y el punto más alto había 37 metros de altura.

Estaba muy lejos de ser el lugar ideal para entrenar, pero se podía correr. Y eso se agradece.

Y así caminando los tramos pedregosos, trotando los tramos más limpios, empecé a reconocer el terreno, tratando de acordarme de cómo mover los miembros para desplazarme más rápido y sin el cayado de avellano que me había acompañado durante los últimos meses. Y así empecé a sumar metro tras metro. Cada día conocía un poco más cada metro de terreno, buscando dónde poner el pie para eludir rocas, piedras y raíces, los obstáculos más peligrosos de la pista. Y cada día caminaba un poco menos y trotaba un poco más.

No quedaba mucho tiempo para la carrera. Tenía que correr todos los días, pero cada día sumaba unos metros más al total de la jornada. Y así fui pasando de 3 km a tres y medio, a cuatro, a cinco y ya alcanzaba casi los 7 Km. Cada vez era también más difícil aumentar la longitud corrida. Calculaba que, si lograba correr 8 y medio kilómetros en esa pista, podía asegurar los 10 Km en las calles de Santiago.

Pero nada en la vida es tan fácil y predecible. Me costaba llegar a los 7 km. No podía lograrlo.

Un buen día mediando abril, después de una lluvia de otoño, aproveché para ir a correr en la tarde. El parque ya estaba

cerrado. Los visitantes, espantados por la lluvia, se habían retirado. Pero era el mejor escenario para correr, sin frío, sin calor, sin tierra en el aire, las hojas verdes y el suelo compactado por la lluvia.

Llegaba ya al kilómetro 6,5 y la luz se perdía entre los árboles. Saliendo ya del parque, miro hacia atrás y me digo. Un piquecito más. En bajada es más rápido. Si llego abajo, paso los 7 km y puedo volver tranquilamente caminando.

Y me lancé a toda la velocidad que mis piernas podían alcanzar. Era mi oportunidad de superar la meta de los 7 kilómetros.

Volaba montaña abajo, disfrutando esa sensación de moverse, respirar y estar cerca de alcanzar metas.

Me sentía volar. De pronto una de mis zapatillas toca algo duro y me veo volando de verdad. Lanzado hacia adelante en forma horizontal, logro eludir una roca que viene directamente hacia mi cara.

Aunque mis brazos alcanzan a situarse hacia adelante para amortiguar el impacto del aterrizaje, mi cara rasga un surco en el suelo como si fuera la punta de un arado.

Al mismo tiempo mis manos, muñecas, antebrazos y codos marcan un surco a cada lado de mi cuerpo, frenando la caída en un lapso de casi un metro. El impacto contra el piso me dejó inmovilizado. Como en un sueño, en cámara lenta desciende una idea que me dice ¡Tranquilo, nadie se va a reír! No hay nadie en el parque. Entonces puedo descansar un rato, pensé. Y relajé mi cuerpo, dejé la cara en el suelo y me dispuse a descansar.

De pronto pensé, ¡Si cierras los ojos te quedas acá! ¡no puedes, no es el momento! y desde alguna parte mi instinto me dijo ¡Tienes que pararte! ¡Ahora!

En ese momento, intentando pararme con el dolor de cada centímetro de mi cuerpo recién pensé, voy a necesitar ayuda. Pero recordé que ya no había nadie en el parque.

Lentamente fui palpando mis piernas, rodillas, canillas, tobillos para ver si estaba en condiciones de caminar. Todo era un desastre. Y sí, me dolía todo, pero podía caminar. Los brazos raspados, sangrando y con los codos doliendo terriblemente. Pero pude levantarme, sostenerme y empecé a caminar hacia la salida. Primero casi a la rastra, luego me fui enderezando y decidí que tenía que llegar. Al salir al camino para volver a mi casa veo un grupo de entre 12 a 15 excursionistas, con sus mochilas al hombro que caminan en grupo por el medio de la ruta. Pienso, no pueden verme arrastrándome por el camino. Me enderezo, hombros hacia atrás e intento cruzar trotando frente a ellos. Al pasar observo con sorpresa entre 12 y 15 pares de ojos que se abren redondos al mirarme. ¡Qué raro! Y me pregunto. ¿Nunca habrán visto un viejo trotando? ¿Tan mal me veo? Saludo con la mano al pasar y sigo mi camino.

Al llegar a casa, en medio del bosque, mi mujer grita.

¡Qué te pasó! ¡qué te pasó!

Nada, digo yo, sólo me caí.

Pero ¡cómo… estás destrozado!

Me toma y me lleva hacia el baño. Mientras despeja un poco el espacio y abre la ducha, veo en el espejo algo así como un hombre de barro. Su cara era una gruesa máscara de lodo con franjas verticales sanguinolentas que colgaban en algunos puntos como estalactitas. Dos orificios negros marcaban el lugar donde deberían estar los ojos. ¡Horroroso, espeluznante! El resto del cuerpo seguía el mismo patrón. Después de un rato bajo la ducha, fui apareciendo yo: manos, muñecas, codos, rodillas, y todo hueso que sobresaliera de mi cuerpo había sido lacerado. Sangre y barro por todos lados. Entendí en ese momento las miradas de los excursionistas. Nadie vio pasar un viejo corriendo. Sólo vieron un esperpento de barro, en tonalidades rojizas, tratando de hacer como que corría.

Una semana de reposo fue la sentencia. Sujeta a una posterior evaluación. Intentamos infructuosamente obtener una cita con el neurólogo y/o con el neuro oftalmólogo. No fue posible.

Apelé de la sentencia, pero la verdad es que en las primeras 48 horas no podía moverme. Ya no quedaba mucho tiempo. Tres semanas después debería estar en Santiago. El riesgo de correr en la montaña era demasiado. No podía perder lo avanzado hasta el momento. Me trasladé por lo tanto a Dichato, un sector costero donde las calles y el suelo disponible sabían lo que significaba la palabra horizontal.

No había bosques, solo algunos pinos sueltos. Pero había flores y no había afloramientos rocosos por doquier.

Allí pude cambiar de zapatillas y pude aprender de nuevo a correr con la cabeza en alto y sin mirar el suelo. Volví de nuevo a medir los tiempos, las distancias y a pensar que podría correr de verdad, sin saltar de un lado a otro.

No logré obtener la opinión del neurólogo, quien tenía la palabra final. No supe de la coordinación de funciones cerebrales, ni qué pasó con mis ojos ni el oído medio. El equilibrio se corrigió a porrazos.

Pero yo ya tenía una cita y una fecha fijada en Santiago, a la que no podía faltar. Yo cumplo mis compromisos.

Nunca tuve la oportunidad de informar al neurólogo y al neuro oftalmólogo que yo me di de alta, sin permiso, cuando recibí la medalla, después de cruzar la meta de la Maratón.

Espero que ellos entiendan que a esta edad hay cosas que uno no puede lograr.



PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ALICIA DEL CARMEN SALAZAR VÁSQUEZ

64 AÑOS

CHILLÁN

"PROMESA CUMPLIDA"

Fue en el año 1987 que lo conocí, él era un hombre de 30 años, alto, de imagen apuesta, cabello negro con ondas, vestía siempre formal, chaqueta, corbata y su maletín que lo caracterizaba. De profesión Profesor de Matemática, muy responsable y exigente en su área. Yo recién egresada, Profesora de Lenguaje, con 5 años menos que él, con todo un futuro por delante y con el ánimo y motivación que caracteriza a quienes recién empezamos a trabajar. Sin duda fue el destino quien nos unió y permitió que el lugar de trabajo fuese el nexo que vinculó nuestras vidas.

Comenzamos una relación de indiferencia siendo colegas, con un trato muy formal y cada uno dedicado a lo suyo. Hacer clases, participar en algunas reuniones, atender a los estudiantes, en fin, actividades propias del trabajo. Como no siempre coincidían los horarios, durante la semana solo nos veíamos en algunas ocasiones.

Poco a poco y con el correr de los días y las semanas comenzamos a compartir algunos espacios de descanso y, sin saber cómo, sin darnos cuenta, algo comenzó a nacer en nosotros. Siendo colegas solo había saludos protocolares y de buena crianza, luego vino el diálogo, a través del cual comprendimos que teníamos muchos temas en común, lo que llevó a que nuestras conversaciones se tornaran eternas, divertidas, entretenidas. Ya no solo nos encontrábamos en el lugar de trabajo, habíamos comenzado a frecuentar un local, donde el café y las papas fritas eran el pretexto perfecto para no dejar conversaciones inconclusas, las que cada día eran más cordiales y fraternas.

Demasiadas salidas juntos y muchas miraditas furtivas delataron esa onda romántica que nos estaba envolviendo. Ya no era la amistad lo que nos unía, era un sentimiento más fuerte, de ese que se siente en el estómago, en el aire y que te hace ver el día brillante, aunque esté nublado. La alegría y la sonrisa no se despegaban de mi rostro. Sin duda me estaba enamorando. Fue así, como en un día de octubre acepté la petición de pololeo que me hizo este apuesto señor. Por lo que la relación se puso más entretenida.

El pololeo fue una de las etapas más hermosas en mi vida, la disfruté durante 4 años, fue una relación sin grandes compromisos, sin responsabilidades, solo teníamos que ponernos de acuerdo sobre lo que haríamos al día siguiente o el fin de semana, y eso hicimos, nos dedicamos a conocernos mejor a través de viajes, paseos, comidas, aventuras, etc. Pienso que el pololeo debería ser eterno.

Pero en mi caso eso no sucedió y llegó el momento en que debía formalizar la relación, así es que de ser pololos pasamos a ser novios. Debo confesar que este fue el periodo más estresante que viví, me llené de nervios, de miedo, de preocupaciones, ya empezaba a tener responsabilidades, no sabía que iba a pasar con mi vida de ahí en adelante, como iba a ser compartirla con otra persona.

El apoyo familiar y la propia convicción de estar haciendo lo correcto fue decisivo para no acobardarme y continuar con los deseos de formar una familia, asumiendo los grandes cambios a los que me iba a enfrentar. Pero cuando se está enamorada no hay sensatez, todo lo decide el amor y en ese momento no se piensa en la adversidad, todo es maravilloso.

Así como maravilloso fue el 21 de noviembre de 1991, cuando a las 9:00 de la mañana de un día nublado, fresco y extrañamente con lluvia para ser noviembre, firmamos nuestro contrato matrimonial en el Registro Civil de Chillán, un contrato indisoluble y para toda la vida, donde declaraba que no solo iba a vivir junto a mi esposo, sino que también iba a procrear y nos íbamos a auxiliar mutuamente. No sé si en ese momento tenía claro lo que firmé, solo sé que estaba tremendamente feliz y muy enamorada.

Respecto a la lluvia que cayó ese día las personas creyentes en los augurios la interpretó como “bendiciones” y yo me sentí dichosa de esa predicción.

Mi vida con el que ya, ante las leyes civiles era mi esposo, no se concretó sino hasta después del matrimonio religioso, por suerte fue al día siguiente en la Iglesia San Francisco, a las 20:00 horas del día 22 de noviembre del año 1991. Fue un día maravilloso, cómo olvidarlo, yo era la princesa que iría al altar a encontrarse con su príncipe amado. La iglesia estaba repleta, era fecha de celebración de mes de María. Cuando comenzó la marcha nupcial, el eco de la iglesia hizo vibrar cada parte de mi cuerpo, me sentía tan feliz que por un instante creí que volaba, por suerte mi padre me llevaba del brazo, sino me elevo. Llegamos al altar y ahí estaba él esperándome, se veía tan hermoso, su sonrisa le iluminaba todo el rostro; mi padre me da un abrazo y luego le da la mano y se retira. Yo me sentí extraña, emociones encontradas inundaron mi corazón y humedecieron mis ojos, dejaba a un hombre que me dio la vida y me quedaba con otro que sería mi compañero de vida.

Y bueno, ahí frente al sacerdote, ante Dios y ante todos los invitados mi gran compromiso, “Yo Alicia, te recibo a ti, Eduardo, como mi esposo y prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida. En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte hasta que la muerte nos separe”.

Luego vinieron las bendiciones, los anillos y el beso, ese beso público que selló el compromiso de nuestro amor. Y tal como ocurrió en el matrimonio civil, ese día también la lluvia se dejó sentir en la Iglesia, y como era de esperar todos dijeron nuevamente, son bendiciones del cielo.

Celebramos nuestra boda con gran entusiasmo y mucha alegría y después de descansar, preparé las maletas para iniciar el viaje de bodas. Fue un viaje hermoso e inolvidable donde empecé a disfrutar de esta gran aventura llamada matrimonio.

Digo aventura, pues el futuro era desconocido, cómo saber a lo que me iba a enfrentar. La verdad me costó acostumbrarme a los cambios, a asumir otras responsabilidades, ya estaba viviendo la realidad, enfrentando dificultades y aprendiendo a resolverlas en conjunto, debo confesar que no fue tan complicado, mientras sólo fuimos tú y yo.

Ese periodo duró dos años, la familia creció el año 1993, cuando un día de octubre, llegó el primogénito, un hermoso bebé, esperado con mucho cariño y que nació rodeado de atenciones, aunque su llegada al mundo fue un tanto complicada, circular al cuello, Apgar 3, asfixia al nacer, uff, ¡qué fuerte! Recién pasadas 24 horas pude conocerlo. Qué alegría al saber que había nacido y qué tristeza al enterarme que había sido un parto complicado con muchos imprevistos no esperados, pero que ayudan a fortalecer el espíritu, pues son, justamente, estos infortunios los que ayudan a apreciar la vida. Felizmente después de unos días todo estuvo muy bien.

El niño comenzó a crecer, a desarrollarse a relacionarse con otras personas, entró al colegio, disfrutó sus primeros años de vida rodeado de mucho cariño y atenciones. Junto a mi esposo, lo disfrutamos, reímos con sus travesuras, sufrimos cuando se enfermaba, pero ahí estuvimos siempre para él. Fue hijo único hasta los 7 años, cuando sorpresivamente, llegaba un nuevo bebé a la casa, ahora fuimos bendecidos con una niñita, ella llegó a llenar nuestras vidas en marzo del año 2001.

Dos hijos, dos hermanitos que aprendieron a disfrutar de la vida familiar a pesar de los años de diferencia que tenían. ¡Qué feliz me sentía!

Vivimos días de grandes aventuras, nos gustaba salir, pasear, viajar, acampar, nadar. La naturaleza, el mar y la montaña, todo nos apasionaba.

Se puede decir que fuimos disfrutando de la vida y sorteando dificultades en la medida que se iban presentando. Enfermedades inesperadas, pérdidas familiares, en fin, todo lo que la vida trae consigo, así como llegaba lo íbamos viviendo y enfrentando. Grandes emociones frente a los logros y mucha tristeza ante la adversidad, pero siempre salíamos adelante, unidos y apoyándonos mutuamente.

El año 2004, un cáncer inesperado me afectó. Fue una época muy compleja, muy triste y de mucho debilitamiento. Mis hijos aún estaban pequeños y nada aseguraba que las cosas iban a andar bien. Debo agradecer a mi esposo que estuvo conmigo, me acompañó, me cuidó y aunque él sufría en silencio pues tenía menos fe que yo no me dejó sola y juntos superamos esta dificultad. Fueron 9 meses de incertidumbre, hasta que por fin el médico dijo, ya está todo bien. Ese fue otro de los días más felices, porque después de todo lo ocurrido me di cuenta de lo frágil que es la vida y aprendí a valorarla aún más.

Los años pasaban, el trabajo nos consumía, los niños crecían y la vida seguía su curso normal, con altos y bajos, con buenas y malas, hasta que un día, el menos pensado de todos, recibí la peor de las noticias, aquella que nadie quiere escuchar.

Un mal diagnóstico para él, “demencia fronto-temporal” ya declarada a los 57 años.

Cómo no haberlo sospechado, cómo no haberlo presagiado, aquellos olvidos,

que para mí eran tan normales nunca me advirtieron que no eran solo olvidos, era la enfermedad que se estaba instalando. Una tristeza invadió mi ser, leí todos los artículos que encontré, siempre con la esperanza de tener una respuesta alentadora a lo que yo ya sabía desde el inicio la respuesta: era irreversible.

Aún no logro entender cómo pude enfrentarlo, cómo logré mantenerme de pie, no bajar la guardia y pararme a su lado, con todo lo que estaba enfrentando y con un futuro que tenía el peor de los finales. Fue ahí cuando recordé ese compromiso que realicé en mi boda, que lo hice tan irresponsablemente y que ahora me estaba probando si iba a ser capaz de cumplirlo. Qué gran desafío me puso la vida por delante. Tuve que ser fuerte, sufrí en silencio, lloraba de noche, pero me armé de valor y de paciencia. Debía ser fuerte, para él, para mis hijos y para mí. Vaya que cuesta ser fuerte, que cuesta no decaer cuando se tiene claridad que el final ya está escrito. No podía fallarle, debía ahora más que nunca cumplir mi promesa, “en la salud y en la enfermedad”, así como él estuvo conmigo cuando lo necesité.

Así como fue pasando el tiempo la enfermedad se fue intensificando en síntomas y deterioro general, esto comenzó a calar profundo en mi corazón, se asentó la tristeza en todo mi ser, me resultaba muy difícil ver y aceptar que mi marido, esa persona fuerte, inteligente, cariñoso que me conquistó con sus conversaciones, ahora ya no estaba, no me recordaba ni a mí ni a mis hijos.

Fue un camino difícil de recorrer, fueron 10 años desde que se entregó el diagnóstico hasta el día que él partió a los 67 años. El inicio de la enfermedad fue difícil, no estamos preparados ni siquiera para aceptar ese diagnóstico. Se me vino el mundo encima, cómo lo iba a hacer para asumir todo lo que antes compartíamos, pasé por todas las etapas de un duelo anticipado: rabia, negación, silencio, aislamiento, hasta que llegué a la aceptación y me entregué, con mucho sacrificio, con demasiada tristeza, solo sabía que el día tenía 24 horas, que no importaba si había luz u oscuridad, pero que siempre debía estar atenta a enfrentar lo que ocurriera en el momento que debía ocurrir.

A finales de febrero del año 2024 comenzó el declive; el deterioro físico se hizo más evidente, fallas en el organismo de diferente naturaleza me llevaron a ser asidua visitante del hospital, exámenes, esperas interminables y lo más triste, siempre era para saber que iba empeorando, nunca hubo un atisbo siquiera de mejoría, siempre fueron malas noticias. A veces una neumonía, otras que necesitaba una sonda, fiebre, infección, retención de orina y finalmente una bacteria y luego otra, que no pudieron ser controladas. Todo eso y más lo complicó demasiado, a tal punto que el día 6 de septiembre de ese año se produjo el desenlace, a las 3 y algo de la mañana, se fue en paz, tranquilo, yo a un lado y mis hijos al otro, una gran tristeza me invadió en ese momento, sentí un vacío inmenso, el silencio y el frío sepulcral invadieron toda la habitación. Creo, ahora, después que han pasado tantos años, que aquella lluvia caída cuando nos casamos, no eran bendiciones, eran las lágrimas que caerían por la desolación, el dolor, y el sufrimiento que tuve que soportar al ver partir al padre de mis hijos, a mi esposo y compañero durante 32 años de matrimonio.

Era un final que se veía venir, era esperable que ocurriera. Fueron momentos tristísimos los vividos, yo no quería que ese momento llegara, pero tampoco quería que siguiera sufriendo, ¿quién me entiende? Pero él necesitaba descansar y yo también, cuánto duele ver sufrir a quien tanto se ama y cómo decirle a Díos que él debe descansar sin sentirme culpable.

El día 8 de septiembre a las 14:00 horas, acabó todo, cuando participamos de un responso fúnebre en la Iglesia San Francisco, ¿por qué allí?, porque en ese lugar hicimos nuestra promesa ante Dios que estaríamos juntos hasta que la muerte nos separe y ¡vaya que la cumplimos!, en el mismo lugar donde nos casamos, nos separamos para siempre, fue la muerte quien nos separó. Ahora sus restos descansan en el Cementerio Municipal de Chillán. Y a mí y a mis hijos nos quedan los recuerdos, el camino andado y recorrido juntos, los momentos de buena salud y los momentos de enfermedad, pero lo más importante es que siempre, siempre estuvimos juntos. El día que él partió, fijó sus ojos en mí y no los apartó hasta que su corazón dejó de latir. Mis hijos de un lado y yo del otro, tomados de sus manos, nos despedimos para siempre, con nuestros corazones destrozados, pero tranquilos y en paz.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

GUSTAVO BECKER NEIRA

78 AÑOS

COBQUECURA

"DON JUAN Y LA SRA. MARÍA"

Al ingresar a la casa por primera vez, me pareció la típica casa de pensión en que se van arrendando piezas a estudiantes universitarios y que van repartidas por un pasillo central a partir de un living comedor de muebles gastados por el tiempo y por el uso frecuente de los arrendatarios, la casa era relativamente pequeña sencilla con sus buenos años encima, muy limpia, con las típicas grandes fotos enmarcadas de personajes extraídos quizá de que época por las vestimentas de los retratados, los clásicos adornos de figuras de yeso, la bailarina y un gato en la mesita del living. Yo llegué ahí por el dato de un compañero de curso y carrera que pagaba pensión, me recibió la dueña una señora bajita, de carita dulce de talla ancha y ya con sus años acuesta su nombre María, muy atenta que me hizo recordar a mi madre, me contó que había tomado la decisión de dar pensión a jóvenes de la universidad para poder incrementar sus ingresos pues con sus gastos que tenía, no le alcanzaba y su montepío que obtuvo después de la muerte de su querido esposo ya no le alcanzaba para llegar a fin de mes. Me contó su historia de vida con dos hijos uno el mayor casado y dueño de un taxi, quien la pasaba a ver todos los días "a la carrerita" como ella decía el otro hijo un contador en una gran empresa comercial pero que en nada le ayudaba pues estaba en vista de comprar su casa propia y "no da ni un centavo", me decía, por lo que se vio en la necesidad de dar pensión a sugerencia de una muy buena amiga. Rápidamente llegamos a un acuerdo en lo económico y me llevó hasta el que iba ser mi dormitorio que sería compartido con mi compañero.

Mientras caminábamos por el pasillo central de la casa me cuenta que solo les arrienda a varones "pues hoy en día las muchachas son unas sueltas y desvergonzadas" yo traté de disimular mi sonrisa después de su comentario, enseguida me cuenta que nuestra pieza estará al lado del dormitorio de su hermano un poco menor que ella que trabaja esporádicamente haciendo aseo en casas del sector como pasar virutilla y encerar pero cuando la cosa estaba mejor lo llamaban del puerto para que fuera a poner el hombro, trabajo duro para un hombre duro y envejecido por su trabajo que tuvo en su juventud, las huellas de su esfuerzo estaban en un rostro moreno con pronunciadas arrugas en su piel seca por el viento y sol de la pampa calichera en las salitreras en donde trabajó por largo tiempo, todos lo conocían por "el Chato Rana" y claro si al caminar parecía una rana, pues se contorsionaba entero como caminando medio "achorado", tipo simpático y muy servicial también está su

tío Juan que aún vive en la última pieza de esta larga casa y que comparte pieza con él. Don Juan un personaje aparte pues creo que el sí merece un capítulo aparte.

Me instalé y acomodé mis pertenencias y procedí a probar la cama que me tendría que cobijar durante mi estadía, había una mesa con dos sillas y un pequeño ropero en donde ubiqué mis ropas, algunos libros de mi especialidad que los iba comprando con gran esfuerzo y que durante mi carrera fueron mis grandes amigos, el resto tuvo que quedar en mi maleta pues ya no quedaba más espacio, en frente estaba la cama de mi compañero que aún no llegaba, ¿la razón? estaba donde su novia, por lo que imaginé iría llegar tarde. La noche y el cansancio del día me hicieron dormir profundamente.

Por la mañana muy temprano desperté eran las seis de la mañana y mi compañero de pieza dormía muy profundamente, no lo quise despertar aun cuando ese día había que estar temprano en la "U", me fui al baño y una buena ducha recuperó mis energías, no se sentía nadie, luego fui a mi dormitorio y rápidamente me vestí, preparé mi maletín con mis cuadernos para salir, cuando siento que mi compañero se ríe y me saluda con un: "P'tas que vai apurao", "si la vieja María todavía no se lava ni el poto", a lo que respondí "¡levántate! mejor será le dije pues tenemos una ayudantía importante hoy. Te espero allá", le respondí y salí, cuál sería mi sorpresa que cuando voy saliendo por el pasillo hacia la puerta de salida siento la voz de la señora María que me saluda y me dice: "Buenos días, le tengo listo su desayuno así es que pase a sentarse", ella lucía impecable peinada con su delantal floreado y yo no salía de mi sorpresa cuando veo sobre la mesa una taza de café con leche y un sándwich de jamón y queso además de un vaso con jugo de naranjas, luego me dice "es que yo me levanto temprano porque así me rinde el día pues con los años una más se demora en hacer sus cosas, si hasta la calle la tengo barrida". Sorprendido me senté y tomé ese rico desayuno que no tomaba desde cuando estaba en mi casa y de esto ya iban varios años. Al salir le agradecí y me dijo "el almuerzo estará entre la una hasta las tres, lo espero", no quedaba duda parece que estaba en una buena pensión.

La mañana pasó rápidamente, cuando en un pequeño recreo de las 10 horas, veo llegar a mi compañero de pieza que me dice: "Me quedé dormido es que anoche estuve con la Sylvia hasta tarde porque tuve que ayudarla en un trabajo que tenía que presentar hoy, así es que préstame tus apuntes de las primeras dos horas", "vamos al casino" le dije "por mientras me tomó un café tu copia la materia". Instalados ya en una mesa del casino cuando veo que entra Carmen acompañada de una compañera, me puse nervioso y entre la muchedumbre se me perdía y yo no quería quitarle mis ojos de encima pues desde que la vi por primera vez me enamoré de ella, al fin la pude ver y como eran nuestras compañeras las invitamos a la mesa, me sentía como flotando de alegría por el hecho de tenerla a mi lado, pero había que disimular, en eso estaba cuando sonó un timbre y derrumbó mi sueño, había que ir a clases.

Son las 13:30 horas y ya estábamos en el paradero del bus Nº4 que me dejaba a pocas cuadras de la pensión, sin embargo grande fue mi sorpresa que sentada junto a mi apareció Carmen, no sabía que pensar si era un sueño o si era una señal de lo que vendría más adelante, ya más

tranquilo fuimos conversando y nos fuimos conociendo más, ella me contó que era del sur "y tú de dónde eres" me preguntó, yo le respondí que era de Santiago, con cierto aire de grandeza por ser la capital y ella me respondió:

"Oye los santiaguinos tienen fama de frescos y patudos", no le respondí, pues me sentí medio avergonzado, "habrá algunos, pero no todos son iguales", le dije, "si tal vez" me respondió. Ahí me entró el alma al cuerpo y pensaba, si supiera mis intenciones por lo que deduje que no sería una tarea fácil de conquistarla. Al llegar a mi destino me despedí con un beso en su mejilla, no había duda me gustaba mucho.

Al llegar a casa, el almuerzo estaba listo, pasé al baño y la Sra. María me llama al comedor, que estaba la mesa con su mantel y que lucía unos lindos bordados que me contaba que ella los hacía, ¡ah! pero lo más importante era que también zurcía calcetines y que cobraba barato ese era un "pituto" que ella tenía pensé. Luego vino el almuerzo con una muy rica y sabrosa cazuela con una gran presa de carne, choclo, dos papas, zapallo y muy bien sazonada con un fresco cilantro, y una abundante ensalada de tomates con cebollas un pan amasado y de postre un vaso de mote con huesillos, quedé feliz de mi almuerzo, pues hacía tiempo que no almorzaba tan bien, luego me retiré a mi pieza a descansar, era viernes y venía un buen fin de semana. Mientras dormía mi agradable siesta al rato percibo una radio con su música que venía del fondo del pasillo, eran tangos y rancheras, miré la hora y eran las 4:30 de la tarde, este debe ser el "Chato Rana" me dije, sin imaginar que era Don Juan que estaba sentado en su silla con cojín de lana, yo no lo conocía salí al pasillo, le hice un saludo con la mano, pero no me respondió, vaya que extraño, él estaba sentado tomando un tibio sol y con un charlón entre sus piernas, se notaba un hombre de edad avanzada bajito y delgado con una carita morena y con sus arrugas que lucía dignamente, vestía un terno negro algo gastado ya tenía sus buenos años y una camisa blanca gastada por tiempo y que su cuello acusaba, sus zapatos unos botitos negros muy bien lustrados, su pelo blanco y unos lentes metálicos de marco redondo, antiguos y de vidrio muy oscuros, que me hacían pensar de cómo vería este señor. Hola Don Juan, le dije cuando me acerqué y me responde ahora el saludo y me dice "hola, quién es usted", soy el nuevo pensionista y vecino de su pieza, "¡ah!" Me responde, "mi sobrina la María me contó que llegaría un nuevo joven universitario", al extender mi mano para saludarlo me doy cuenta de que es ciego.

Mi sorpresa fue grande al ver a don Juan ya que se le veía que hacía una vida normal de acuerdo con su edad, que supuse sería de unos 80 años, pero grande fue mi sorpresa cuando me mostró su carnet de identidad, había nacido en 1880, era el año 1971 y me cuenta que fue hijo de un obrero de la oficina salitrera Humberstone cerca de Iquique, según me contó el calcula que tiene más de 91 años pues el recuerda que estaba grandecito cuando lo inscribieron en el registro civil. Mi inquietud por conocer más a este personaje para mí fue todo un desafío por lo que decidí conocerlo a fondo pues su lucidez mental me tenía asombrado a pesar de ser analfabeto y no conocer escuela alguna, para eso busqué la mejor estrategia, ya sabía que le gustaba las rancheras y los tangos por tanto ya tenía tema para entablar conversación con él, aun cuando no era

difícil hacerlo pues durante el día estaba ahí sentado escuchando su música en su radio favorita, claro que con un volumen un poco alto pues además era algo sordo, pero que importaba eso si mi personaje me iba a nutrir de conocimientos de la historia de las salitreras de primera fuente como decía un amigo que estudiaba periodismo y que algún día las tendría que escribir.

Fue así como comencé poco a poco a interiorizarme de su interesante vida como obrero de las salitreras y para eso me sentaba junto a él y le leía noticias del diario que tanto le gustaba, le interesaba la política, su club favorito Colo Colo y nunca olvidaba los movimientos sociales en que le tocó participar desde joven por conquistas sociales que les quitan los "futres" como él llamaba a los de la clase social alta. Su sobrina la Sra. María le llevaba sus comidas puntualmente a una mesita que él tenía en su pieza en donde vivía recluido, pero siempre interesado en conversar al menos conmigo pues su compañero de pieza y sobrino el "chato rana", no siempre estaba en casa y cuando estaba su condición etílica no le permitía llegar a tener conversaciones coordinadas y eso a él no le gustaba, pero como él decía: "tengo que aguantar pues no estoy en mi casa".

Hasta que llegó el momento que esperaba y derechamente le pregunte que como a sus 91 años consideraba que había sido su vida, miró al cielo, se tomó una pausa para luego decirme "mire" me dijo "Mi vida fue muy dura, me recuerdo poco de mi padre que fue obrero de las salitreras y murió accidentalmente por un tiro (explosivo de dinamita) en una mina cerca de Humberstone al norte que pertenecía a unos futres de Santiago y claro en aquella época Tarapacá ya pertenecía a Chile, mientras mi madre vivía con él y nosotros cerca de la mina, mi madre al saber la noticia de que era viuda no halló mejor que irse a vivir definitivamente a Iquique con sus hijos mi hermano mayor yo y después la Juana mi hermana chica, ya con mi hermano mayor nos fuimos a trabajar al puerto ya que en casa quedaba mi madre con mi hermana menor y había que aportar dinero al hogar, mi madre lavaba ropa con unos chinos que llegaron al puerto en buques que venían del norte y era para la risa porque cuando llegaron los chinos al puerto pues los policías de aduanas tenían que saber sus nombres apellidos y como no entendían los bautizaban ahí mismo con nombres y apellidos chilenos. Con el pasar el tiempo la cosa se fue poniendo mala y al parecer los aires de la depresión económica por la que pasaba el país era cosa seria, por lo que tomamos la determinación con mi hermano y con la bendición de nuestra madre que lloró al vernos partir, luego nos embarcarnos al sur al menos hasta Antofagasta, pues se comentaba que pronto iban a abrir unas nuevas salitreras en Pedro de Valdivia y María Elena y que estaban de Antofagasta al interior.

Su relato seguía y contaba "que la plata se hacía escasa pero no nos faltó para comer al menos y para dormir en el suelo de la playa y de noche nos tapábamos con mantas y tableros de madera que botaban en el puerto, la pega no faltaba en el puerto ya que era harto grande llegaban grandes buques con mucha carga y además salían trenes para Bolivia con carga por lo que se requería siempre mano de obra, pero nosotros estábamos al aguaite de las salitreras porque según decían iban a pagar muy bien".

Luego me contaba que "Pasaban los días y cada vez era más difícil sobrellevar la existencia pues los recursos estaban muy

escasos, hasta que una mañana al llegar al puerto de Antofagasta había un grupo grande de gente frente a unos avisos que según decían necesitaban gente en las oficinas salitreras de María Elena, ahí nos entró el alma al cuerpo, esta es la nuestra nos dijimos con mi hermano y partimos rumbo donde decía que había que presentarse. Cuando llegamos al lugar, eran unas oficinas en el centro de Antofagasta y había varios esperando ser atendidos, hasta que nos tocó, ahí nos dijeron que debíamos estar en Baquedano a medio día del siguiente día y que ahí habría un camión que nos llevaría hasta la salitrera María Elena. Era lo que esperábamos nos fuimos a la estación del ferrocarril que va a Bolivia y que pasaba por la estación Baquedano a unos 50 Kilómetros de Antofagasta, compramos los boletos con los últimos pesos que nos quedaban, el tren salía a las 8:00 horas, por lo que decidimos dormir esa noche en la estación".

Para don Juan y su hermano fue una gran noticia diciéndome, "Al día siguiente con la gran ilusión, de encontrar lo que andábamos buscando estábamos felices, el tren partió a la hora, lo único malo era el hambre pues no habíamos comido nada ya que la compra de boletos no nos quedó ni una chaucha. Al llegar a la estación de Baquedano, nos bajamos del tren junto a varios otros y nos esperaba un camión de la empresa que nos llevaría a la oficina salitrera. Baquedano era un caserío de no más de ocho casas contada la estación y era el punto de unión del camino para el norte con Iquique para el Oriente con las mentadas minas de cobre de Chuquicamata, al poniente estaba Antofagasta y para el sur estaba el camino a Santiago, pero para eso había que cruzar todo el desierto y eso era muy peligroso pues muchos se perdían y no aparecían más, solo los pirquineros andaban que conocían bien, casi toda la gente viajaba en los buques de Antofagasta a Huasco y de ahí a Coquimbo y después Valparaíso".

Continuo su relato, "Eran las 12:00 horas y partimos, llegamos como a las 15:00 horas pues tuvimos en panne, ya que el camión era un Ford bastante antiguo, seguramente del año 20 y con manivela delante del radiador que humeaba parecía cafetera, por lo que cada cierto rato había que ir echándole agua. El calor era fuerte y el olor de la traspiración ya no se soportaba, hasta que por fin llegamos a María Elena, bajamos del camión y nos fuimos derecho a una fuente de agua que había en la plaza para refrescarnos, mientras otros se metían hasta con ropa pues el calor era muy fuerte. Después nos llevaron a los lugares en donde viviríamos que estaba a las afueras del pueblo, eran unos galpones de unos 50 metros de largo, con gruesas calaminas de techo y que iban apareciendo cada cuatro a cinco metros una puerta y una ventana, lo que estaba frente a mi eran las casa en donde viviríamos, el piso de tierra y dos catres de madera con una payasa (colchón), era un verdadero palacio para lo que habíamos tenido que pasar. Por la noche la única luz que teníamos era la de un poste de la calle y que a las 22:00 horas se cortaba, en eso estábamos cuando nos golpean la puerta y un compañero nos dice que van a dar comida a los nuevos, que nos dijeron rápidamente nos incorporamos y partimos, llegamos muy bien y agradecido por dato. La comida era un plato de sopa con maíz molido y color (manteca con ají), después una carbonada, fue un banquete para nosotros que veníamos con un hambre que ya nos llevaba el mismo diablo, ahí nos dijeron que al día siguiente

tendríamos que estar a las 7:00 horas en la faena, por lo que tendríamos que salir caminando a las seis de la mañana".

Su cara notaba felicidad cuando me cuenta que "Salimos felices muy temprano, ya rayaba el sol y prometía ser un día muy caluroso ni parecido al frío que tuvimos por la noche, al llegar a la faena el capataz nos miró y nos dijo sonriendo" "estos cabros van a aguantar poco ya que aquí se requiere harto ñeque", esas palabras me incentivaron más y junto a mi hermano mayor recogimos unas picotas, palas y unos combos de fierro que pesaban al menos sus 25 kilos, esas serían nuestras herramientas. Comenzamos nuestro trabajo golpeando duramente unos costrones en que debajo comenzaba a verse los planchones de salitre blanco resplandeciente que con la luz del sol cada vez nos iba cegando, al rato pude darme cuenta que cada vez el color blanco y el sol iban a ser nuestros compañeros permanentes y así fuimos dando duro hasta que sonó un pito como de tren, era aviso de parar faena pues ya era hora de disparar tiros de dinamita y había que retirarse por seguridad, fue así que nos alejamos, para luego sentir el estruendo de la dinamita que hacía volar los costrones de salitre por los aires y en seguida había que ir con picotas a reducir en tamaños menores esos costrones y cargarlos en unos sacos que nos amarraban al cuerpo tanto por atrás como por delante, al comienzo estuvimos bien pero ya con diez viajes las piernas comenzaron a temblar, por lo que tuvimos que hacer un alto y subir a tomar agua, en eso estábamos cuando el capataz nos llama la atención diciendo "vienen a pasear o a trabajar, queremos hombres para trabajar y no señoritas de los futres", por lo que rápidamente volvimos a nuestras faenas. Este duro trabajo duró casi 20 años.

Ya entrada la tarde volvíamos a los barracones a preparar algo para comer pues conseguimos algunos víveres y algo de pan, sin embargo las ratas se adelantaron y devoraron lo poco que teníamos, nos vimos obligados ir a la pulpería antes que cerrara Don Aurelio encargado de los despachos, como ya estábamos anotados no tuvimos problema que nos fiara algunos alimentos pero lo más importante era conseguirse un tarro grande con tapa metálica para nuestros ladrones de alimentos, afortunadamente Don Aurelio nos regaló una que tenía. Las noches eran muy dura ya que nuestros ojos comenzaron a sentir una picazón muy fuerte sin embargo el cansancio fue más fuerte y luego quedamos profundamente dormidos.

"El grupo de trabajo era muy bueno muy solidarios y buenos para la talla y sobre todo para poner sobrenombres, cuando volvimos a las faenas nuestros compañeros al vernos nos dijeron riendo llagaron los conejos blancos y nosotros no sabíamos el porqué, al rato nos dicen que estamos con los ojos rojos y que debemos tener cuidado pues muchos han quedado ciegos, por lo que sería bueno que compráramos lentes oscuros para trabajar y que en la pulpería tenían unos buenos. El calor del día era insoportable por lo que me saqué la camisa y a dorso desnudo comencé a trabajar, cuando siento la voz el capataz que me grita de lo alto "Juan ponte la camisa ó queris una insolación, mira qué sino la fiebre a la noche te puede llevar", ahí me asuste y rápidamente me tapé".

"No pasó ni una hora cuando el capataz manda una cuadrilla a poner unos tiros, pues se acercaba la hora de disparo, en el grupo iba mi hermano, sin pensar que sería la última vez que lo vería, fue terrible la explosión los cuerpos volaron por el aire hecho pedazos, se paró la faena y por telegrama se llamó a la policía del accidente ya que ninguno de los cuatro sobrevivió por tanto no se necesitaba ambulancia. Para mí fue muy doloroso ver el cuerpo de mi hermano hecho pedazos, los cuerpos fueron llevados a la morgue de Antofagasta y los finados fueron enterrados en el cementerio del puerto.

Yo volví con un gran dolor que durante muchas noches no me dejaba dormir, por lo que en el día andaba como sonámbulo, sin embargo, la compañía se portó bien pues me dieron una plata que me sirvió bastante pues con eso logré arreglar la pieza donde dormía, poniendo cemento en el suelo y tapar los hoyos de los ratones, luego fui a la pulpería y compré unos buenos colchones y un par de frazadas pues las noches son muy heladas.

Pasó el tiempo y cada vez mi vista se iba disminuyendo, al parecer los lentes protectores de nada me servían si bien no sabía leer, pero cada vez veía menos, ya me costaba desplazarme de un lugar a otro, parece que el oro blanco me encandilo para siempre. Fue así como el capataz se compadeció y me cambió y me trasladó a donde se hace el chancado del mineral ahí estuve varios años, pero mi vista ya no volvería atrás, todo lo contrario, cada vez iba en aumento, hasta que decidí solicitar permiso para viajar al Hospital. Cuando llegué el médico me dijo que debía ir a un oculista en Antofagasta pues lo mío era grave, me asusté y nuevamente pedí permiso y partí para Antofagasta.

Ya en el hospital el médico me hizo pasar a una pieza que estaba a oscuras y con una lucecita me miraba, al rato me dijo mira hombre tienes una lesión de retina en ambos ojos y es irreversible por lo que poco a poco vas a quedar ciego. Ahí saque mi pañuelo y seque disimuladamente mis lágrimas, luego el médico a modo de consuelo me dijo "mira hombre no eres el único, tengo muchos pacientes de las salitreras más jóvenes que tú y ya están completamente ciegos", salí como pude y me dirigí a casa de mi sobrina la María hija natural de mi hermano mayor al igual que el "chato rana" y aquí estoy, con el recuerdo de haber perdido a mi madre, y mis hermanos. Al final la compañía me canceló el contrato, pero me dio unos pesitos con lo que ayudé a la María para que tuviera su casita y aquí nos acompañamos Don Juan falleció el 12 de febrero de 1972, justo el día que Antofagasta celebra su aniversario, los últimos días de su triste vida una mañana preguntó por el joven que le leía el diario y le conversaba, de la Sra. María no supe más pues mi vuelta a Santiago era definitiva.

Su historia me conmovió y quise contarla como un pequeño homenaje a los trabajadores del salitre y las mujeres del norte de nuestro país.

FIN


REGIÓN DE BIOBÍO

GANADORA REGIONAL

MARÍA LORENA POBLETE BUSTOS

64 AÑOS

PENCO

"EL TESORO DE MI PADRE"

Mi niñez y adolescencia transcurrieron al alero de unos "Muros Viejos", en la casa paterna. La antigua casa nos albergó toda la vida, pasando por las distintas estaciones. La más dura, sin duda, era el invierno. Desde el cerro, las intensas lluvias del sur hacían que el agua y barro se deslizaran hasta nuestro hogar. Derramaban el agua con baldes. Mi madre disponía el brasero para secar el piso y sobre él nuestra ropa se tendía en un secador de mimbre. Pese a lo crudo de la estación invernal, al interior del hogar se respiraba un ambiente cálido y acogedor. El aroma del pan amasado que hacía nuestra madre impregnaba el ambiente y nos deleitaba con su sabor.

Éramos un piño de seis hermanos. Yo era el "conchito" y andaba a la siga de mi padre cuando él estaba trabajando en el huerto. Lo atosigaba a preguntas. El, en forma muy paciente, me respondía y me enseñaba cómo y por qué hacía sus labores. Andaba pendiente de la luna. Me decía que la mejor fase para las faenas en la tierra era la menguante. En un calendario con grandes números marcaba las fechas.

Junto a mi padre, luego de la ardua tarea de cultivar la tierra, nos sentábamos bajo la sombra del peral, el árbol más antiguo del huerto. Allí disfrutábamos comiendo unas jugosas peras.

En la casa se cultivaban hortalizas, papas, porotos, hierbas medicinales y flores. Se criaban chanchos y gallinas. A todas estas "Mascotas", al igual que al gato, se les asignaba un nombre. Los desechos de estas aves y animales serían el mejor de los abonos para la tierra, ya que eran alimentados con productos naturales y se mantenía un buen aseo tanto del chiquero como del gallinero.

En mi andar por el huerto aprendí a identificar la pala, el azadón, el rastrillo y todas las herramientas que servían para aporcar y realizar las diarias faenas. Me encantaba sembrar. Mi padre me daba un sector en la huerta para que yo lo trabajara. Con mis pequeñas manos hacía surcos en la tierra y luego depositaba las semillas. Mi padre me indicaba la profundidad y distancia entre ellas. Sería mi responsabilidad encargarme de cuidarlas y regarlas. En un cuaderno anotaba la fecha de mi siembra. Día a día las cuidaba con esmero, las regaba y revisaba como iban creciendo.

En mi contacto con el huerto aprendí desde pequeña a identificar las hierbas medicinales como la menta, el cedrón, la ruda, el romero, el toronjil y tantas más. Reconocía el aroma de cada una de ellas. Estas hierbas eran las predilectas de mi madre para calmar cualquier dolor. Impagable una agüita de menta cuando

sentía un malestar de estómago. Un botiquín casero, al alcance de la mano.

Mis hermanos se entretenían cortando leña. Había una sierra muy larga, con un mango de madera en cada extremo, la que se afirmaba encima de un caballete. Para ellos era un divertido juego y competían para ver quien cortaba más rápido los troncos.

Yo me acercaba al pollo y tiraba el mango de la cayana, donde se tostaba el trigo. En la casa se consumía café de trigo. Su aroma impregnaba el hogar y a diario se mantenía una tetera hirviendo encima del brasero. También se elaboraba la harina tostada, con la cual mi madre hacía un caldito muy rico, acompañado con papas, cebolla y verduras. Le llamaba "caldito de mañana", porque era el desayuno favorito de mi padre. Mis hermanos y yo nos comíamos un rico pavito de harina. Nuestro refresco preferido para capear el calor era una agüita con harina tostada.

El gallo nos despertaba cada mañana con su hermoso canto. Las gallinas eran muy ponedoras y sus huevos tenían un color verdoso. La yema tenía un tono amarillo intenso. Yo prefería consumirlos cocidos. Mi padre rompía la cáscara y se los comía crudos.

Lamentablemente, con el transcurso de los años, así como mis hermanos y yo fuimos creciendo, papá y mamá envejecían. Los hermanos mayores se casaron y formaron familia. Yo, por opción personal no me casé ni tuve hijos y me quedé viviendo junto a mis padres en la casa paterna. Me tocó enfrentar junto a mi madre la partida de papá. Le mencioné que ella tendría en mi un apoyo incondicional y que yo pasaría a ser su nuevo "dueño de casa". Tuve que hacer "de tripas corazón" para no flaquear. Junto a mi madre continuamos cultivando el huerto y haciendo las diversas labores del hogar durante muchos años, hasta que la vida me dio un nuevo golpe. La partida de mi madre. Fue así como finalmente me vi sola en la antigua casa. Aquella vieja construcción que fue el alero de los padres y seis hermanos, ahora me parecía más grande que nunca.

Difícil se me hacía enfrentar la soledad, pero decidí continuar con mucho amor y dedicación la labor aprendida de mi padre. Cultivar la tierra. Allí habría de encontrar la fuerza necesaria para continuar mi camino en solitario. Las aves, con su melodioso canto, me habrían de acompañar, así como también el canto del gallo y el cacareo de las gallinas. Seguí sembrando y plantando con alegría. También cuidé con esmero del parrón. Tenía las tijeras de podar de mi viejito y cada año me encargaría de ir cortando las ramas, en la fecha que tenía apuntada en mi cuaderno y de acuerdo con lo que mi padre me había enseñado. Las podas las hacía en la luna menguante.

A mi memoria afloraba en muchas ocasiones la conversación que un día tuve con mi padre. Cuando desde pequeña me decía que tras su partida yo habría de heredar su más valioso tesoro. Siempre pensé que se trataría de algunas antiguas monedas de oro o un fajo de billetes. Aunque muchas veces insistí en preguntar en qué consistía el tesoro, él nunca me quiso contar.

Un día decidí dedicarme con mucho afán a revisar los cajones de antiguas cómodas y veladores, para ver si tenía éxito en mi búsqueda, pero no tuve éxito. No lograba dar con el preciado tesoro. Muchas veces llegué a pensar que tan sólo se trataría de una broma por parte de mi padre y que ya no debería seguir buscándolo.

Con el paso de los años y a medida que fui madurando, me di cuenta de que el tesoro al cual mi padre se refería lo tenía muy cerca, a mi alcance. No necesitaba buscarlo. La riqueza inmensa a la que mi padre se refería y que yo habría de heredar no era otra más que “LA TIERRA”. Aquella que por tantos años cultivó y que, pese a que él ya partió físicamente, permanece intacta y sigue año tras año dando sus frutos.

Cada vez que estoy cultivando siento más cerca que nunca a mi viejito. Al impulsar el azadón y remover la tierra me veo proyectada en mi progenitor. Escucho el canto de las aves y me siento muy acompañada. Huelo las hierbas medicinales y recuerdo a mi madre y sus agüitas sanadoras. El mayor de los tesoros está a mi alcance, día a día adquiere más valor y trasciende en el tiempo. Cuando yo parta espero que alguien más siga cultivando la tierra. Ella permanece y nosotros solo estamos de paso.

Sin lugar a dudas el huerto es la mayor de las riquezas. Me impulsa a levantarme día a día. Según lo aprendido de mi viejito sigo sembrando y plantando con mucho amor y veo con gran alegría cómo crece el fruto de mi trabajo. Dispongo a diario de frutas y verduras frescas en mi mesa y al igual que antaño sigo despertando con el canto del gallo y estando pendiente de las fases de la luna para los cultivos. Aunque mi padre ya partió, sigue viviendo en la tierra que por tantos años cultivó y que constituye la más rica y preciada de las herencias.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

NERY DEL ROSARIO SÁEZ PINTO

76 AÑOS

HUALQUI

"EL TESORO QUE MI PAPÁ NO DESENTERRÓ"

Mi Padre, Temístocles Sáez Melo, no tenía libros… tenía campo, brasero y cuentos que narraba con su voz de tierra, en las frías noches de invierno. Este es uno de ellos y hoy, como un eco, lo transmito para ustedes. Es una leyenda de campo, nacida en Yumbel, en el fundo "El Pino Huacho", es la voz de mi padre... Es la memoria que él me entregó… Es su herencia…

El tesoro que mi papá no desenterró

Recostada a su lado, oía con atención sus variadas historias de aparecidos, de almas que penaban, de animales que se convertían en seres humanos, de entierros.

Mi corazón latía a mil y me acurrucaba junto a su pecho tratando de que no se me escapara ningún detalle. ¡Obviamente, él era el héroe que hacía frente a tantos misterios!

Cierta vez, contó poniendo a su voz un timbre especial, el dueño del fundo "El Pino Huacho" me pidió que formara un grupo de huasos valientes para ir a desenterrar un entierro. Hacía tiempo que se escuchaba decir que en las noches de luna llena se sentía el galopar de un caballo que relinchaba a la altura de un galpón levantado al final de fundo. Muchas veces mi patrón y dos de sus trabajadores salieron al galope en busca del caballo, pero nunca lo vieron.

También se había visto rodar por la planicie monedas de oro que desaparecían en el mismo lugar donde desaparecía el caballo. Por eso, era seguro, que allí había un entierro y tendría que haber sido de mucho dinero pues de noche se sentía llorar al oro porque no lo sacaban.

El patrón estaba seguro de mi valentía. Por eso me puso a la cabeza de la cuadrilla y me dio algunas instrucciones que tenía que cumplir para que no nos pasara nada malo pues en estos casos, mientras se cava la tierra aparecen cosas muy extrañas, desde serpientes venenosas hasta brujas e incluso el mismísimo demonio.

La cuadrilla debía ser de número impar y teníamos que hacer el trabajo un día de luna llena a las 12 de la noche en punto (hora de los demonios).

¿Quién había osado enterrar fortunas por allí y por qué razón? Le interrumpía la narración con mis preguntas pero no sabía explicarme. Quizás si algunos indígenas antes de abandonar el lugar pero, lo más probable, es que fueran personas que habían hecho pacto con el diablo para que le hiciera millonarios a cambio de su alma y al encontrarse cerca de la muerte optaban por enterrar la fortuna que estaba maldita, para que la familia no heredara la maldición.

Continuó su relato “Me costó mucho reunir a los hombres, no puedo negarlo. Cualquiera no estaba capacitado para lo que enfrentaríamos y el patrón me apuraba porque, según me confidenció, necesitaba el dinero y tenía miedo de que los “jutres” de otros fundos le ganaran en sacarlo.

Bueno, al fin pude formar un grupito de cinco hombres ofreciéndoles una cantidad generosa de dinero autorizada por el patrón. Podríamos haber ido tres hombres no más pero mientras más íbamos más luego terminaríamos y entonces comenzamos a prepararnos. Juntamos palas y picotas para cavar la tierra hasta encontrar algún cofre o caja con las monedas de oro y para defendernos en caso de necesidad.



Esperamos la noche adecuada. Recuerdo que era un viernes y a las once y media de la noche, bien equipados tomamos un trago de fuerte para darnos ánimos y emprender el viaje. La noche estaba clarita por la luna llena pero cuando las ramas de los árboles se movían parecían fantasmas encima de nosotros, que nos vigilaban para que no nos perdiéramos en el camino o bien para que no continuáramos el camino. El sonido de los ramajes pretendía darnos miedo. Y lo lograban porque mis compañeros iban muy asustados. Todo el camino tuve que ir dándoles coraje y comentándoles lo que podrían hacer con la platita que ganaríamos.

Llevábamos un buen trecho andado cuando, de repente, se levantó un viento que comenzó débil pero que se fue agrandando. La luna comenzó a ocultarse y cosa rara empezó a llover fuertemente. Era como una tormenta. El miedo comenzó a aumentar en mis hombres, pero seguimos adelante, adentrándonos en la penumbra del campo. Ruidos extraños, pájaros tué tué volando, el viento, la lluvia, la oscuridad era para que nos hubiésemos devuelto, pero yo insistía en hacerlos pensar en las coas que podrían comprar a la familia, a sus hijos con la paga que recibiríamos.

Finalmente, llegamos al lugar, nos pusimos en círculo para empezar a excavar cuando uno de mis compañeros comenzó a convulsionar, cayó al suelo como muerto y en el suelo saltaba como sapo, botaba espuma por la boca y daba unos gritos tan escalofriantes que terminó por asustar a todos los hombres los que, dejando tiradas palas y picotas junto al poseído, salieron corriendo, cada cual por su lado y gritando también, pero de miedo.

Mi padre que, obviamente, no tuvo miedo corrió tras ellos, pero no por temor sino con la intención de alcanzarlos para hacerlos regresar pero no lo logró así es que tuvo que irse a casa.

Al día siguiente, salvo él, que explicó lo sucedido, ninguno se presentó ante el patrón ya fuera por vergüenza o por temor a represalias y tuvieron que olvidarse de la excelente recompensa prometida.

Moraleja de mi padre:

“Por eso hija, hay que vivir con lo que Dios nos ha regalado, dando gracias por ello y no codiciando bienes que pudieran arriesgar nuestra alma poniéndola al servicio del demonio”.

Mi papá ya no está para cobijarme en sus brazos mientras me narra sus cuentos pero cuando voy al campo y de noche el viento sopla entre los eucaliptus lo escucho. Llega a mí su voz entrañable contándome sus experiencias de vida, del campo. No me habla de sacar oro sino de cuidar la tierra. Porque el verdadero entierro no es el oro, es la memoria que dejamos en el campo. Es el miedo que el hombre le tiene a la tierra y el respeto que debemos tenerle.

Y entiendo que en el cuento de mi padre el verdadero tesoro no estaba bajo la tierra, estaba en su voz…

Nery Sáez Pinto

(eco de la voz de mi Padre Temístocles Saéz Melo)

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

FABIOLA MITZY SEPÚLVEDA FICA

60 AÑOS

TALCAHUANO

"LA VIGILIA"

Una sensación de pesadumbre llena la casa cuando él entra y nos comunica: "Esta noche hay vigilia" Y lo dice con una solemnidad burlesca que nos deja una mezcla de tristeza y desesperanza, asumiendo con resignación que la noche será más sombría.

La vigilia es una noche larga, donde sin importar la hora, mis hermanos y yo nos quedamos junto a mi madre, manteniéndonos despiertos para no dejarla sola con él, inventando cualquier pretexto para estar cerca de ella y cuidarla de la borrachera de mi padre. En el fondo él presiente este sacrificio de estar juntos y cuidarnos, su mente inventó este juego retorcido, para hacer nuestras vidas más miserables.

Somos seis hermanos, tres niños y tres niñas. En estos tiempos las familias son más numerosas y la mayoría de nosotros nacimos en casa, asistidos por una señora que tiene cierta experiencia en partos o por algunas mujeres de la familia.

Mis padres nacieron en la región de La Araucanía y después de casarse vinieron a vivir a Talcahuano, primero en el cerro La Gloria y después tuvieron oportunidad de comprar casa en una toma de terreno que se levantaba al lado de la siderúrgica Huachipato. Las calles son largas hileras de casas y cada una tiene un número, la mía es la calle trece.

Crecí en medio de la pobreza de los años sesenta, donde los inviernos parecen más fuertes y la lluvia y el viento amenazan con destruir y llevarse por el aire las casas de la población, construidas con material de desecho, los techos son tan indelebles que los afirmamos con piedras, palos y sacos de arena. Las lagunas son tan grandes que el agua llega al interior de las casas y la sacamos con baldes y palas. Parece que todas están construidas sobre un hoyo gigante que se las va tragando de a poco.

Los pies mojados, la tos, los resfríos mal cuidados podían causar la tuberculosis, que casi se lleva a mi madre en sus treinta años; casi al borde de la muerte, la vi en una escena desgarradora, donde ella suplicaba a Dios por sus hijos, que quedarían solos en la vida.

Las mujeres sufren mucha violencia familiar y no pueden pedir justicia porque para ellas no la hay.

En este ambiente, la radio es el único aparato que está en todas las casas, nos acompaña noche y día, la nuestra es una de plástico color mostaza, las perillas se han salido y la prendemos con un alicate, yo me se todas las canciones, mi mamá escucha México Canta, mientras escobilla la ropa. Mis hermanas y yo limpiamos la casa y dejamos el piso muy brillante.

Después de algunos años, hay televisor en algunas casas y los que no tenemos llevamos tarros y cajones para subirnos a las ventanas de los vecinos a ver los dibujos animados, aunque no falta algún niño engreído que nos cierra la cortina y se acaba la función.

Un día mis padres llegaron a casa con una enorme caja de cartón, decían que era un pedido del supermercado, nosotros de alguna manera sabíamos lo que era y revoloteamos como pájaros alegres alrededor de la caja; era una enorme televisión, la prendimos y ahí estaba el Chapulín Colorado, en blanco y negro.

Mi padre es domador de caballos, nunca ha tenido un trabajo estable y no puede tenerlo por su adicción al vino, que hace nuestras vidas muy duras, más que la pobreza misma.

Un juez muy importante de Talcahuano, le pasó algunos de sus animales para domarlos y que se hiciera cargo de cuidarlos y tenerlos en nuestro patio. El juez es un hombre que parece de otro planeta, muy alto y muy bien vestido, llega cada cierto tiempo a nuestra casa en una enorme camioneta a traer alimento para los caballos y cuando se marcha deja que todos los niños suban en la parte trasera del vehículo y nos lleva hasta la esquina de la calle, luego nos volvemos corriendo, felices de aquella aventura.

Nuestro patio es muy grande, llega hasta la calle catorce, tenemos cuatro pesebreras y un chiquero, un sauce y un tronco levantado por dos postes en forma horizontal, donde mi padre amarra o ensilla los caballos y nosotros jugamos a equilibrarnos.

Mi madre tiene una huerta en un costado del patio, con variadas verduras que son de gran ayuda a la hora de cocinar. Ella tuesta el trigo para hacer harina y también lo coce para hacer catutos, que nosotros asamos con entusiasmo en el brasero. Siempre está inventando formas para alimentarnos y nos enseñó a amasar el pan y cocerlo, hacemos sopas con ingredientes tan sencillos como harina tostada, pan picado en cubos, un huevo de sus gallinas y la infaltable verdura de la huerta, que le da el toque gourmet, siempre hay una olla con sus caldos mágicos, que por la mañana son lo mejor.

La vida de mi padre son los caballos, las competencias de rodeo, los amigos y el vino. Me parece notable que durante los campeonatos de rodeo él se relaciona con personas de mayor estatus económico y tiene un reconocimiento entre ellos porque ha ganado muchos premios y trofeos, pero no hay una paga que sostenga la casa, el resto del tiempo lo pasa tomando con los amigos miserables de siempre.

Cada mañana después de rasquetear o cambiar herraduras, sale montado a caballo en el Maucho o la Consentida.

Tiene una chaqueta blanca de huaso, un sombrero de color plomo, botas, espuelas, manta y todo el atuendo que se usa en las competencias de rodeo, todo cuidado con esmero.

Se va erguido, imponente, su espalda muy recta, hombros anchos. Nunca sé con exactitud dónde va, pero es de suponer, ya que siempre llega por la noche borracho, dando tumbos, hablando incoherencias y con su cara transformada en la de un personaje aterrador, odioso, con un dejo de cinismo.

Al llegar cada noche, pido a Dios para que no venga enojado, mi madre calienta la comida y nosotros ordenamos todo lo que pueda causarle una molestia. Aun así, mientras comía, sacó su cinturón y lo descargó tres veces en la espalda de uno de mis hermanos más chicos que lloraba sentado a la mesa, tal vez porque tenía sueño, lo más cruel es que cantaba mientras lo hacía.

Al día siguiente es otro, mi madre es su viejita, se comporta relajado y agradable y olvidamos lo que haya sucedido. Todos ayudamos cuando faena algún animal en el patio; trabajo que suele hacer por encargo y después de vender la carne, lo que queda es para la casa, dependiendo del animal, hacemos prietas, longanizas, tapaguatas, chunchules y grandes fondos de cocimiento con cabeza y patas. Estamos acostumbrados a ver todas estas cosas, que serían un trauma para otro niño, pero estos días lo que importa es comer, y comer a destajo, porque después vienen otros, en que poco y nada hay para alimentar a tantos hijos.

Comenzamos la mañana con entusiasmo, el novillo está en el suelo del patio con las patas atadas, yo me acerco y observo sus ojos grandes, desorbitados por el miedo, húmedo, exhalando el vapor frío de la mañana y presintiendo su hora. Mi padre entra y sale afilando sus grandes cuchillos.

Todo es muy rápido y el animal yace en un mesón donde es faenado; descuerado y descuartizado.

Pronto comienza a salir olor a comida, que es cocinada con leña en el patio, la cocina se llena de aromas particulares, como el ajo machacado con semillas de cilantro, comino, ensaladas, pan amasado o sopaipillas fritas con la manteca.

Al correr del día, veo con pesar que mi padre tiene cada vez más sed, y se toma al seco cada copa de vino, el blanco es lo suyo, y en el transcurso de la tarde se le entorpece la lengua y su cara comienza a transformarse en algo horrible.

Al terminar el trabajo se va con su amigo el Gavilán o algún otro payaso de turno, según dice, a terminar el negocio de la carne, pero todos sabemos que volverá bien borracho.

Siempre estoy en esa confusión de quererlo y odiarlo, al día siguiente volver a quererlo para terminar odiándolo por la noche.

A veces nos despierta por la mañana para darnos un sorbo de aquel harinado con vino tinto y azúcar, con el que “hace la mañana” entra revolviendo el jarro enlozado blanco y tomamos tres tragos de aquel cóctel de vitaminas, minerales y antioxidantes, que por lo demás es delicioso, después nos acomoda la frazada para seguir durmiendo. Esa es su forma de demostrar el cariño, no lo hace por maldad, lo sé, y entonces lo quiero.

Puede estar un par de semanas sin tomar y son días de descanso para nosotros, pero cuando empiezan las borracheras se alargan por meses y es otro muy diferente, daría cualquier cosa por no verlo más.

Casi nunca está en la casa durante el día, pero las noches son nuestro pesar, aunque queramos ir a dormir no lo hacemos, para no dejarlo solo con mi madre.

No sé con exactitud cuánto sufre mi madre, tal vez más de lo que imagino, porque una mañana al levantarse, la vi con enormes moretones en el pecho y los brazos, él no le pega en la cara por pura hipocresía, por los comentarios de la gente, porque él es un “buen vecino”.

Cuánta violencia y abuso ha tenido que sufrir tratando que no nos demos cuenta, pero esto me causó una impresión que no puedo olvidar.

Todos sabemos que tiene otras mujeres, a mí no me importa y me daría alivio que se fuera con alguna y no volviera más. Con los años, supe que se gastó con otra mujer todo el dinero de la venta de los animales que mi abuelo le dejó en herencia a mi madre, mientras nosotros vivíamos en la pobreza, solo nos trajo las patas de los novillos dentro de un saco, como una burla, eso despertó más mi odio hacia él.

A veces golpea a los caballos en forma brutal, con las riendas o a puñetazos, mientras nosotros, afligidos, miramos desde la ventana de la cocina, mi madre trata de hablarle para calmarlo, pero tengo la sensación de que disfruta un poco provocándonos esa angustia.

También nosotros sufrimos los castigos con esas mismas riendas y su grueso cinturón que se marca al rojo vivo por nuestras piernas y espalda; más tarde con mis hermanas jugamos saltando en la cama, mostrando nuestras marcas, con tal inocencia que reímos con ese juego.

Cuando él dice vigilia, nos ponemos inquietos, sabemos de qué se trata y siempre creemos que algo malo va a pasar.

No se acuesta, pero está roncando echado en la mesa, que también es un alivio. Algunos de mis hermanos hacen tareas o trabajos de artes plásticas en la mesa. No somos excelentes alumnos, pero nunca ninguno ha repetido un año. Una vez obtuve el tercer lugar en mi curso, en tercero básico, recuerdo que mi padre se arrodilló para abrazarme con sus ojos llenos de orgullo y cariño y era tan extraña esa muestra, que sólo lo miré sin saber qué hacer, porque le temía, recuerdo eso porque no hubo otra vez, entonces lo quise, pero en tiempo desfasado.

La espera es larga y tengo mucho sueño, él suele sacudir la cabeza fuertemente para obligarse a estar despierto, pero nosotros caminamos sin hacer ruido, esperando que se le espante un poco la borrachera.

Yo miro retraída las paredes; la humedad reseca de las filtraciones de la lluvia, dibuja siluetas con las que voy haciendo historias y paisajes que quedan para retomar otro día.

De pronto se pone en pie y pide un vaso con agua para dejar en el velador, con prontitud llevamos su agua al dormitorio y si hay que sacarle los zapatos, acomodar la cama o cualquier orden, se hace con rapidez. Por fin está acostado.

Creo que soy la más cobarde, cuando se trata de mi padre, no puedo con eso, cuando lo escucho llegar borracho, durmiendo montado en el caballo, dejando que el animal por costumbre, lo traiga de regreso hasta la casa, yo quiero huir a mi cama para no verlo, pero siento la obligación de quedarme. Lo siento entrar al patio y el ruido del portón, las pisadas del caballo, hasta el tintinear de las espuelas para mí es un quebranto, nos ponemos en alerta, mi madre por compasión a veces nos manda a acostarnos antes de que entre a la casa, para librarnos de ese momento.

Antes de que la puerta de la cocina se abra, quiero escapar con mi miserable miedo, a meterme entre las cobijas como si estas me protegieran. Pero mi hermana mayor es diferente, siempre lo fue, ella siempre se queda, aunque tenga miedo,

su corazón tiene más rabia que miedo y es capaz de levantarse desafiante frente a mi padre para defender a mi madre de alguna amenaza.

Si no nos toca vigilia, él se acuesta después de comer y al escuchar sus ronquidos, es como si fuéramos libres, nos sentimos felices, pegamos láminas del álbum del mundial de fútbol y la selva misteriosa, todo con el mágico engrudo hecho de harina y agua, pasamos un rato entretenido, pero muy en silencio.

Una noche nuestro perro no dejaba de ladrar, mi madre mandó a mi hermano a ver qué le pasaba, pero siguió ladrando por mucho rato, hasta que mi padre, borracho aún, se levantó y salió al patio sin decir nada, después ya no ladró más, él entró a la casa indiferente, y se fue a acostar, al día siguiente nuestro perro colgaba de un cordel al lado de la pesebrera, nadie dijo nada a pesar de la pena, la repulsión y el miedo, mi hermano lo sepultó en el fondo del patio.

Entre los pliegues de la aflicción, también podemos disfrutar de la niñez. La diversidad de juegos llena las calles de niños de todas las edades, aun en invierno con sus lagunas oscuras, corremos alrededor para escapar de la tiña, a riesgo de caer y quedar empapado en barro. Una batea de madera se convierte en un bote para mí y navego por el patio de un vecino como si fuera Venecia, hasta lo más simple es una experiencia inolvidable.

Un día mi padre llegó a la casa con un pingüino que encontró en la Bahía de San Vicente, le pusimos Lorenzo y era la gran atracción, venían de otras calles a verlo zambullirse en las lagunas y aparecer en el otro extremo triunfante, era muy gracioso, todos lo aplaudían, lo cuidábamos dándole pedazos de pan y verduras, porque no sabíamos qué darle de comer, después conseguimos pescado para alimentarlo bien; de todas formas, un día sin más desapareció, alguien se lo llevó y no volvimos a verlo.

Los años han pasado y cumplí trece, mis dos hermanas son un año mayor y un año menor, somos inseparables, inventamos pasarelas de moda con las ropas de mi madre y bailamos una canción que habla de una gitana.

Conocí a mi primer amor, que era amigo de mi hermano, teníamos la misma edad y sólo nos mirábamos en las tardes de juegos afuera de mi casa, un día me tiró un beso y casi muero de vergüenza. Me escribió una carta que me entregó mi hermana, porque quería hablar conmigo, ahí me dolió la guata y le pedí a mi hermana que le dijera que no podía, pero finalmente hablamos, muy escondidos de mi padre, porque cada vez le tenía más miedo. Él chico era muy delgado y de mi porte, pero muy enamoradizo, le decían el Pulga.

Me preguntó si quería ser su polola y por supuesto le dije que lo pensaría, un día me regaló una foto suya, de carnet, que en un terrible descuido se me cayó en alguna parte de la casa, para mi desgracia mi padre la encontró y me hizo un comentario algo burlesco pero nada más y pensé que me había salvado del castigo porque estaba sobrio, Pero por noche llegó borracho y se acordó, me zamarreó de las ropas y al borde de una locura inexplicable, sacó del entretecho un revólver que tenía escondido hacía muchos años y que todos conocíamos, y al que le teníamos terror, me apuntó en el pecho mientras me sacudía de las ropas, preguntando no sé qué cosa y no sabía si decir que sí o que no, porque estaba en pánico y mis dientes se apretaron y la

boca se me secó. Pero eso fue solo para asustarme, sé que nunca me hubiera disparado, pero ese susto casi me manda para el otro mundo.

Así viví mi primer amor, escondida por los pasillos de la calle trece y catorce. Recuerdo ese primer beso, porque literalmente mis pies se despegaron del suelo y floté en otra dimensión. Pensé que estábamos enamorados, hasta que supe que el Pulga comenzó a enamorar a mi mejor amiga, con la que nos peleamos por años, porque ella juraba que yo le quité el pololo. Algunos años más tarde el Pulga se casó muy joven con otra chica, muy linda, por cierto, y mi amiga y yo nos arreglamos, después de años. Finalmente, el Pulga murió joven, porque se volvió alcohólico, como su papá. ¡Tantos hogares destruidos por el vino!

Después tuve mi amor imposible, con el que aprendí a sufrir las nostalgias más grandes del corazón, él ni supo de mi existencia, tal vez porque era más grande que yo y tenía polola.

Me pasaba horas mirándolo a escondidas al final de mi patio que daba a la otra calle, allí estaba él todas las tardes con sus amigos, era su pelo tan negro y brillante, el color canela de su piel, sus labios gruesos y la simetría de sus dientes perfectos cuando reía, por lo que sufrí mucho tiempo, en silencio, pensando que era el amor de mi vida, ahora ni recuerdo su nombre.

Apenas terminé el octavo básico, a los trece años, me llevaron a trabajar en la casa de una señora anciana, dueña de una panadería, que vivía sola en un barrio cerca del mío, para hacerle compañía, les dijeron a mis padres, pero terminé limpiando un tremendo caserón y aprendiendo a cocinar.

No podía ir a mi casa más que un domingo por medio y sólo medio día, aquello fue un gran sufrimiento, estaba muy sola y extrañaba todo. No quería volver con esa señora el domingo por la noche, pero mi madre me aconsejaba que era lo mejor para mí, ya que no teníamos los recursos para mantener una casa con tantos hijos.

La abuela era una mujer indiferente y clasista, no me veía como una niña qué trabajaba, sino como a una empleada que no sabía mucho. Un día mandó a buscar a mi madre para acusarme de que yo “ni siquiera sabía trozar un pollo”, pues yo ni siquiera sabía el significado de la palabra “trozar” ni sabía que aparte de las patas de pollo existía algo más, (eso ahora es un chiste, que me acompaña hasta el día de hoy) más encima mi madre me llamó la atención con el codo y me miró feo mientras escuchaba a la abuela. ¡Yo era un pobre pollo!.

Estuve varios meses allí y me aburría como un crustáceo, hasta que llegó la Rosa, una niña de mi edad que era como una sobrina o ahijada de la abuela, pero que en el fondo no lo era y parecía ser más pobre que yo.

Era muy ladina la Rosa, tenía pecas por montón, ojos verdes y un cabello muy liso hasta los hombros, no era bonita, pero tenía mucha personalidad.

Su familia era muy pobre y su mamá hacía el lavado para la abuela, así que la llevaron para hacerle compañía y la Rosa le decía tía.

La abuela la llevó a comprarse ropa, unos atuendos oscuros que más parecían ropas de muñeca antigua y desde que entró a la casa creyéndose de lo más elegante, se le subieron los humos y quería que la tratara de señorita, al menos dijo que eso

quería la abuela, pero cuando estuvimos solas le dije que no era más que un patito feo y me amenazó con acusarme con la tía, pero no lo hacía porque al final me seguía para todo lados y nos hicimos amigas rápidamente, igual le dejé por sobrenombre patito, cuando estábamos solas, y aunque se enojaba un poco, al final terminó respondiendo a ese apodo.

La llevé un domingo a mi casa, sin que la abuela se enterara y salió con nosotros en varias ocasiones.

Era simpática la Rosa pato, pero muy puntuda. Un día que nos quedamos solas en la casa, porque la abuela había ido a visitar al hijo y se puso a jugar con el teléfono, esos con disco de marcación, y llamó al número de carabineros fingiendo que lloraba, hizo tremendo drama, que estaba sola en su casa y un hombre estaba empujando la puerta para entrar, que tenía miedo, que fueran a ayudarla, así le decía mientras yo trataba de colgar la llamada y ella me empujaba muerta de risa, el pobre policía angustiado le pedía la dirección y ella doblada de la risa cortó la llamada.

Eso tenía la Rosa, que era maluca. Pero tuvimos buenos momentos.

Después de ese año no paré de trabajar, seguí por distintas casas al igual que mi hermana mayor. El mejor recuerdo que guardo de esta etapa fue cuando entré a trabajar en un departamento en el centro, la señora era muy joven con dos hijos, mis dos hermanas y yo la quisimos mucho.

Estando allí cumplí los diecisiete y pudimos salir a nuestras primeras fiestas de adolescentes sin que mi padre lo supiera, todo con el consentimiento de mi madre y de la señora, fue una de las etapas más entretenidas de nuestra vida.

Conocimos a Nury, que era una joven de nuestra edad, y tenía muchos amigos, así, no faltaban las fiestas en su casa, en un ambiente sano y alegre, donde sus padres se convirtieron para nosotras en la mamucha y el papucho, personas de la tercera edad que siempre nos recibieron con cariño.

Nury me presentó al que sería el gran amor de mi juventud y el dueño de todos mis sufrimientos, aunque nuestras vidas se separaron demasiado pronto, lo amé por más de veinte años.

Yo salía todos los domingos para ir a mi casa, en esa época ya estaban demoliendo mi vieja población, para construir una nueva y nos trasladaron a un lugar provisorio para desarmar todo y quedó nada más que el terreno descampado.

Todo cambia, pero mi padre sigue igual.

Un día fuimos de paseo al kilómetro 10, creo que fue para año nuevo, estábamos tan felices porque iríamos solos, mi madre, mis hermanos, algunos amigos de mi hermano mayor, y mi amiga Viky.

Al llegar por la mañana todo estaba precioso, soleado, con vegetación, y río. Ordenamos las cosas y luego hicimos un partido de fútbol entre todos, nos reímos y bromeamos mientras mi mamá preparaba el almuerzo, todo era una alegría casi de cuentos. El lugar era muy popular en esos años y por la fecha estaba lleno de gente por todos lados, el agua era baja y un largo puente de madera separaba la zona, nosotros estábamos del otro lado del río, disfrutando, sin acordarnos para nada de mi padre, hasta que, en medio de aquella multitud, pasadas las dos de la tarde, él nos encontró.

Al verlo de lejos, el mundo se me vino abajo, el paseo feliz no duró más que un rato, hasta cuestioné a Dios ¿Por qué en medio de tanta miseria, no merecíamos un poco de felicidad?

Venía borracho, buscándonos entre la gente y nos encontró con tanta facilidad que mi angustia se volvió rabia.

Para rematar, mi amiga Vicky, que era muy coqueta, andaba riéndose con un amigo de mi hermano, cuando mi padre se dio cuenta, comenzó a preguntar furioso por nosotras y aunque estábamos ahí, encaró a mi madre de cómplice y alcahueta de aquello, mi madre abrió la boca para defenderse y él se le fue encima levantando el puño con toda su artillería pesada, porque era corpulento, al instante mi hermana mayor se le encaramó por la espalda como un gato, sujetándolo con todas sus fuerzas, mi hermano lo agarró de un brazo y yo del otro, sólo recuerdo que se sacudió de golpe y yo salté rodando hacia la derecha, al levantarnos lo sujetamos otra vez, con una valentía nueva, le dimos batalla, hasta que sentenció de un grito que se terminaba el paseo.

Guardamos todo rápidamente, y nos volvimos a casa, sin haber probado el almuerzo de mi madre, y sin terminar el segundo tiempo de aquel partido tan entretenido.

Con más miedo que valor, esperamos la micro, para volver a la casa, bajo el sol ardiente de enero. En la vida no he vuelto a sufrir tamaño dolor de cabeza, creí que moría, no podía moverme del dolor.

Cuando entramos a la casa, él había llegado antes, estaba sentado en su lugar, con ambas manos entrelazadas sobre la mesa y muy altivo y digno, nos reprochó: “Mis hijos, me han sacado la cresta”. La voz se le quebró al borde de un llanto fingido, porque no podía creer que sus hijos llegaran a ese extremo.

Nadie respondió nada, con la cabeza gacha comenzaron a ordenar todo, mi madre me llevó al hospital Higueras, y nos dijeron que era insolación, más bien creo que era una desolación.

De grandes, adoptamos ese dicho de mi padre, para exigir dignidad o acusar agravio y lo tomamos con gracia “Mis hijos me han sacado la cresta” y nos reímos, pero tal vez aquel suceso fue el que marcó el comienzo de la siguiente etapa de nuestras vidas.

Un par de años después mis dos hermanos mayores se casaron y me agobiaba la idea de que todos terminaríamos yéndonos de casa tarde o temprano y mi madre quedaría sola con él.

Estando instalados en la población nueva, algunos días él llegaba borracho durante la mañana y eso me deprimía, llegó un momento en que ya no lo podía ver, lo odiaba, llegué a pensar que, si él se moría pronto, podríamos vivir algunos años en paz.

Dos años después, el alcohol se lo llevó rápidamente, una mañana comenzó a ponerse mal y corrí por la población en busca de un teléfono para llamar a urgencias, sudaba de tanto correr y no encontraba nada, me comenzó una angustia muy extraña. Cuando llegó la ambulancia, lo acompañé, porque mi madre estaba atendiendo su negocio y no quería ir.

Mi padre se hinchaba cada vez más y más, al verlo sufrir lloré mientras daba vueltas por un largo pasillo, La sangre me avisaba que ese era su final. Al medio día me entregaron en una bolsa su ropa, sus zapatos y el reloj porque lo dejarían hospitalizado, me volví hecha un mar de lágrimas apretando sus cosas en el pecho. Por el camino me encontré con mis hermanos mayores que iban a verlo. A la mañana siguiente, estábamos todos en pie muy temprano, para ir al hospital y mi hermano nos comunica que mi padre murió durante la noche, hicimos un silencio y luego mi madre cayó en la silla llorando y gritando.

Nuestros vecinos llegaron al oír el llanto y rápidamente desocuparon la casa, prepararon y organizaron todo, y antes del mediodía mi padre entró por última vez a la casa, en un ataúd.

Lloré mucho, al recordarlo tan desesperado en esas últimas horas en el hospital, lloré porque en mi rabia, más de una vez deseé su muerte, lloré porque no tuve un padre a quien abrazar y decirle te quiero, lloré por el sentimiento amargo que quedó en mis hermanos hasta muchos años después de su muerte y la rabia de mi madre, que, hasta el día de hoy, nos pide que jamás la sepultemos junto a él.

Muchos años después decidí hablarle a su recuerdo y hacer las paces.

“Quiero decirte que es bueno que nos perdonemos, que por mi parte todo está olvidado, que me perdones por desear tu muerte, que ya puedo perdonar tus noches de vigilia y deseo que donde sea que se encuentre ahora tu alma, puedas encontrar tranquilidad y felicidad. Ahora que tenemos nuestras propias familias, aprendí a quererte de una manera diferente, no hay rencor ni deudas.

Donde quiera que te encuentres querido Nino Cucho.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



GANADORA REGIONAL

PRISCILA IBARRA ESPINOZA

83 AÑOS

CARAHUE

"HASTA PRONTO... CRÓNICA DE UN AMOR FRENTE AL OLVIDO"

2016

Hoy he recibido el diagnóstico que nadie espera. Mi compañero de vida ha comenzado un largo y penoso camino.

El Alzheimer invadió su mente y ha forzado un cambio en nuestras vidas.

Poco a poco va dejando atrás las actividades que llenaban su día a día.

Sabemos que el olvido lleva consigo un constante ir y venir, sin sentido, por caminos nuevos que nacen en su mente enferma.

Son repetidas las conversaciones cargadas de recuerdos de su niñez y adolescencia, que ocupan gran parte de los momentos en que su cerebro se agiliza.

Sale sin rumbo, repartiendo las calugas que siempre lleva entre los «amigos», a quienes cuenta cosas del pasado.

Soy para él la persona que lo cuida, que le da sus remedios y que le entrega un cariño especial, añorando los días llenos de complicidad y alegría que hemos compartido durante treinta y cuatro años.

2017

«Cómpreme usted, señorito, no vale más que un real...» Hoy sonreíste y tus ojos brillaron al escuchar «La violetera». Hasta logré que tus brazos se ondularan al ritmo de la música que llevas en las venas.

Ayer, unas fotografías te recordaron tiempos idos y rostros cercanos. Trajeron a tu frágil memoria alguna historia que te hizo modular pequeños comentarios, que pronto olvidaste. Entonces, tu presente volvió a llevarte a desear el sabor dulce de las calugas o a buscar en tu bolsillo el cigarrillo que ya nadie piensa si es malo o bueno, sino que sacia tus deseos de humo y olvido.

Tu vida ya no es la de hoy, sino la de ayer, con vivencias de juventud, de básquetbol, del Colegio San José y sus canchas, y de los partidos jugados en la Universidad Católica.

Pasaron los días de fútbol, de la selección chilena, de Alexis Sánchez, de alguna película que veíamos juntos. Ahora solo te conformas con imágenes que pasan ante tus ojos, sin sentido, pero que llenan tus horas silenciosas.

El cierre de tu casaca es un desafío constante. Abrirlo y cerrarlo ocupa, una y otra vez, parte de tu tiempo.

Tu sombrero siempre está sobre tu cabeza, aunque estés sentado, leyendo un diario o la primera página de un libro en voz alta. Minutos después ya no recuerdas lo leído, aunque lo hayas encontrado interesante.

Para ti soy una sombra que no puede estar ausente. Me buscas y sonríes al encontrarme; luego vuelves a tu silencio, a tu mundo impenetrable, si es que existe ese mundo.

2018

La tarde se aleja, dejando paso a la penumbra, y la oscuridad acelera mi corazón y llena mis sienes de galopantes latidos. Es esa sensación que el dolor depara, de emociones fuertes como el viento y como la lluvia, que deja caer, a través de mis ojos, sus gotas cristalinas.

Estamos cerca, como el Sol y la Tierra, pero giramos en órbitas distintas. Su mente y la mía recorren caminos diferentes.

Tengo el corazón herido y nadie puede sanarlo. Me hace falta el aura que transmita emociones; que sus ojos digan lo que su cuerpo y su mente sintieron algún día; que sus brazos se abran y reciban mi abrazo. Hoy soy la amiga que vive en su casa, aquella a quien a veces sonríe y que no puede estar ausente.

La tormenta pronto llega a su fin y mi mente ordena que la calma me abrace; que es verdad que no es malo desahogar las penas, y que el sol o la luna se abrirán paso entre las nubes, enviando una luz que aleje de mí la tristeza y mis soledades.

Mayo de 2019

Es su cumpleaños número setenta y ocho. Su mente cansada le impide pensar que la vida le ofrece un año más para seguir acompañándonos con sus escasas sonrisas, sus palabras y sus profundos silencios, disfrutando de sus vicios: dos o tres calugas, o dos o tres cigarrillos...

Hoy no hubo abrazos ni besos de celebración. No los entiende; solo sabe que tiene cuarenta años, y así lo aceptamos.

Seguiremos en su silenciosa compañía durante los próximos días y meses, hasta que vuelva a cumplir lo mismo...

Su nueva vida es parte de nuestras vidas y de la de sus amigos, quienes lo llenan de alegría y de recuerdos de su juventud y niñez. Las tardes de río, los patines y los malones hacen que su corazón lata a mil por hora y que la emoción aflore por unos minutos.

En su rutina diaria camina de una habitación a otra, ensimismado, buscando quién sabe qué en los cajones; o saca de su billetera fotografías y papeles, o cuenta monedas que ofrece por si hay que comprar algo para la casa.

Cada vez sus días duran menos. No hay motivo que lo apresure a salir de la cama. Muchas veces permanece en ella hasta después de almuerzo.

Hoy tengo pena, rabia e impotencia al ver cómo ese monstruo llamado Alzheimer se ha apoderado de ti. Ya no te deja ser el hombre inteligente, sociable, hacedor de cosas, siempre atento y bondadoso que fuiste durante tantos años.

Nadie olvidará tu quehacer cultural, institucional y deportivo.

Maldita enfermedad, que te ha robado la vitalidad, la inteligencia y la sabiduría; que te ha apartado de la comunidad. Ya no habrá un Lalo Fernández hacedor de encuentros de poetas, impulsor de multi canchas y del primer gimnasio del pueblo a través de la DIGEDER; un hombre que aportó durante treinta años su trabajo y sus ideas al Rotary Club, y que se entregó con tanta dedicación al coro polifónico de nuestra ciudad.

Seguirás siendo querido y respetado por quienes compartieron contigo una vida plena de inquietudes y sueños.

2020

Es necesario hacer un mea culpa. El amor, el cariño —o como se llame— encuentran a veces un corazón duro, agotado, enojado, egoísta, porque ya no está conmigo el compañero de tantas jornadas inolvidables: de hijos, de planes, de viajes, de momentos íntimos y también de algún grito que mostraba nuestros desacuerdos, pero que, pasado un rato, permitía que las mentes ajustaran sus criterios y que la linda vida siguiera su curso. Todo eso ya no está, y surgen lágrimas de rabia porque perdí su compañía.

A menudo, mi búsqueda por encontrar una pizca de interés me agota. Sé que estoy exigiendo lo imposible, pero ello va de la mano de la angustia de sentirme sola y de necesitarlo. Alzo la voz, y es una voz dura, pero el amor pronto la transforma.

Entonces llevo mi mano a su rostro para acariciarlo y besar su mejilla.

Su cuerpo ya no le permite moverse, y verlo postrado hace que mi corazón me envíe los mensajes necesarios para apaciguar mi pena y la frustración de no alcanzar el sueño de volver a ser felices como antes.

Se han ido los meses y los años, y llegan las añoranzas del amor compartido y de haber sido cómplices de una vida feliz.

2020

La noche fría, silenciosa y lluviosa me acompaña, hablándome de su viaje, que recién comienza, en busca del amanecer que se convertirá en un día de pasos bulliciosos y todavía somnolientos, o de una sonrisa al hacer el recuento de la jornada que acabó con su llegada.

La vida hay que vivirla porque aquí estamos, pero ya no tiene el sabor de la entrega, del camino que nos lleva a una felicidad sin límites, de abrazos, de pasión, de miradas cómplices y de promesas por cumplir.

Aquí estoy, a su lado, durante su descanso nocturno, velando su sueño. Tomo su mano y, viajando retrospectivamente, volvemos a sonreír, a compartir y a hacer una sola nuestras vidas. Disfrutamos la llegada de quienes son el fruto de nuestro amor y los vemos crecer hasta convertirse en padres de nuestros nietos.

No sé si me ve o si me escucha. Solo su mano se alza, tratando de alcanzar algo que está en el aire y que llama su atención.

Noche a noche seguiré cantándole canciones de cuna, porque ahora es como un bebé. Aunque no logre el descanso pleno, sentiré que cada vigilia será un gesto de amor por los tantos años compartidos.

2021

Un nuevo y solitario despertar en la habitación de al lado. Desde hace unos días, una cuidadora nocturna lo acompaña y me permite descansar.

Antaño, cada domingo esperaba el desayuno en cama que mi compañero me traía. Hoy preparo el suyo, y es allí cuando abandona su eterno viaje: sus ojos brillan mientras dura la merienda y regresa a la nueva vida en la que parece sentirse a gusto, a veces cantando, otras silbando o, simplemente, en silencio, cerrando los ojos para disfrutar de lo que su mente le entrega.

Mis días son como el otoño: grises y cubiertos por una pared de niebla que intento romper dos veces a la semana, en las tibias aguas de una piscina a la que cada día me cuesta más ir.

Hay más personas por quienes vivir, dicen quienes no han estado medio siglo de la mano de alguien a quien se ama de manera especial.

Sentarnos frente a la ventana era uno de nuestros pasatiempos favoritos.

Disfrutábamos del paisaje anaranjado de los atardeceres, de las aguas que corrían río abajo, del vuelo de los patos y los cormoranes, del plácido nado de los cisnes, de las nubes, de la lluvia y del viento.

2021

Ha llegado la noche y estamos entre blancas sábanas, preparándonos para descansar o, tal vez, para ver juntos una película. Tomas mi mano y será una noche de cine...

Es solo un recuerdo, porque estoy sola, en otra casa, y no escucho tu voz ni veo tu sonrisa.

Estás lejos, en una cama de hospital, donde tu cuerpo descansa esperando una respuesta a los fármacos con que te ametrallan, y donde tú no sabes de lugares, de estados ni de ausencias.

Pero yo estaré allí contigo, en un momento mágico. Aunque invisible para los demás, solo tú me verás, me sentirás y me darás un beso. No te dejaré hasta que volvamos nuevamente a casa, y seguirás conmigo hasta que decidas volar a un mundo nuevo, donde me estarás esperando.

2021

Hoy ha sido un día de completa dedicación a mi esposo.

Como siempre, lo afeité, le puse crema y le cambié los pañales. Le di su almuerzo, la once y la comida. Cada tres horas cambié su posición para evitar que aumentaran sus escaras.

Tiene curaciones en el coxis y las caderas día por medio. Hoy ha estado desganado, posiblemente por el dolor que le producen. También hubo cambio de sonda urinaria: una atención larga y cansadora, pero necesaria. Tiene hospitalización domiciliaria.

Es penoso ver cómo tu esposo se va marchitando, producto de los problemas que, día a día, se presentan y por los cuales vienen a controlarlo en jornadas alternadas.

Noviembre de 2022

Ya son las nueve y llega Carolina, la joven que lo cuida por la noche. Entonces me dirijo, como cada noche, a la habitación vecina.

Ya no espero el mañana con ansias ni con nuevas esperanzas. Será un día más de verte con los ojos mirando la nada o escudriñando tu vida nueva. A veces tratas de pronunciar palabras, como si quisieras reanudar tus conversaciones con aquellos con quienes soñabas realizar alguna labor comunitaria, de esas que tanto te gustaban.

Tampoco te escucho decirme lo lindo que encuentras lo que hice hoy, alimentando siempre mi ego y haciéndome sentir, por momentos, grande en todo lo que emprendo.

Marzo de 2023

Un día como hoy, lleno de sol y brisa fresca, nos dimos el «sí» que nos unía como pareja para toda la vida. Ya son cincuenta y tres años cumplidos con amor y entrega.

Cuántas vivencias han quedado en nuestros corazones.

Hoy, al mirar el camino recorrido, llegan a mi mente los momentos compartidos a través de los años: la llegada de nuestros hijos, las vacaciones, las Navidades, sus adolescencias, sus escapadas a la discoteca, la madurez, el trabajo y la búsqueda de una compañera para seguir así el ritmo de la vida, que se repite de generación en generación.

Es un día más, pero contradictorio. Quien ha sido parte de mi vida se está yendo. Lentamente, su conciencia se ha ido apagando hasta llegar a la nada. Sus sonrisas se perdieron; sus ojos ya no me miran, pero está ahí, acompañándome hasta que Dios decida.

Está durmiendo y yo permanezco a su lado, contemplando su rostro amado.

Julio de 2023 — El adiós

Comienza el día, igual a todos para algunos, pero para mí distinto de cuantos he vivido en ochenta años.

Estoy despidiendo a un ser especial, que llenó mi vida durante cincuenta y tres años y ocupó el lugar más importante de mi corazón.

Construimos una hermosa familia: tres hijos que, siendo distintos, han unido sus voluntades para entregarnos amor y dedicación durante los últimos años que vivimos contigo.

Ellos nos dieron ocho nietos y una bisnieta, que llenaron nuestros días de risas, llantos y juegos.

Ha llegado el final de tu vida terrenal y comienza otra, diferente, en tu nuevo mundo. Dejas una huella importante en nuestra familia y en los vecinos de nuestro pueblo.

Ayer y hoy he palpado el cariño, la admiración y el respeto que inspirabas en ellos.

Esposo mío, esto es un hasta pronto, porque sé que me estarás esperando para que sigamos disfrutando de todo lo bello que esa nueva vida nos entregará.

Gracias por acompañarme, quererme y compartir conmigo tantos atardeceres anaranjados reflejándose en el río; la lluvia invernal golpeando los ventanales; las primaveras llenas de luz, prometiendo un verano colmado de flores multicolores.

Cada noche, cuando el sueño me invada, sentiré que tomas mi mano y dormiré abrazada a tu recuerdo.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ALFONSO SALAZAR CONCHA

70 AÑOS

TEMUCO

"LA PÁGINA VACÍA"

Un domingo lluvioso, me levanto temprano, tomo mi café de siempre, no como nada, sólo mi café, mi hija entra a la cocina y me saluda con un beso, con cierta alegría quizás forzada me dice:

- ¡hoy tendremos almuerzo familiar!,

yo algo sorprendido pregunto ¿Qué celebramos?, nos vamos a juntar con mi hermano y nuestros hijos para darte la despedida, recuerda que el próximo martes tienes que ingresar a la casa hogar, está todo listo y esperan tu llegada. Tan inútil soy, pienso, seré una "carga" pesada para ellos que me llevan a un "asilo", y ni siquiera seré carga para ellos porque además la mensualidad se pagará con mi jubilación. Dicen que voy a estar mejor, que tendré buena compañía, que compartiré con personas de mi edad, que tendré asistencia médica con enfermeras, kinesiólogo, etc.., rica comida, habitación compartida con otro señor que no conozco y no sé qué costumbres tiene, pero según ellos voy a estar bien. Pasado mediodía llegan mi hijo y los nietos, mi hija había preparado un picoteo y unos tragos que yo no conocía, el almuerzo era un asado al horno, carne de vacuno, pollo y longanizas, diferentes ensaladas y la que más me gusta ensalada de papas, zanahoria, cebolla y perejil algo parecido a una ensalada rusa. Todos sentados, mi hijo hace el brindis, levanta su copa y dice

- "Por el papá", recuerda que te vamos a ir a visitar todas las semanas, dice muy convencido, pero yo sé que no será, si acá en casa de mi hija con suerte vino tres veces en el año. Mi nieto mayor también asegura:

- "Estaré pendiente para cualquier cosa tata", pero si ni siquiera me llama por teléfono, y todos al unísono.

- "Te queremos tata", los miro, levanto mi copa y bebo un sorbo de vino, la carne está blanda, la ensalada rica como la hacía mi vieja, de reojo voy mirando a cada uno, nadie habla, todos pendientes de su teléfono sin darse cuenta lo que echan a su boca. Tal vez sea bueno que me vaya a ese hogar y pueda hacer más ameno el almuerzo o la once. Quizás los otros residentes del hogar vivieron lo mismo que yo ahora, o sintieron un vacío tan profundo que invita a la soledad, a querer huir, a buscar una palabra, una caricia lastimosa que me haga sentir que pertenezco a algo parecido a una familia. Ya terminando de almorzar de a uno se van levantando de la mesa, mientras bebo otro sorbo de vino, mi hijo y mi nieto menor van al cuarto de estar a ver un partido de fútbol, mi hija y mi nieta se preocupan de retirar todo de la mesa, y quedo solo con mi taza de café, con mis recuerdos, con mi historia que en unos días va a cambiar de página, sin saber cómo llenarla, o porque quizás

me siente frente a una ventana a mirar el jardín. Llega el esperado día, tal vez para mi hija sea más importante, son las ocho de la mañana y tiene todo preparado para partir, en mi bolso de mano echo la foto que estamos con mi viejita y otra que están mis dos hijos con los nietos. Lo más valioso que llevo está en mi memoria, lo hermosa que fue mi vida junto a mi esposa mientras estuve con ella, los grandes momentos y los difíciles que con su amor infinito hacía que no dolieran tanto, tal vez deba conformarme con eso ya que no se si el espacio que tenga sea suficiente para guardar mi vida. En el hogar nos sale a recibir la directora, una dama muy correcta y formal, creo es doctora, mi hija entra a la oficina a formalizar mi ingreso, mientras una señorita toma mi equipaje y me dice: - "Por favor acompáñeme" caminamos por un corredor algo frío y al mirar por el ventanal visualizo unas personas sentadas en medio de un jardín, conversando, otro señor leyendo, otra señorita camina junto a una señora que lleva tomada del brazo. Me hace ingresar a la que será mi "casa", una habitación con dos camas, baño privado y todo para dos personas, me da elegir que cama o que lado prefiero para instalarme, al parecer por ahora estaré solo. Y seguimos el recorrido en mi nuevo "hogar", terminando en el jardín donde soy presentado a los otros residentes. De pronto aparece mi hija a despedirse, me da un abrazo y un beso en la mejilla asegurando que no me preocupe, que todo va a estar bien diciendo

- "Nos veremos pronto", y la veo alejarse rápidamente como queriendo escapar, como tratando de esconder la culpa por abandonarme en este "asilo", porque eso es, algunos más acomodados lo llaman "hotel", pero también hay otros clandestinos, en el fondo todos son asilos de ancianos. Allí se deshacen de un problema, una preocupación menos, ya que como en este caso es pagado, debieran darme todo lo necesario para tener un buen pasar y en un futuro quizás no muy lejano una muerte tranquila. Termino de acomodarme en la habitación cuando aparece una señorita, de color.

- ¡Don Enrique lo vengo a buscar está listo el almuerzo!, ella con una sonrisa dejaba ver la blancura de sus dientes y me acompaña al comedor. Una gran mesa, con un mantel de hule propio en este caso por si alguno de los comensales derrama comida o un vaso de jugo, los servicios bien puestos para nueve personas, en la pared un televisor gigante daba las noticias de siempre, que un portonazo, otra vez los parlamentarios no se ponen de acuerdo y los goles del mundial. La comida parecía buena, a una señora en silla de ruedas Herminia, la niña de color le daba su papilla en la boca, la señora solo sonreía. Termino mi comida y pregunto a Herminia.

- ¿Tienen café?

Sí don Enrique, - ¿pero usted puede tomar? porque hay que ver las indicaciones médicas dejadas para usted, me dice, y va hacia la cocina. Al cabo de un rato vuelve con una taza café servido.

- ¡Ahí está el endulzante, vea usted cuantas gotitas le echa!

-Gracias digo y lo pruebo, ella se da cuenta por mi cara de desagrado que no me gustó.

- ¿Qué paso, no le gusta el café de trigo?

Muy sereno le hago saber que no, que prefiero un café de verdad, a lo cual me responde que para los "internos hay solo ese o si prefiero puede ser una taza té. Quedó pensando en esa palabra "internos", la cual resulta muy dura, demasiado fría, para referirse a unos viejos que de una u otra manera tienen que atender y servir para que puedan tener un mejor pasar el poco tiempo de vida que les quede. Dejo la taza servida y salgo al jardín, algo molesto, necesitaba un café, por gusto o tal vez por costumbre, también fumar un cigarrillo formaban parte de mi rutina diaria. En el sector más alejado me siento y prendo mi cigarro, miro alrededor y voy descubriendo las diferentes especies de plantas y un par de árboles que completan el jardín. Se acerca el señor que había visto leyendo, extiende su mano y se presenta,

-Buenas tardes soy José Antonio.

-Enrique le contestó y se sienta a mi lado, sabe me dice tengo unas ganas locas de fumar.

- ¿Usted me regalaría un cigarro?

mirándolo le ofrezco mi cajetilla, sus ojos le brillaron al verla y con mucho cuidado saca uno y lo enciende, no sé cómo describir la expresión en su rostro cuando dejó salir el humo lentamente entre sus labios, era felicidad o deseo contenido quizás por mucho tiempo, tal vez no tenía para comprar, o simplemente para él era algo prohibido. Y comenzamos a conversar de su vida, de la mía, y nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común, que nuestros gustos eran similares, que yo era viudo hace tres años y el hace dos, que él tenía tres hijos y yo dos, nos reímos de nuestras historias de juventud, de las experiencias en el trabajo y más. No nos dimos cuenta cuando Herminia llego a buscarnos.

-Está lista la once, nos avisa.

Era algo así como once - cena, todos los días a las siete de la tarde, y nada más hasta la mañana siguiente a las ocho que servía el desayuno. Después vimos algo de televisión y a las diez nos mandan acostar. La cama resulta muy cómoda y blanda, comienzo a mirar el techo tratando de hacer sueño y poder dormir. A la mañana siguiente desayunamos todos juntos y comienza una conversación que poco a poco relata la forma y razón porque llegaron a este hogar. De las diferentes historias incluyendo la mía resultaron muy similares, de hecho, la señora en silla de ruedas todos los días espera que vengan sus hijos diciendo:

-Hoy si van a venir, y las encargadas del hogar la consuelan.

-Apenas lleguen le avisamos señora Rita,

y me quedo pensando, miro uno a uno y en mi mente se abre “la página vacía” que empiezo a escribir desde ahora. Y así comienzan a pasar los días, una semana, un mes, un año y más comprendo a la señora Rita y los demás, mi hija vino dos veces en un año y mi hijo llamó cuatro veces, pero no vino, los nietos se limitaban a enviar saludos. El tiempo fue pasando y comprendí la realidad de muchos viejos que como nosotros vivimos una familia diferente. Y me hace sentido lo que pensé una vez: Cuándo fui a la consulta del médico hablaron de mí, y no conmigo Cuando en el restaurante le preguntaron a mi hijo “que iba a tomar yo”, la última vez que fui. Porque nos convertimos en un adorno caro y no saben dónde ponernos Y no es que nos ignoren, sino que actúan como si no estuviéramos. El número que tenemos dentro de la sociedad lo van borrando poco a poco. Por eso cuando vean un viejo sentado frente a una ventana mirando cómo ese jardín florece, tal vez mañana o la semana siguiente lo verán sentado nuevamente frente a la ventana mirando como ese jardín se seca. En esta sociedad tan impersonal y desechable no nos vean como un envase vacío, “no nos hagan sentir, como un envase vacío”.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

INGRID MATHILDE SZURGELIES SELENT

73 AÑOS

NUEVA IMPERIAL

"UNA HISTORIA QUE NO TIENE FIN"

Nací en Alemania, en la post guerra, el día 4 de marzo del año 1953. Mis padres fueron refugiados de guerra, ambos padres provenían de familias muy religiosas. En Alemania, mi madre ya fue seguidora del pederasta Paul Schäfer, desde antes que yo naciera, quien se mostró como semidiós. Al principio mi padre no estaba convencido de seguirlo, pero después los cercanos de Schäfer lo conquistaron.

Desde que tengo recuerdos me hablaban del tío Paul. Con cinco o seis años yo estaba sentada en las piernas de Schäfer, mientras él hablaba con un grupo de niños varones.

Mis padres entregaban sus bienes a Schäfer, sus hijos y su propia voluntad, después le siguieron a Chile.

No recuerdo haber recibido nunca un abrazo de mis padres.

En 1962 yo tenía nueve años, vinimos en barco a Chile, en el viaje, pude ver cómo separaron a los niños y niñas pequeñas de sus madres. Una mujer de aproximadamente veinte años era la encargada de separarlos, cumpliendo la orden dada por Schäfer, pude ver a un niño rubio que recién caminaba, gritando desesperadamente por su madre, no había opción de continuar cerca de ella, entonces recibió golpes en respuesta a sus gritos, esta situación fue muy chocante para mí. Las mujeres jóvenes encargadas ordenaron a las madres lavar ropa, pude ver que eran montones grandes de ropa que lavaban a mano, casualmente pude ver que ahí entre las mujeres estaba la madre del niño rubio que había visto separar de su madre. En total en el barco, fuimos un grupo de más de treinta personas, todas bajo el mando de dos mujeres jóvenes solteras.

Una vez en Chile, fuimos trasladados en un camión tapado con carpa, al fundo El Lavadero, ahí, casi todos los días tenía que trabajar, peinar y ayudar a las niñas más pequeñas, sacar piedras del campo y camino, lavar trigo en el río y tantos otros trabajos. Cuando después de dos años, empezaron las clases informales, pude relajarme, porque el colegio era mucho menos forzado que los trabajos. A veces nos sacaron de la sala de clases, para cortar cardos en el campo. Cuando tenía catorce o quince años, nos dijo una profesora, "Los machos fertilizan a las hembras". Un alumno preguntó. "¿Cómo funciona esto?". La profesora no lo pudo contestar. Esta pregunta me guardé hasta que tuve mi primera relación, con 48 años.

Mi niñez y juventud estuvo acompañada de castigos físicos, azotes con correa, palos y bofetadas. Las razones que recuerdo fueron, tomar agua de un estero, ensuciar mi delantal, andar con zapatos

rotos sin avisar, mirar por la puerta abierta cuando pasó un joven, en otra ocasión por chocar con un joven por casualidad. Una vez eché ceniza que todavía estaba caliente, a un montón de estiércol, ya salió humo, entonces un veterano de guerra me dio bofetadas, hasta que mi cara quedó muy hinchada.

En la casa donde dormían los niños, había una pieza para enfermos, un día vi a mi mamá en bata, yo pensé que estaba enferma, pero no me acerqué a ella, de repente ella me llamó y me preguntó, "¿Quieres ver a tu hermanito? Mañana te voy a mostrar, pero no se lo digas a nadie" Me fui, subí la escalera a nuestro dormitorio, una compañera mía de once años, (igual que yo), me dijo, te ves tan alegre, parece que tu mamá tiene guagua. Yo no dije nada. Los próximos días, mis compañeras seguían preguntándome si mi mamá tenía guagua. Al fin dije que sí. Una de mis compañeras se lo dijo a mi hermano mayor, mi hermano se lo dijo a Schäfer, él me citó a mí, me propinó muchos palmetazos, mientras gritaba, "Tú eres una cerda". Los últimos palmetazos recibí, cuando tenía 33 años.

Una vez, cuando tenía nueve años, vi a una mujer, ella tenía un palo de bambú en la mano derecha, este era más alto que ella misma, en la otra mano, llevaba a una niña de tres años que gritaba, sabiendo que va a recibir golpes con este palo.

Tenía apenas nueve años, cuando toqué el polvo acumulado en el auto de Schäfer, y recibí golpes en toda mi espalda, con un colgador de ropa. En otra ocasión, una mujer me tiró las trenzas, tantas veces con mucha fuerza, que perdí la mitad de mi pelo.

Cuando tenía 21 años, me decidí ser pediatra, tenía ese sueño, que nunca pude realizar. Schäfer decía, ustedes son todos egoístas, porque no piensan en los pobres, yo quería ayudar, de alguna forma yo también hacía eco de las palabras de Schäfer.

Yo le dije a Schäfer que quería estudiar pediatría, él dijo, "Vamos a conversar". Unos días después tuvimos ensayo de coro en la noche, como a las once de la noche, tuve fuertes dolores de muela, después me desmayé, al día siguiente en el hospital me entregaron un montón de remedios, que me produjeron una profunda somnolencia, a tal punto que tenía que mover los brazos, para no dormir caminando, poniendo toda mi fuerza de voluntad en esta lucha por mantenerme despierta. Yo sentí en mi corazón que ninguna otra mujer de la Colonia, tenía esta fuerza de voluntad, lo siento hasta hoy día.

Yo misma conocía los remedios comunes al haber ayudado en el hospital anteriormente, revisé pastilla por pastilla, hubo un medicamento que no conocía, fui al hospital y confronté a la enfermera mayor, le dije, este medicamento me produce tanto sueño que no sé cómo mantenerme despierta, a lo que ella me contestó, "Tienes que acostumbrarte". Este medicamento fue, fenobarbital. En ese tiempo, no tenía idea cuál era la razón por la que tenía que tomar este medicamento, solamente tenía que obedecer. Esto sucedió en 1974, ahora haré un salto en el tiempo, hasta 2001, cuando me encontré con mi novio Franz Baar, él de repente me preguntó si tomo pastillas, le dije que sí, entonces él dijo, ¿Qué clase? Y ¿Para qué? No supe qué contestar, él dijo, "¡Deja eso!. Solamente, quieren hacerte daño". La doctora de la

Colonia me dejó sentir que era por mis múltiples desmayos, que sufrí por exceso de trabajo, entonces la confronté, y ella aumentó la dosis. Yo le obedecí a Franz y dejé esas pastillas de un día para otro, y nunca más las tomé. Unas semanas después, la doctora me citó y yo fui, llevando una bolsa de pastillas que ya no tomaba, entonces ella se asustó, me dijo, "Sabes, tú tienes una epilepsia, antes no quisimos decírtelo, debes tomar estos medicamentos". Yo dije, ya no tomaré más. En 2005, viviendo con Franz, fuera de la Colonia, me hicieron en Santiago un electroencefalograma, y el médico me dijo, usted no tiene y nunca tuvo epilepsia. Cuando se supo esto en la Colonia, una enfermera joven dijo, "Sí, ella sí tuvo ataques de epilepsia" A todo mi entorno le hicieron creer que algo mental no está bien conmigo, me sentí muy discriminada.

Franz, fue bautizado el 15 de octubre de 1954, con el nombre de Francisco del Carmen Morales Norabuena, entró con diez años a la Colonia, yo tenía once años. La familia de él vivía en extrema pobreza, la madre, analfabeta, e incluso mal de la cabeza a causa de los malos tratos que recibía del padre alcohólico. Francisco, fue consciente de la realidad, siendo un niño pequeño. La familia habitaba en una sola pieza, él se daba cuenta que, estando el padre presente, otros hombres iban a dormir con su madre por dinero, todo esto acordado por el padre, quien obligaba a su mujer a prostituirse por necesidad.

En la Colonia, le cambiaron el nombre Francisco a Franz. Siempre me impresionó el corazón tan puro de Franz, tan noble, era algo insólito para mí, a pesar de venir de una realidad tan cruda, tan dura, de un origen tan sórdido, su corazón se mantenía prístino. Era el hombre de mis sueños. Él quería a su padre, amaba a toda su familia, para su madre fue el hijo favorito, ella pensó que tendría una mejor vida en el internado de la Colonia. Llegó a ser un carpintero de excelencia, sus mejores lecciones fueron observando a carpinteros alemanes, mientras era adolescente. El sueño de Franz, era hacer el servicio militar, pero a todos los jóvenes se les prohibió inscribirse para el servicio militar.

Cuando Franz tenía quince años, un día participaba de una competencia de canto, y una niña dijo algo a Schäfer, algo inocente, pero a él le molestó, entonces pidió a Franz que le diera una bofetada a la niña, dijo en alemán, "¡Flatsch ihr eine! Lo que significa dale un fuerte palmetazo, Franz, se acercó a ella, pero no pudo cumplir la orden, no fue capaz, solamente tocó su cara con cariño, esto enfureció a Schäfer, entonces fue apartado y torturado, por dar ejemplo de misericordia. El castigo fue recibir infinitos azotes con cables eléctricos, que fueron propinados por doce jerarcas de la Colonia, incluido Schäfer. La razón fue, haber robado las llaves del dormitorio, incluyeron un testimonio de un testigo falso para acusarlo y tener una excusa para el castigo. Los azotes terminaron cuando Franz sangró fuertemente de la parte de atrás de la cabeza, le llevaron a la ambulancia que esperaba afuera.

A partir de esta paliza, Franz, tuvo su celda en el hospital de la misma Colonia. Hubo un tiempo en que no se veía a Franz, simplemente no estaba, cuando apareció, se veía pálido y siempre andaba acompañado de un vigilante, su cama, su celda siguió en el hospital, nunca andaba solo, le buscaban para trabajar, luego lo devolvían para dormir, estaba totalmente encarcelado.

Le usaron como conejillo de Indias, le inyectaron drogas ilegales, mezclaban pastillas molidas en la comida, e incluso le inyectaron algo en los testículos, que nunca nadie explicó. Cuando andaba fuera del hospital, fue siempre vigilado por un hombre armado. Ya no participó más en clases, fue obligado a trabajar en carpintería, en construcción y mueblería. Durante muchos años me pregunté qué hizo Franz, por qué el castigo nunca termina. No se podía preguntar, solamente observar y guardar.

Franz, era una persona tan íntegra, tan especial. Cuando lo conocí fue en una caminata en el mes de abril del año 2001, fue a orillas del río Ñuble, en esta caminata me enamoré de él, hablamos poco, pero fue su mirada la que conectó profundamente conmigo, además que él era el guía innato de esta caminata. En ese mismo año, el día 22 de agosto, Franz fue enviado por su maestro a hacer un trabajo en la quesería donde yo trabajaba. Cuando terminó este trabajo, me pidió que entre en la pieza donde puso unos estantes, me pidió que cerrara la puerta, me dijo, yo he sufrido mucho, yo le contesté, yo sé, él me dijo, "Te pido que seas mi mujer para siempre, que nos apoyemos mutuamente". Yo dije, no puedo decir que no. Desde este día en adelante, nos encontramos en las noches, en una pieza de la quesería, donde compartíamos para conocernos.

Un día me preguntó si participaba de los rezos diarios, que se hacían en los mismos subterráneos donde se azotaba, le contesté que no, que participaba muy poco, él dijo, "¡Bien hecho!". "Cada palabra que sale de tu boca, tiene que ser oración" Yo, también agrego a estas palabras, cada cosa que una persona hace tiene que ser oración, él fue tan puro…

Lamentablemente, esto no fue todo, la segunda tortura que sufrió Franz, permanece nítidamente en mi memoria, él tendría unos 19 años. Franz me contó que un día entró la doctora en su pieza y le inyectó un medicamento, y le dijo, cuenta hasta diez, él solo recuerda haber contado hasta cinco. Cuando despertó se encontró en la misma cama, con el cuerpo destrozado, le ordenaban la cama, cerraron la puerta con llave, no recuerda cuánto tiempo estuvo encerrado. Un día la enfermera mayor, abrió la puerta, y casi cayó de la impresión, al sentir el olor a putrefacción. Después, una enfermera que sirvió en la segunda guerra mundial fue la encargada de solucionar el desastre que había con el cuerpo herido de Franz. Más adelante, Franz preguntó a una enfermera joven con quien tenía confianza, ¿Qué pasó conmigo? Ella contestó, el día cuando la doctora entró en tu pieza con la jeringa, después que ella salió, entraron unos jerarcas, por muy corto tiempo y salían. Bajaron la escalera y subían a Franz, quien estaba inconsciente. Le dejaron en la misma cama, en la celda. Más adelante, cuando pudo moverse un poco, Schäfer lo acusó de intento de suicidio. Mientras estuvimos en la Colonia nunca me contó que lo habían botado por la ventana, él nunca acusó a nadie, pero era imposible que él se moviera por sus propios medios si estaba dopado. No me cabe duda que ellos lo lanzaron por la ventana. Es lo que pensé, cuando los detectives me preguntaron si yo creo de verdad que Franz cayó por la ventana. Yo pensé un poco y contesté, imposible que cayó, porque estaba dopado, tienen que haberlo tirado.

Nos casamos por el registro civil, el 7 de noviembre de 2001, en Catillo, no tuvimos fiesta, ni anillos, nadie podía impedirnos

estar juntos, ahora estábamos casados, pero seguíamos viviendo en la Colonia. Después Franz, trabajó conmigo en la quesería, porque yo estaba físicamente quebrada, así él me ayudó a evitar el colapso con su ayuda.

Este episodio que contaré a continuación ocurrió en abril de 2003, en la quesería donde trabajé más de 16 años, esperábamos, mis padres, Franz y yo, la llegada de la policía de investigaciones, para sacarnos definitivamente de este infierno, donde sufrí más de cuarenta años. Cerca de medio día, vino un furgón, subimos con lo puesto y nuestros documentos de identificación. Al salir por el portón de entrada, en este caso salida, miré atrás, vi una mujer retirándose y pensé, ya no voy a verte más. Dejé todo atrás, mi trabajo, mis hermanos, los compromisos de callar. Estaba libre. Pero vivir en libertad, no fue fácil, sin recursos porque nunca recibimos sueldo por nuestro trabajo. Viajamos juntos hasta Chiloé, con personas de la Policía de Investigaciones, para buscar un lugar dónde vivir, de repente un canal de televisión alemana, nos pagó un pasaje de ida y vuelta a Alemania, en el mismo año 2003. Franz y yo, vivimos dos meses y medio en Alemania, en casa de parientes, pero no tuvimos ninguna noche una buena cama. Volvimos a Chile, hemos vivido en diferentes lugares, en condiciones muy precarias, en carpas, bajo nylon, en rucas improvisadas, o medias aguas. Criamos gallinas, pavos y conejos, solamente teníamos luz de vela o de grasa de vacuno. Usábamos agua de lluvia o de pozo para consumo y para regar la huerta. Fuimos engañados por una pareja de lecheros, trabajamos ocho meses, en ordeña y fabricación de quesos, sin recibir sueldo, de repente nos despidieron, que no nos necesitaban más.

Cuando no podíamos seguir en un lugar, por condiciones climáticas y falta de recursos, nos prestaron dinero y fuimos a Santiago, donde nos recibió el abogado Hernán Fernández, quien nos ayudó en todo. En 2011, Franz recibió una jubilación de gracia, la vida ya fue un poco más fácil. En el mismo año, salimos de Santiago, por la contaminación, vivimos nuevamente en carpas, o rucas improvisadas. Nos cambiábamos a cada rato de lugar para vivir. Franz se enfermó gravemente, nos desarrollamos como expertos en sobrevivencia. En 2016, don Hernán Fernández, nuestro abogado, nos compró tres hectáreas al Norte de Coyhaique. Allá hemos vivido seis años, Franz sufrió un accidente cerebro vascular. Cuando ya pudo caminar con dificultad, nos cambiamos con ayuda a Nueva Imperial. Franz, no se recuperó, me gritó mucho, por los daños que le hicieron en Colonia Dignidad. Yo sufrí mucho con Franz, hasta que falleció en junio de 2025, pero en todos estos años, 22 años fuera de la Colonia Dignidad, ni un segundo tuve ganas de volver a este lugar.

Ahora quedé sola, con trauma…

El 17 de octubre de 2025, me asaltó un perfecto bandido, nos abrazamos y nos besamos, una nueva vida está comenzando, con mi nuevo amor.


REGIÓN DE LOS RÍOS

GANADORA REGIONAL

NÉLIDA DEL CARMEN MUÑOZ GATICA

63 AÑOS

RÍO BUENO

"LA NOCHE DE SAN JUAN"

Estábamos todos los más pequeños sentados alrededor de la "mesa del pellejo" como gatos mirando a la carnicería, esperando a que nos sirvieran el almuerzo.

A nosotros no se nos permitía compartir con los mayores. Así eran las costumbres en ese tiempo. Mientras nos servía nuestros humeantes platos, mamá nos daba las instrucciones de lo que teníamos que hacer cada uno más tarde, una vez que termináramos de servirnos toda la comida, porque rara vez se nos permitía regodearnos. Nosotros respondimos al unísono, casi militarmente:

- ¡Sí, mami!

Estábamos a veintitrés de junio, en vísperas de San Juan, y esa noche era muy especial para todos, ya que el veinticuatro es el día en que se celebra el nacimiento de San Juan Bautista, esto lo supe cuando ya estuve grande, antes solo celebrábamos la noche de San Juan como una tradición donde los menos apegados a las creencias religiosas solo lo veían como una oportunidad de comer hasta quedar con el "ombligo parado". La conmemoración de esta festividad tenía bastante trabajo previo, todo para que al día siguiente los comensales disfrutáramos engullendo a destajo las exquisiteces que se servirían, ya que como familia éramos un número importante, incluyendo las visitas que nunca faltaban.

Recuerdo que mi madre tenía por costumbre hacer empanadas de pera y panes de huevo para esa fecha, pero los platos fuertes eran, sin duda, los porotos con mote de maíz y el famoso estofado, que incluía distintas variedades de carnes. No menos importante, para nosotros, los niños, era hacer las distintas pruebas, que se realizaban la noche antes de la comilona. Algunas de las cuales eran: papelitos con tinta doblados en cuatro, papelitos con nombres (de mujer o de hombre, dependiendo de quién la hiciera), la del gallo, la del lavatorio con agua y un espejo, la de lavarse en la madrugada con agua bendita, y así un sinnúmero de pruebas que se realizaban a las doce de la noche del día veintitrés.

Regresemos a ese día. Transcurrido el almuerzo mi madre nos hizo el recordatorio cuando vio que estábamos en plena cháchara de sobremesa, en la cual todos daban su opinión sobre las pruebas que haríamos esa noche. "¡Ya pues, dejen de batir tanto la lengua y muévanse rápido, carambas!... Por Dios estos mocosos que les gusta empatarlas antes de salir a hacer los mandados…, los días están cortos y se oscurece temprano, pero

después para comer se les hace chica la boca" -, luego, como si no hubiese sido suficiente, se dirigió a mis hermanos Tito y Nano: "Recuerden traer bastante leña, y cuidadito con andar peleando o les voy a cascar a los dos por igual". Para eso era buena la viejita, cuando comenzaba a castigar no terminaba muy pronto, y tocábamos casi todos, justos y pecadores, unos porque se lo merecían y los otros por burlarse. Les hizo esa advertencia a mis hermanos porque a la primera de cambios se agarraban del moño, y Nano, al que le decían el Quique por lo mañoso, era más pequeño, pero casi siempre dejaba llorando a Tito, que era más cobarde y llorón. Pero mamá todavía no terminaba: "Y se apuran ya que tengo que pelar el mote de maíz para los porotos, y aparte de eso calentar el agua para pelar las aves". "¿Qué culpa tienen las pobres aves para ir a parar a la olla?" - me preguntaba - "...si ellas no tienen idea de la noche de San Juan".

A mí las carnes no me gustaban mucho, a excepción de la carne asada, y mis presas preferidas del pollo eran las patas y el contre o también llamado rique, supongo que, porque tenían poquito que comerle y me entretenía chupando los deditos de pollo, pero el resto de la familia eran todos buenos para el diente.

Tito y Nano se fueron a buscar brazadas de leña.

Luego comenzó el sacrificio de las aves. Menos mal que ellas no se daban cuenta de nada, pensaba yo, de lo contrario se hubiesen escapado cuando se acercaba la fatídica fecha, y el estofado habría sido solo a base de cebollas, y nos hubiésemos tenido que conformar con el plato de porotos con mote de maíz que se servía como segundo plato para contrarrestar la gran cantidad de grasa que contenía el estofado. En fin, ya no había nada que hacer. Mi madre les tiró trigo a las gallinas y empezó a gritar: "¡Tiqui – tiqui – tiqui - tiiiii!" ..., ellas ya conocían ese llamado cuando las alimentaban con grano, así que comenzaron a aparecer corriendo de distintos lados. Mamá comenzó a separar las aves junto a sus ayudantes, que éramos mi hermana Charo y yo; nosotras debíamos atrapar a las gallinas sentenciadas a muerte, corríamos detrás de ellas con la lengua afuera porque eran bastante lobas, seguramente debían presentir que para algo bueno no las queríamos, por eso se escondían, y muchas veces caíamos de bruces en el suelo quedando todas embarradas, hasta que lográbamos nuestro cometido, azuzadas siempre por los gritos de mamá. Por otro lado, ella ya tenía entre sus manos un ganso con la cabeza colgando, al que luego aplastó contra el suelo poniendo un palo atravesado sobre el cogote y pisándolo en los extremos, una vez inmovilizado, tiró del cuerpo del ave hacia arriba, "destungándolo"; antes de eso el ganso aleteó desesperado, haciendo flamear sus polleras; después lo dejó colgando de un clavo a la espera de ser sumergido en el agua hirviendo para sacarle las plumas. Enseguida le tocó el turno a un pavo, y a continuación, la matarife de aves les retorció el cogote a las gallinas condenadas.

Ya estaban listos los plumíferos que irían a parar a la gran olla de fierro dispuesta para cocinar el estofado, que consistía en: gallinas, un ganso, un pavo y pajaritos que mis hermanos habían cazado para la ocasión, carne ahumada de cerdo, longaniza, cuero de chancho ahumado, porque, como dije antes, esto era un gran acontecimiento, aunque a nadie les

preocupaba qué se celebraba realmente, solo se decía que era el día de los Juanes y había que celebrarlo con una gran comida, aunque en mi familia no había nadie que llevara ese nombre, a excepción de un tío que rara vez se aparecía por nuestra casa.

Cavilaba en eso mientras me entretenía sacándole el cuerito a una pata de ganso hasta dejarla bien descuerada. Junto a mis hermanas mayores ayudábamos a desplumar a las aves, sumergiéndolas en agua caliente para soltar las plumas. Para realizar la faena del desplume, nos habíamos sentado en un corredor de la casa.

Mi madre, después de acabar con las aves, se fue sin ningún cargo de conciencia a la cocina a preparar la masa para las empanadillas de orejones de pera, los que previamente había cocido y molido en el molino. En un rincón, sobre una mesa, estaban leudando unos panecillos dulces de huevo; en un descuido fui a levantar el mantel con que los cubría para comprobar si se había olvidado o no de hacernos esos con forma de niños, que siempre nos preparaba; una vez que me cercioré de que no lo había olvidado (esto hubiese sido muy triste para nosotros, los niños), ella me sorprendió fisgoneando y me dijo: "¿Qué anda haciendo la intrusa?". "Nada, mami, solo miraba" - le dije, esgrimiendo una sonrisa bobalicona, y me fui corriendo a desafiar a mi hermana Charo para ver quién dejaba más limpias las patas de las gallinas, o del pavo o del ganso, que al día siguiente serían despresados y puestos en capas dentro de la olla: primero se colocaban las carnes más duras en la parte de abajo, luego venía una capa de cebollas partidas en cuatro, enseguida otra capa de carne de ave, el cuero de chancho y otra de cebollas, y así sucesivamente, para terminar agregando, en la parte superior, las carnes más blandas, que era la de los pajaritos y la longaniza; al final se cubría todo con la última capa de cebollas, se condimentaba bien y se le agregaban ciruelas o guindas secas.

Llegó la noche de ese día agitado y ya estábamos armados de papelitos y tinta china (si no teníamos tinta, sacrificábamos algún lápiz de pasta para suplir su falta): colocábamos unas gotitas en un trozo de papel, luego los doblábamos en cuatro y los dejábamos bajo la almohada para sacar al día siguiente solo uno de ellos. Mis hermanas más grandes (Cristina, Panchita y Charo) hacían papelitos con nombres de hombres, para saber cómo se llamarían sus futuros esposos, y lo hacían a escondidas, porque si las pillaba mi madre ahí mismo que les caía la rocha y ¡zuácate!, venía el sermón: "¡No se les seca ni el ombligo todavía y ya andan pensando en casarse!" -. Como se dice ahora, los viejos le ponían mucho color a cualquier insignificancia.

Siguiendo con las pruebas, mi padre también nos contaba que la higuera florecía a las doce de la noche, y el que lograra tomar la flor que brillaba como el oro, dejaba de ser pobre para siempre; o quien quisiera aprender a tocar la guitarra debía sentarse bajo este árbol con la guitarra en mano; la verdad, muchas ganas de aprender a tocar la guitarra pudimos tener, pero nunca nadie se atrevió a hacer estas pruebas. Lo que sí recuerdo es que en una ocasión hicimos la prueba del gallo, para ello debíamos sentarnos en círculo, esto se hacía con puros jóvenes casaderos o en "edad de merecer", como se decía; el hecho es que yo también me colé en el círculo para aumentar el número, debía tener unos once años en ese entonces; para

empezar, colocamos, cada uno frente a nosotros, un montoncito de trigo, luego alguien fue a buscar al gallo, que estaba en pleno sueño el pobre, y lo colocaron al centro del círculo, se supone que al montoncito de trigo que primero iba a picotear, ese sería el primero en casarse; mi sorpresa fue mayúscula cuando el somnoliento y estúpido gallo, después de dar unas vueltas todo desorientado, se fue derechito a picotear en mi montoncito de trigo, todos rieron y comenzaron a decirme: "Serás la primera en casarte… lero, lero" -. Sentí tanta rabia contra el gallo que lo agarré a patadas y tuvieron que quitármelo, y para más remate me puse a llorar, pues yo no quería casarme nunca. Al día siguiente seguía enfurruñada con el gallo.

También estaba la prueba de las papas: la papa pelada, la peluda y la a medio pelar: para ello se tiraban las tres papas bajo la cama y había que sacarlas a oscuras; dependiendo de la papa que sacaras, así sería tu futuro económico durante un año. Esto me hace recordar una anécdota de un vecino, cuando hizo la prueba de las papas. Antes debo mencionar que, en las casas de campo, donde no hay baño en el interior, se acostumbra a dejar una pelela o bacinica bajo la cama para hacer pipí en la noche; a este práctico artefacto también se le llama la "cantora" por el ruido peculiar que emite al orinar en su interior, sobre todo si son de porcelana. Continuando con la anécdota, mi vecino tiró las papas bajo la cama y, cuando quiso sacar el tubérculo que sellaría su suerte por un año, lo primero que hizo fue meter la mano dentro de la pelela, la que para su mala fortuna estaba a medias de ese fluido amarillento y nauseabundo; de inmediato se fue a lavar las manos sin saber si reír o llorar, y su hermana, para burlarse de él, le dijo que eso significaba que sería hediondo toda su vida.

Otra de las historias que se contaban sobre la noche de San Juan, era que, a una cierta hora de la madrugada en los ríos o esteros, no corría agua sino vino, y que en otra hora corría agua bendita, para verificar la ocurrencia de tal prodigio había que levantarse de madrugada. Estaba tan arraigada esta creencia que toda la familia se levantaba temprano a lavarse en un canal de donde sacábamos el agua para todo uso, pero debo confesar que nunca vi que corriera vino por el canal; es posible que solo a mi padre le ocurriera ese milagro y llenara allí los chuicos que aparecían a la hora del almuerzo. Porque el abundante y enjundioso estofado, debía ser bien regado con vino, fuera milagroso o no, y chacolí.

El día veinticuatro, muy temprano, todos bien peinados y relucientes, llegamos a la cocina y nos sentamos alrededor del fogón a esperar a que nos sirvieran el desayuno, comentando lo de las pruebas e interpretando las figuras que se habían formado en el papel con la tinta. Al poco rato ya estábamos degustando las empanadillas de pera junto a una vaporosa taza de café de trigo con cáscara de naranja, que les daba un mejor sabor, y los pancitos dulces cubiertos con una capa blanca de merengue, que lengüeteábamos afanosamente; parecíamos unos ratoncitos mordisqueando el pan. Los adultos, antes de tomar el desayuno, saboreaban un vasito de "gloriao", que es una bebida a base de aguardiente, o bien una chupilca de vino con

harina tostada; basta decir que con estos aperitivos ya quedaban medios entonados, y terminaban de rematar a la hora del almuerzo. Mi padre, que a esa hora ya había aportado a su cuerpo bastantes grados etílicos, comenzaba a pedirle a mi madre que le tocara la guitarra; los más chicos avivábamos la cueca. Nosotros disfrutábamos de esos momentos, y mi madre, a regañadientes, tomaba la guitarra y se ponía a cantar, con su voz de pito, unas tonadas que me llegaban al alma, porque las interpretaba con mucho sentimiento. A ratos mi padre improvisaba, con voz desafinada, unos cantos que nos hacían reír, mientras seguía poniéndole copete entre pera y bigote.

Al día siguiente, es decir el día veinticinco, todo volvía a la normalidad, uno que otro papelito permanecía doblado al fondo de un bolsillo y otros habían ido a dar directamente al fuego, en ese fogón que permanecía siempre con las brasas ardientes. En el fregadero aún se podían ver las ollas con algunos restos de la celebración de San Juan.

Los niños andábamos por ahí revoloteando, buscando nuestros propios pasatiempos; los mayores se iban al campo a alimentar a los animales o a buscar la leña para hacer frente al frío invierno, y mi madre, junto a mis hermanas mayores, se quedaban en la cocina lavando platos y fregando las ollas.

El tiempo ha pasado desde entonces a grandes zancadas, convertido en años, lustros y decenios. Pero nos queda el recuerdo de cuando nuestra inocencia de niños nos hacía creer en un río de agua bendita, o en el florecer de una higuera, o apostábamos nuestro porvenir a una papa con más o menos piel, todo en una especial noche de San Juan.



PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL Y MENCIÓN INCLUSIVA

CATHERINE DEL CARMEN BASTÍAS PRADINES

60 AÑOS

VALDIVIA

"LA FIRMA"

Aunque no me sentía segura, pensé en tres razones para firmar esos papeles. La primera tenía que ver exclusivamente con el trato que tuve los últimos años que vivimos juntos, y que fueron deplorables. Me hacía sentir que nada de lo que yo decidía era importante, a pesar de que nadie más se había hecho cargo de sus asuntos. Existía la sensación de que cada vez que iba a dar un paso importante para mi futuro, me miraba con suspicacia y veía en mí a una enemiga inminente.

Nadie podía mostrarle sus defectos.

¡Era incapaz de reconocerlos!

Hace una década me inscribí para la audición de un curso de canto. Quería que se sintiera orgulloso. Cuando llegué a casa se lo dije. Meneó la cabeza y dijo que solo perdía el tiempo y se echó a reír.

La segunda razón, es que ni él mismo se podía controlar. Acostumbraba a abrir la despensa durante la noche y revisarla una y otra vez para sacar comida y disponerse a cocinar. Decía que no le daba de comer. Dentro de sus rarezas, solía caminar por el pasillo intentando quizá no hacer ruido, pero despertaba a todo el mundo. Descansábamos muy poco con él deambulando por la casa. Un sábado, después de recibir la visita de mi hermano, mi cuñada y sus tres hijos, ayudó amablemente con la limpieza de la cocina. Cosa extraña, porque nunca quería apoyar en las labores domésticas. En realidad, lo hacía para comer los restos que sobraban de la cena. Mi sobrina lo encontró de pie frente al mesón con la boca a rebosar y entre dientes le dijo un hilarante, que bueno que vinieron, porque aquí no me dan de comer. Ana solo atinó a sonreír como quien celebra la travesura de un niño, los ojos le brillaron y ella le acarició la blanca cabellera.

Hace unas semanas no me reconoció, intentó golpearme. Era la tercera razón. Y cuando lo hizo, estaba mojado, y en esas ocasiones había que bañarlo y cambiarle los pantalones, esos grises de cachemira que siempre trae puestos.

¡No había manera de quitárselos!

Siempre fue muy pudoroso, tuve que ser muy cauta para atenderlo. Pero esa vez no fue pudor. Me miró con desprecio, tenía las pupilas dilatadas y el rostro enrojecido. Me llamó con un nombre que no reconocí; estaba muy molesto. Incluso, gritó que era una ladrona y empuñó la mano derecha que fue directo a mi rostro. Alcancé a sujetarlo con fuerza. Mis brazos y piernas respondieron con rigidez, luego caí temblando sobre el piso. Él quedó con la mirada perdida. Su vista estaba puesta en mí como un niño asustado. Me mantuve tendida por largo rato sin poder incorporarme. Mi cuerpo flaqueó frente al mismo hombre que me enseñó durante muchos años a mantenerme en pie frente a la adversidad y eso me generó un pavor furtivo que me alarmó.

La imagen del hombre fuerte, sabio y divertido que me cargaba en sus brazos cuarenta años atrás comenzaba a difuminarse. Ahora al frente había un niño de un poco más de un metro sesenta y cinco de estatura y que bordeaba los ochenta kilos. De él, el de antes, solo quedaban sombras.

—Como desearía no tener que firmar esos documentos, porque te extrañaré—, le dije. Aunque ya lo extrañaba.



SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

GLORIA ORIANA YOBÁNOLO VILCHES

81 AÑOS

VALDIVIA

"SOL EN EL ABISMO DEL CIELO"

Las dos figuras humanas recortadas en el espacio límpido frente al mar meditaban acerca del tiempo que habían permanecido unidos. Se tomaron de la mano y siguieron su lenta marcha sobre la arena plomiza y húmeda, como son las costas chilotas. La magnífica playa extensa y abierta que recibía las olas absortas, y la brisa suave de la tarde que agonizaba eran propicias para un paseo. Juanita y Héctor sentían el paso de los años, eso les significaba un torrente de experiencias agradables y desagradables, tal como es la vida, con todos sus matices de dulce y agraz.

Ya había pasado medio siglo de matrimonio. Se miraron largamente y siguieron recordando anécdotas que todavía permanecían en sus memorias, y concluyeron que eran muchos años, que era una vida digna de meditarse y atesorar en sus corazones…

Juanita miraba por el ventanal de su sala de clases, vigilante y atenta a los juegos y actividades que desarrollaban sus alumnos durante el recreo, antes de volver a retomar sus clases. Al terminar la jornada escolar ella acostumbraba a irse directamente a su hogar. Pero esta vez fue diferente, un joven profesor la esperaba para acompañarla en el trayecto a su casa.

La amistad de los jóvenes profesores se transformó con el tiempo en un profundo amor. Todo hacía prever que esa relación terminaría en matrimonio.

Sin embargo, la escuela acaparaba todo su interés y, como profesores normalistas, estaban abocados a desarrollar una fructífera docencia. Sus alumnos eran prioridad, y formarlos como personas responsables y correctas para la sociedad era su meta. Ambos soñaban con salir airosos en su hermosa misión. Por lo tanto, los planes matrimoniales todavía no estaban en sus proyectos inmediatos.

La relación con el grupo de maestros era óptima, tenían los mismos intereses, amaban la poesía y la música, sobre todo la música folklórica, por lo tanto, en cada oportunidad que tenían se reunían a compartir y cantar. Juanita era la encargada de tocar la guitarra, mientras otros profesores interpretaban la música con el infaltable acordeón a botones y otros instrumentos como el rabel, cacharaina y bombo. Los bailes los rescataban de las investigaciones que hacían en la zona a través de las personas mayores de la región. La juventud y la felicidad iban de la mano en aquellos profesores que ejercían en esos paisajes sureños.

Todo transcurría tranquilamente en la comunidad, hasta que se supo que Juanita había contraído una grave enfermedad, una tuberculosis bronquial. Todos estaban conmovidos, ya que no existían los medios apropiados para tratar esa enfermedad en el servicio de salud de aquel lugar, solo en los hospitales del continente. En la ciudad de Ancud, ubicada en el extremo norte de la Isla Grande de Chiloé, no se contaba en aquellos años con los adelantos mínimos deseables.

Ante la impotencia de la situación, Héctor le comunica a la familia de Juanita que tomaba la responsabilidad de buscar la mejoría de su novia, pidiéndoles la autorización para trasladarla a Puerto Montt. A pesar de que lo planteado era muy difícil de conseguir, se arriesgó.

Pero se encontró con un primer tropiezo, él no podía viajar con la novia, ya que no se estilaba en ese tiempo, era mal visto y de mala educación que un par de jóvenes viajaran sin chaperona. La solución era que se casaran. Después de eso, sí podían viajar solos.

Ambas familias acordaron organizar el matrimonio y llevarlo a efecto lo antes posible. Corrió la voz en el pueblo y todos quisieron participar del acontecimiento, unos colaborando y otros simplemente haciendo acto de presencia en el acontecer de los preparativos. Las primeras personas que se acercaron a colaborar fueron sus colegas y apoderados. Los novios no tomaron parte en el asunto, ninguno de los dos sabía lo que se estaba organizando en su favor. Era mucha la angustia que sentían ante esa grave enfermedad, pero no conseguirían ninguna solución si acudían a un hospital de la ciudad. Todo dependía de que se dieran las oportunidades para viajar.

Más tarde les avisaron cómo iban los preparativos para la boda y los compromisos que debían cumplir. Un personero del Registro Civil concurrió al domicilio de Juanita. La familia lo condujo al cuarto en que se encontraba postrada la enferma.

La ceremonia civil se realizó en el dormitorio. Junto al lecho de Juanita, estaban los testigos, y una vez cumplido el protocolo ya estaban casados ante la ley. Pero faltaba lo más importante para la novia, casarse ante Dios en la iglesia. Era costumbre y tradición, por lo tanto, terceras personas tomaron la decisión de cumplir el deseo de la novia. Adoptaron todas las precauciones necesarias y llegaron con ella ante el altar. Su familia y amigos los acompañaron con todas las dificultades que se les presentaron. Ella se sentía cada vez más débil, aun así, le cumplían sus deseos.

Dos de sus colegas se habían comprometido para buscar el medio de transporte para llevarla a Puerto Montt. Debían conseguir un vehículo que pudiera transportarlos al embarcadero de Chacao. En aquella época eran muy pocos los vehículos existentes en esa ciudad. Una vez ahí se debía coincidir con el horario de lanchas de pasajeros que cruzaban el Canal de Chacao con destino a Pargua, lugar de entrada a la ruta que los llevaría a Puerto Montt. Afortunadamente todo se fue solucionando gracias a una empresa marítima que generosamente atendió la solicitud. El viaje fue largo y dificultoso, pero lograron embarcar y hacer la travesía por el Canal de Chacao. El oleaje era muy grande, la lancha se mecía extraordinariamente, avanzando y crujiendo enfrentaba los embates de las olas, que entraban como lluvia al interior. La pasibilidad de los pasajeros

acostumbrados a esa travesía les daba un poco de serenidad a la pareja de recién casados. Una vez alcanzada la otra orilla, les esperaba una ambulancia previamente contactada.

Juanita permaneció dos meses hospitalizada, hasta que logró restablecerse y recuperar su salud.

Después de eso regresaron a Ancud para iniciar su nueva vida y celebrar su boda con todas las personas que estuvieron presentes en los angustiosos días durante su enfermedad.

Cuando dispusieron de tiempo, se instalaron en la biblioteca de su hogar y comenzaron a organizar la fiesta de su boda. La campanilla del timbre los sacó de su ocupación. Se levantaron y fueron a abrir, grande fue su sorpresa al encontrarse con sus amigos colegas que durante su ausencia habían organizado, a modo de sorpresa, la fiesta, y en ese momento se lo iban a comunicar. La emoción los invadió y no pudieron evitar que corrieran lágrimas por sus mejillas, sin poder dar crédito por tanta generosidad, comprendiendo en toda su magnitud cuanto los apreciaban como maestros y más aún como sus amigos.

Fue una hermosa fiesta en la placita frente a la escuela, donde compartió gran parte de la comunidad escolar. Sus amigos y familiares sentían que todos tenían que agradecer de alguna forma el milagro de la vida.

Deciden volver de su largo paseo por la playa, a ratos en silencio, a ratos locuaces; les cuesta creer que, desde esa vivencia, ya han pasado cincuenta años.

Han pasado muchísimos acontecimientos de toda índole, donde han estado presentes la alegría y el bienestar, o la tristeza y el abandono. Pero todos sabemos que la vida es así, llena de vicisitudes. Juanita y Héctor se detienen a mirar las olas repetitivas y espumosas. Se dejan envolver por el soplo del viento. Siguen su marcha dejando su impronta en la arena.

Mientras caminan disfrutando el paseo, observan extasiados el horizonte; tomados de la mano ven como las nubes abandonan el lugar empujadas por el viento, dejando al descubierto un cielo azul profundo, límpido, iluminado. Se miran, sonríen y emprenden el regreso al hogar.


REGIÓN DE LOS LAGOS

GANADORA REGIONAL

PATRICIA MARCELA VILO ROJAS

61 AÑOS

PUERTO MONTT

"MEMORIAS"

Nací en los confines de un paraje indómito, un rincón del mundo donde el tiempo parecía detenerse.

En aquellos años, el acceso era un desafío que solo se vencía a lomos de caballo, aguardando con paciencia a que el río permitiera el paso cuando la lluvia se volvía un susurro.

Sin embargo, cualquier aspereza del camino se desvanecía ante la inmensidad y la serena belleza que aguardaban al final del sendero: mi hogar.



En el corazón de la casa, la cocina siempre latía con vida. Allí, la tetera silbaba una melodía de bienvenida junto al mate dispuesto, mientras el aire se embriagaba con el aroma cálido y envolvente del pan recién horneado. ¡Oh, la dulzura de aquel amor que lo llenaba todo! Aún puedo evocar la imagen de mi madre, con su delantal puesto y rostro iluminado por una risa eterna, aguardando mi llegada.

En el silencio de mis recuerdos, todavía percibo la tibieza de su piel y la ternura de aquel beso que sellaba mi mejilla.

Hoy, ese refugio de luz ya no existe en la tierra; ahora, solo me es dado encontrarla en el territorio de mis sueños.

Dedicada a mi madre Adriana Rojas Zuñiga, con todo mi amor y gratitud.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

PEDRO BASILIO NAVARRO ALVARADO

71 AÑOS

PUERTO MONTT

"ANÉCDOTAS EN EL EXILIO"

Introducción

El exilio suele retratarse como un territorio de sombras, un paréntesis de dolor, nostalgia y espera. Y lo es. Sin embargo, el exilio es también, por encima de todo, un lugar donde se hace vida. Entre la niebla de la distancia y el eco de la tierra perdida, los seres humanos seguimos riendo, tropezando, cocinando y buscando el equilibrio en suelos desconocidos.

Las páginas que siguen no pretenden ser un tratado político ni un lamento solemne.

Son, más bien, una colección de cinco relatos de realidad, cinco historias cotidianas donde el choque cultural, la picardía latinoamericana y el humor más negro se convirtieron en nuestro mejor escudo para sobrevivir. Porque incluso en el rincón más frío del mundo, la vida siempre se las arregla para recuperar sus colores, a veces a través de una caída, un partido de fútbol o una huelga de hambre que rozó el absurdo. Pasen y vean cómo logramos progresar a través del desierto de la soledad.

La caída en bicicleta

En Oxford, la bicicleta no es un lujo, es una extremidad más del cuerpo, es un par de piernas más. Para un refugiado que intentaba rehacer su vida, dominar las dos ruedas era el pase de entrada para sentirse parte de ese nuevo mundo. El problema era que yo no tenía la más mínima idea de cómo montarla. Cuando por fin adquirí una de segunda mano en el mercado, me quedé mirándola sin saber por dónde empezar. Yo venía del campo profundo, donde toda la vida el mundo rural se ha movido montado a un caballo. Para mí, pasar del lomo de un animal a esa estructura de metal significaba enfrentarme a un tremendo avance tecnológico.

Pero me di a la tarea de aprender. Cerca de la casa donde vivía había un parque con un pequeño bosquecito, un lugar solitario por donde casi nunca pasaba nadie. Ese se convirtió en mi territorio secreto de entrenamiento. Mis primeros pasos fueron difíciles y mi gran enemigo no era el equilibrio, sino el orgullo. Cada vez que iba tambaleándome y veía aparecer a algún transeúnte a lo lejos, me detenía de inmediato. Me bajaba de la bicicleta y pretendía con mucha seriedad estar arreglando la cadena, esperando que el camino quedara despejado para que nadie descubriera mi torpeza. Una vez que la persona se perdía de vista, me subía de vuelta. Creo que me tomó unas dos semanas lograr balancearme bien y atreverme a correr cuesta abajo, aunque al principio solo me deslizaba, porque todavía no podía coordinar el equilibrio y pedalear a la vez.

Con el tiempo, gané confianza y empecé a creer que el mundo estaba bajo mi control. Me lancé a la calle donde tenía que seguir las reglas del tránsito, y no olvidar de transitar por la izquierda. Me sentía seguro, casi un experto. Pero la confianza en el exilio es una trampa traicionera.

Una medianoche, regresaba de visitar a un amigo y compañero de partido político. Como solía ocurrir en esos días de nostalgia y debate, nos quedamos conversando hasta muy tarde, arreglando el futuro del mundo entre tazas de té y recuerdos. Tomé mi bicicleta para volver a casa en medio de la oscuridad británica. Todo iba bien, el viento frío me despejaba la mente, hasta que me enfrenté a una bajada real. No sé si fue la velocidad o un cálculo errado en la oscuridad, pero en un segundo perdí el control absoluto. El suelo de Oxford me recibió con un golpe seco, violento y definitivo.

Me levanté del asfalto como pude, sacudiéndome el polvo y el cuerpo. Miré a mi alrededor con el corazón en la boca: por fortuna, la calle estaba desierta. Nadie me había visto. Para un hombre que había pasado por prisiones y consejos de guerra, la idea de ser visto tirado en una cuneta por culpa de una bicicleta me parecía la mayor de las humillaciones. Así que recogí la máquina, aguanté el dolor punzante en el brazo y caminé a casa en silencio, directo a la cama, convencido de que mi secreto estaba a salvo.

Al día siguiente, me levanté para asistir a mis clases de inglés. El brazo me dolía muchísimo, pero me aguanté, no iba a faltar por una caída. Al entrar a la sala, la profesora me pidió un favor sencillo: que le ayudara a correr una mesa de lugar. Me acerqué dispuesto a colaborar, pero en cuanto intenté levantar el mueble con ese brazo, un dolor agudo e insoportable me recorrió el cuerpo. No pude mover la mesa ni un milímetro.

Mi rostro debió transformarse por completo. Al ver que no podía usar el brazo, la profesora no lo pensó dos veces: con esa firmeza británica que no acepta réplicas, me ordenó ir de inmediato a la urgencia del hospital. Yo traté de inventar excusas, de decir que no era nada, porque no quería que nadie supiera de mi accidente. Me parecía una humillación ridícula tener que admitir ante los médicos, en un idioma que apenas masticaba, que me había quebrado el brazo por no saber frenar en una bajada. Al final, no me quedó otra opción que caminar al hospital, quejándome de mi mala suerte y comprendiendo que, en Inglaterra, las caídas del orgullo no se pueden ocultar tan fácilmente.

Como era de esperarse, el asunto no se quedó entre los muros del hospital. La noticia de mi fractura llegó rápidamente a oídos de la comunidad chilena, que en ese entonces se agrupaba en el comité de solidaridad local de esa ciudad. Aquel lugar era un nido donde los chismes abundaban y corrían más rápido que el viento. A mis compatriotas la versión oficial y verdadera de los hechos no les importaba en lo más mínimo, ellos tenían tiempo de sobra para inventar sus propias teorías, exagerar los detalles y dejarme aún más en ridículo por mi torpeza. En ese instante comprendí por qué me había esforzado tanto en ocultar la caída: en el exilio, a veces se les temía más a las burlas de los propios compañeros que al dolor del hueso roto.

El mini partido de fútbol

Con el tiempo, la rutina en el exilio fue encontrando pequeños espacios de relajo.

Un sábado por la tarde, junto a dos amigos chilenos, decidimos ir al parque local con una pelota de fútbol, más que nada para estirar las piernas, respirar un poco de aire libre y despejar la mente de las tensiones diarias. Éramos solo nosotros tres pateando al arco en el pasto, cuando de repente se nos acercaron tres jóvenes ingleses. Con mucha cortesía, nos invitaron a jugar un partido corto, de tres contra tres.

Lo que nos llamó profundamente la atención, y nos causó una risa contenida, fue la apariencia de nuestros rivales. Los ingleses andaban vestidos con sus indumentarias completas de fútbol: camisetas oficiales, pantalones cortos, medias arriba de la rodilla y unos zapatos de fútbol de lujo, relucientes, como si estuvieran a punto de ingresar a la cancha de un estadio profesional. Nosotros, en cambio, vestíamos ropa común y corriente y zapatillas gastadas. Nos miramos entre los tres, compartimos una sonrisa cómplice y les dijimos que bueno. Así empezó el juego.

A los pocos minutos, la realidad de la cancha sepultó las apariencias. Los vistosos trajes de los ingleses no venían acompañados de talento. Corrían con ganas, pero la pelota les rebotaba en las canillas. Nosotros, criados en las pichangas de barrio y del campo, tocábamos de primera, nos entendíamos con la mirada y hacíamos correr el balón. Alrededor de la media hora de juego, ya les habíamos marcado una cantidad exagerada de goles. Estaban exhaustos y completamente pasados a llevar en el marcador, por lo que decidieron darse por vencidos y dar término al partido.

Debo confesar que, en un principio, temí que se enojaran por la goleada que les habíamos propinado en su propio suelo. En Chile, un partido que termina en paliza a veces puede acabar en discusiones o mal humor. Sin embargo, el choque cultural nos volvió a sorprender. Con un gesto de caballerosidad deportiva impecable, los tres ingleses se acercaron a nosotros, nos dieron la mano con firmeza y nos felicitaron sinceramente por el partido, aceptando su derrota sin una sola queja.

Más tarde, ya resguardados en casa y con el cuerpo cansado, comentábamos los detalles del partido alrededor de la mesa y nos reíamos de buena gana. Nos causaba gracia lo malos que eran esos ingleses para el fútbol, concluyendo que lo único bueno y rescatable que tenían eran sus vestimentas relucientes. Entre risas, uno de mis amigos lanzó un comentario que nos quedó dando vueltas: «Son tan tiesos para jugar estos ingleses, que por eso mismo nunca un jugador de ellos llegará a marcar un gol de “media chilena” como el que hizo Marcelo Salas en Wembley». Aquella frase nos llenó de orgullo, recordándonos que, aunque estuviéramos lejos y con zapatillas viejas, la picardía y la esencia de nuestra tierra seguían intactas dentro de nosotros.

El humor negro de los intentos de suicidio

Con el paso de las décadas, el tiempo nos da la distancia necesaria para calificar ciertos episodios del pasado como simples anécdotas, aunque en su momento rozaran la tragedia. En el exilio, la soledad y la desesperación eran sombras constantes que afectaban la salud mental de muchos jóvenes. Sin embargo, la forma en que el grupo reaccionaba para procesar esos momentos extremos solía estar teñida de una ironía muy particular.

Era muy común en Inglaterra que los jóvenes chilenos nos agrupáramos para arrendar casas grandes entre varios. Dentro de esos muros, el ambiente era pura cultura chilena al máximo: se cocinaba lo nuestro, se hablaba nuestro idioma y se compartían las mismas nostalgias. En una de estas casas vivía un muchacho que estaba visiblemente cansado de la vida en el exilio. Según él, nada le salía bien, todo se le complicaba y la adaptación le parecía una montaña imposible de escalar. Con el tiempo, empezó a amenazar a sus amigos con que un día tomaría la decisión de suicidarse. Al principio lo escuchaban, pero con los meses nadie le hacía mayor caso, cada uno estaba demasiado ocupado en sus propios quehaceres y problemas como para darle importancia a lo que consideraban simples llamados de atención.

Hasta que un día, la rutina de la casa se interrumpió. Uno de los compañeros se dirigía a la cocina cuando sintió un olor extraño y penetrante, como a algo quemándose. Al asomarse a la estufa, descubrió una escena irreal: el muchacho de las amenazas estaba allí, con la cabeza metida por completo dentro del horno a gas. Lo sacaron de un tirón, asustados, para descubrir que por fortuna estaba ileso, aunque parte de su cabello se había chamuscado con el piloto. El susto se transformó rápidamente en la picardía típica de nuestra tierra. Desde aquel día, el drama se disolvió y el muchacho quedó bautizado para siempre por el resto de la comunidad como el «Cabeza de Queque».

Una segunda vivencia de este tipo me tocó presenciarla lejos de Inglaterra, durante el tiempo en que estuve estudiando en la Unión Soviética. Un fin de semana, un grupo de nuestra escuela decidió ir a reunirse con otros amigos que estudiaban en la Universidad Patricio Lumumba en Moscú. Como era sabido, en esa institución casi todos los estudiantes provenían de países en desarrollo y tenían vínculos con partidos políticos de izquierda de todo el mundo.

Estábamos sentados tomando unas cervezas en la sala de descanso, un espacio común de pasatiempo, cuando la conversación se desvió hacia un muchacho boliviano que vivía en el tercer piso. Nos contaron que el joven lo estaba pasando muy mal, arrastrando serios problemas de adaptación al frío, al idioma y al encierro soviético.

Mientras comentábamos su situación, un bulto pasó cayendo a toda velocidad frente a la ventana de la sala. Parecía un cuerpo. Nos pusimos de pie de inmediato y corrimos a mirar hacia el exterior. Al revisar entre los matorrales del jardín, encontramos al estudiante boliviano

quejándose de dolor, pero vivo. Había intentado quitarse la vida lanzándose desde el tercer piso, y la densidad de las ramas bajas había amortiguado el impacto, salvándole la vida.

Fue un milagro, pero de lo que no pudo salvarse, al igual que nuestro compatriota en Inglaterra, fue de la implacable fábrica de apodos de los estudiantes latinoamericanos. A partir de esa tarde, pasó a ser conocido por todos como «El Cóndor Pasa». Aquella forma tan cruda de reírnos de la desgracia no nacía de la falta de empatía, sino de una necesidad profunda de restarle poder a la muerte en un mundo donde ya habíamos perdido demasiado.

Ese extraño sabor de la empanada

El desarraigo no solo duele en la mente, también duele en el paladar. Para la comunidad chilena en Inglaterra, la añoranza por los sabores de la tierra, las empanadas jugosas, el pastel de choclo, las humitas, era una especie de enfermedad silenciosa. Descubrir un pequeño restaurante latino o un rincón donde se cocinará con sazón nacional era una de esas alegrías capaces de transformar el ambiente gris de la distancia en una fiesta instantánea.

Para solucionar un poco este deseo colectivo, era muy común organizar las llamadas “fiestas de solidaridad”, peñas culturales destinadas a recaudar fondos a beneficio de diversas instituciones en Chile. En estos eventos, la reina absoluta de la noche era la empanada de pino. Sin embargo, cocinar en el exilio significaba enfrentarse a un dilema moral muy complejo. Durante los años de la dictadura, existía una campaña internacional muy estricta para boicotear los productos chilenos, buscando bloquear el poder económico del régimen. Pero la ideología flaqueaba cuando uno entraba al supermercado inglés y se topaba de frente con las hermosas cebollas chilenas, las uvas de exportación o las primeras botellas de vino que empezaban a llegar a Europa. Todos sabíamos, aunque nadie lo admitiera en voz alta, que hasta el militante más fanático y consciente de la política del boicot terminaba por mirar hacia los lados y, secretamente, metía una cebolla de su patria en el carro de compras. La nostalgia, a veces, era más fuerte que el manifiesto.

Dentro de este mundo culinario, se celebraba un 18 de septiembre muy particular a finales de la década de los 70. Para festejar las Fiestas Patrias en grande, la organización de chilenos decidió publicitar con bombos y platillos la venta de empanadas tradicionales, esperando lograr una recaudación histórica. Debido a la enorme cantidad de pedidos y para facilitar el trabajo en la cocina, el equipo a cargo tomó la decisión de utilizar carne molida en lugar de picar la carne a cuchillo.

El problema comenzó cuando los asistentes pagaron sus porciones y dieron los primeros mordiscos. Las caras de felicidad se transformaron de inmediato en gestos de desconcierto. El sabor no era el de la empanada sabrosa y caldúa que te devuelve la identidad, aunque estés en el fin del mundo, algo andaba profundamente mal con ese pino.

Pronto empezaron a circular las teorías más delirantes y descabelladas en medio de la fiesta. La versión más inocente explicaba que, debido a las barreras del idioma y al nulo manejo del inglés, los cocineros habían confundido las etiquetas en el supermercado y habían mezclado la

carne molida con tarros de comida para perro. Sin embargo, en una comunidad marcada por la desconfianza del exilio, otros levantaron hipótesis mucho más duras: aseguraban que el uso de la comida de perro había sido un acto deliberado e intencional de los organizadores para abaratar los costos y quedarse con una mayor ganancia de las ventas. Lo cierto es que nunca se descubrió la verdad oficial detrás de aquel misterio, pero el episodio quedó grabado a fuego en la memoria colectiva como el día en que la nostalgia chilena terminó con sabor a alimento de mascotas.

Cómo sobrevivir a una huelga de hambre

Para mayo de 1978, cuando se desató la histórica huelga de hambre de diecisiete días en Chile contra la dictadura, yo venía saliendo de la Penitenciaría de Osorno para radicarme al otro lado del océano, a la impecable ciudad de Oxford. Lo que aquí narro es la crónica fiel de mis primeros días y de la que sin duda fue la huelga de hambre más insólita de la historia de la resistencia.

El movimiento de familiares de detenidos desaparecidos en Santiago despertó una ola de apoyo internacional inmediata. En la ciudad de Oxford, los exiliados chilenos no se quedaron atrás y organizaron su propia huelga de solidaridad en la imponente iglesia de Christ Church, en pleno centro de la ciudad. Al llamado acudieron no solo los compatriotas, sino también la crema y nata del idealismo británico: los estudiantes de la Universidad de Oxford, ansiosos por abrazar una causa justa. Un buen número se hizo presente desde el inicio.

Desde el primer día surgieron las diferencias de criterio. Mientras los chilenos entendían la protesta al estilo de Santiago, como un ayuno simbólico de apoyo, los estudiantes británicos, en un ataque de pureza revolucionaria, exigieron radicalizar la medida. Para ellos, la huelga debía ser total, absoluta y purificadora. Así, se habilitó un gran salón comunitario dentro del templo donde convivirían chilenos, británicos y un puñado de voluntarios internacionales que se sumaron al martirio voluntario.

Los primeros días transcurrieron entre consignas y discursos solemnes, pero el hambre no respeta pasaportes y pronto empezó a hacer de las suyas. Fue entonces cuando las dos culturas se separaron de forma muy divertida. Por un lado, estaban los estudiantes ingleses, decididos a llevar el sacrificio hasta las últimas consecuencias: con las barbas crecidas, la mirada lánguida de los santos y un olor corporal que iba en aumento, se paseaban por el salón sintiendo que encarnaban la revolución pura de un Che Guevara. Por el otro lado, estaba la inquebrantable picardía chilena. Con una disciplina admirable, muchos compatriotas pedían permiso para salir del templo con la noble excusa de “ir a tomar una ducha reconfortante” a sus hogares.

Para nadie en el comité era un misterio que esos huelguistas regresaban de sus baños con el pelo sospechosamente seco, la mirada brillante y el estómago dichosamente lleno de comida casera. Mientras los ingleses agonizaban por la causa, el bando chileno resistía a punta de sabotaje culinario.

El encierro prolongado en un espacio reducido comenzó a caldear los ánimos, sazonado por los prejuicios de la época. A los hombres de la delegación chilena, criados en el conservadurismo de nuestra tierra, les generaba una profunda incomodidad la entusiasta participación del movimiento gay local, que solidarizaba con la causa de los derechos humanos. Los activistas de la comunidad gay británica eran extremadamente afectuosos y amigables, lo que desataba miradas de desconfianza y murmullos nerviosos entre los chilenos, quienes no sabían cómo reaccionar ante tanta simpatía sin barreras.

Sin embargo, el verdadero enemigo de la convivencia no fue la política ni las orientaciones personales, sino el aire enrarecido del salón. Por las noches, cuando se apagaban las luces y los huelguistas buscaban sus sacos de dormir, las ventanas se cerraban y la ventilación escaseaba. Era en esa oscuridad donde estallaban las acusaciones cruzadas. El bloque latinoamericano apuntaba con el dedo a una pareja de muchachos franceses como los campeones indiscutidos del mal olor. Fieles a su filosofía libertaria, los galos se encogían de hombros, asumiendo que el aroma a humanidad rancia era la consecuencia natural de la lucha social.

Al cumplir diecisiete días de encierro colectivo, llegó por fin la noticia desde Chile: el movimiento huelguístico principal había alcanzado un acuerdo con el régimen y se ponía fin al ayuno en todo el mundo. Las campanas de la victoria debieron sonar, pero la obstinación británica volvió a truncar los planes. El sector más radicalizado de los estudiantes de Oxford se negó rotundamente a entregar las armas. Con el estómago pegado al espinazo, declararon que ellos no transarían con tiranos y que continuarían la huelga de hambre de manera indefinida “hasta que cayera la dictadura”.

La escena final rozaba el absurdo cinematográfico. Los chilenos, que ya estaban guardando las pancartas y pensando en la cena de celebración, miraban con una mezcla de lástima y risa contenida a los jóvenes ingleses. En los pasillos del comité se bromeaba con que, de haberles hecho caso a los puristas de Oxford, hoy la iglesia albergaría una colección de momias británicas con barbas de diecisiete años de largo, que fue, al fin y al cabo, el tiempo que la dictadura tardó en marcharse.



SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ANA IDA CHACANO VIVAR

76 AÑOS

CHAITÉN

"ENTRE CENIZAS Y CORAZONES: UN RENACER INOLVIDABLE"

Un poco de mi historia

Para iniciar, les contaré respecto a mi vida personal – familiar, me casé, y con mi esposo tuvimos 2 hijas y 3 hijos, alegría mía por verlos crecer con tanto sacrificio que tuvimos en nuestra vida, siempre fuimos personas humildes. Mi esposo trabajaba en la pesca y en agricultura en madera, así pudimos tener plata para vivir. Nuestras dos hijas estuvieron en el hogar de niñas a adolescentes y dos de mis hijos fueron buzos, aprendieron a bucear a los 13 y 15 años, siendo este su primer trabajo. Hicieron cursos de buceo en nuestro pueblo, Chaitén. Y el menor de todos fue quien salió a la ciudad a estudiar, pero no estudió mucho, nunca quiso salir adelante, pese a la oportunidad.

Una de mis grandes alegrías fue cuando comencé a participar en el Centro Diurno del Adulto Mayor "Casa La Esperanza", de Chaitén, debido a que, gracias al Programa de nivelación de estudios, pude terminar mi Octavo Básico, de manera online, con apoyo de una monitora de estudios del mismo establecimiento. En mi vida, siempre fui secretaria; y durante mi juventud, fui jugadora del equipo de fútbol "Yelcho", desempeñándome como defensa y arquera.

Si hablamos de penas, una de las que me marcan hasta el día de hoy, fue la pérdida de mi sobrino, quien se ahogó en el Río Negro, al igual que mi padre, ambos murieron ahogados, pero de la muerte de mi padre no recuerdo mucho, ya que yo tenía tan solo 7 años, tengo memorias de que hicieron llegar su ataúd y yo le pedía que levantara.

Cuando tenía 10 años, fue el terremoto del'60, yo estaba en Achao, Chiloé, con una tía en un camino vecinal, nos encontró el temblor mientras caminábamos y vimos las calles como se abrían las grietas en el suelo, las saltábamos, yo quedé sin juicio.

A mis 13 años, me monté en un caballo y mi tío lo asustó, este corrió por el monte y había un palo en el camino, choqué con él y caí, me di un golpe en la cabeza muy fuerte, rompiendo mi frente e incluso sangraban mis oídos y mi boca, fue tan grave que estuve un mes sin conocimiento. Cuando desperté estuve en cama sin recordar lo sucedido, mi mamá me contaba mientras me llevaba comida a la cama. En la Posta, había una estudiante de enfermería llamada Otilia, quien le dijo a mi mamá que posiblemente, al pasar los años, iba a perder la memoria y la visión debido a los tremendos golpes que me di en el accidente. Afortunadamente, no fue así.

Erupción volcán Chaitén, 2008

Lo primero que recuerdo es que empezaron los temblores cada tres horas, estuvimos aproximadamente un mes así, pero una mañana, hubo un tremendo temblor: Se sentía una sonajera, los árboles sonaban, pero pensaba "¿Qué te van a hacer esos temblores…?", recordando el terremoto. Pero a las 02:00 de la madrugada del 02 de mayo del 2008, reventó el volcán. Yo me levanté temprano al otro día y mi viejo (esposo) me dijo "En el horno hay astillas y afuera hay leña picada", le puse astillas a la combustión y al salir a buscar leña vi que había un montón de ceniza, caía como nieve, comencé a mirar y salí de casa, sentí algo que hacía "FUUGG", era el viento; no sé desde cuanta altura subía esa cosa, derecho y hacia arriba, daba vueltas y vueltas como un humo blanco. Lo encontré tan bonito, realmente se veía hermosa esta cosa que daba vueltas y vueltas, llamé a mi esposo: "¡Viejo!, levántate, en el cielo no sé qué es lo que hay, ¿Serán Ovnis?", ya que en ese tiempo se decía que se estaban viendo ovnis en la zona, "¡Pero levántate y ven a ver lo que anda aquí cayendo como nieve, pero no es nieve!" - "No me dejas dormir", respondió mi viejo mientras se levantaba. Miró y sintió esa sonajera, vi su cara y estaba blanco como papel, en shock, él sabía lo que era, "Esa cosa tan linda que has encontrado tú, es el volcán Michimahuida que se reventó, si esa cosa cae, vamos a quedar quemados", me dijo. Seguía una cosa dando vueltas en el cielo y todos mis hijos estaban en sus respectivas casas a esa hora, preocupada, le pregunto "¿Y Ahora qué vamos a hacer? – "Dile a los hijos que vengan todos a la casa", me respondió. Cuando iba camino a buscar a mis hijos hubo un tremendo temblor, los postes casi tocaban el suelo, "¿Por dónde me voy para quedar viva?", pensaba. Comencé a correr y fui a donde todos ellos, luego llegamos a casa y mi marido nos dice "Reventó el Volcán", todos creíamos que era el volcán Michimahuida. Pero uno de mis hijos supuso que entre aquellos cerros había un volcán que se desconocía "Yo te decía papi que ahí había un volcán", ellos se escapaban a pasear y ahí me enteré de que no iban a la escuela.

Ya con todos los chicos en casa, encendimos la radio, anunciaban que todos debíamos ir al muelle porque había que arrancar, las autoridades llamaron para que manden aviones y barcos. Las avionetas hicieron solo una vuelta, ya que no podían aterrizar porque había mucha ceniza. Llegaron los barcos y las barcazas, todos debimos anotarnos en la Municipalidad para sacarnos de Chaitén, la gente se amontonaba, todo era un caos. Mi viejo tenía una camioneta como un camioncito y nos dijo "Nosotros nos vamos a ir a las termas del Amarillo", sector ubicado a aproximadamente 29 Kilómetros de Chaitén Urbano, hacia el Sur. Cargó la camioneta, alimentos, ollas, estufilla, etc. Y partimos, teníamos a los nietos chicos. Cuando íbamos saliendo del pueblo, nos encontramos con Carabineros a la altura el cementerio y nos dijeron que no podíamos ir a las Termas, debía ser a Palena o La Junta, decidimos ir a La Junta, localidad ubicada a 143 Kilómetros de Chaitén, en la Región de Aysén.

Escapando de la erupción

Cuando llegamos a La Junta, había un albergue y los Militares nos recibieron, decidimos pasar ahí la noche. Cuando nos estábamos acostando para por fin descansar vino otro temblor fuerte, al otro día, amaneció cayendo cenizas "¿Papi, ahora a dónde vamos a ir?"

Durante la mañana, una de mis nueras, Irma, quien se encontraba con nosotros, recibió el llamado telefónico de su padre que vivía en Aysén y le dijo que nos fuéramos para allá, comenzamos a viajar y debimos pasar la noche en carretera, mi viejo hizo unos techitos con unas lonas para capear el frío.

Al día siguiente continuamos nuestro viaje y llegamos a la cuesta del Queulat, ya estábamos a 209 kilómetros de Chaitén, pero no conocíamos esa carretera, es una cuesta muy peligrosa, con muchas vueltas. Le tiramos a la buena de Dios y cuando empezamos a subir venían los Carabineros "echando Diablo", casi tuvimos un accidente. Llegamos arriba del cerro, son como 9 subidas y se veía la bajada, realmente se percibían muchas vueltas desde donde estábamos y abajo se veía el río chico que estaba por esos lados, en el fondo. Seguimos nuestro camino y llegamos a otros pueblos, no recuerdo sus nombres. Pasamos a Coyhaique a comer y continuamos a Aysén. Cuando por fin llegamos, el papá de Irma nos tenía una casa donde nos quedamos todos, me parece que era una sede del comité, estuvimos ahí aproximadamente un mes.

¿Y ahora qué?

Los primeros días de junio, nos tiramos a Chiloé. Ahí no había caso que estuviera tranquila. Éramos 32 personas navegando, ese mar que parecía ya nos iba a tragar con barcaza y todo, había un temporal tremendo, pasamos por todos los puertos hasta que llegamos a Quellón, Chiloé. Y mientras oscurecía íbamos a Dalcahue, ahí estaban esperándonos nuestras hijas, quienes habían viajado antes.

Todo lo sucedido, fue muy terrible, nuestras casas se quedaron en Chaitén con todo lo que teníamos. En la camioneta llevamos todo lo que pudimos, pero ni siquiera pensamos en llevar frazadas para los grandes, solo para los chicos.

En Dalcahue estuvimos desde junio, hasta septiembre. A mi viejo le dio Depresión severa, solo quería volver a Chaitén, esta situación provocó que le diera un infarto y falleció. Lo trasladamos y sepultamos en Chaitén Viejo, quedó en sus tierras, como a él le hubiese gustado.



El retorno

El 27 de junio del 2009, volví al pueblo por primera vez, ya había pasado más de un año desde que tuvimos que irnos. Con mis hermanas, viajamos en barcaza, afortunadamente estaban nuestras casas, pero el Río Blanco había cambiado su cauce, ya no pasaba por donde antes, dividió a Chaitén en dos. Con mi hermana decíamos "Se va a llevar la barranca la camioneta de mi hermana", ya que justo estaba en el borde del río. Así que tomamos unas espigas largas y grandes y las amarramos a la casa, pero un mes después, el auto y la casa de mi mamá desaparecieron, el río se los llevó. Las casas de mis hermanos quedaron sin nada, la de mis vecinos también se las llevó el río con todo adentro, la única que no se fue, fue la mía.

Ya estaba sola y no me podía hallar en Chiloé, la gente nos empezó a mirar de manera despectiva y nos decían apodos, éramos las "Cenicientas", las "Cordilleranas Cenicientas", nos echaban la culpa de que le llevábamos las cenizas. Cuando íbamos a comprar en algún lugar nos decían "¡Ah!, ustedes son las que arrancaron del volcán, se nota porque no hablan como nosotros", "¿por qué salieron de sus casas?, ese volcán no las iba a hacer arrancar" … entre tantos otros comentarios. A pesar de que sí había algunas personas que eran muy amables, fue terrible la vida en Dalcahue.

Me vine definitivamente a Chaitén en octubre del 2009, con mi hermano. Nos fuimos a vivir al campo, a Chaitén Viejo, al otro lado del río Yelcho y desde allá viajábamos todos los días a Chaitén urbano, a ver nuestras casas, a veces me quedaba a dormir ahí, entre cenizas, pero era mi hogar. Llegaban a corretearnos los Carabineros porque el río Blanco podría arrastrarnos en la noche, ese río crecía mucho y más aún con lluvias, actualmente ya no crece tanto, al parecer lo hicieron más ancho y está reforzado su borde, han pasado los años, pero en ese momento, era impredecible, se podía ir con todo, de hecho, desapareció como cuatro cuadras de casas. Hoy Chaitén es muy distinto.

Luego comencé a vivir en mi casa, mi hijo se fue a estar conmigo, él trabajaba y vivíamos los 3 con su hijito, nos dieron un certificado de que podríamos tener casa en donde quisiéramos en Puerto Montt o en Castro, pero no acepté, yo siempre quise estar en Chaitén, debía ser en Chaitén. Todos quienes no sacamos casa afuera nos agrupamos y formamos un comité llamado "Techo para todos".

Entonces, entre la urgencia, debimos evacuar el pueblo, alrededor de 2 años después retornamos y creamos el comité, lo conformamos durante 10 años hasta que lo conseguimos, hace aproximadamente 3 años me entregaron mi actual vivienda.

Han pasado 15 años desde la erupción del Volcán Chaitén, del cual se desconocía su existencia, nos fuimos en mayo del 2008 y hoy, en Julio del 2023. Y aquí estamos, sintiendo cada día que los años pasan más y más rápido, que los buenos y malos momentos son recuerdos que quedan en la memoria y nos permiten ser lo que hoy somos. Hay que seguir adelante con fuerza y tener la frente en alto, para que no nos gane la tristeza. Hoy me siento feliz porque tengo salud y estoy con los que amo, y pase lo que pase, catástrofe que suceda, me pondré en pie y seguiré superando las adversidades de la vida.


REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

GANADORA REGIONAL

ORFELINA MAYORGA ARRATIA

75 AÑOS

COCHRANE

"LA VIDA QUE ME TOCÓ VIVIR"

Mi nombre es Orfelina Mayorga, nací el 6 de agosto de 1950, en el sector de Río Los Nadis, un lugar donde la naturaleza era inmensa y el silencio del campo parecía guardar los secretos de quienes vivíamos allí. Mi padre era Maucil Mayorga Caucamán y mi madrastra, Luisa Montecinos.

Cuando pienso en mi infancia, me cuesta encontrar recuerdos de juegos o risas, no porque no los haya deseado, sino porque nunca hubo tiempo para ellos. Desde muy pequeña conocí el peso del trabajo antes que la libertad de ser niña, mientras otros jugaban, yo aprendía a cargar leña, atender animales y cumplir obligaciones que parecían demasiado grandes para mi edad.

Mi madre partió cuando yo era muy pequeña, los golpes, el miedo y los malos tratos que recibía de mi padre la obligaron a irse para salvar su propia vida. Aunque volvió a buscarme para llevarme con ella, él no lo permitió, me escondió para que no pudiera encontrarme, y ese fue el último intento que hizo por recuperarme.

Poco después, mi padre comenzó una relación con la señora Luisa, quien había sido su amante, esa unión duró apenas un par de años y al terminar, él tomó una decisión que marcaría para siempre mi vida: me dejó al cuidado de ella, como quien deja un objeto del que ya no quiere hacerse responsable. Después partió a Argentina y no volví a saber más.

Así comenzaron los años más duros de mi niñez, donde cada amanecer significaba trabajo, no importaba el frío del invierno ni la lluvia golpeando los techos. Había que levantarse temprano para ganarse el alimento. Aprendí demasiado pronto que el cansancio no era motivo para descansar y que las lágrimas pocas veces cambiaban el destino.

Cuando cumplí trece años, mi madrastra decidió que ya no quería hacerse cargo de mí. Decía que yo comía demasiado y trabajaba poco. Hoy entiendo que solo buscaba una forma de deshacerse de mí.

Un día llegó a la casa un hombre de alrededor de treinta años buscando trabajo. Se llamaba Ahabram Figueroa Gallardo, recuerdo que, desde ese momento, mi madrastra comenzó a enviarme constantemente donde él, me pedía que le llevara comida, que le hablara, que lo atendiera. Yo sentía un miedo difícil de explicar, pero en esos años las niñas no opinaban, solo obedecían.

Tiempo después comprendí toda la verdad, pues mi madrastra le ofreció dinero para que se casara conmigo y me sacara de la casa y él aceptó.

Yo tenía trece años, todavía puedo recordar el miedo que sentía cuando lo veía acercarse, no tenía a quién pedir ayuda, mi padre estaba lejos y mi madre hacía muchos años que había desaparecido de mi vida.

Con el tiempo comprendí algo aún más doloroso. Mi madrastra quería casarme, no porque yo fuera una carga, sino porque ella, teniendo alrededor de setenta y seis años, había iniciado una relación con un hombre mucho más joven y temía que yo pudiera quitárselo. Yo era solo una niña, incapaz de imaginar siquiera aquello que ella temía.

Nunca olvidaré el día en que terminó mi infancia.

Me sentó frente a la mesa y, con una tranquilidad que aún me estremece, dijo:

“Ya, señorita... hoy usted se va con este hombre. Él será su marido. Va a ser dueña de casa, tendrá hijos y lo acompañará para siempre.”

Mientras hablaba, yo sentía que el mundo se desmoronaba, mis lágrimas corrían por mi rostro y, frente a mí, aquel hombre sonreía.

Ese mismo día me llevaron al pueblo sin preguntarme si quería hacerlo. Yo no quería casarme. Mi sueño era estudiar, ir a la escuela y convertirme en médica. Pero esos sueños quedaron enterrados junto con mi infancia.

Así fue como, en el año 1963, contraje matrimonio con Ahabram Figueroa Gallardo. Quise creer que mi vida mejoraría, pero ocurrió todo lo contrario. Salí de un hogar donde solo conocía el trabajo para llegar a otro donde, además del trabajo, existían el abuso, las humillaciones, los malos tratos y las descalificaciones. Aquello se convirtió en mi vida cotidiana.

Muchas veces me pregunté cómo había sido posible que la ley permitiera casar a una niña con un hombre adulto. Mi curiosidad me trajo la respuesta. Mi esposo llevaba siempre la libreta de matrimonio en el bolsillo de la camisa, yo proveché un descuido y la tomé, allí descubrí que mi edad había sido alterada, pues el documento decía que yo era mayor de edad, pero en realidad yo seguía teniendo solo trece años.

En ese instante comprendí que mi madrastra había alterado mis documentos para hacer posible aquel matrimonio, aprovechando que mi padre estaba en Argentina y no podía autorizarlo.

Sentí que también me habían robado mi nombre, mi edad y mi derecho a ser niña.

Al año siguiente nació mi primer hijo, yo tenía apenas catorce años. El parto fue muy difícil, permanecí dos días con dolores en la posta porque mi cuerpo aún no estaba preparado para dar a luz y finalmente me trasladaron a Chile Chico.

Allí ocurrió algo que jamás olvidaré.

Me encontré con un primo que trabajaba como enfermero, él y su esposa me recibieron con un cariño que hacía mucho tiempo no conocía, me dieron trabajo, un techo y me ayudaron a cuidar a mi hijo.

Por primera vez sentí que alguien me veía como una persona y no como una carga, por lo que permanecí con ellos cerca de un año.

Pensé que mi vida finalmente cambiaría, pero un día apareció Ahabram para llevarme de regreso. Una vez más, nadie me preguntó qué quería. Simplemente tuve que volver.

Antes de regresar reuní fuerzas y le exigí que nuestro hijo tuviera acceso a controles médicos y pudiera estudiar. Él prometió que así sería, pero nunca cumplió su palabra. Nos llevó al Fundo El Martillo, ubicado al otro lado del río Baker, donde había encontrado trabajo. Una vez instalados allí, ya no me permitió regresar al pueblo.

Con el paso de los años nacieron mis otros cuatro hijos. Tres de ellos nacieron en pleno campo, sin ayuda de nadie, ya que mi esposo calculaba aproximadamente la fecha del parto y, cuando se acercaba el momento, viajaba al pueblo para no estar presente. Tuve que enfrentar sola esos nacimientos, sacando fuerzas de donde ya no quedaban.

Con mi última hija decidí que aquello no volvería a ocurrir. Me enfrenté a él y le exigí que me llevara al pueblo. Tuve que amenazarlo para que aceptara y afortunadamente lo hizo, pero al llegar me dejó abandonada.

Allí apareció mi amiga, María Ibáñez, quien me abrió las puertas de su casa y estuvo conmigo en uno de los momentos más difíciles de mi vida, gracias a ella pude matricular a mis tres hijos mayores en la escuela y comenzar una nueva etapa.

Durante un tiempo permanecimos viviendo en el pueblo, mi esposo iba y venía desde el campo y yo permití que siguiera entrando a la casa únicamente por mis hijos.

Cuando llegó el momento del nacimiento de mi última hija, mi hijo mayor salió a buscar una ambulancia y fui trasladada al hospital de Cochrane, dos días después debieron enviarme de urgencia a Coyhaique.

El parto fue extremadamente complejo, y gracias a Dios lograron salvar a mi hija, pero yo permanecí varios días en coma.

Cuando desperté enfrenté un nuevo desafío. No conocía Coyhaique ni tenía familiares allí, sin embargo, tuve la fortuna de encontrar médicos y enfermeras que me trataron con enorme cariño y dedicación.

Después de un mes y medio me dieron el alta y pude regresar a Cochrane.

Lo único que quería era volver a abrazar a mis hijos.

Casi me desmayé cuando los vi. La angustia de haber estado tanto tiempo lejos de ellos y el delicado estado en que regresé hicieron que aquel momento fuera una mezcla de alegría, alivio y profundo dolor.

Con el paso de los años hice todo lo que estuvo a mi alcance para que mis hijos tuvieran una vida distinta a la mía. Me esforcé para que pudieran asistir a la escuela, estudiar y tener oportunidades que yo nunca tuve.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendo que todas esas vivencias me convirtieron en una mujer fuerte. Desde muy pequeña tuve que aprender a luchar sola, a trabajar y a seguir adelante a pesar de todo.

No sé si hice todo perfectamente. Seguramente cometí errores, como cualquier madre. Pero encuentro consuelo al saber que mis hijos pudieron crecer con más oportunidades y construir una vida mejor que la que a mí me tocó vivir.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

PEDRO ALFONSO MANSILLA VERA

63 AÑOS

COYHAIQUE

"CAMAS CALIENTES"

Historia verídica de un gendarme jubilado

La mente me traslada al mes de diciembre 1983, cuando ya era funcionario de Gendarmería de Chile, y trabajaba en la Penitenciaría de Santiago y ostentaba el cargo de gendarme: La historia comienza en los momentos que había terminado de cenar y el Jefe de relevo me llama a la Guardia, y me notifica que me correspondía efectuar el servicio hospital nocturno en la Posta Central, era mi primer servicio al exterior de la unidad, y no me quedaba otra que acatar la orden, sabiendo que no conocía Santiago, y menos llegar a la posta Central, porque provenía desde la localidad de Puerto Aysén, mi primera misión era preguntar a los más antiguos cómo llegar, quienes me hicieron un mapa mental, y llegué a destino solamente utilizando la línea 5 y la 1 del metro, y el segundo problema era que llevaba 12 días de trabajo corrido, y el cansancio era evidente y que anunciaba que en cualquier momento y lugar me podía quedar dormido, tomé el servicio a las 20:20, 20 minutos atrasado pero sin novedad, lo primero que hice fue asegurarme de colocar bien las grilletas largas al interno, que consiste en amarrar el tobillo con la cadena larga y con candado, y en el otro extremo amarrarlo a la base de la litera, para mi tranquilidad el interno estaba bastante delicado de salud, tenía todos los intestinos fuera de lugar, porque había sido apuñalado varias veces con un estoque hechizo en la cana, aprovechando estas circunstancias, aproveché bien las primeras horas de servicio porque me dediqué a recorrer y conocer parte del hospital que para mi era enorme, aprendí a utilizar el ascensor que no conocía, y menos había subido a uno, dentro de mi recorrido llegué hasta el último piso, que lo usaban como bodega en donde mantenían camillas, colchonetas y otros, luego alrededor de 24:00 hrs., el cansancio y el sueño ya me estaba ganando la batalla, pero el gendarme siempre busca el lugar y la oportunidad de pegarse un pestañazo, en mi tierra le dicen un petizo, y fui así que me acorde de las literas y colchones que estaban en el último piso, tomé mi bolsito donde llevaba la colación que me había entregado el ranchero para efectuar mi turno, que consistía en un hermoso chocoso (pan) con jamón, queso y jugos, estaba llegando al citado piso, y me encuentro con un funcionario del hospital y me dijo ahí te dejé una cama para que descanse, al funcionario lo encontré muy atento y amable, me acosté con ropa y me tapé con las sábanas y frazadas, durante 6 horas dormí como un angelito,

despertándome con los ruidos de los funcionarios que iban a buscar las literas, entre ellos estaba el funcionario que me dejó la cama, entre risa comentaban, mira cayó otro gendarme.

Una vez terminado mi servicio, me reporté a la Guardia de la Penitenciaria, entregué el armamento de servicio al Jefe de Relevo, y me consultó como estuvo el turno, a lo cual le contesté, para ser mi primer servicio de hospital, estuvo excelente, hasta dormí en una cama con sábanas, y con cara risueña y amable me mira y contesta, dormiste en una CAMA CALIENTE, quede con mucha curiosidad lo que me dijo, y con un poco de vergüenza le pregunté que era una cama caliente, y comenzó a explicarme, que en todos los hospitales de la región Metropolitana, los gendarmes que efectuaban turnos nocturnos y que eran de la Guardia armada, en su mayoría nuevos, recién salidos de las escuela (las putitas nuevas como nos llamaban los internos), por el cansancio y sueño, siempre buscaban algún lugar para dormir, y los paramédicos sin decirles nada, le pasaban camas de los pacientes que momentos antes habían fallecido, por eso le llamaban camas calientes, pagué el noviciado, y creo que no soy el único gendarme en dormir en camas calientes.

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ROSA AMELIA GÓMEZ TORRES

65 AÑOS

COCHRANE

"MIS RECUERDOS DE INFANCIA EN RÍO COLORADO"

Mi nombre es Amelia Gómez Torres, nací el 30 de diciembre de 1960 y me crie en el campo de Río Colorado, un lugar donde el río era muy caudaloso y de aguas heladas, allí crecimos junto a mis siete hermanos y nuestros padres, rodeados de naturaleza y aprendiendo desde pequeños el valor del trabajo y de la familia.

Mi madre era una mujer de campo, muy trabajadora, pasaba largas horas tejiendo ropa para nosotros y también para que mi padre la llevara a vender a Argentina, donde él trabajaba como campesino, gracias al esfuerzo de ambos nunca nos faltó lo necesario, aunque la vida era sacrificada.

Entre los recuerdos más lindos de mi niñez están los juegos en el río, nos encantaba cruzarlo de un lado a otro tomados de la mano, el agua nos llegaba hasta la cintura y, como éramos varios hermanos, nos sentíamos seguros unos con otros. En ese tiempo no dimensionábamos el peligro que corríamos.

Mi mamá siempre se preocupaba por nosotros, nos llamaba una y otra vez porque, cuando cruzábamos el río, a veces perdíamos la pasada y no podíamos regresar con facilidad, ella nos advertía que no lo hiciéramos porque era muy peligroso, pero nosotros, porfiados e inquietos, casi nunca le hacíamos caso.

Entonces salía a buscarnos montada a caballo, recuerdo que el agua llegaba hasta la guata del caballo, y para llevarnos de regreso nos subía de a dos: uno iba sentado delante y otro atrás, al anca del caballo, así, con mucha paciencia y valentía, lograba cruzarnos a todos de vuelta a casa.

Desde muy pequeños aprendimos los trabajos del campo, ayudábamos a ordeñar las vacas, buscábamos los terneros para encerrarlos y apartarlos de sus madres, y también acarreábamos agua en baldes desde el arroyo para regar la huerta y para el consumo de la casa, era una vida de mucho esfuerzo, pero también de grandes enseñanzas.

En el año 1972 nos llevaron a estudiar a la escuela de Villa O'Higgins, salimos del campo cinco hermanos, los menores de la familia, con la ilusión de poder estudiar y aprender.

El viaje fue muy largo y difícil, se hizo de noche en el camino y llegamos hasta la casa de una tía, hermana de mi mamá, quien nos dio alojamiento para continuar el viaje al día siguiente, sin embargo, nuevamente nos sorprendió la noche y tuvimos que armar una carpa de lona, dormimos sobre cueros y pilchas, soportando el frío y la humedad.

Al amanecer retomamos el camino, llegamos hasta el puente Mayer y, después de recorrer un largo trecho más, finalmente arribamos a Villa O'Higgins.

Nunca olvidaré aquellas noches oscuras y lluviosas, donde lo único que se alcanzaba a distinguir eran las chispas que saltaban de las herraduras de los caballos al golpear las piedras del camino. Cuando nos tocaba cruzar algún río, mi mamita, por precaución, nos amarraba con una bufanda para que ninguno fuera arrastrado por la corriente, ese gesto me hacía sentir protegida y me recordaba cuánto nos cuidaba en cada momento del viaje.

Hoy, al mirar hacia atrás, recuerdo con cariño aquellos años en Río Colorado, aunque la vida era dura y llena de sacrificios, crecimos unidos como familia, aprendimos a enfrentar las dificultades con valentía y comprendimos que el amor y el esfuerzo de nuestros padres fueron el mayor regalo que nos pudieron dar.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA



GANADOR REGIONAL

HERNÁN EDUARDO FERREIRA ZEBALLOS

61 AÑOS

PUNTA ARENAS

"EL MENSAJE DE ANTONIO"

Como tantas veces frente al espejo, dije que no quería tener una mirada de sufrimiento. Que, en la vejez, mi mirada debía ser firme y alegre.

Nada de trasuntar dolores físicos o morales. Lo decía mientras mis sienes se tornaban cada vez más blancas y el tiempo corría en mí, como caballo desbocado.

En una de esas ocasiones llegó un mensaje de Antonio. Fue temprano, tipo seis de la mañana de un lunes siete de marzo. El texto, aunque breve, estaba bien redactado, como era habitual en él. Tal comunicación tuvo la virtud de acaparar vivamente mi atención. Le llamé de vuelta, pero no respondió. Miré por la ventana y pensé que sería un día menos helado de lo habitual. Debí ver la previsión del tiempo para escoger la ropa que me pondría. No lo hice, pues en un arrebato de optimismo decreté que estaría templado y sin lluvia.

Mientras preparaba el café, volví a leer aquel mensaje. Por algún extraño motivo, con el paso de los minutos me dejó de impresionar. Se me figuró uno de tantos. En su manera de ver el mundo, lo que me decía parecía tener sentido. Me deseó buena suerte y pidió que cuidara a mi familia. Antonio tenía esas cosas. Palabras cargadas de misterio y siempre bien escritas. Si en su momento y sobre todo a primera hora me intrigó, fue porque no entendía el motivo para enviármelo ¿Por qué Antonio me pidió cuidar a mi familia? El cielo comenzaba a despejarse y me alegré de que mi apuesta hubiera triunfado.

Me di una última mirada al espejo, a modo de revisión general antes de cruzar la puerta y comenzar el recorrido caminando. Percibí mi mirada firme, de hombre adulto y con energías. Nuevamente pensé que no quería mirar dolorosamente. Deseé que el paso de los años fuera benigno conmigo ¿Habré tratado bien al tiempo como para que me retribuyera cumpliendo semejante deseo? Inusual pregunta a esas horas de la mañana.

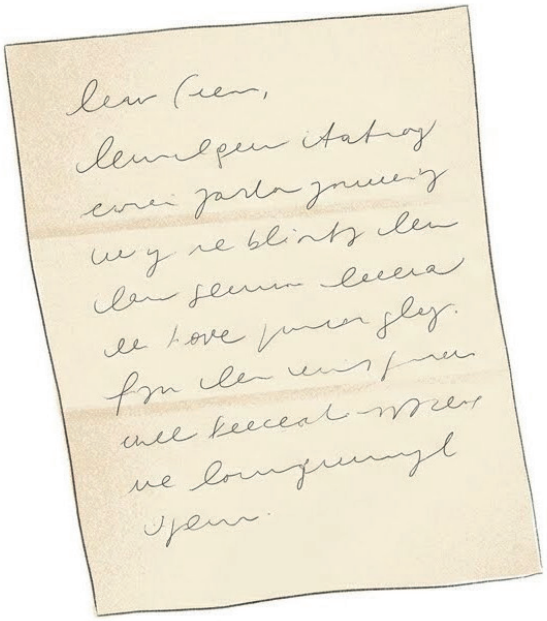
Camino al trabajo, el cielo comenzó a cerrarse y el viento de la Patagonia empezó a hacer de las suyas. Hace unos cuantos años al poco llegar a Punta Arenas, me dijeron que oteara al sur para ver cómo estaría el tiempo. Desde el vestidor de mi casa no puedo ver dicho punto cardinal. Pequeños granizos rebotaron en mi cuerpo para luego caer enteros al pavimento. Transcurrieron unos cinco minutos y el cielo volvió a despejar.

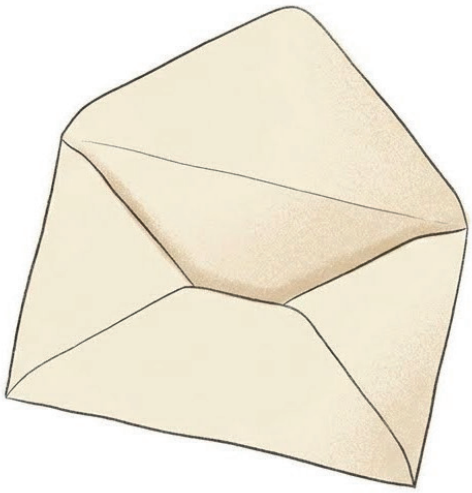
Mientras seguía camino al trabajo, recordé el mensaje de Antonio y me reproché no ver la previsión del tiempo. En tanto, el viento agitaba con furia todo aquello que estuviera suspendido. Hacía frío y

no estaba lo suficientemente arropado para tal circunstancia. Afortunadamente quedaban pocos metros para llegar a mi destino. El centro de la ciudad es bello. Saludé al recepcionista, un señor al que le quedaba poco para jubilar. Hace unos diez años que le conozco. Siempre ahí mismo, viendo entrar y salir a los trabajadores. Recordé que para ese tiempo miraba distinto, con firmeza y hasta con cierta insolencia. Hoy, de a poco ese brillo se ha ido apagando. No hace mucho falleció su señora y ahora entiendo, vive solo. Quizás esto explique en parte esa mezcla de dolor físico y tristeza que veo cuando le saludo o intercambiamos palabras. Me dije una vez más que no deseo en mi vejez que alguien note el cansancio o las penas que pueda acumular.

Desde que llegó el mensaje y a pesar del tiempo transcurrido, no me he podido comunicar con Antonio. Ese simple mensaje llega a mi mente con recurrencia. Como recurrente es a estas alturas el miedo a tener una mirada doliente. Quizás en estos días reciba nuevamente una comunicación suya. Dos semanas desde que llegó el último. He recordado nuestras interminables conversaciones en Santiago. La lucidez de sus reflexiones y un humor penetrante que pocos suelen tener, le caracterizaban. De alguna manera esperaba revivir pronto esas charlas, que siempre fueron un venero extraordinario de aprendizaje. Y a pesar de que le he escrito, no ha habido respuesta. No me pareció tan extraño su silencio, pues demoraba en replicar.

Ayer a mediodía recibí una llamada de alguien desde un número desconocido. Fue insistente en llamar, por lo que deduje que debía ser importante y respondí. Que Antonio había fallecido en un accidente de automóvil. Que le atropellaron. Me habló su hermana mayor. Noticias como estas siempre remecen. Se ha ido una buena persona, de esas que faltan en este mundo, pensé de inmediato. Se ha ido mi amigo, casi un hermano. El funeral y el entierro ya habían sucedido. De ahí en adelante, solo el recuerdo de tantas conversaciones. El recuerdo que de a poco se va apagando en los detalles, va creciendo en lo esencial.





Qué tiene que ver tan triste partida con mi mirada, no lo sé con certeza. Reviso en mi mente el mensaje y la pena se apodera de mí. Pude haberle respondido de inmediato o empeñarme para que respondiese. Debí hacerlo en realidad. Una pesadumbre enorme se clavó en mi mirada, mezclada con reproches por no insistir en hablar con él. La muerte de Antonio y el mensaje que nunca respondí, agregaron esa pena que siempre he querido evitar. Es que así sucede en la vida, dije en silencio a modo de torpe consuelo.

El recuerdo de esos días, en los que Antonio me habló y luego me enteré de la infausta noticia, de alguna manera me persigue. Ha transcurrido el tiempo y el ritual de verme en el espejo antes de salir, continúa. Una mañana como esa, recibí un mensaje que ahora, se vuelve eterno. Pareciera que estoy en un bucle. Escudriño mi mirada ante el espejo y me parece encontrar una grieta en ella. Lo que siempre había querido evitar, se asoma pausadamente como el ocaso en el horizonte.

Ayer recibí una llamada, tan inesperada como triste. La que fuera novia de Antonio - así se presentó - me saludó y entró de inmediato en el tema por el cual se comunicó conmigo. Debo señalar que, aunque parezca extraño, nunca supe de la existencia de tal novia. De ahí en adelante, me encontraría con más sorpresas referidas a la vida de Antonio.

Me preguntó si sabía la causa de la muerte de su amado. Claro, le respondí, atropellado por un automóvil. Pues bien, resultó que no era cierto. Me contó la verdad de lo sucedido ese siete de marzo. Fue un final trágico. A sus cincuenta y un años se quitó la vida. Un largo silencio antecedió a mis siguientes palabras. Me siguió explicando que esa versión fue dada para que sus hijos no supieran la verdad. Podría causarles algún daño, me explicó. Asimismo, me solicitó reserva de la noticia.

Hoy, como tantas veces, previo a salir, me arreglo ante la luna. Hago muecas sin apartar la mirada de aquella que me devuelve el espejo. Escudriño con detención. Me río. Me entristezco. Me pongo serio. Pero ahí está, la grieta ya es evidente. Una tristeza que proviene de lo más recóndito y que no puedo evitar, va desdibujando aquella mirada firme y lustrosa. Antes de salir, pienso en la partida de Antonio y en los duros trances que la vida le puso. Pienso también en ese mensaje que mi mente repasa. Si lo hubiera respondido. Si hubiera insistido para hablarle y evitar así tan dramática decisión. Al cerrar la puerta iniciando el camino de tantos años, de alguna manera comienzo a entender la profundidad de aquellas últimas palabras que me dirigiera: “que cuide a mi familia”. Ellas sean quizás el invisible bisturí que rasgó mi mirada de forma irreversible.

PRIMERA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

MARÍA DEL PILAR ROJAS SÁNCHEZ

62 AÑOS

PUNTA ARENAS

"TEJIENDO SUEÑOS EN EL SUR DEL MUNDO"

Autobiografía de una mujer del sur y del alma.

Hay personas que nacen en una tierra, pero cuyo corazón termina echando raíces en otra. Mi historia comenzó entre las montañas de Colombia, bajo el cielo cálido de Santiago de Cali, ciudad rodeada por siete ríos y coronada por imponentes farallones. Aunque hoy vivo en el confín del mundo, mi tierra sigue habitando en mí: en el aroma del café recién hecho, en los dulces navideños preparados por las benditas manos de las abuelas, las tías y las primas; en las conversaciones familiares largas y alegres, y en esa costumbre de abrir las puertas para compartir lo poco o mucho que se tenga. Hay recuerdos que nunca abandonan el corazón, aunque el tiempo y la distancia intenten cubrirlos con nuevos paisajes.

La vida, sin embargo, tenía preparado para mí un destino que jamás habría imaginado. En el extremo sur de Chile, entre fuertes vientos y largas noches australes, vivía un hombre maravilloso nacido en Punta Arenas: un magallánico de corazón noble, transparente y generoso. Nuestros caminos se cruzaron en una página de Internet destinada a conocer amigos y, quizás, encontrar pareja. Yo, solo buscaba una amistad sincera; él anhelaba hallar una compañera de vida.

Sin darnos, cuenta, entre mensajes, llamadas y videollamadas, comenzamos a descubrirnos. Compartíamos el amor por la música, la comida y la familia. Cada palabra acortaba la inmensa distancia entre Colombia y Chile, hasta que nuestras conversaciones se volvieron parte indispensable de los días. Lo que comenzó como una amistad fue creciendo lentamente, con respeto y ternura, hasta que decidimos conocernos en persona.

Lo invité a Colombia y, para mi alegría, aceptó. El 19 de octubre de 2017 emprendió el viaje desde Punta Arenas hasta Santiago de Cali. Era la primera vez que salía de Chile y muchos intentaron asustarlo: le decían que viajar era peligroso, que podían secuestrarlo. Pero su deseo de conocerme fue más fuerte que cualquier temor. Permanecimos comunicados durante todo el trayecto. Yo contaba las horas; él avanzaba entre aeropuertos con los nervios y la ilusión de quien se atreve a cambiar su historia.

Cuando su avión aterrizó en la "Sucursal del Cielo", como llamamos con orgullo a Cali, nuestros ojos se buscaron entre la multitud. A través de los vidrios del aeropuerto reconocí su sonrisa. Esperé con el corazón desbordado mientras recogía su equipaje y, cuando por fin salió, nos fundimos en un abrazo largo, profundo

y emocionante. Parecía que el tiempo se había detenido. Las palabras sobraban. En aquel instante comprendimos que los meses de espera y los miles de kilómetros habían valido la pena.

Quise recibirlo como mejor sabía hacerlo: compartiendo una deliciosa chuleta valluna. Luego le mostré la habitación que había preparado para él. Yo debía trabajar al día siguiente, pero ya tenía un plan: enseñarle mi Cali y un pedazo de mi Colombia. Aprovechamos cada momento libre para recorrer lugares llenos de historia, música y color. Más que mostrarle paisajes, deseaba entregarle mis raíces y aquello que había hecho de mí la mujer que era.

Uno de nuestros viajes más especiales fue al Eje Cafetero. En el Parque del Café conoció el largo camino de una semilla hasta transformarse en la aromática bebida que acompaña tantas conversaciones. Quedó fascinado con el espectáculo de música, danza, canto y acrobacias que recorre la historia de las familias cafeteras y celebra la diversidad de Colombia. Luces, vestuarios y ritmos formaban una fiesta tan llena de vida que parecía salida de las páginas de Gabriel García Márquez.

También viajamos al archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Ante el famoso Mar de los Siete Colores volvió a mirar el mundo con asombro de niño. En aquellas aguas cálidas y cristalinas aprendió a nadar. Me contó que en Punta Arenas el océano es tan frío que solo se puede permanecer en él con trajes especiales. Disfrutó además nuestra gastronomía: la bandeja paisa, el sancocho, el ajiaco, el pescado frito, el ceviche de camarones y las frutas de innumerables aromas y colores. Verlo maravillarse con mi país llenaba mi corazón de felicidad.

Los dieciséis días pasaron demasiado rápido. Antes de despedirnos visitamos la Colina de San Antonio, con su iglesia y su hermosa vista panorámica de Cali. Mientras contemplábamos la ciudad desde lo alto, me entregó una rosa y, mirándome a los ojos, confesó lo que sentía. Allí nos dimos nuestro primer beso: un beso lleno de respeto, ilusión y esperanza, que selló un amor nacido silenciosamente entre risas, conversaciones y kilómetros de distancia.

En el aeropuerto nos abrazamos con fuerza y dijimos solamente “hasta pronto”, porque ninguno quería pronunciar un adiós. Cuando el avión despegó, la casa que durante dieciséis días había estado llena de risas quedó sumida en un silencio profundo. Lo extrañaba más de lo que había imaginado. Continuamos hablando cada día, pero las videollamadas ya no bastaban para contener lo que sentíamos.

Entonces llegó la pregunta que cambiaría mi existencia: “¿Estarías dispuesta a venir a Chile para que nos casemos? Te extraño muchísimo”. La propuesta me llenó de felicidad, pero también despertó mi mayor temor. Con honestidad le hablé de la fibromialgia: “Esta enfermedad no es un cuento. Me ves y parezco sana, pero hay días en que el dolor invade todo mi cuerpo y las fuerzas desaparecen”. Su respuesta fue un bálsamo de comprensión y apoyo incondicional. Mi corazón ya había elegido mucho antes de que mi mente pudiera aceptar la magnitud de aquella decisión.

El 26 de enero de 2018, a mis cincuenta y cuatro años, emprendí el viaje más importante de mi vida. Dejé mi profesión, mi familia, mis amigos y la seguridad de la vida que había construido durante tantos años. Recorrí 8.841 kilómetros desde la

cálida Santiago de Cali hasta el extremo austral del continente, llevando conmigo una maleta de ilusiones, incertidumbres, nostalgia y una enorme esperanza.

Eran cerca de las seis de la mañana cuando el avión aterrizó en Punta Arenas. Al bajar, el frío golpeó mi rostro con una fuerza desconocida. No era solamente el clima: también eran la distancia y la ausencia de tantas personas y lugares queridos. Pero algo era más fuerte que todo aquello: la ilusión de volver a abrazar al hombre que amaba.

Entonces lo vi. Entre la gente distinguí su sonrisa y sus ojos brillando con la misma emoción que los míos. Caminamos uno hacia el otro y nos fundimos en un abrazo largamente esperado. En ese instante desaparecieron los kilómetros, la espera y la tristeza. Para mi sorpresa, no estaba solo: junto a él me esperaban su madre, doña Irma, y su hija, Cynthia. Ambas me recibieron con una calidez tan genuina que el invierno austral pareció retroceder. Aquel amanecer no marcaba solo mi llegada a Punta Arenas; era el comienzo de una nueva vida, una nueva familia y un nuevo hogar.

Al salir del aeropuerto comprendí que estaba en otro mundo. Gorros, guantes, bufandas y gruesos abrigos pasaron a formar parte de mi realidad. Yo venía del calor permanente de Colombia y llegaba a una tierra donde el viento parecía tener vida propia. Pronto descubrí cómo ese artista silencioso esculpe los árboles, obligándolos a crecer inclinados, casi como si saludaran al horizonte.

Punta Arenas fue revelándose poco a poco: sus calles llenas de historia, sus pinos cuidadosamente podados, su arquitectura y ese cielo inmenso que parece no terminar. Los arreboles teñían cada atardecer de naranja, amarillo, rosado y violeta. Al principio el viento me impresionaba; con el tiempo entendí que representa el carácter de esta tierra y de su gente: fuerte, valiente y perseverante. En los amaneceres fríos parecía escuchar un susurro: “Aquí también puedes volver a empezar”.

Y así fue. En el extremo sur volví a descubrirme. Aprendí a valorar los pequeños momentos: un café o un mate compartido, una conversación sincera, un ensayo musical o la contemplación del cielo mientras la nieve golpea suavemente la ventana. También llegaron amigos que me hicieron reír y me sostuvieron cuando las dificultades parecían demasiado grandes. Comprendí que cada paso, incluso los más dolorosos, me habían conducido hasta donde debía estar.

Mientras mi corazón aprendía a amar esta nueva tierra, seguía latiendo por quienes permanecían al otro lado del continente. Entre esos regalos de Dios están mi querida Luciana, mi princesa inteligente, valiente y llena de luz, y nuestro amado Mael, que desde su nacimiento renovó la alegría familiar. Ellos representan la continuidad de nuestras raíces y ese amor que trasciende fronteras. Gracias a ellos entiendo que el corazón puede florecer en dos lugares al mismo tiempo.

Con los años he comprendido que los sueños no tienen fecha de vencimiento. La edad no viene a apagar la vida, sino a transformarla. Las canas no son el final de los proyectos, sino huellas de experiencia que nos permiten vivir con mayor libertad, autenticidad y gratitud. Uno de los regalos más inesperados fue descubrir un talento que jamás imaginé poseer: la creación textil.

Desde joven disfrutaba las manualidades. Como maestra de educación preescolar, convertía papeles, cartones, pinturas y telas en personajes y mundos de fantasía para mis estudiantes. Sin embargo, nunca había usado una máquina de coser. Hoy me emociona contemplar lo que puedo crear con mis propias manos. Cada tela, puntada y diseño cuenta una historia; en ellos dejo mi alegría, mi creatividad, la nostalgia por Colombia y el amor por Magallanes. A veces miro una obra terminada y sonrío: la vida guardaba talentos que solo esperaban el momento adecuado para florecer.

El arte también llegó a sanar mi alma a través de la cueca. Me acerqué al baile nacional de Chile con respeto, admiración y entusiasmo. Todo era nuevo: los pasos, el ritmo, el pañuelo, el elegante coqueteo y esa manera de expresar con el cuerpo aquello que las palabras no alcanzan a decir. Asistí a talleres y ensayos; me equivoqué, volví a intentarlo y fui perdiendo el miedo. Cada paso aprendido se transformó en una pequeña victoria.

Bailar nunca significó solamente mover los pies. Fue volver a sonreír y recuperar la confianza en mí misma. Cada pañuelo al viento, cada zapateo y cada melodía me devolvieron una parte de mí que creía perdida. Después llegaron la chacarera, la marinera, la cumbia y otros ritmos latinoamericanos. Cada danza me regaló amistades y una nueva forma de celebrar nuestras culturas. Comprendí que el folclore es memoria, identidad y encuentro: la manera en que los pueblos cuentan su historia sin necesidad de escribirla.

¿Cómo no sentir orgullo al ver a mi compañero de vida, campeón regional adulto de cueca de Magallanes y de la Antártica Chilena, bailar junto a su hija y representar a la región en el Campeonato Nacional del Club de Huasos de Arica? Más que una competencia, vi el amor entre padre e hija y el respeto por una tradición que no solo se baila: se hereda, se vive y se ama. Así como yo abracé las costumbres chilenas, él recorrió conmigo Colombia y aprendió a querer sus paisajes, sabores, música y gente. Nuestro amor ha sido siempre el encuentro de dos culturas que decidieron caminar tomadas de la mano.

Mientras bailaba, cosía, cantaba y seguía aprendiendo, descubrí que la mujer que había llegado desde Colombia buscando amor también había encontrado una nueva versión de sí misma: una mujer que todavía soñaba y creaba, convencida de que la vida puede sorprendernos con nuevos comienzos sin importar la edad.

La fibromialgia muchas veces intenta poner límites a mis días. Conozco las largas esperas médicas, los tratamientos y las noches interminables de dolor. Hay mañanas en que el cuerpo pesa y las fuerzas parecen haberse marchado; aun así, me niego a renunciar al amor, a la alegría y a los sueños que todavía deseo cumplir. He aprendido que vivir no es solamente existir. Vivir es emocionarse, crear, bailar y amar; es seguir caminando aun cuando el camino se vuelve difícil.

Otra de las mayores alegrías que Dios me regaló fue la enseñanza. Pienso en tantos alumnos y alumnas que pasaron por mis aulas, y me gusta imaginar que tal vez recuerdan con cariño a aquella profesora colombiana que les enseñó a amar la cultura, la música, los valores y la esperanza. En cada uno intenté sembrar mucho más que conocimientos: respeto, alegría, solidaridad y la certeza de que siempre vale la pena luchar por los propios sueños.

Hoy entiendo que emigrar no significa perder las raíces, sino aprender a hacerlas crecer en una tierra distinta. Colombia vive en mi memoria, en el aroma del café, en los sabores de la infancia, en mi familia y en mi manera de mirar la vida. Magallanes vive profundamente en mi corazón. Soy una mezcla de ambas tierras: del café colombiano y del viento austral; de la alegría de Cali y de la serenidad del sur; de la calidez de mi tierra natal y de la inmensidad del último rincón de Chile.

A veces miro hacia atrás y me sorprende todo lo vivido: las pérdidas, los dolores, los cambios y los nuevos comienzos. La vida intentó derribarme muchas veces, pero jamás logró quitarme lo más importante: las ganas de seguir adelante. Hoy, como mujer mayor, sé que la verdadera juventud no está en el cuerpo. Habita en el espíritu, en la capacidad de emocionarse, aprender, abrir nuevamente el corazón y volver a empezar, aun cuando existan cicatrices.

Por eso escribo estas páginas. No para contar una historia perfecta, sino una historia verdadera: la de una mujer colombiana que dejó su tierra para seguir al amor; que conoció el dolor, la nostalgia y la incertidumbre, pero que encontró en el extremo sur una nueva oportunidad para florecer. Sigo caminando, quizá más despacio que antes, pero con el alma mucho más fuerte.

Mientras exista una danza, mientras pueda levantar un pañuelo al viento, mientras una canción siga emocionándome y mis manos puedan crear, continuaré tejiendo sueños en el sur del mundo. Porque comprendí que nunca es tarde para renacer y que, entre raíces y sueños, todavía puedo seguir creciendo a mi propio ritmo, con los pies en la tierra y el alma en paz.

Punta Arenas, Chile — 2026

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA REGIONAL

ROSAMEL SEGUNDO MONTES RIQUELME

79 AÑOS

PUNTA ARENAS

"EL CULEBRÓN"

Cuando el hijo de 17 años de mi tío Florencio se suicidó con un tiro en la cabeza, el ruido del disparo resonó como un latigazo en la quieta noche sureña. Su eco siniestro golpeó las frágiles paredes de las casas del barrio. El lastimero aullido de los perros contribuyó a aumentar la conmoción general, encendiéndose las luces en casi todos los hogares. A muchos, la inquietud generada les impidió volver a conciliar el sueño.

En la mañana muy temprano, mientras mi angustiada madre escuchaba de una prima los pormenores del aciago suceso, me pregunté si aquello que habíamos hecho junto a unos amigos la semana anterior tendría que ver con el trágico desenlace familiar. Lentamente me fue invadiendo la sensación de culpa, como si yo hubiese apretado el gatillo con mi propia mano.

Corría el verano del año 1959, yo tenía solo diez años y en nuestro país terminaba una década de grave crisis política, social y económica, cuyos efectos, en especial el descontento popular, pavimentarían la llegada de Salvador Allende al poder en el año 1973. Había sido una década complicada: primero la pandemia de influenza del año 1957, que significó la muerte de más de 20.000 personas; luego el término del nefasto gobierno de González Videla el año 1958 y, finalmente, la reelección de Jorge Alessandri.

En los pueblos rurales como el nuestro, además de la pobreza endémica de los pequeños campesinos, se advertía la falta de educación formal, campeando en la sociedad la potente influencia de la Iglesia católica en sincretismo con la superstición y una percepción mágica de la vida.

De los niños protagonistas de esta historia, solo yo estaba asistiendo regularmente a la escuela; los otros dos lo hacían de manera intermitente. Conviviendo en el seno de una comunidad protectora, nuestras creencias se empapaban del entorno cultural, de gente humilde, sin educación, que no veía contradicción entre su catolicismo, mitos y otras creencias populares. En especial los niños, habíamos visto "entierros", apariciones, nos asustábamos cuando escuchábamos al "chuncho" y creíamos en explicaciones sobrenaturales de algunos fenómenos.

Mi tío Florencio era un próspero comerciante que se enriqueció comercializando frutos del país en nuestro barrio, cuya ubicación privilegiada favorecía el comercio de trigo, papas y porotos, entre otros, dado que todas las carretas de los agricultores venidos desde las localidades de Puerto Saavedra, Nehuentue y otros sectores rurales pasaban por sus dos calles. Los comerciantes se hacían "la América" comprando a los productores que, después de un arduo año de trabajo, estaban ansiosos por vender rápido y gozar de las atracciones del pueblo.

Había una creencia muy arraigada en el barrio, que aseguraba que mi tío era millonario porque tenía un culebrón en su casa. Un culebrón era un animal mitológico asociado al diablo y la creencia popular sostenía que mi tío lo mantenía muy oculto a las personas, y era alimentado con abundante leche.

Mi tío, con socarronería, no negaba ni afirmaba los rumores, por lo que todos lo daban por sentado, especialmente los niños, que en noches oscuras evitaban transitar frente al subterráneo de su casa. Terminada mi infancia, supe que mi tío fraguó su fortuna con la conocida fórmula de comprar a los mapuches producción agrícola barata y después venderles vino, de modo que el dinero siempre quedaba en su poder.

Sin lugar a duda, los niños éramos los más crédulos de este mito popular y, aunque no había consenso respecto a la imagen del culebrón, nuestra fértil imaginación infantil lo imaginaba casi como un dragón o muy parecido a un cocodrilo gigante.

La idea se le ocurrió a un niño que el pueblo apodaba "espíritu de clavo". En mi barrio los apodos eran hereditarios y el de "espíritu de clavo" correspondía al sobrenombre de su padre fallecido, al que le decían así por su pelo chuzo y sus problemas con la justicia. Mientras se fue afianzando la idea, el "salta pa'rriba", otro niño valiente, se sumó a la aventura.

En total fuimos tres los que nos concertamos para irrumpir en el subterráneo de mi tío e intentar darle leche al culebrón, develando así el misterio de su existencia.

Ese día transcurrió muy lentamente y, aunque muchas veces estuve a punto de arrepentirme, sopesé que el daño a mi reputación sería mucho peor, de modo que mejor me avoqué a recabar información detallada sobre el plano de la casa.

Como es lógico, la vivienda de mi tío sobresalía del resto de la población, ya que estaba pretenciosamente cubierta de llamativos ventanales con elegantes cortinajes. La construcción estaba emplazada en la falda de un cerro, tenía cuatro niveles y la entrada principal se encontraba en el piso superior; luego, bajando, estaban el comedor y la cocina, después la despensa, la bodega y la lavandería. En el último piso inferior había una misteriosa dependencia que daba a la calle; estaba resguardada por una destartalada puerta, asegurada con alambre y una gruesa soga. En ese lugar era donde suponíamos que se encontraba la bestia.

Cerca de las doce de la noche, aprovechando que mis padres estaban en la cocina escuchando un radioteatro y mis hermanos durmiendo, escapé de casa para cumplir mi cruel destino, que era posiblemente ser devorado por un monstruo.

Nos reunimos a media cuadra del lugar; "el espíritu" consiguió la leche y, evitando mostrar algún tipo de temor, nos dirigimos al sitio señalado. Mientras yo vigilaba, mis compañeros se dedicaron a desenredar la soga y el alambre de la ruinosa puerta, hecho que demoró casi como un siglo; finalmente, el portón se pudo abrir.

Con el corazón a punto de estallar, entramos con mucho sigilo a un cuarto oscuro lleno de bultos que parecían sacos de papas. En el momento en que mis compañeros estaban a punto de ingresar a una puerta interior, se escuchó un estridente e indeterminado estruendo, un ruido sordo, que nos paralizó de terror. Sin pensarlo dos veces, solo atiné a salir huyendo despavorido, mientras mis amigos hacían lo mismo.

Al otro día mis amigos me tildaron de cobarde y debí soportar estoicamente sus burlas, aseverando que ellos por lo menos habían logrado ver al temido culebrón y que se trataba de un lagarto insignificante. No les creí porque, mirando desde una prudente distancia, pude advertir que salieron corriendo detrás de mí "como alma que lleva el diablo".

El velorio de mi primo se desarrolló en un clima de profunda congoja, y aunque nuestra familia se desvivía en un trajín incesante para alimentar a los concurrentes, era difícil sustraerse al ambiente de llanto y desconsuelo. Si bien es cierto que no me relacioné mucho con él dada la diferencia de edad, me fue imposible contener las lágrimas mientras velaban su cuerpo.

Creo que nadie se enteró de que la causa de mi aflicción no obedecía a la pérdida o el duelo, sino más bien a los intensos sentimientos de culpa, pues estaba convencido de que la alteración del hábitat del engendro había provocado la temprana muerte de mi pariente. Dicho sentimiento me acompañó durante gran parte de mi adolescencia, hasta cuando alguien develó que había sucumbido a un grave problema de salud mental.

Por otra parte, entre el vulgo se rumoreaba que el desdichado suceso tenía que ver con un fatídico precio que tuvo que pagar mi tío por incumplir quizás qué arcano pacto con el diablo.